

VLADIMIR NABOKOV

Pálido Fuego

Esto me recuerda el grotesco relato que le hizo al Sr. Langton del estado lamentable de un joven de buena familia. "Señor, lo último que he sabido de él es que andaba por la ciudad matando gatos a tiros". Y entonces, en una especie de dulce fantaseo, pensó en su gato favorito y dijo: "Pero a Hodge no lo matarán, a Hodge no lo matarán".

James Boswell, *Vida de Samuel Johnson*

PRÓLOGO

Pálido Fuego, poema en pareados decasílabos, de novecientos noventa y nueve versos, divididos en cuatro cantos, fue escrito por John Francis Shade (nacido el 5 de julio de 1898, muerto el 21 de julio de 1959) durante los últimos veinte días de su vida, en su residencia de New Wye, Appalachia, EE. UU. El manuscrito, casi todo copia en limpio de la cual el texto que sigue es fiel reproducción, consiste en ochenta fichas de tamaño mediano; en cada una de ellas Shade reservó la línea superior rosada para los encabezamientos (número del canto, fecha) y utilizó las catorce líneas azul claro para trazar con una pluma aguzada y una letra minúscula, pulcra y notablemente clara, el texto de su poema, saltándose una línea para indicar un doble espacio y utilizando una ficha nueva cada vez que empezaba un nuevo canto.

El breve Canto Primero (166 versos) con todos sus divertidos pájaros y parhelios, ocupa trece fichas. El Canto Segundo, preferido de usted, y ese

chocante tour de forcé que es el Canto Tercero, tienen la misma longitud (334 versos) y abarcan veintisiete fichas cada uno. El Canto Cuarto es de largo idéntico al Primero y ocupa también trece fichas, de las cuales las cuatro últimas, empleadas el día de su muerte, no son una copia en limpio, sino un borrador corregido.

Hombre metódico, John Shade solía copiar todos los días a medianoche su producción de versos terminados, pero aunque volviera a copiarlos más tarde, como sospecho que hizo algunas veces, ponía en la o las fichas, no la fecha de los retoques finales, sino la del día del borrador corregido o de la primera copia en limpio. Quiero decir que conservaba la fecha de la creación verdadera antes que la correspondiente a la segunda o tercera versión. Justo enfrente de mi domicilio actual hay un parque de diversiones muy ruidoso.

Poseemos, pues, un calendario completo de su trabajo. El Canto Primero fue comenzado en las primeras horas del 2 de julio y terminado el 4 de julio. Shade empezó el Canto siguiente el día de su cumpleaños y lo terminó el 11 de julio. Dedicó otra semana al Canto Tercero. El Canto Cuarto fue comenzado el 19 de julio y como ya se ha dicho, el último tercio de su texto (versos 949 a 999) es un borrador corregido. Su apariencia es sumamente desprolija por la proliferación de tachaduras devastadoras y de inserciones cataclísmicas, y no sigue las líneas de la ficha con tanto rigor como la copia en limpio. En realidad, en cuanto uno se zambulle y se esfuerza por abrir los ojos en las límpidas profundidades que hay bajo su confusa superficie, se vuelve maravillosamente preciso. No hay verso con lagunas ni de lectura dudosa. Esto bastaría para demostrar que los cargos hechos (el 24 de julio de 1939) en una entrevista acordada a la prensa por uno de nuestros shadeanos confesos —quien afirmó, sin haber visto el manuscrito del poema, que "consiste en borradores desarticulados, ninguno de los cuales constituye un texto definido"— son una invención malévola de aquellos que desearían no tanto lamentar el estado en que quedó interrumpida por la muerte la obra de un gran poeta, como denigrar la competencia y quizá la honestidad de quien se encarga ahora de su edición y comentario.

Otra declaración pública hecha por el profesor Hurley y su camarilla se refiere a un problema de estructura. Cito de la misma entrevista: "Nadie puede decir cuál era la longitud que John Shade pensaba dar a su poema, pero no es improbable que lo que ha dejado represente sólo una pequeña parte de la composición que él vio en un espejo, oscuramente". ¡Otro absurdo! Además del

verdadero clarín de evidencia interna que resuena a lo largo del Canto Cuarto, tenemos la afirmación de Sybil Shade (en un documento fechado el 25 de julio de 1959) de que su marido "nunca tuvo intención de pasar de cuatro partes". Para él el Canto Tercero era el penúltimo, y yo mismo se lo oí decir, durante un paseo al crepúsculo en que, como pensando en voz alta, pasó revista al trabajo del día y gesticuló en perdonable autoaprobación, mientras su discreto compañero trataba en vano de adaptar el ritmo de sus largos trancos al paso arrastrado y espasmódico del viejo poeta desgredado. No sólo eso, sino que incluso diré (mientras nuestras sombras siguen caminando sin nosotros) que quedaba por escribir solamente un verso del poema (a saber, el verso 1000) el cual hubiera sido idéntico al verso uno y habría completado la simetría de la estructura, con dos partes centrales idénticas, sólidas y amplias, formando con las dos partes laterales más cortas dos alas gemelas de quinientos versos cada una, y el diablo se lleve esa música. Conociendo la tendencia combinatoria de Shade y su sutil sentido del equilibrio armónico, no puedo convencerme de que tuviera intención de deformar las facetas de su cristal interfiriendo en el curso previsto de su crecimiento. Y si todo esto no fuera bastante —y lo es, es bastante— tuve la dramática ocasión de escuchar la propia voz de mi pobre amigo anunciando, la noche del 21 de julio, el fin, o casi, de su labor. (Véase mi nota al verso 991.)

Esta tanda de ochenta fichas estaba sujeta por una banda elástica que ahora vuelvo a poner religiosamente después de haber examinado por última vez su precioso contenido. Otra tanda, mucho más pequeña, de una docena de fichas, abrochadas y metidas en el mismo sobre de manila que la tanda principal, contiene algunos pareados más cuyo curso breve y a veces borroneado se prosigue a través de un caos de primeros borradores. Por lo general, Shade destruía los borradores en cuanto dejaba de necesitarlos; bien me acuerdo de haberlo visto desde mi galería, una mañana brillante, quemando toda una pila en el fuego pálido del incinerador delante del cual permanecía con la cabeza inclinada como un miembro oficial de un cortejo fúnebre, entre las mariposas negras, llevadas por el viento, de ese auto dé fe de patio trasero. Vero Shade salvó esas doce fichas a causa de los hallazgos no utilizados que brillaban entre la escoria de los borradores utilizados. Tal vez pensaba vagamente sustituir ciertos pasajes de la copia en limpio por algunos de los preciosos desechos de su fichero, o, lo que es más probable, una afición secreta por tal o cual ornamento, suprimido por consideraciones arquitectónicas o porque había irritado a la Sra. S., le instó a aplazar su destrucción hasta el momento en que la perfección marmórea de un impecable

manuscrito dactilografiado la hubiese confirmado o mostrara lo embarazoso e impuro de la variante más deliciosa. Y quizá, permítaseme añadir con toda modestiaL tenía intención de pedirme mi opinión después de leerme su poema, como sé que pensaba hacerlo.

En mis notas al poema el lector hallará estas variantes suprimidas. Sus lugares están indicados o por lo menos sugeridos por los esbozos de los versos definitivos situados en su vecindad inmediata. En cierto sentidoL muchos de ellos son artística e históricamente más valiosos que algunos de los mejores pasajes del texto definitivo. Debo explicar ahora cómo fue que la edición de *Pálido Fuego* quedó a mi cuidado.

Inmediatamente después de la muerte de mi querido amigo, convencí a su desconsolada viuda de que se adelantara, para anularla, a las pasiones comerciales y a las intrigas académicas que no dejarían de concitarse en torno al manuscrito de su marido (depositado por mi en un lugar seguro aún antes del entierro de su cuerpo), firmando un acuerdo en el sentido de que él me había entregado el manuscrito, que yo lo haría publicar sin tardanza, con mis comentarios, en una editorial elegida por mi; que todos los beneficios, con excepción del porcentaje del editor, lo corresponderían a ella, y que, el día de la publicación, el manuscrito sería entregado a la Biblioteca del Congreso para su conservación permanente. Desafío a cualquier crítico serio a que demuestre la incorrección de este contrato. Sin embargo ha sido calificado (por el antiguo abogado de Shade) de "fantástico fárrago de malignidad", en tanto que otra persona (su antiguo agente literario) se preguntó con una mueca sardónica si la temblorosa firma de la Sra. Shade no habría sido trazada "con un extraño tipo de tinta roja". Corazones, espíritus como éstos serian incapaces de comprender que el apego que se puede sentir por una obra maestra es absolutamente irresistible, sobre todo cuando es el revés de la trama lo que transporta a su espectador y único instigador cuyo pasado mismo está entrelazado con el destino del inocente autor.

Como he mencionado, creo, en mi última nota al poema, la carga de fondo de la muerte de Shade hizo estallar tantos secretos y subir a la superficie tantos peces muertos, que tuve que abandonar New Wye poco después de mi entrevista con el asesino prisionero. La redacción de los comentarios tuvo que aplazarse hasta que yo pudiera encontrar un nuevo incógnito en ambiente más sereno, pero los problemas prácticos relacionados con el poema tenían que quedar arreglados en seguida. Tomé un avión a Nueva York, hice fotografiar el

manuscrito, me puse de acuerdo con uno de los editores de Shade y estaba a punto de cerrar trato cuando, como al descuido, en medio de un vasto atardecer (estábamos sentados en una celda de nogal y vidrio, cincuenta pisos por encima de la progresión de los escarabajos), mi interlocutor observó: "Le alegrará saber, Dr. Kinbote, que el Profesor Fulano (uno de los miembros del comité Shade) ha accedido a servirnos de asesor para editar la cosa".

Entendámonos, eso de "alegrarse" es extremadamente subjetivo. Uno de nuestros proverbios zemblanos más estúpidos dice: el guante se alegra de perderse. Rápidamente volví a cerrar mi portafolios y me dirigí a otro editor.

Imagínense un gigante suave, torpe; imagínense un personaje histórico cuyo conocimiento del dinero se limita a los miles de millones abstractos de una deuda nacional; ¡imagínense a un príncipe exiliado ignorante de la Golconda que lleva en los gemelos de su camisa! Esto para explicar —oh, hiperbólicamente.— que soy el individuo menos práctico del mundo. Entre tal persona y un viejo zorro del mundo editorial, las relaciones son al principio conmovedoramente naturales y amistosas, con chistes expansivos y toda clase de muestras de amistad. No tengo ningún motivo para suponer que nada venga jamás a impedir que ese contacto inicial con el bueno de Frank, mi editor actual siga siendo permanente.

Frank ha acusado recibo de las pruebas que me habían sido enviadas aquí y me ha pedido que mencionara en mi prefacio —y lo hago con mucho gusto— que soy el único responsable de los errores de mis comentarios. Insertarlo en presencia de un profesional. Un experimentado corrector de pruebas ha vuelto a verificar cuidadosamente el texto impreso del poema teniendo a la vista la fotocopia del manuscrito y ha encontrado unos pocos gazapos triviales que yo había pasado por alto; esta ha sido toda la ayuda exterior que he recibido. Inútil decir cuánto esperé que Sybil Shade me proporcionara abundantes datos biográficos; desgraciadamente se fue a New Wye antes que yo y ahora está viviendo con unos parientes en Quebec. Desde luego, hubiéramos podido cruzar una correspondencia de lo más fecunda, pero los shadeanos no iban a abandonar la partida. Se encaminaron a Canadá en manada para caer sobre la pobre señora en cuanto yo perdí contacto con ella y sus cambiantes estados de ánimo. En lugar de responder a una carta que yo le había mandado un mes antes desde mi cueva de Cedarn, con una lista de mis problemas más urgentes, tales como el verdadero nombre de "Jim Coates", etc., me envió de pronto un telegrama pidiéndome que aceptara al profesor H. (!) y al

profesor C. (!!)) como coeditores del poema de su marido. ¡Cuánto me sorprendió y me apenó! Naturalmente, eso impidió la colaboración con la extraviada viuda de mi amigo. ¡Y vaya si era un amigo muy querido! El calendario dice que yo lo había conocido unos pocos meses antes, pero existen amistades que desarrollan su propia duración interna, sus propios eones de tiempo transparente, independientes de esa música que gira, malévolamente. ¡Nunca olvidaré mi exaltación al enterarme, como lo digo en una nota que hallará mi lector, de que la casa suburbana (del Juez Goldsworth, que se había marchado a Inglaterra en su año sabático, y alquilada para mí) a la que me mudé el 5 de febrero de 1959, era vecina de la del célebre poeta norteamericano cuyos versos yo había tratado de traducir al zemblano veinte años atrás! Aparte de esa prestigiosa vecindad, el château goldsworthiano, como lo descubriría en seguida, dejaba mucho que desear. El sistema de calefacción era una broma, pues dependía de unos reguladores instalados en el piso desde donde las tibias exhalaciones de una caldera palpitante y quejumbrosa situada en el sótano se difundía en las habitaciones con la debilidad del último suspiro de un moribundo. Condenando todas las bocas de calor del piso alto traté de dar más energía a los reguladores del salón pero su temperatura resultó incurablemente perjudicada, por cuanto no había nada entre esa habitación y las regiones árticas salvo una puerta de entrada llena de rendijas, sin el menor vestigio de vestíbulo, sea porque la casa había sido construida en pleno verano por un ingenuo colono que no podía imaginar el tipo de invierno que le esperaba en New Wye, o porque en los viejos tiempos era de buen tono que el visitante casual pudiese comprobar desde el umbral de la puerta que en la sala no pasaba nada indecoroso.

En Zembla, febrero y marzo (los dos últimos de los cuatro "meses de nariz blanca", como les decimos) solían ser también bastante crudos, pero incluso la habitación de un campesino ofrecía una masa de calor uniforme, no una retícula de mortales corrientes de aire. Es cierto que, como suele ocurrir a los recién llegados, me dijeron que yo había elegido el peor invierno en muchos años, y eso en la latitud de Palermo. Una de mis primeras mañanas allí, mientras me preparaba a ir al College en el poderoso coche rojo que acababa de comprar, observé que el Sr. y la Sra. Shade, a quienes aún no había sido presentado (me enteraría más tarde de que creían que yo deseaba estar solo), se veían en figurillas con su viejo Packard que emitía quejidos agónicos en el sendero resbaloso sin poder desprender una torturada rueda trasera de un cóncavo infierno de hielo. John Shade se afanaba torpemente con un cubo del cual, con gestos de sobrador, sacaba puñados de arena marrón para

esparcirlos en el hielo azul. Llevaba botas para la nieve, se había alzado el cuello de vicuña y su abundante pelo gris parecía escarchado al sol. Yo sabía que había estado enfermo pocos meses antes y con intención de ofrecer a mis vecinos un viaje hasta el *campus* en mi poderosa máquina, me precipité hacia ellos. Una vereda que rodeaba la ligera eminencia sobre la cual se situaba mi castillo alquilado me separaba del sendero de mis vecinos, y estaba a punto de cruzarla cuando perdí pie y caí sentado sobre la nieve sorprendentemente dura. Mi caída actuó como reactivo químico en el sedán de Shade que arrancó en el acto y estuvo a punto de pasarme por encima al meterse en el sendero, con John al volante gesticulando laboriosamente mientras Sybil le hablaba con frenesí. No estoy seguro de que me haya visto ninguno de los dos.

Pero pocos días después, el lunes 16 de febrero para ser más exacto, fui presentado al viejo poeta a la hora del almuerzo en el club de profesores. "Por fin presenté mis credenciales", como anoté, con cierta ironía, en mi diario. Me invitaron a sentarme con él y otros cuatro o cinco eminentes profesores a su mesa habitual, bajo una fotografía ampliada del Wordsmith College tal como era, inmóvil y destartalado, en un día del verano de 1903 particularmente sombrío. Su lacónica sugestión de que yo "probara el cerdo" me divirtió. Soy rigurosamente vegetariano y me gusta preparar mis propias comidas. Consumir algo que había sido manipulado por uno de mis semejantes, expliqué a los rubicundos convidados, era tan repugnante para mí como comerme una criatura humana, incluida —bajé la voz— la carnosa estudiante con cola de caballo que nos atendía chupando el lápiz. Además ya había terminado de comer las frutas que había traído en mi portafolios, de modo que me contentaría, dije, con una botella de buena cerveza del College. Mi actitud libre y sencilla puso a todo el mundo cómodo. Me hicieron las habituales preguntas acerca de si los *eggnogs* y los *milkshakes* eran o no permitidos a quienes pensaban como yo. Shade dijo que él era justo lo contrario: tenía que hacer un decidido esfuerzo para tocar una legumbre. Empezar una ensalada era para él como meterse en el mar un día frío, y siempre precisaba darse ánimos para atacar la fortaleza de una manzana. Yo no estaba todavía acostumbrado a las bromas y a las burlas más bien cansadoras que son habituales entre los intelectuales norteamericanos del tipo académico innato, y entonces me abstuve de decirle a John Shade, en presencia de esos viejos varones bromistas, cuánto admiraba su obra, para evitar que una discusión literaria sería degenerara en simple jarana. En cambio le pregunté acerca de uno de mis alumnos más recientes que también asistía a su curso, un muchacho taciturno, delicado, bastante maravilloso; pero sacudiendo enérgicamente su

escarchada crin, el viejo poeta contestó que había dejado hacía mucho de memorizar las caras y los nombres de los estudiantes y que la única persona de su clase de poesía que podía visualizar era una señora oyente que usaba muletas. —Vamos, vamos —dijo el profesor Hurley—, ¿usted quiere decir, John, que no tiene una imagen mental o visceral de esa rubia impresionante que frecuenta Lit. 202?. —Shade, resplandeciendo en todas sus arrugas, tocó ligeramente la muñeca de Hurley para hacerlo callar. Otro torturador preguntó si era cierto que yo había instalado dos mesas de *ping-pong* en el sótano de mi casa. Le pregunté: —¿Es un crimen? —No —dijo—, ¿pero por qué dos? —¿Es un crimen doble? —le repliqué, y todos se echaron a reír.

A pesar de un corazón desfalleciente (véase verso 735), de una leve cojera y cierta contorsión extraña al caminar, Shade tenía un gusto inmoderado por los largos paseos a pie, pero la nieve le molestaba y en invierno prefería que su mujer fuera a buscarlo con el coche después de las clases. Unos días más tarde, como me dispusiera a salir de la Sala Parthenocissus —o Sala Principal (o ahora, ¡ay!, Sala Shade)— lo vi afuera, esperando a que la Sra. Shade viniera a buscarlo. Me quedé a su lado un minuto, en los peldaños del peristilo, y mientras me ponía los guantes, dedo por dedo, mirando a lo lejos como si fuera a pasar revista a un regimiento: —Un trabajo bien hecho —comentó el poeta. Consultó su reloj pulsera. Un copo de nieve le cayó encima. —Cristal sobre cristal —dijo Shade. Le ofrecí llevarlo a su casa en mi poderoso Kramler. —Las esposas, Sr. Shade, son olvidadizas. —Irguió la hirsuta cabeza para mirar el reloj de la biblioteca. Dos radiantes muchachos vestidos con pintorescas ropas de invierno cruzaron riendo y resbalando la desolada extensión de hierba cubierta de nieve. Shade echó otra mirada a su reloj y, encogiéndose de hombros, aceptó mi ofrecimiento.

Le pregunté si no le importaba que tomara el camino más largo para detenerme en Community Center donde quería comprar unos bizcochos revestidos de chocolate y un poco de caviar. Dijo que encantado. Desde el interior del supermercado, a través de la vitrina, vi al viejo que se precipitaba a un bar. Cuando volví con mis compras, estaba de vuelta en el coche leyendo una revista que no pensé que un poeta se dignara tocar. Un eructo satisfecho me indicó que disimulaba un frasco de coñac en su bien arropada persona. Cuando doblamos en su calle, vimos que Sybil llegaba delante de la casa. Bajé con cortés solicitud. Ella dijo: —Como mi marido no cree en las presentaciones, hagámoslo nosotros mismos: usted es el Dr. Kinbote, ¿no es cierto? Y yo soy Sybil Shade. —Después se dirigió a su marido diciéndole que hubiera podido

esperar un minuto más en su escritorio; ella había hecho sonar la bocinal llamadol subido todas las escaleras, etc. Me volví para irme, porque no deseaba presenciar una escena conyugal, pero ella me retuvo: —Tome un trago con nosotros —dijo— o mejor dicho conmigo, porque a John le está prohibido el alcohol. —Expliqué que no podía quedarme mucho rato porque iba a haber una especie de clase de trabajos prácticos en casa, seguida por un poco de *ping-pong* con dos encantadores mellizos idénticos y otro muchacho, otro muchacho.

A partir de ese momento comencé a ver cada vez con más frecuencia a mi célebre vecino. La vista desde una de mis ventanas me proporcionaba un entretenimiento de primera, especialmente mientras esperaba a algún invitado tardío. Desde el segundo piso de mi casa la ventana del salón de los Shade era perfectamente visible mientras estaban desnudas las ramas de los árboles de follaje caduco que nos separaban, y casi todas las noches podía ver el pie en pantuflas del poeta balanceándose suavemente. Uno deducía que estaba sentado con un libro en un sillón pero no se podía ver nada más que el pie y su sombra moviéndose de arriba abajo al ritmo secreto de la absorción mental, en la luz concentrada de la lámpara. Siempre en el mismo momento la pantufla de cuero marroquí marrón caía del calcetín de lana del pie que seguía oscilando, aunque con una cadencia un poco más lenta. Uno sabía que la hora del sueño se acercaba con todos sus terrores; que en pocos minutos el pulgar tantearía y acosaría a la pantufla y desaparecería luego con ella de mi dorada campo de visión atravesada por la negra comba de una rama. Y a veces Sybil Shade pasaba con Id velocidad y los braceos de alguien que sale en un acceso de cólera de un lugar para volver poco después, con paso mucho más lento, como si hubiera perdonado a su marido su amistad por un vecino excéntrico; pero el enigma de su conducta quedó totalmente resuelto una noche en que, al marcar su número de teléfono mientras observaba la ventana, la induje mágicamente a repetir los movimientos apresurados y absolutamente inocentes que me habían intrigado.

Ay, mi tranquilidad de espíritu pronto se haría trizas. El espeso veneno de la envidia empezó a salpicarme no bien los suburbios académicos se dieron cuenta de que fohn Shade prefería mi compañía a la de todos los demás. Su risita burlona, mi querida Sra. C, no se nos escapó cuando yo ayudaba al viejo poeta cansado a encontrar sus galochas después de aquella aburrida reunión en la casa de usted. Un día que fui a la oficina de la sección de Literatura Inglesa a buscar una revista con una fotografía del 'Palacio Real de Onhava que

quería mostrar a mi amigo, sorprendí a un joven profesor con chaqueta de terciopelo verde, a quien llamaré misericordiosamente Gerald Emerald, en el momento en que contestaba descuidadamente a una pregunta del secretario: "Me imagino que el Sr. Shade ya se ha ido con el Gran Castor". Es cierto que soy bastante alto y que mi barba castaña es bastante rica de textura y color; el apodo tonto evidentemente se me aplicaba a mi, pero no merecía atención alguna y después de tomar con calma la revista de una mesa cubierta de folletos, me limité a deshacer el nudo de la corbata mariposa de Gerald Emerald con golpe seco de los dedos al pasar delante de él. Hubo también la mañana en que el Dr. Nattochdag, jefe del departamento del que yo dependía, me rogó con voz formal que me sentara, cerró la puerta y después de volver a su sillón giratorio con aire sombrío, me instó a que "tuviera más cuidado". ¿Cuidado en qué sentido? Un muchacho se había quejado a su padrino de tesis. ¿Quejado de qué, por el amor de Dios? De que yo hubiera criticado un curso de literatura que él seguía ("un estudio ridículo de obras ridículas a cargo de una ridícula mediocridad"). Con una carcajada de verdadero alivio, abracé al bueno de Netochka, prometiéndole que nunca más volvería a ser malo. Aprovecho esta oportunidad para saludarlo. Siempre se comportó con una cortesía tan exquisita conmigo, que a veces me pregunto si no habría sospechado lo que Shade sospechaba y lo que sólo tres personas (dos administradores y el presidente del College) sabían con certeza.

Oh, hubo varios incidentes parecidos. En una parodia representada por un grupo de estudiantes de arte dramático fui retratado como un pomposo misógino con acento alemán, que citaba constantemente a Housman y mordisqueaba zanahorias crudas; y una semana antes de la muerte de Shade, cierta feroz señora en cuyo club me había negado a hablar sobre el tema "The Hally Vally" (como decía ella, confundiendo el palacio de Odín con el título de una epopeya finlandesa), me dijo en mitad de tin almacén: —Es usted una persona sumamente desagradable. No entiendo cómo John y Sybil pueden soportarlo —y exasperada por mi cortés sonrisa, añadió—: Además está loco.

Pero permítaseme interrumpir el repertorio de necedades. Se pensara lo que se pensase, se dijera lo que se dijese, yo hallaba plena recompensa en la amistad de John. Esta amistad era tanto más preciosa cuanto que su ternura era intencionalmente disimulada, sobre todo cuando no nos encontrábamos solos, por la hosquedad que emana de eso que puede llamarse nobleza de corazón. Todo su ser constituía una máscara.

La apariencia física de John Shade tenía tan poco que ver con las armonías reunidas en el hombre, que uno se sentía inclinado a rechazarla como un disfraz grosero o una moda pasajera; pues si las modas de la época romántica hacían más sutil la virilidad del poeta desnudando su cuello atractivo, recortando su perfil y reflejando un lago de montaña en su pupila oval, los bardos de hoy, debido quizá a que tienen mejores oportunidades de envejecer, parecen gorilas o buitres. Había en el rostro de mi sublime vecino algo que podía haber atraído la mirada si hubiera sido sólo leonino o sólo iroqués; pero por desgracia la mezcla de los dos recordaba simplemente a un corpulento borrachín hogarthiano de sexo indeterminado. Su cuerpo deforme, aquella abundante greña gris, las uñas amarillentas de los dedos regordetes, las bolsas debajo de los ojos opacos sólo se entendían si se los consideraba como los desechos de su yo intrínseco eliminados por las mismas fuerzas de perfección que purificaban y cincelaban su verso. Shade era su propia anulación.

Tengo una fotografía de él que es mi preferida. En esa instantánea en colores tomada por alguien que fue amigo mío, un día brillante de primavera, se ve a Shade apoyado en un robusto bastón que había pertenecido a su tía Maud (véase el verso 86). Yo llevo un rompevientos blanco comprado en una tienda local de artículos de deportes y un pantalón lila procedente de Cannes. Mi mano izquierda está semi-alzada, no para palmear el hombro de Shade como parece ser la intención, sino para quitarme los lentes ahumados, cosa que no llegó a hacer en esa vida, la vida de la fotografía; y el libro de la biblioteca que tengo debajo del brazo derecho es un tratado sobre ciertos ejercicios físicos zemblanos en el que me proponía interesar a mi joven inquilino, el que tomó la foto. Una semana más tarde éste traicionaría mi confianza aprovechando sórdidamente mi ausencia motivada por un viaje que hice a Washington de donde volví para descubrir que había llevado a una prostituta pelirroja de Exton, de quien quedaban pelos y emanaciones en los tres cuartos de baño. Naturalmente, nos separamos en seguida, y entreabriendo las cortinas de la ventana, vi al malo de Bob de pie, con un aire bastante patético, con su cabeza rapada y su valija destartada y los esquíes que yo le había dado, totalmente desamparado al borde del camino, esperando que uno de sus compañeros fuera a buscarlo llevándoselo para siempre. Puedo perdonar todo salvo la traición.

Jamás comentamos, John Shade y yo, ninguna de mis desventuras personales. Nuestra estrecha amistad se situaba en ese nivel superior,

exclusivamente intelectual, en que uno puede descansar de las penas del corazón, no compartirlas. Mi admiración por él era una especie de cura de altura. Yo experimentaba una gran impresión de maravilla cada vez que lo miraba, sobre todo en presencia de otra gente, gente inferior. Esa maravilla era realizada por mi conciencia de que los otros no sentían lo que yo sentía, no veían lo que yo veía, veían en Shade un hombre corriente en vez de dejar que cada uno de sus nervios se impregnara, por así decirlo, del aura fabulosa de su presencia. Ahí está, me decía yot esa es su cabeza, que contiene un cerebro de una especie diferente de las jaleas sintéticas envasadas en los cráneos que lo rodean. Desde la terraza (de la casa del profesor C, aquella noche de marzo), está mirando el lago distante. Yo lo miro a él. Soy testigo de un fenómeno fisiológico único: John Shade percibiendo y transformando el mundo, integrándolo y desintegrándolo, reordenando sus elementos en el proceso mismo de almacenarlos para producir en una fecha no especificada un milagro orgánico, una fusión de imagen y de música, un verso. Y sentí la misma exaltación que una vez, en mi infancia, observando del otro lado de la mesa de té, en el castillo de mi tío, a un prestidigitador que acababa de ofrecer una representación fantástica y ahora comía tranquilamente un helado de vainilla. Yo miraba fijo sus mejillas empolvadas, la flor mágica en el ojal donde había pasado por una sucesión de colores diferentes y ahora se había detenido en un clavel blanco, y especialmente sus maravillosos dedos de apariencia fluida que podían, si así lo decidía, disolver la cuchara en un rayo de luz haciéndola girar, o convertir su plato en paloma arrojándolo al aire.

El poetiza de Shade est en efecto, ese súbito floreo de magia: mi canoso amigo, mi viejo y querido prestidigitador, ponía un paquete de fichas en el sombrero y sacaba un poema.

De ese poema debemos ocuparnos ahora. Mi prólogo no ha sido, así lo espero, demasiado magro. Otras notas, ordenadas en un comentario sostenido, satisfarán seguramente al lector más voraz. Aunque esas notas, con arreglo a la costumbre, vienen después del poema, se aconseja al lector consultarlas primero y luego estudiar el poema con su ayuda, releerlas naturalmente al seguir el texto y quizá, después de haber terminado el poema, consultarlas por tercera vez para completar el cuadro. En un caso como este me parece prudente eliminar la molestia de tener que pasar las páginas hacia adelante y hacia atrás, ya sea cortando y abrochando las páginas del poema o, lo que es más sencillo, comprando dos ejemplares de la misma obra que entonces pueden colocarse en posiciones adyacentes sobre una mesa confortable, no

como esta cosita tambaleante en la que está ahora precariamente entronizada mi máquina de escribir en esta miserable cabina para automovilistas con ese tiovivo dentro y fuera de mi cabeza, a mil leguas de New Wye. Permítaseme afirmar que sin mis notas, el texto de Shade simplemente no tiene realidad humana alguna, pues la realidad humana de un poema como el suyo (demasiado caprichosa y reticente para una obra autobiográfica), con la omisión de muchos versos medulosos rechazados por él, tiene que depender totalmente de la realidad de su autor y lo que le rodea, de sus afectos y así sucesivamente, realidad que sólo mis notas pueden proporcionar. Probablemente mi querido poeta no hubiera suscrito esta afirmación pero, para bien o para malt es el comentador el que tiene la última palabra.

Charles Kinbote

19 de octubre de 1959, Cedarn, Utana.

PALIDO FUEGO

Poema en cuatro cantos

CANTO PRIMERO

Yo era la sombra del picotero asesinado 1
por el falaz azur de la ventana;
era la mancha de plumón ceniza, y vivía,
volaba siempre en el cielo reflejado.
Y desde adentro también me duplicaba,
yo mismo, mi lámpara, la manzana en un plato:

corriendo la cortina, el vidrio oscuro
suspendía los muebles en la hierba,
¡y qué delicia cuando una nevada 10
ese atisbo de césped ocultaba
y entonces silla y cama se posaban justo
en la nieve, fuera, en la tierra de cristal!

Retomar la nevada: cada copo a la deriva
informe y lento, opaco e inestable,
blanco mate y sombrío contra el blanco pálido del día
y abstractos alerces en la luz neutral.
Y después el doble azul gradual
cuando la noche une al que ve y a lo visto,
y en la mañana diamantes de la escarcha 20
expresan el asombro: ¿Qué espolonadas patas han cruzado
de izquierda a la derecha la página en blanco del camino?
Leyendo de izquierda a derecha en el código invernal:
una tilde, una flecha invertida... ¡Las patas de un faisán!
Belleza con gorguera, ortega sublimada
que descubres tu China justo tras de mi casa.
¿Era de Sherlock Holmes el personaje aquel
cuyas huellas retrocedían al invertir los zapatos?

Todos los colores me hacían feliz, incluso el gris. 30
Mis ojos eran tales que literalmente
fotografiaban. Siempre que yo lo permitía
o, con un temblor silente, lo ordenaba,
todo lo que caía en mi campo visual
—una escena de interior, las hojas de un nogal, los esbeltos
estiletes de una helada estalactita—
e impreso en mis párpados, por dentro,
quedaba rezagado una hora, o dos,
y entre tanto, me bastaba
cerrar los ojos para reproducir las hojas, 40
o la escena de interior, o los trofeos del alero.

No entiendo por qué podía desde el lago
distinguir nuestra entrada cuando iba
por Lake Road a dar clase, y ahora aunque no haya
árbol que se interponga, miro pero no veo
ni siquiera el tejado. Tal vez un recodo del espacio
ha formado un pliegue o surco desplazando
la frágil perspectiva, la casa de madera
entre Goldsworth y Wordsmith en su cuadro de verde.

Yo tenía allí un nogal joven, favorito, 50
de amplias hojas jade oscuro y negro, y fino
tronco vermiculado. El sol poniente
pavonaba la corteza negra y alrededor, como guirnaldas
desatadas, caían las sombras del follaje.
Ahora es fuerte y rugoso; ha crecido bien.
Las mariposas blancas se vuelven lavanda cuando
atraviesan su sombra, donde parece mecerse
delicadamente el fantasma del columpio de mi hijita.

La casa es más o menos la misma. Un ala
ha sido restaurada. Hay un solarío. Hay una 60
gran ventana flanqueada de sillas fantasiosas.
El enorme sujetapapeles de la TV brilla ahora en lugar
de la rígida veleta tantas veces visitada
por el ingenuo, leve mirlo
que repetía todos los programas escuchados,
pasando de *chipo-chipo* a un claro
tu-ui, tu-ui, y luego a un grito ronco: *come here,*
come here, come herrr, meneando la erguida cola
o entregándose con gracia a una suave

ascendente pirueta y volviendo (¡tu-ú!) 70
en seguida a su pértiga, la nueva TV.
Yo era muy pequeño cuando mis padres murieron.
Los dos eran ornitólogos. He tratado
tantas veces de evocarlos que hoy
tengo un millar de padres. Tristemente
con sus propias virtudes se confunden, y se borran,
pero ciertas palabras, palabras oídas al azar,
como "corazón frágil", siempre aluden a él,
y "cáncer de páncreas", a ella se refieren.

Un preterista: el que recoge nidos abandonados. 80
Aquí estaba mi dormitorio, ahora reservado a los huéspedes.
Aquí, arropado por la criada canadiense,
escuchaba el murmullo de la conversación de abajo, y rezaba
para que todos estuvieran siempre bien,
tíos y tías, la criada, su sobrina Adèle,
que había visto al Papa, gentes de los libros, y Dios.

Me crió mi querida, extravagante tía Maud,
poeta y pintora que gustaba
de objetos realistas mezclados

con grotescas ramificaciones e imágenes de perdición. 90

Vivió para escuchar el primer llanto del niño siguiente. Su cuarto

lo hemos conservado intacto. Sus fruslerías componen

una naturaleza muerta a su manera: el pisapapeles

de vidrio convexo que encierra una laguna,

el libro de versos abierto en el índice (Luna,

Lunar, Luto, Luz), la guitarra abandonada,

la calavera, y un recorte del *Star* local:

*Los Yanks baten a los Rex por 5 a 4, sobre
el Homero de Chapman, clavado en la puerta.*

Mi Dios murió joven. La teolatría me parecía 100

degradante, y sus premisas, inciertas.

Ningún hombre libre necesita un Dios; ¿pero era yo libre?

¡Con qué plenitud sentía a la naturaleza pegada a mí

y cómo amaba mi paladar infantil el gusto

mitad miel, mitad pescado de esa dorada cola!

Desde la infancia mi libro de imágenes fue

el pergamino pintado que tapiza nuestra jaula:

anillos morados alrededor de la luna; un sol naranja sanguina;

el iris doble, y ese raro fenómeno,

la irídula —cuando, extraña y magnífica, 110

en un cielo brillante, sobre una cadena montañosa,
una nubécula ópalo de forma oval
refleja el arco iris de una tormenta
montada en un valle distante—,
pues estamos muy artísticamente enjaulados.

Y el muro del sonido: el muro nocturno
que un trillón de grillos levantan en el crepúsculo.
¡Impenetrable! A medio camino, en la colina,
me detenía avasallado por sus delirantes trinos.
Es la luz del Dr. Sutton. Es la Osa Mayor. 120
Hace mil años cinco minutos eran
iguales a cuarenta onzas de fina arena.
Mirar fijo las estrellas. Infinito pasado
e infinito futuro: por encima de tu cabeza
como alas gigantes se cierran, y estás muerto.

El común de los mortales, diría yo,
es más feliz: ve la Vía Láctea
sólo cuando orina. Entonces como ahora
yo caminaba por mi cuenta y riesgo: fustigado por las ramas,
tropezando en las cepas. Asmático, cojo y gordo, 130

nunca hice rebotar una pelota ni empuñé un bate.

Yo era la sombra del picotero asesinado

por la ficticia lejanía del cristal de la ventana.

Tenía un cerebro, cinco sentidos (uno de ellos único),

pero en todo lo demás era un engendro ridículo.

En mis sueños nocturnos jugaba con otros chicos,

pero en realidad no envidiaba nada, salvo quizá

el milagro de una lemniscata trazada

en la húmeda arena por las ruedas descuidadamente

diestras de una bicicleta.

Un hilo de dolor sutil 140

que la traviesa muerte mueve, suelta después,

pero siempre presente, corre a través de mí. Un día,

acababa de cumplir once años, mientras tendido

en el suelo, contemplaba un juguete de cuerda

—un carrito de lata tirado por un muchacho de lata—

que pasaba entre las patas de las sillas y se perdía debajo de la cama,

irrumpió de pronto el sol en mi cabeza.

Y después la negra noche. Aquella negrura era sublime.

Me sentía disperso en el espacio y en el tiempo:

un pie en la cima de una montaña, una mano 150
bajo los guijarros de un arroyo jadeante,
una oreja en Italia, un ojo en España,
en las grutas mi sangre y en las estrellas mi cerebro.
Había sordas palpitaciones en mi Triásico; verdes
manchas ópticas en el Pleistoceno Superior,
y un estremecimiento helado en mi Edad de Piedra,
y todos los mañanas en mi huesecillo de la risa.
Durante un invierno, cada tarde
me hundí en aquel desmayo momentáneo.
Y después desapareció. Se borró su recuerdo. 160
Mi salud mejoró. Hasta aprendí a nadar.
Pero como un muchachito obligado a calmar
con su pura lengua la abyecta sed de una mujer,
fui corrompido, aterrado, fascinado,
y aunque el viejo doctor Colt me declaró curado
de lo que, decía, eran sobre todo males del crecimiento,
la maravilla dura y la vergüenza permanece.

CANTO SEGUNDO

Hubo un tiempo, en mi loca juventud,

en que sospeché vagamente que la verdad
sobre la supervivencia después de la muerte era conocida 170
por cada ser humano; sólo yo
no sabía nada, y una gran conspiración
de libros y personas me ocultaba la verdad.

Hubo un día en que empecé a dudar
de la cordura del hombre: ¿Cómo podía vivir sin
saber con certeza qué alba, qué muerte, qué castigo
aguardaba a la conciencia más allá de la tumba?

Y finalmente fue la noche insomne
en que decidí explorar y combatir
el inmundado, el inadmisibile abismo 180
dedicando toda mi perversa vida a esta
tarea única. Hoy cumplo sesenta y un años. Los picoterros
picotean las bayas. Una cigarra canta.

Las tijeritas que estoy usando son
una deslumbrante síntesis de sol y estrella.
De pie delante de la ventana, me corto
las uñas y tengo una vaga conciencia

de ciertos parecidos fugitivos: el pulgar,
el hijo de nuestro almacenero; el índice, delgado y taciturno,
el astrónomo del College, Starover Blue; 190
el mediano, un sacerdote alto que conocí;
el femenino anular, una vieja coqueta;
y el auricular, un niño prendido a su falda.
Y gesticulo mientras me corto las finas
pieles de lo que Tía Maud llamaba "cutícula".

Maud Shade tenía ochenta años cuando un brusco silencio
cayó sobre su vida. Vimos la rojez furiosa
y la torsión de la parálisis asaltar
su noble mejilla. La trasladamos a Pinedale,
célebre por su sanatorio. Se quedaba allí sentada 200
al sol vidriado y miraba la mosca posarse
en su vestido y luego en su muñeca.
Su espíritu iba desvaneciéndose en la bruma creciente.
Aún podía hablar. Se detenía, tanteaba y encontraba
algo que parecía primero un sonido utilizable,
pero desde las células adyacentes, unos impostores ocupaban
el lugar de las palabras necesarias, y su mirada
deletreaba la súplica mientras trataba en vano

de razonar con los monstruos de su cerebro.

¿Qué momento de la desintegración gradual 210

elige la resurrección? ¿Qué año? ¿Qué día?

¿Quién tiene el cronómetro? ¿Quién arrolla la cinta?

¿Son algunos menos afortunados o escapan todos?

Silogismo: *Otros hombres mueren; pero yo no soy otro; por lo tanto no moriré.*

El espacio es un enjambre en los ojos; y el tiempo

un zumbido en los oídos. En esta colmena

estoy encerrado. Sin embargo, si antes de vivir

hubiésemos sido capaces de imaginar la vida, ¡qué loca,

imposible, indeciblemente extraña, 220

maravillosa absurdidad nos hubiera parecido!

Entonces, ¿por qué unirnos a la risa del vulgo? ¿Por qué

despreciar un más allá que nadie puede verificar:

las delicias del Turco, las futuras liras, las conversaciones

con Sócrates y Proust en avenidas de cipreses,

el serafín con seis alas de flamenco,

y los infiernos holandeses con puercoespines y demás?

No es que soñemos un sueño demasiado descabellado:
lo malo es que no lo hacemos parecer
suficientemente inverosímil; porque lo más 230
que podemos imaginar es un fantasma doméstico.

¡Qué ridículos estos esfuerzos por traducir
en la propia lengua personal un destino de todos!
¡En vez de una poesía divinamente tersa,
desarticuladas notas, los malos versos del Insomnio!

La vida es un mensaje garabateado en la oscuridad.

Anónimo.

Sorprendido en la corteza de un pino,
mientras volvíamos a casa el día que ella murió,
un estuche de esmeralda vacío, rechoncho, ojos de sapo,
abrazando el tronco, y haciendo juego, 240
una hormiga embardunada de resina.

¡Aquel inglés en Niza,
lingüista orgulloso y feliz: *Je nourris*
les pauvres cigales, queriendo decir que
alimentaba a las pobres "sea gull" [gaviotas]!
Lafontaine se equivocaba:

muerta está la mandíbula, vivo el canto.

Y así me corto las uñas y sueño y oigo
tus pasos arriba, y todo está bien, querida.

Sybil, en la escuela secundaria yo sabía
que eras preciosa, pero me enamoré de ti
durante una excursión de las clases superiores 250
a las New Wye Falls. Almorzamos sobre la hierba húmeda.

Nuestro profesor de geología explicaba
la catarata. Su rugido y el polvo irisado
daban al parque insulso un aire romántico. Me tendí
en la bruma de abril justo detrás
de tu grácil espalda y miraba tu cabecita bien peinada
inclinada a un lado. Una palma, los dedos separados,
entre una estrella de *trillium* y una piedra,
se apoyaba en la tierra. Un huesito de falange
se estremecía. Después te volviste y me ofreciste
un dedal de té brillante y metálico.

Tu perfil no ha cambiado. Los dientes relumbrantes
mordiendo el labio atento; la sombra de las largas pestañas

debajo del ojo; el durazno
bordeando el pómulo; la seda castaño oscuro
del pelo levantado por el cepillo desde las sienes y la nuca;
el cuello muy desnudo; la forma persa
de la nariz y las cejas: todo eso lo has conservado
y en las noches silenciosas escuchamos la cascada.

¡Ven que te adore, ven que te acaricie,
mi sombría Vanessa de rayas carmesí, mi bendita,
admirable mariposa! Explícame ¿cómo
en las sombras crepusculares de Lilac Lane,
has podido dejar que ese palurdo, este histérico John Shade
te humedeciera el rostro y la oreja y el hombro?

Hace cuarenta años que nos casamos. Tu almohada
cuatro mil veces por lo menos fue arrugada
por nuestras dos cabezas. Cuatrocientas mil veces
el gran reloj de ronco carillón de Westminster
ha dado nuestra hora común. ¿Cuántas veces más 280
los calendarios de propaganda adornarán la puerta de la cocina?

Te amo cuando, de pie sobre el césped,

miras algo en un árbol. "Se ha ido.
Era tan pequeño. Tal vez vuelva" (todo esto
dicho en un murmullo más suave que un beso).
Te amo cuando me llamas para que admire
la huella rosa de un avión sobre el fuego del poniente.
Te amo cuando canturreas haciendo
una valija o el cómico bolso del auto
con su cierre relámpago todo alrededor. Y te amo sobre todo 290
cuando con un cabeceo pensativo saludas su fantasma
y tienes su primer juguete en tu palma, o miras
una postal que te había mandado, encontrada en un libro.
Ella hubiera podido ser tú, yo, o cualquier mezcla rara:
la naturaleza me eligió para torcer y desgarrar
tu corazón con el mío. Al principio decíamos, sonriendo:
"Todas las niñas son regordetas", o "Jim Mc Vey
(el oculista de la familia) corregirá ese ligero estrabismo
en poco tiempo". Y más tarde: "Será muy bonita,
ya verás", y tratando de calmar 300
la tormenta que se acerca: "Es la edad ingrata".
"Debería tomar lecciones de equitación", decías
(tus ojos y los míos no se cruzaban). "Debería jugar
al tenis, al badmington. ¡Menos feculentos, más fruta!

Tal vez no sea una belleza, pero es graciosa."

Era inútil, inútil. Los premios ganados
en francés y en historia, era divertido, sin duda;
en las fiestas de Navidad los fuegos eran violentos, sin duda,
y una pequeña invitada tímida podía quedar a un lado;
pero seamos justos: mientras los niños de su edad 310
hacían el papel de elfos y de hadas en el escenario
que ella había ayudado a pintar para la representación de la escuela,
mi dulce hija personificaba la Madre Tiempo,
una criada encorvada, con un cubo y una escoba,
y como un imbécil, yo me iba a llorar a los retretes de hombres.

Otro invierno desapareció, barrido por los limpianieves.

El Toothwort White frecuentó nuestros bosques en mayo.

El verano avanzó segando, ardió el otoño.

Ay, el deslucido pichón de cisne nunca se convirtió

en un pato Carolina. Y de nuevo tu voz: 320

"¡Pero es un prejuicio! Deberías alegrarte

de que sea inocente. ¿Por qué insistir tanto

en lo físico? Ella quiere parecer un adefesio.

Hay vírgenes que han escrito libros *resplandecientes*.

El amor no es todo. ¡La belleza
no es indispensable!" Y sin embargo
el Viejo Pan seguía llamando desde cada colina pintada,
y sin embargo los demonios de nuestra piedad hablaban:
Ningún labio compartirá el *rouge* de sus cigarrillos;
el teléfono que sonaba antes de un baile 330
cada dos minutos en Sorosa Hall
nunca sonaba para ella; y con un gran
chirrido de neumáticos en la grava, hasta la puerta,
surgiendo de la noche laqueada, jamás un enamorado
de blanco pañuelo vino a buscarla; ella nunca iría,
sueño de gasa y jazmín, a aquel baile.
Sin embargo la mandamos a un castillo en Francia.

Y volvió llorando, con nuevas derrotas,
nuevas miserias. Los días en que todas las calles
de College Town llevaban al partido, ella se sentaba 340
en el umbral de la biblioteca, y leía o tejía;
las más de las veces estaba sola, o con aquella dulce
y frágil camarada que se hizo monja, y una o dos veces
con un muchacho coreano que seguía mi curso.
Tenía extraños miedos, extrañas fantasías, extraña fuerza

de carácter, como cuando se pasó tres noches
investigando ciertos sonidos, ciertas luces
en un viejo granero. Invertía las palabras: rosa, sarro,
pala, lapa. Y adán se convertía en nada.

Te llamaba saltamontes didáctico. 350

Rara vez sonreía, y cuando lo hacía,
era señal de dolor. Criticaba
ferozmente nuestros proyectos, y con ojos
inexpresivos, se quedaba sentada en la cama revuelta,
estirando los pies hinchados, rascándose la cabeza
con las uñas enfermas de psoriasis, y gemía
murmurando monótonas palabras terribles.

Era mi tesoro: difícil, malhumorada,
pero igual mi tesoro. Te acuerdas de aquellas
noches casi inmóviles, cuando jugábamos 360
al mahjong, o cuando se probaba tus pieles, que la hacían
casi atrayente; y los espejos sonreían,
la luz era piadosa, las sombras leves.

A veces yo la ayudaba a entender un texto latino,
o ella leía en su cuarto, cerca

de mi cubil fluorescente, y tú estabas
en tu estudio, doblemente separada de mí,
y de vez en cuando yo oía las dos voces:

"Mamá, ¿qué es *grimpen*?" "¿Qué es qué?"

"Grim Pen".

Pausa, y tu glosa prudente. Después, de nuevo: 370

"Mamá, ¿qué es *ctónico*?" También se lo explicabas,
añadiendo: "¿Quieres una mandarina?"

"No. Sí. ¿Y qué quiere decir *sempiterno*?"

Vacilabas. Y desde mi escritorio, como un trueno,
yo rugía la respuesta, a través de la puerta cerrada.

Poco importaba lo que leyera

(algún cursi poema moderno del que se decía,

en el curso de Literatura Inglesa, que era un documento

"angayé y coercitivo" —¿qué significaba eso?—

a nadie le importaba); el hecho es que 380

los tres cuartos, unidos entonces por ti, por ella y por mí,

forman ahora un tríptico o una pieza en tres actos

donde los hechos reflejados permanecen para siempre.

Creo que ella siempre alimentó una pequeña, loca esperanza.

Yo acababa de terminar mi libro sobre Pope.
Jane Dean, mi dactilógrafa, le ofreció un día
presentarle a Pete Dean, un primo. El novio de Jane
los llevaría a todos en su coche nuevo
a un bar hawaiano, a unas veinte millas.
Fueron a buscar al muchacho a las ocho y cuarto 390
a New Wye. El camino estaba helado. Por fin
encontraron el lugar, cuando de pronto Pete Dean
llevándose las manos a la frente exclamó que había
olvidado por completo una cita con un amigo
que iría a parar a la cárcel si él, Pete, no iba,
etcétera. Ella dijo que comprendía.
Después que Pete se fue, se quedaron los tres
un rato, delante de la entrada azul.
El neón rayaba los charcos; y con una sonrisa
ella dijo que estaba *de trop*, que prefería 400
volverse a casa. Sus amigos la acompañaron
hasta la parada del ómnibus y la dejaron; pero ella, en vez
de volver a casa, bajó en Lochanhead.

Te miraste la muñeca: "Son las ocho y cuarto.
(Y aquí el tiempo se bifurcó.) Voy a encenderlo." La pantalla

desarrolló en su blancura líquida una mancha que parecía la vida,
y surgió la música.

Le echó una mirada

y fulminó con los ojos a la bien intencionada Jane.

Una mano masculina trazó de Florida a Maine

las curvas flechas de las guerras eolias. 410

Dijiste que más tarde un cuarteto de latosos,

dos escritores y dos críticos, discutirían

La Causa de la Poesía en el Canal 8.

Llegó una ninfa haciendo piruetas bajo blancos

pétalos rotatorios, en un rito primaveral,

para arrodillarse ante un altar, en un bosque,

donde había varios artículos de tocador.

Subí al primero y leí unas galeradas,

y oí al viento que hacía rodar bolitas en el tejado.

"Miren bailar al mendigo ciego, cantar al tullido" 420

tiene indudablemente el sonido vulgar

de su edad absurda. Después tu llamada,

tierno mirlo mío, subió desde el vestíbulo.

Espero llegar a tiempo para alcanzar a oír hablar de

una breve fama y tomar contigo una taza de té: mi nombre

fue mencionado dos veces, como de costumbre justo detrás
(un solo paso viscoso) de Frost.

"¿De veras no le molesta?"

*Tomaré el avión de Exton, porque, comprende,
si no llego antes de medianoche con la plata..."*

Y después hubo una especie de película de viaje: 430
un presentador nos llevó a través de la niebla
de una noche de marzo, donde desde muy lejos
los faros crecían como una estrella en expansión
acercándose al verde, índigo y leonado mar,
que habíamos visitado en el treinta y tres,
nueve meses antes de su nacimiento. Ahora todo
era grisáceo y apenas recordaba
aquel primer, largo paseo, la luz cruel,
el rebaño de velas (una azul entre las blancas
chocaba extrañamente con el mar, y dos eran rojas), 440
el hombre del viejo blazer, desmenuzando pan,
la muchedumbre de gaviotas intolerablemente ruidosas,
y una paloma oscura contoneándose en la multitud.
"¿Fue el teléfono?" Escuchaste la puerta.
Nada. Recogiste el programa del suelo.

Más faros en la bruma. Inútil

limpiar los vidrios: sólo una tapia blanca

y los faroles de alumbrado pasaban sin máscaras.

"¿Estamos seguros de que procede bien?" preguntaste.

"Técnicamente es, sin duda, una cita con un desconocido.

¿Y si probamos la secuencia *Remordimiento*?"

Y dejamos, con toda tranquilidad,

que la famosa película desplegara su marquesina encantada;

el célebre rostro entró graciosamente, bello y tonto:

los labios entreabiertos, los ojos húmedos, el *grain de*

beauté —extraño galicismo— en la mejilla,

y la suave forma desapareciendo en el prisma

del deseo colectivo.

"Creo", dijo,

"que voy a bajarme aquí." "Pero estamos en Lochanhead."

"Sí, está bien." Agarrada a la barra, miró 460

los árboles espectrales. El ómnibus se detuvo. El ómnibus desapareció.

Trueno sobre la selva. "¡No, eso no!"

Pat Pink, nuestro huésped (charla antiatómica).

Dieron las once. Suspiraste. "Me temo que no haya

más nada interesante." Jugaste
a la ruleta de las cadenas: el dial giraba y trictraqueaba.
Los anuncios eran decapitados. Las caras pasaban como relámpagos.
Una boca abierta fue borrada en medio de una canción.
Un imbécil con patillas se disponía
a utilizar su pistola, pero tú eras demasiado rápida. 470
Un negro jovial alzaba la trompeta. Tric.
Tu anillo de rubíes daba la vida, imponía la ley.
¡Oh, apágalo! Y en el momento en que se cortaba la vida
vimos una luminosa cabeza de alfiler que disminuía y moría
en el negro infinito.

*Desde su cabaña al borde del lago,
un guardián, el Padre Tiempo, todo gris y encorvado,
salió con su perro, inquieto, y costó
el cañaveral de la orilla. Llegó demasiado tarde.*
Bostezaste discretamente y apartaste la bandeja.
Oíamos el viento. Lo oíamos empujar y arrojar 480
ramitas contra los vidrios de la ventana. ¿Suena el teléfono? No.
Te ayudé a lavar los platos. El gran reloj
seguía demoliendo jóvenes raíces, viejas rocas.
"Medianoche", dijiste. ¿Qué es medianoche para los jóvenes?

Y de pronto un fulgor de fiesta barrió
cinco troncos de cedros, aparecieron parches de nieve,
y un coche de la policía en nuestro camino combado
se detuvo con un crujido. ¡Reanuden! ¡Reanuden!

Algunos pensaron que había tratado de cruzar el lago
en Lochan Neck donde patinadores entusiastas cruzaban 490
de Exe a Wye los días especialmente fríos.

Otros supusieron que se había perdido
doblando a la derecha de Bridgeroad; y otros dicen
que se quitó la pobre y joven vida. Yo sé. Tú sabes.

Era una noche de deshielo, una noche de viento fuerte,
de gran excitación en el aire. La primavera negra
estaba a la vuelta de la esquina, temblando
en el húmedo brillo de las estrellas y en el suelo húmedo.

El lago yacía en la niebla, el hielo semihundido.

Una forma confusa salió de los cañaverales de la orilla, 500
avanzó por el voraz, crujiente pantano, y se hundió.

CANTO TERCERO

¡L'if, árbol sin vida! Tu gran Quizá, Rabelais:

la gran patata.

I.P.H., un laico Instituto (I) de Preparación (P)

para el Hades (H), o If, como lo llamábamos

—¡Si con mayúscula!— me contrató por un semestre

para hablar sobre la muerte ("para discurrir sobre el Gusano",

me escribió el Presidente McAber).

Tú y yo,

y ella, entonces pequeñita, nos trasladamos de New Wye

a Yewshade, en otro Estado, más alto.

Amo las grandes montañas. Desde la verja de entrada

de la casa destartalada que alquilamos allí

se veía una forma nevada, tan lejana, tan bella

que sólo cabía lanzar un suspiro, como si

podiera ayudar a asimilarla.

Iph

era un nido de larvas y una violeta:

una fosa en la primavera precoz de la Razón. Y sin embargo

faltaba lo esencial de la cosa; faltaba

lo que más interesa al preterista;

pues morimos cada día; el olvido prospera 520

no con fémures secos sino con vidas llenas de savia

y nuestros mejores ayerés, son ahora fétidos montones
de nombres arrugados, números telefónicos y fichas descoloridas.
Estoy dispuesto a convertirme en una florecilla
o en un moscón, pero a olvidar, jamás.
Y rechazaré la eternidad a menos que
la melancolía y la ternura
de la vida mortal; la pasión y el dolor;
la luz clarete de ese avión que desaparece
a la altura de Hesperus; tu gesto consternado 530
cuando se han acabado los cigarrillos; la manera
en que sonríes a los perros; la huella de baba plateada
que dejan los caracoles en las piedras; esta buena tinta, esta rima,
esta ficha, este delgado elástico
que cae siempre en forma de ocho,
estén en el cielo a disposición de los que acaban de morir
almacenados en sus cajas fuertes a través de los años.
En cambio
el Instituto estimaba que sería quizá prudente
no esperar demasiado del paraíso:
¿Qué hacer si no hay nadie que salude
al recién llegado, ni recepción, ni 540
adoctrinamiento? ¿Qué pasa si uno es arrojado

a un vacío sin fin, la orientación perdida,
el espíritu desnudo y absolutamente solo,
la tarea inacabada, la desesperación desconocida,
el cuerpo que empieza apenas a pudrirse,
indesvestible con traje de mañana,
la viuda postrada en una cama incierta,
ella misma borrón en la cabeza que se disuelve?

Poniendo a los dioses en su lugar, incluyendo al D. con mayúscula, 550

Iph tomaba algunos desechos periféricos
de las visiones místicas; y ofrecía triquiñuelas
(las gafas ahumadas para el eclipse de la vida)
para no perder la cabeza cuando uno se convierte en fantasma:
deslizarse de costado, elegir una curva suave y dejarse caer,
encontrar cuerpos sólidos y atravesarlos de un resbalón,
o dejar que una persona circule en usted.

Cómo reconocer en las tinieblas, con un sobresalto

Terra la Bella, una bola de jaspe.

Cómo conservar la razón en tipos de espacio en espiral. 560

Precauciones que han de adoptarse en caso
de una reencarnación monstruosa: qué hacer
al descubrir de pronto que uno

es ahora un sapo joven y vulnerable
instalado en medio de un camino frecuentado,
o un oseño bajo un pino ardiendo,
o una polilla en un libro eclesiástico otra vez de moda.

El tiempo significa sucesión, y la sucesión, cambio:

la eternidad debe, pues, perturbar

los horarios del sentimiento. Aconsejamos 570

al viudo. Se ha casado dos veces;

se encuentra con sus dos esposas, las dos amadas, amantes

y celosas una de otra. El tiempo significa crecimiento

y el crecimiento no significa nada en la vida elísea.

Acariciando a un niño, inmutable, la esposa de cabellos de lino

se duele al borde de un recordado estanque

lleno de un cielo soñador. Y rubia también,

pero con un toque leonado en la sombra,

las manos enlazando las rodillas, en una balaustrada de piedra

apoyados los pies, la otra está sentada y mira 580

con ojos húmedos la impenetrable y leve bruma azul.

¿Cómo empezar? ¿A quién besar primero? ¿Qué juguete

dar al niño? ¿Ese chiquillo solemne sabe

que un choque de frente, una salvaje noche de marzo,

mató a la madre y al hijo?

Y ella, el segundo amor, pies desnudos en negras zapatillas

de baile, ¿por qué lleva pendientes

sacados del estuche de joyas de la otra?

¿Y por qué aparta su joven y apasionado rostro?

Porque, como nos enseñan los sueños, ¡es tan difícil 590

hablar con nuestros muertos queridos! Se desentienden

de nuestra aprensión, de nuestros escrúpulos y nuestra vergüenza...

la terrible sensación de que no son del todo los mismos.

Y nuestro compañero de escuela muerto en una guerra lejana

no se sorprende de vernos a su puerta,

y con una mezcla de ligereza y melancolía

señala los charcos en su cuarto del subsuelo.

¿Pero quién puede enseñar los pensamientos a que deberíamos recurrir

cuando la mañana nos descubra caminando hacia la pared,

bajo la dirección escénica de algún político 600

cretino, de algún babuino de uniforme?

Pensaremos en cosas que sólo nosotros sabemos:

imperios de la rima, Indias del cálculo;

escuchar el canto distante de los gallos, y discernir

bajo el rugoso muro gris un polipodio raro;
y mientras nos atan las regias manos,
abrumar a nuestros inferiores con sarcasmos, alegremente ridiculizar
a los imbéciles dedicados a la causa, y escupirles
en los ojos sólo por pasar el rato.

Tampoco se puede ayudar al exiliado, al viejo 610
que agoniza en un motel, con el ventilador ruidoso
girando en la tórrida noche de la sabana,
y desde afuera un poco de luz coloreada
llega hasta su cama, sombrías manos del pasado
que ofrecen gemas; y la muerte viene rápido.
Se ahoga y conjura en dos lenguas
a las nebulosas que se dilatan en sus pulmones.

Un violento dolor, un desgarrón: es todo lo que se puede prever.
Quizá descubre uno *le grand néant*; quizá
otra vez de la yema del tubérculo sube uno en espiral. 620

Como lo señalaste la última vez que pasamos
delante del Instituto: "Verdaderamente no podría decir
cuál es la diferencia entre este lugar y el infierno."

Escuchamos a los partidarios de la cremación ahogarse de risa
y resoplar cuando Grabermann acusó al Horno
de atentar contra el nacimiento de los espectros.

Todos evitábamos criticar las creencias.

El gran Starover Blue analizó el papel
desempeñado por los planetas como recaladas del alma.

Se meditó en el destino de las bestias. Un chino 630
se explayó sobre el ceremonial de los téis
con los antepasados, y hasta dónde remontarse.

Yo destrocé las fantasías de Poe,
y me referí a recuerdos infantiles de extraños
fulgores nacarados que no están al alcance de los adultos.

Entre nuestros oyentes habían un joven sacerdote
y un viejo comunista. Iph podía por lo menos
rivalizar con las iglesias y la línea del partido.

En los años siguientes empezó a decaer;
el Budismo se arraigó. Un médium introdujo fraudulentamente 640
pálidas jaleas y una mandolina flotante.

Fra Karamazof se deslizó en algunas clases
murmurando su inepto *Todo está permitido*;

y para satisfacer el deseo de pez del seno materno
una escuela de freudianos bajó a la tumba.

Esta insípida aventura me ayudó en cierto sentido.

Aprendí lo que había que ignorar en mi estudio
del abismo de la muerte. Y cuando perdimos a nuestra hija
yo sabía que no habría nada: ningún supuesto
espíritu tocaría en mi teclado de madera seca 650
para deletrear su apodo; ningún fantasma
se levantaría graciosamente para acogernos, a ti y a mí,
en el sombrío jardín, cerca del nogal.

"¿Qué es ese curioso crujido... lo oyes?"

"Es el postigo de la escalera, querida."

"Si no duermes, encendamos la luz.

¡Detesto ese viento! Juguemos un poco al ajedrez." "De acuerdo."

"Estoy segura de que no es el postigo. Mira... otra vez."

"Es el zarcillo de una planta que golpea contra el vidrio."

"¿Qué es lo que se ha deslizado por el tejado con ese ruido sordo?" 660

"Es el viejo invierno que rueda en el barro."

"¿Y ahora, qué haré? Mi caballo está clavado."

¿Quién deambula tan tarde en la noche y el viento?

Es la pena del escritor. Es el salvaje

viento de marzo. Es el padre y su hijo.

Después vinieron minutos, horas, al fin días enteros,

en que ella estuvo ausente de nuestros pensamientos, tan rápida
corría la vida, vellosa oruga.

Fuimos a Italia. Tendidos al sol

en una playa blanca con otros norteamericanos 670

rosados o morenos. Volvimos en avión a nuestra pequeña ciudad.

Supe que mi serie de ensayos *El hipocampo*

bravío era "universalmente aclamado".

(Se vendieron trescientos ejemplares en un año.)

De nuevo empezaron los cursos, y en las laderas de las colinas

surcadas de caminos lejanos, se veía la corriente continua

de los faros de los coches volviendo todos al sueño

de la educación universitaria. Seguiste

traduciendo a Marvell y a Donne al francés.

Fue un año de tormentas: el ciclón Lolita 680

sopló de Florida a Maine.

Marzo resplandeció. Se casaron shahs. Rusos sombríos espiaban.

Lang hizo tu retrato. Y una noche morí.

El Crashaw Club me había pagado para que explicara
por qué la Poesía tiene Sentido para Nosotros.

Pronuncié mi sermón, aburrido pero breve.

Cuando me iba con cierta prisa, para evitar
el llamado "momento de las preguntas" del final,
uno de esos individuos atrabiliarios que van
a esas charlas sólo para decir que no están de acuerdo, 690
se levantó y me señaló con la pipa.

Y entonces se produjo —el ataque, el trance
o una de mis viejas crisis—. Había por casualidad
un médico en la primera fila. A sus pies
oportunamente caí. Mi corazón había dejado de latir,
parece, y pasaron varios momentos
antes de que palpitara y continuara penosamente
hacia un destino más concluyente. Préstense ahora
toda su atención.

No puedo decirles cómo
lo supe... pero yo sabía que había cruzado 700
la frontera. Todo lo que amaba estaba perdido

pero no había aorta que señalara pesadumbre.

Un sol de goma convulso se ocultó,
y la nada negro sangre empezó a tejer
un sistema de células encadenadas en el interior
de células encadenadas en el interior de células encadenadas
en el interior de un único vástago. Y horriblemente clara
contra la oscuridad, una alta fontana blanca jugaba.

Me di cuenta, claro, de que no estaba formada
de nuestros átomos; que el sentido detrás 710
de la escena no era nuestro sentido. En la vida, el espíritu
de cualquier hombre reconoce rápidamente
las ilusiones de la naturaleza, y entonces delante de sus ojos
la caña se convierte en pájaro, la ramita nudosa
en una oruga geométrica, y la cabeza de la cobra, en una gran
falena malignamente replegada. Pero en el caso
de mi fontana blanca lo que sustituía
perceptivamente era algo que, yo lo sentía,
sólo podía ser comprendido por el que residiera
en el extraño mundo donde yo era un simple extraviado. 720

Y ahora vi que se desvanecía:

aunque aún inconsciente, yo estaba de vuelta en la tierra.

La historia que conté provocó la hilaridad de mi médico.

Dudaba mucho de que en el estado en que

me había encontrado, "se pudiera tener alucinaciones

o cualquier tipo de sueños. Más tarde, quizá,

pero no durante el colapso mismo.

No, Sr. Shade."

¡Pero Doctor, yo estaba muerto!

Sonrió. "No del todo: justo la mitad de una sombra", dijo.

Sin embargo, yo vacilaba. Mentalmente seguía 730

repasando toda la escena. De nuevo bajé

del estrado, y me sentí extraño y acalorado,

y vi que el tipo se levantaba, y me desplomé, no

porque un importuno me señalara con la pipa,

sino probablemente porque el tiempo estaba maduro

para ese sobrevuelo preciso y ese desfallecimiento

de un globo desinflado, de un viejo corazón inestable.

Mi visión trasudaba veracidad. Tenía el tono,

la quiddidad y la singularidad de su propia

realidad. *Era.* A medida que pasaba el tiempo 740

su vertical constante brillaba triunfalmente.

A menudo, cuando turbado por el resplandor exterior
de la calle y su pugna, me volvía a mí mismo y allí,
allí en el trasfondo de mi alma la encontraba,
¡Vieja Fiel! Y su presencia me consolaba siempre
maravillosamente. Entonces, un día,
encontré algo que parecía una manifestación idéntica.

Era un artículo aparecido en una revista
acerca de una tal Sra. Z. cuyo corazón
había sido reanimado por la mano pronta de un cirujano. 750

Habló al periodista de "la tierra
más allá del Velo" y el relato contenía
una alusión a los ángeles, y un reflejo
de vitrales, y un poco de música suave, y una selección
de cánticos, y la voz de su madre:

"Más allá de este huerto a través de una especie de humo
entrevi una alta fontana blanca... y me desperté."

Si en alguna isla innombrada el Capitán Schmidt 760
ve un animal desconocido y lo atrapa,
y si, un poco después, el Capitán Smith

trae una piel, esa isla no es un mito.

¡Nuestra fontana era una señal y una marca
objetivamente perdurable en las tinieblas,
sólida como un hueso, sustancial como un diente,
y casi vulgar en su robusta verdad!

El artículo era de Jim Coates. A Jim
le escribí de inmediato. Me dio la dirección de la Sra. Z.
Hice en auto trescientas millas para hablarle. 770
Llegué. Me acogió con un murmullo apasionado.
Vi aquel pelo azul, aquellas manos pecosas, aquel aire
de orquídea extasiada... y supe que había caído en la trampa.

"¿Quién perdería la oportunidad de conocer
a tan eminente poeta?" ¡Era encantador
de mi parte haber ido! Desesperadamente traté
de hacerle mis preguntas. Fueron descartadas:
"Otra vez quizá." El periodista
tenía aún sus garabatos. Yo no debía insistir.
Me atiborró de budín de frutas, convirtiéndolo todo 780
en una estúpida visita de cortesía.
"¡No puedo creer, decía, que sea *usted!*"

Me encantó su poema de la *Blue Review*,
Ese sobre el *Mon Blon*. Una sobrina mía
escaló el Matterhorn. El otro poema
no lo entendí. El sentido, quiero decir.
Porque claro, la sonoridad... ¡Pero soy tan bruta!"

Lo era. Pude haber perseverado. Pude
haberle dicho que me contara más sobre la fontana
blanca que los dos habíamos visto "más allá del velo". 790
Pero si (pensé) mencionaba ese detalle,
ella le saltaría encima como sobre una dulce
afinidad, un lazo sacramental
que nos unía místicamente a ella y a mí,
y en un instante nuestras dos almas serían
como hermano y hermana temblando al borde
de un tierno incesto. "Creo, dije, que se está
haciendo tarde.

También visité a Coates.

Temía haber perdido las notas de la Sra. Z.
Sacó su artículo de un fichero metálico 800
"Es fiel. No le he cambiado el estilo.
Hay una errata... no es que importe mucho:

montaña, no fontana. El toque majestuoso."

¡Vida Eterna... basada en una errata!

Mientras volvía a casa reflexioné: ¿aceptar la sugestión
y dejar de investigar mi abismo?

Pero de pronto vi que allí estaba

la verdadera cuestión, el tema en contrapunto;

nada más que esto: no el texto sino la textura; no el sueño
sino la coincidencia invertida, 810

no el absurdo fútil sino una trama de sentido.

¡Sí! Bastaba que yo pudiera encontrar en la vida

algún vínculo laberíntico, una especie

de estructura concordante en el juego,

un arte plexiforme y algo del mismo

placer que quienes lo jugaban encontraban.

No importaba saber quiénes eran. Ningún ruido,

ninguna luz furtiva salía de su intrincada

morada, pero allí estaban, apartados y mudos,

jugando a un juego de mundos, transformando peones 820

en unicornios de marfil y faunos de ébano;

manteniendo aquí una larga vida, extinguiendo

allá una breve; matando a un rey balcánico;
haciendo caer del cielo un gran trozo de hielo formado
en un avión que vuela a gran altura
y causando la muerte de un granjero; escondiendo mis llaves,
mis anteojos o mi pipa. Coordinando estos
acontecimientos y estos objetos con sucesos lejanos
y objetos desaparecidos. Haciendo ornamentos
de accidentes y posibilidades. 830

Con el impermeable puesto entré en casa: Sybil, tengo
la firme convicción... "Querido, cierra la puerta.
¿Tuviste un buen viaje?" Espléndido... pero más aún,
he vuelto convencido de que puedo avanzar a tientas
hacia alguna... alguna... "¿Qué, querido?" Vaga esperanza.

CANTO CUARTO

Ahora espiaré la verdad como nadie
la ha espiado hasta este momento. Ahora gritaré como
nadie ha gritado. Ahora intentaré lo que nadie
ha intentado. Ahora haré lo que nadie ha hecho.
Y hablando de esta maravillosa máquina: 840

Me desconcierta la diferencia entre
dos modos de componer: A, la manera
que sólo ocurre en la mente del poeta,
un ensayo de los juegos que pueden ejecutar las palabras,
mientras se enjabona por tercera vez una pierna; y B,
la otra manera, mucho más decorosa, cuando
está en su escritorio, escribiendo con una pluma.

En el método B la mano sostiene el pensamiento,
la abstracta batalla se libra concretamente.
La pluma se detiene en el aire, después cae para tachar 830
una puesta de sol o restaurar una estrella,
y guía así físicamente la frase
hacia un pálido resplandor diurno a través del laberinto de tinta.
¡Pero el método A es una tortura! El cerebro
queda pronto encerrado en un casco de dolor.
Una musa en ropa de faena dirige la perforadora
que tritura y que ningún esfuerzo de la voluntad
puede interrumpir, mientras que el autómata
saca lo que acaba de poner
o va con paso vivo a la tienda de la esquina 860
a comprar el diario que ya ha leído.

¿Por qué es así? Quizá porque
en el trabajo sin pluma no hay pausa de la pluma,
y uno debe usar tres manos al mismo tiempo,
teniendo que elegir la rima necesaria,
tener bajo los ojos el verso completo
y conservar en la mente todos los ensayos precedentes.

¿O el proceso es más profundo sin escritorio
para apoyar lo falso e izar lo poético?
Porque hay esos misteriosos momentos en que, 870
demasiado cansado para borrar, dejo caer la pluma,
deambulo y obedeciendo a alguna muda orden,
la palabra justa silba y se posa en mi mano.

Mi mejor momento es la mañana; mi casa
preferida el centro del verano. Una vez me oí
despertarme mientras la mitad de mí mismo
seguía durmiendo en la cama. Liberé violentamente mi espíritu
y me atrapé... en el jardín
donde las hojas de trébol recogían en su copa el topacio del alba,
y donde estaba Shade, de pie, en camisón y con un zapato. 880
Y entonces comprendí que esa mitad también

dormía profundamente; se rieron los dos y me desperté
seguro en mi cama mientras el día rompía su cáscara,
y los mirlos caminaban y se detenían, y en el húmedo
césped tachonado, ¡había un zapato marrón! Mi sello secreto,
la huella de Shade, el misterio innato.

Espejismos, milagros, mañana del centro del verano.

Como mi biógrafo quizá es demasiado grave

o sabe demasiado poco para poder afirmar que Shade
se afeitaba en su baño, aquí va:

Había instalado un sistema 890

de bisagra y tornillo, un soporte de acero

que atravesaba la bañera para mantener en su sitio

el espejo de afeitarse justo delante de la cara

y con el dedo gordo del pie, renovando el calor del grifo,

tronaba como un rey y sangraba como Marat.

Cuanto más peso, menos sólida es mi piel;

en algunos lugares es ridículamente fina;

así, junto a la boca: el lugar entre la comisura

y mi mueca, invita al tajo perverso.

O esta papada: algún día tendré que dejarme crecer 900

la barba de collar, inveterada en mí.

Mi nuez de Adán es un higo chumbo;
ahora hablaré del mal y la desesperanza
como nadie ha hablado. Cinco, seis, siete, ocho,
nueve golpes no bastan. Diez. Palpo
a través de la fresa con crema la ensangrentada papilla
y no encuentro nada cambiado en este cuadrado pinchudo.
Tengo mis dudas sobre ese tipo manco
que en los anuncios, de un solo golpe deslizante,
abre un sendero estrecho de la oreja al mentón, 910
después se lava la cara y palpa afectuosamente su piel.
Yo soy de la clase de los bimanos maníacos.
Así como un discreto efebo en malla de baile asiste
a una mujer en una danza acrobática,
mi mano izquierda ayuda, sostiene y se desplaza.
Ahora hablaré... Mejor que el jabón
es la sensación que el poeta espera
cuando la inspiración de helada llama,
la imagen repentina y la frase inmediata
hacen correr por la piel una triple ondulación 920
que eriza todos los pelillos
como en la ampliación del dibujo animado
la barba segada cuando Nuestra Crema la sostiene.

Ahora hablaré del mal como nadie
hasta hoy ha hablado. Detesto esas cosas como el jazz;
el cretino de medias blancas que tortura a un toro
negro, estriado de rojo; el bric-à-brac de los abstractos;
las máscaras rituales primitivas; las escuelas progresivas;
la música en los supermercados; las piscinas;
los brutos, los pesados, los filisteos con conciencia de clase, Freud,
Marx, 930
los falsos pensadores, los poetas hinchados, los impostores y los
tiburones.

Y mientras la navaja rasca y cruje
en su viaje por el país de mi mejilla,
los autos pasan por la autopista, y subiendo la empinada cuesta,
grandes camiones trepan por mis maxilares,
y ahora un paquebote silencioso arriba y ahora
turistas de gafas negras visitan Beirut, y ahora aro
los campos de la vieja Zembla donde crece mi barba gris
y donde los esclavos juntan el heno entre mi boca y mi nariz.

La vida del hombre como comentario de un hermético 940
e inconcluso poema. Nota para uso ulterior.

Vistiéndome en todas las habitaciones, rimo y deambulo

por la casa, con un peine en la mano
o un calzador que se convierte en cuchara
con la que como el huevo. Por la tarde
me llevas en auto a la biblioteca. Comemos
a las seis y media. Y esa extraña musa mía
que me dicta los versos, está conmigo en todas partes,
en la biblioteca y en el auto y en mi sillón.

Y todo el tiempo, todo el tiempo, mi amor, 950
estás aquí, tú también, debajo de la palabra, sobre
la palabra, para subrayar e intensificar
el ritmo vital. Se oía crujir un vestido de mujer
en los tiempos de antaño. A menudo he percibido
el sonido y el sentido de tu pensamiento próximo.
Y todo en ti es juventud, y vuelves nuevas,
mencionándolas, viejas cosas que hice para ti.

Golfo de sombra fue mi primer libro (versos libres); *Resaca nocturna*
vino después, luego *Copa de Hebe*, último carro
en ese carnaval mojado, porque ahora llamo 960
a todo "Poemas", y no me exaspera más.

(Pero esta charla transparente exige

algún título lunar. ¡Ayúdame, Will! *Pálido Fuego*.)

Suavemente el día ha pasado en un ligero murmullo
de sostenida armonía. El cerebro está vacío,
y una espiga marrón y el sustantivo que yo quería
usar, pero rechacé, se secan en el cemento.

Quizá mi amor sensual por la *consonne*
d'appui, hijo muerto de Eco, se basa
en el sentimiento de una vida fantásticamente planeada 970
y ricamente rimada.

Creo que entiendo
la existencia, o por lo menos una minúscula parte
de mi existencia, sólo a través de mi arte,
en términos de placer combinatorio;
y si mi universo privado se escande correctamente,
lo mismo ocurrirá con el verso de las galaxias divinas
del cual sospecho que es un yámbico.

Estoy razonablemente seguro de que sobrevivimos
y de que mi tesoro vive en alguna parte,
como estoy razonablemente seguro de que 980
mañana me despertaré a las seis, el veintidós de julio
de mil novecientos cincuenta y nueve,

y de que el tiempo será probablemente bueno.
Entonces que me dejen poner este despertador,
bostezar y devolver los "Poemas" de Shade a su anaquel.

Pero todavía no es hora de acostarse. El sol
alcanza las dos últimas ventanas del viejo Dr. Sutton.
Ese hombre tendrá... ¿cuántos años? ¿Ochenta? ¿Ochenta y dos?
Me doblaba en edad el año que me casé contigo.
¿Dónde estás? En el jardín. Veo 990
parte de tu sombra cerca del nogal.
En alguna parte juegan con el herrón. Klik. Clank
(la herradura apoyada contra el farol como una borracha).
Una sombría Vanessa de raya carmesí
gira en el sol bajo, se posa en la arena
y muestra sus alas de puntas azul negro manchadas de blanco.
Y a través de la sombra fluida y de la luz menguante,
un hombre, indiferente a la mariposa
—el jardinero de algún vecino, supongo—, pasa,
remonta el sendero empujando una carretilla vacía.

COMENTARIOS

Versos 1-4: Yo era la sombra del picotero asesinado, etc.

En esos primeros versos la imagen se refiere evidentemente a un pájaro que se estrella, en pleno vuelo, contra la superficie externa de un vidrio donde un cielo reflejado, con su color apenas más oscuro y una nube apenas más lenta, da la ilusión del espacio continuo. Podemos imaginarnos a John Shade al comienzo de su adolescencia, un muchachito de un físico sin atractivo pero por otra parte admirablemente desarrollado, que experimenta el primer choque escatológico cuando con dedos incrédulos recoge del césped el cuerpo ovoide y compacto y contempla las rayas rojo cera que adornan esas alas gris marrón y las graciosas plumas de la cola con la punta amarillo brillante como pintura fresca. Cuando tuve la suerte de ser vecino de Shade, durante el último año de su vida, en las idílicas colinas de New Wye (véase Prólogo), solía ver esos pájaros particulares alimentándose alegremente de las bayas azul pastel de los enebros que crecían en la esquina de su casa. (Véanse también versos 181-182.)

Mi conocimiento de las aves de jardín se había limitado a las del norte de Europa, pero un joven jardinero de New—, Wye en quien yo estaba interesado (véase nota al verso 998), me ayudó a identificar los perfiles de no pocos de esos pequeños extranjeros de aspecto tropical y sus cómicos llamados; y naturalmente, cada cima de árbol dirigía su línea punteada hacia el tratado de ornitología que estaba sobre mi escritorio al cual me lanzaba yo desde el césped en nomenclatúrica agitación. ¡Qué difícil me resultaba aplicar el nombre de "petirrojo" al impostor suburbano, el ave grosera, con su librea descuidada de un rojo opaco y esa fruición repugnante con que consumía largos, tristes, pasivos gusanos!

Dicho sea de paso, es curioso observar que un pájaro con cresta, llamado en zemblano *sampel* ("cola de seda"), muy parecido al picotero por su forma y su color, es el modelo de una de las tres criaturas heráldicas (las otras dos son un reno natural y un tritón azur con crin de oro) del escudo de armas del rey zemblano Charles el Bienamado (nacido en 1915), cuyos gloriosos infortunios comenté tantas veces con mi amigo.

El poema fue empezado en el centro justo del verano, pocos minutos después de la medianoche del 1o de julio, mientras yo jugaba al ajedrez con un joven iranio matriculado en nuestros cursos estivales; y no me cabe duda de que nuestro poeta hubiera comprendido la tentación de sincronizar cierto

hecho fatídico, la partida de Zembla del pretendido regicida Gradus, y esa fecha. En realidad Gradus salió de Onhava en el avión de Copenhague el 5 de julio.

Verso 12: la tierra de cristal.

Quizá una alusión a Zembla, mi querida patria. Después de esto, no estoy del todo seguro de haber descifrado correctamente el borrador descosido, medio borrado:

Ah, no debo olvidar de decir algo
que mi amigo me contó de cierto rey.

¡Ay, hubiera dicho mucho más si cierta anticarlista de su medio familiar no hubiera controlado cada línea que él le comunicaba! Más de una vez lo reprendí en tono de broma:

—¡Debería prometerme de veras que usará todo ese material maravilloso, mal poeta con canas! —Y los dos nos moríamos de risa como chicos. Pero luego, después de la inspiradora caminata vespertina, teníamos que separarnos y la noche amenazadora levantaba el puente levadizo entre su fortaleza inexpugnable y mi humilde morada.

El reinado de ese Rey (1936-1958) será recordado al menos por algunos historiadores sagaces por pacífico y elegante. Gracias a un fluido sistema de sensatas alianzas, Marte nunca ensombreció los anales de su tiempo. En el plano interno, mientras la corrupción, la traición y el Extremismo no penetraron en él, la Plaza del Pueblo (parlamento) funcionó en perfecta armonía con el Consejo Real. En efecto, la armonía era la contraseña del reino. Florecían las bellas artes y la ciencia pura. Se permitía el desarrollo de la tecnología, la física aplicada, la química industrial, etc. Un pequeño rascacielos de vidrio ultramarino se levantaba lentamente en Onhava. El clima parecía mejorar. Los impuestos se habían convertido en una obra de arte. Los pobres se enriquecían un poco y los ricos se empobrecían un poco (con arreglo a lo

que algún día se llamará quizá la ley de Kinbote). La asistencia médica se iba extendiendo a los confines del Estado; cada otoño, en su viaje por el país, cuando los fresnos alpestres se cargaban de frutos coral y los charcos tintineaban como mica, era cada vez menos frecuente que el cordial y elocuente monarca fuera interrumpido por un acceso de tos ferina en medio de una multitud de escolares. El paracaidismo había llegado a ser un deporte popular. Todo el mundo, en una palabra, estaba contento —incluidos los agitadores políticos que provocaban alegremente una agitación pagada por un *Sosed* contento (el gigantesco vecino de Zembla). Pero no sigamos con este tema fastidioso. Para volver al Rey: tomemos por ejemplo el problema de la cultura personal. ¿Cuántas veces se han dedicado los reyes a alguna investigación especial? Entre ellos, los conquiliologistas se pueden contar con los dedos de una mano mutilada. El último rey de Zembla —en parte por influencia de su tío Conmal, el gran traductor de Shakespeare (véanse notas a los versos 39-40 y 962)—, a pesar de sus frecuentes jaquecas se entregó apasionadamente al estudio de la literatura. A los cuarenta años, no mucho antes de la caída de su trono, había alcanzado tal grado de erudición que se atrevió a acceder al ronco pedido de su venerable tío moribundo: —¡Enseña, Karlik! —Desde luego, hubiera sido indecoroso que un monarca apareciera con la toga profesoral en una cátedra universitaria para presentar a rosados jóvenes el *Finnegans Wake* como una monstruosa extensión de las "incoherentes transacciones" de Angus MacDiarmid y del Lingo-Grande de Southey ("Querido Stumparumper", etc.), o discutir las variantes zemblanas, compiladas en 1978 por Hodinski, del *Kongs-skugg-sio* (El espejo real), obra maestra anónima del siglo XII. Dio, pues, sus clases bajo un nombre supuesto y con un pesado maquillaje, peluca y barba postiza. Todos los zemblanos de barba castaña, mejillas coloradas y ojos azules se parecen, y yo que hace ya un año que no me afeito, me parezco a mi rey disfrazado (véase también la nota al verso 894).

Durante esos períodos de enseñanza, Charles Xavier se impuso la costumbre de dormir en un *pied-à-terre* que había alquilado, como lo hubiera hecho cualquier ciudadano erudito, en la calle Coriolanus: un estudio encantador, con calefacción central, cuarto de baño y cocinita. Uno recuerda con nostálgico placer su alfombra gris claro y las paredes gris perla (una de ellas ornada por una copia solitaria del *Chandelier, pot et casserole émailée*, de Picasso), un anaquel de poetas encuadernado en cuero de becerro, y un diván de apariencia virginal bajo su manta de imitación piel de panda. ¡Qué lejos de esta límpida simplicidad parecían el palacio y la odiosa Sala del Consejo con sus problemas insolubles y sus consejeros aterrados!

Verso 17: Y después el doble azul gradual; Verso 29: gris.

Por una extraordinaria coincidencia (inherente quizá a la índole contrapuntística del arte de Shade) nuestro poeta parece nombrar aquí (gradual, gris) a un hombre a quien vería durante un instante fatal tres semanas más tarde, pero cuya existencia no podía haber conocido en ese momento (2 de julio). Jakob Gradus utilizaba varios nombres: Jack Degree o Jacques de Grey, o James de Gray, y aparece también en los prontuarios policiales como Ravus, Ravenstone y d'Argus. En su morbosa preferencia por la Rusia rubicunda de la era soviética, sostenía que el verdadero origen de su nombre debía buscarse en la palabra rusa que significa uva, *vinograd*, convertida, gracias al añadido de un sufijo latino, en *Vinogradus*. Su padre, Martin Gradus, había sido pastor protestante en Riga, pero aparte de él y de un tío materno (Roman Tselovalnikov, oficial de policía y miembro a tiempo parcial del partido social-revolucionario), el resto del clan parece haberse dedicado al comercio de bebidas alcohólicas. Martin Gradus murió en 1920 y su viuda se trasladó a Estrasburgo donde murió también en seguida. Otro Gradus, comerciante alsaciano que, cosa extraña, no tenía ningún parentesco con nuestro asesino pero había mantenido una relación comercial bastante estrecha con sus padres durante años, adoptó al muchacho y lo crió con sus propios hijos. Parecería que en cierto momento el joven Gradus estudió farmacología en Zurich, y en otro viajó por brumosos viñedos como degustador ambulante de vinos. Lo encontramos después metido en actividades subversivas: imprimiendo panfletos atrabiliarios, haciendo de mensajero para oscuros grupos sindicalistas, organizando huelgas en fábricas de vidrio, y esa clase de cosas. En los años cuarenta vino a Zembla como vendedor de aguardiente. Allí se casó con la hija de un tabernero. Sus relaciones con el partido extremista datan de los primeros y feos manejos de éste, y cuando estalló la revolución, sus modestos dones de organizador fueron un tanto apreciados en diversos servicios. Su partida a Europa occidental, con un sórdido propósito en el corazón y una pistola cargada en el bolsillo, ocurrió el mismo día en que un inocente poeta en un inocente país comenzaba el Canto Segundo de *Pálido fuego*. Acompañaremos constantemente a Gradus en pensamiento, mientras se abre camino desde la distante y triste Zembla hasta la verde Appalachia, todo a lo largo del poema, siguiendo el camino de su ritmo, desfilando en una rima, deslizándose alrededor de un encabalgamiento, respirando con la cesura, balanceándose hasta el pie de la página de verso en

verso como de rama en rama, escondiéndose entre dos palabras (véase la nota al verso 596), reapareciendo en el horizonte de un nuevo canto, acercándose regularmente con paso yámbico, cruzando calles, subiendo con la valija la escalera mecánica del pentámetro, bajando, abordando un nuevo tren de pensamiento, entrando en el vestíbulo de un hotel, apagando la lámpara de la mesa de luz, mientras Shade borra una palabra, y durmiéndose mientras el poeta deja la pluma por la noche.

Verso 27: Sherlock Holmes

Detective privado aguileno, largirucho, más bien simpático, personaje principal de varios cuentos de Conan Doyle. No tengo en este momento manera de verificar a cuál de ellos se alude aquí, pero sospecho que nuestro poeta inventó simplemente el Caso de las Huellas Invertidas.

Versos 34-35: estiletes de una helada estalactita de hielo (frozen stillicide)

¡Con qué persistencia nuestro poeta evoca las imágenes del invierno en el comienzo de un poema que empezó a componer en una balsámica noche de verano! El mecanismo de las asociaciones es fácil de desmontar (vidrio lleva a cristal y cristal a hielo), pero detrás el instigador conserva el incógnito. Uno es demasiado modesto para suponer que el hecho de que el poeta y su futuro comentarista se encontraran por primera vez un día de invierno invada en cierto modo la estación real. En el precioso verso que encabeza este comentario el lector debería reparar en la última palabra. Mi diccionario define *stillicide* como "una sucesión de gotas que caen del alero, carámbano, estalactita". Recuerdo que la encontré por primera vez en un poema de Thomas Hardy. La brillante helada ha eternizado la gota en el brillante carámbano. Deberíamos también reparar en la alusión de estilo de capa y espada que aparece en los "esbeltos estiletes" y la sombra del regicida en la rima en *stillicide*.

Versos 39-40: cerrar los ojos, etc.

En el borrador estos versos están representados por las variantes siguientes:

39:... y a sus casas se apresuraban a volver los ladrones,

40: el sol con hielo robado, la luna con hojas.

Es imposible no recordar un pasaje de *Timón de Atenas* (Acto IV, escena 3) en que el misántropo habla con los tres rateros. A falta de biblioteca en la desolada cabaña de madera en que vivo como Timón en su cueva, para hacer una rápida cita debo retraducir este pasaje de una versión poética en zemblano de *Timón* que se acercará lo suficiente, espero, al texto, o por lo menos será fiel a su espíritu:

El sol es un ladrón: atrae al mar

y le roba. La luna es una ladrona:

hurta su luz plateada al sol.

El mar es un ladrón: disuelve la luna.

Para una prudente apreciación de las traducciones de Shakespeare por Conmal, véase la nota al verso 962.

Versos 41-42: podía... distinguir

A fines de mayo yo alcanzaba a distinguir los contornos de algunas de mis imágenes en la forma que el genio de Shade podría darles; a mediados de junio estaba seguro al fin de que recrearía en un poema la deslumbrante Zembra que ardía en mi cabeza. Yo lo hipnotizaba con ella, lo saturaba de mi visión, le imponía, con la loca generosidad del borracho, todo lo que por mi parte era incapaz de poner en verso. Seguramente no sería fácil encontrar en la historia de la poesía un caso similar: el de dos hombres, diferentes por su origen, su educación, sus asociaciones de ideas, su tono espiritual y su

modalidad intelectual, uno, erudito cosmopolita, el otro, poeta sedentario, unidos por un pacto secreto de este tipo. Al fin tuve la certeza de que mi Zembla había madurado en él, estallaba en rimas adecuadas, que estaba dispuesto a proyectar al menor roce. A cada momento lo apremiaba para que venciera su habitual pereza y empezara a escribir. Mi pequeña agenda de bolsillo contiene notas tales como: "Sugerí el metro decasílabo"; "volví a contar la evasión"; "le ofrecí un cuarto tranquilo en mi casa"; "discutí sobre grabaciones de mi voz para que las usara"; y finalmente, con fecha del 3 de julio: "¡poema empezado!"

Aunque comprendo demasiado, ay, que el resultado, en su pálida y diáfana fase final, no puede ser considerado como un eco directo de mi relato (del cual, de paso, sólo se dan algunos fragmentos en mis notas, sobre todo en las del Canto Primero), es difícil dudar de que el resplandor crepuscular de la historia haya actuado como agente catalítico en el proceso mismo de la sostenida efervescencia creadora que permitió a Shade producir un poema de mil versos en tres semanas. Además hay un aire de familia sintomático entre el colorido del poema y el de la historia. He releído, no sin placer, mis comentarios a sus versos y en muchos casos me he descubierto tomando en préstamo una especie de luz opalescente del astro inflamado de mi poeta, y remedando inconscientemente el estilo de la prosa de sus propios ensayos críticos. Pero su viuda y sus colegas pueden dejar de preocuparse y gozar plenamente del fruto de los consejos que hayan dado al bueno de mi poeta. Oh, sí, el texto definitivo del poema es enteramente suyo.

Si descontamos, como creo apropiado, tres alusiones casuales a la realeza (605, 822 y 894) y la "Zembla" a la manera de Pope en el verso 937, podemos concluir que el texto definitivo de *Pálido Fuego* ha sido deliberada y drásticamente limpiado de toda huella de los materiales que yo aporté; pero descubrimos también que a pesar del control ejercido sobre mi poeta por un censor doméstico y Dios sabe quién más, Shade dio refugio al fugitivo real en las bóvedas de las variantes que conservó pues en su borrador no menos de trece versos, magníficos versos cantantes (que doy en mis notas a los versos 70, 79 y 130, todos del Canto Primero, en el que el poeta evidentemente trabajó con mayor libertad creadora de la que gozó después), llevan el sello particular de mi tema, un menudo pero auténtico fantasma estelar de mis conversaciones sobre Zembla y su infortunado rey.

Versos 47-48: la casa de madera entre Goldsworth y Wordsmith

El primer nombre se refiere a la casa de Dulwich Road que le alquilé a Hugh Warren Goldsworth, autoridad en derecho romano y juez distinguido. Nunca tuve el gusto de encontrar a mi propietario pero llegué a conocer su letra tan bien como la de Shade. El segundo nombre se aplica, desde luego, a la Universidad Wordsmith. Mientras aparenta sugerir una situación intermedia entre esos dos lugares, nuestro poeta está menos preocupado por la exactitud espacial que por un ingenioso cambio de sílabas que evoca a los dos maestros del decasílabo pareado, entre los cuales abriga su propia musa. En realidad, la "casa de madera en su cuadrado de verde" estaba a cinco millas al oeste del *campus* de Wordsmith, pero sólo a unos cincuenta metros de mis ventanas del lado este.

En el prefacio de esta obra he tenido ocasión de decir algo de los encantos de mi casa. La encantadora, encantadoramente vaga señora (véase la nota al verso 691) que me la consiguió sin haberla visto, estaba llena de buenas intenciones, sin duda, especialmente porque esta casa era muy admirada en la vecindad por su "espaciosidad y gracia del viejo mundo". En realidad era una vieja casa triste, blanca y negra, en parte de madera, del tipo llamado *wodnaggen* en mi país, con gabletes esculpidos, ventanas salientes llenas de corrientes de aire y un pórtico de entrada presuntamente "seminoble", coronado por una horrible galería. El juez Goldsworth tenía una mujer y cuatro hijas. Las fotos de familia me acogieron en el vestíbulo y me persiguieron de cuarto en cuarto, y aunque estoy seguro de que Alphina (9 años), Betty (10), Cándida (12) y Dee (14) pronto dejarán de ser un horror de lindas y pequeñas escolares para transformarse en elegantes jóvenes y madres incomparables, debo confesar que sus retratos burlones me irritaron hasta tal punto que al fin los recogí uno por uno y los metí todos en un armario bajo la hilera patibularia de sus ropas de invierno cubiertas por fundas de celofán. En el escritorio encontré un gran retrato de los padres, con los sexos invertidos, pues la Sra. G. se parece a Malenkov, y el Sr. G. a una bruja con cabellera de Medusa, y lo sustituí por la reproducción de un Picasso de la primera época que me gusta mucho: un muchacho color tierra que lleva un caballo color lluvia. Pero no me preocupé mucho por los libros de la familia que estaban también desparramados en toda la casa: cuatro juegos diferentes de Enciclopedias para Niños y una, impávida, para adultos que subía de estante en estante a lo largo de una escalera para estallar en su apéndice en el desván. A juzgar por las novelas que había en el *boudoir* de la Sra. Goldsworth, sus intereses intelectuales eran muy amplios, pues iban del Ámbar al Zen. El jefe de esta familia alfabética tenía también una biblioteca,

pero consistía sobre todo en obras de derecho y en un montón de legajos de títulos muy visibles. Todo lo que el profano podía encontrar de instructivo y entretenido era un álbum encuadernado en cuero marroquí donde el juez había pegado con amor las historias de la vida y las fotos de las gentes que había enviado a la cárcel o condenado a muerte: caras inolvidables de pillos imbéciles, últimos cigarrillos y últimas muecas, las manos de apariencia bastante común de un estrangulador, una mujer que se había hecho viuda por sus propios medios, los ojos juntos e implacables de un maniaco homicida (un poco parecido, lo admito, al finado Jacques d'Argus), un brillante parricida de siete años ("Ahora, hijito, queremos que nos cuentes...") y un viejo pederasta triste y regordete que había bajado de un tiro a su extorsionador. Lo que más me sorprendió es que fuera él, mi erudito propietario, y no su "patrona", quien dirigiese la casa. No sólo me había dejado un inventario detallado de todos esos objetos que se apiñan alrededor de un nuevo inquilino como un tropel de indígenas amenazadores, sino que se había tomado un trabajo prodigioso para escribir en pedacitos de papel recomendaciones, explicaciones, requerimientos y listas complementarias. Todo lo que toqué el día de mi llegada me proporcionó un ejemplo de goldsworthianismo. Abrí el botiquín del segundo cuarto de baño y se escapó un mensaje anunciándome que el depósito de las hojas de afeitar usadas estaba demasiado lleno para utilizarlo. Abrí la refrigeradora y me advirtió con un ladrido que "ninguna especialidad nacional con olor difícil de suprimir" debía ser guardada en ella. Abrí el cajón del escritorio y descubrí un *catalogue raisonné* de su magro contenido, que incluía una colección de ceniceros, un cortapapel damasquinado (descrito como "una daga antigua traída de Oriente por el padre de la Sra. Goldsworth"), y una vieja agenda de bolsillo sin usar, que maduraba con optimismo a la espera de que volvieran las correspondencias de su calendario. Entre otras notas detalladas sujetas en un tablero especial en la despensa, tales como instrucciones sobre las cañerías, disertaciones sobre electricidad, discursos sobre cactus, etc., etc., encontré el régimen del gato negro que venía con la casa:

Lun., mier., vier.: Hígado

Mar., juev., sáb.: Pescado

Dom.: Carne picada

(Todo lo que consiguió de mí fue leche y sardinas; era una criaturita agradable pero al cabo de un rato sus movimientos empezaron a atacarme los nervios y lo confié a la Sra. Finley, la asistenta). Pero la más divertida de las notas fue quizá la relativa a la manipulación de las cortinas de las ventanas que había que correr de diferentes maneras y a distintas horas para impedir que el sol llegara al tapizado de los muebles. Había una descripción de la posición del sol, diaria y estacional, con respecto a las diversas ventanas y de haber tenido en cuenta todo eso, hubiera estado tan ocupado como un participante en una regata. No obstante, una nota al pie sugería generosamente que en lugar de manejar las cortinas, quizá prefiriera correr los muebles más preciosos para que no quedaran expuestos al sol (dos sillones bordados y una pesada "consola real"), devolviéndolos luego a su sitio, pero que debía hacerlo con cuidado para no rayar las molduras de las paredes. Me es imposible, ay, reproducir el meticuloso horario de esas transposiciones, pero creo recordar que debía enrocar haciendo el gran desvío a la izquierda antes de acostarme, y el pequeño a la derecha apenas me levantaba. Mi querido Shade se moría de risa cuando le hice dar una vuelta de inspección y encontró él mismo alguno de esos huevos de Pascua. Gracias a Dios, su robusta hilaridad disipó la atmósfera de *damnum infectum* en la que se suponía que yo debía vivir. Por su parte, me regaló con varias anécdotas relacionadas con el ingenio cáustico y los manierismos tribunalicios del juez; la mayoría de esas anécdotas eran sin duda exageraciones folklóricas, algunas evidentemente inventadas y todas inofensivas. No aludió —mi amable y viejo amigo nunca lo hacía— a las ridículas historias acerca de las sombras aterradoras que la toga del juez Goldsworth proyectaba sobre el mundo del hampa, o acerca de esta o aquella bestia enterrada en la cárcel y muriéndose positivamente de *raghdirst* (sed de venganza) —groseras trivialidades difundidas por seres viles y sin corazón—, obra de todos aquellos para quienes lo novelesco, lo remoto, los cielos escarlata forrados de piel de lutre, las dunas anochecidas de un reino fabuloso simplemente no existen. Pero basta. Volvámonos hacia las ventanas del poeta. No tengo ningún deseo de retorcer y maltratar un *apparatus criticus* sin ambigüedad para convertirlo en el monstruoso simulacro de una novela.

Hoy me sería imposible describir la casa de Shade en términos arquitectónicos o en otros que no sean los vistazos furtivos, los atisbos y las oportunidades limitadas por las ventanas. Como dije antes (véase Prólogo), la llegada del verano planteaba un problema de óptica: el follaje usurpador no siempre estaba de acuerdo conmigo: confundía un monóculo verde con un obturador opaco, y la idea de protección con la de obstrucción. Entretanto (el 3

de julio según mi agenda) supe —no por John sino por Sybil— que mi amigo había empezado a trabajar en un largo poema. Como hacía un par de días que no lo veía, me aprestaba a llevarle algunos folletos de su buzón de correspondencia situado en el camino, contiguo al de Goldsworth (que yo solía ignorar, atiborrado como estaba de volantes, propaganda local, catálogos comerciales y esa clase de porquerías), cuando me topé con Sybil a quien un arbusto había ocultado de mi ojo de águila. Con sombrero de paja y guantes de jardinería, estaba en cuclillas delante de un cantero de flores podando o atando algo, y sus estrechos pantalones castaños me recordaron los calzones mandolina (como yo los llamaba en broma) que solía usar mi mujer. Me dijo que no molestara a Shade con esas propagandas y añadió el dato de que acababa de "empezar un poema realmente grande". Sentí que la sangre me subía a la cara y murmuré algo acerca de que aún no me había mostrado nada, y ella se incorporó y se retiró el pelo entrecano de la frente y me miró fijo y dijo: "¿Qué quiere decir con eso de no mostrar nada? Nunca muestra nada sin terminar. Nunca, nunca. Ni siquiera lo comenta mientras no está totalmente terminado totalmente". Yo no podía creerlo, pero pronto descubrí hablando con mi amigo, extrañamente reticente, que había sido bien aleccionado. Cuando traté de sondearlo por medio de bromas joviales, como: "la gente que vive en casa de vidrio no debería escribir poemas", se limitó a bostezar y a sacudir la cabeza y replicó que "los extranjeros deberían evitar los viejos dichos". Sin embargo, el apremio por descubrir lo que él hacía con todo el material viviente, fascinante, palpitante, resplandeciente que yo le había prodigado, el deseo agudo de verlo en el trabajo (aunque el fruto de ese trabajo me fuera negado) resultaron absolutamente angustiosos e incontrolables y me hicieron incurrir en una orgía de espionaje que ninguna consideración de orgullo podía detener.

Las ventanas, como es bien sabido, han sido el consuelo de la literatura en primera persona a través de las edades. Pero este observador nunca ha podido emular en materia de pura suerte al *Héroe de nuestro tiempo* en eso de escuchar detrás de las puertas, ni al omnipresente del *Tiempo perdido*. Pero de vez en cuando me fueron acordadas unas migajas de buena caza. Cuando mi puerta ventana dejó de funcionar debido al crecimiento exuberante de un olmo, descubrí, al final de la galería, un rincón cubierto de hiedra desde el cual tenía una vista bastante amplia de la fachada de la casa del poeta. Si quería ver el lado sur podía bajar a la parte trasera de mi garaje y mirar, desde detrás de un tulipero más allá del camino sinuoso que flanqueaba la colina, varias preciosas ventanas iluminadas, porque él nunca bajaba los visillos (lo hacía ella). Si

deseaba ver el lado opuesto, todo lo que tenía que hacer era subir la pendiente hasta el punto más alto de mi jardín donde los enebros de mi guardia de corps vigilaban las estrellas, y los presagios, y la mancha de luz pálida bajo el farol solitario del camino de abajo. Al comienzo de la estación aquí evocada, yo había superado los temores muy especiales y muy privados de los que se habla en otra parte (véase nota al verso 62) y más bien me complacía en seguir en la oscuridad una prolongación de mi terreno al este, llena de malas hierbas y pedregosa, terminada en un bosquecito de acacias a un nivel un poco más alto que el lado norte de la casa del poeta.

Una vez, hace tres decenios, en mi tierna y terrible infancia, tuve la oportunidad de ver a un hombre en el acto de ponerse en contacto con Dios. Yo había vagabundado por el llamado Patio de las Rosas, detrás de la Capilla Ducal, en mi Onhava natal, durante un intervalo en el ensayo de los himnos. Mientras deambulaba por allí, levantando y refrescando alternadamente mis pantorrillas desnudas contra una pulida columna, escuchaba las agradables voces distantes mezcladas en discreta alegría pueril y a las que una casual animosidad, un disgusto por celos con cierto muchacho, me impedía unirme. Un ruido de pasos rápidos me hizo alzar los ojos malhumorados del mosaico sectil del patio: rosas realistas recortadas en piedra roja y espinas grandes, casi palpables, talladas en mármol verde. Una sombra negra caminó por esas rosas y esas espinas: un joven pastor alto, pálido, de nariz larga y pelo negro, a quien yo había visto una o dos veces en los alrededores, salió a largos pasos de la sacristía y sin verme se detuvo en medio del patio. Un disgusto culpable torcía sus labios delgados. Usaba lentes. Sus ruanos apretadas parecían agarrar los invisibles barrotes de una prisión. Pero no hay límite para la gracia que un hombre puede recibir. De pronto su apariencia se transformó en la del éxtasis y la veneración. Yo nunca había visto hasta entonces semejante llamarada de beatitud, pero percibiría algo de ese esplendor, de esa energía espiritual y de esa visión divina, ahora, en otro país, reflejado en el rostro rudo y feo del viejo John Shade. ¡Qué contento estaba de que la vigilancia ejercida durante toda la primavera me hubiera permitido observarlo en su milagrosa tarea de mediados del verano! Había aprendido exactamente cuándo y dónde encontrar los mejores lugares de observación desde los cuales podría seguir los contornos de su inspiración. Mis binóculos iban a buscarlo y lo enfocaban desde lejos en los diversos lugares de su labor: de noche, en el resplandor violeta de su estudio, en el piso alto, donde un espejo benévolo reflejaba para mí sus hombros encorvados y el lápiz con el que se hurgaba constantemente la oreja (inspeccionando de vez en cuando la mina, e incluso chupándola);

durante la mañana, escondido entre las sombras quebradas de su estudio del primer piso donde un vasito de alcohol viajaba silenciosamente desde el fichero hasta el atril y desde el atril hasta el anaquel de libros, para ocultarse allí en caso necesario detrás de un busto del Dante; los días calurosos, entre las plantas trepadoras de una pequeña galería en forma de glorieta, a través de cuyas guirnaldas yo entreveía un pedazo de hule donde descansaba el codo de Shade, y su puño regordete de querubín sosteniendo y frotando la sien. Variaciones de perspectiva y de luz, la interferencia del maderamen o de las hojas, me impedían habitualmente una visión clara de su rostro; y quizá la naturaleza lo disponía todo de manera de ocultar a un posible depredador los misterios de la creación; pero a veces cuando el poeta iba y venía por el césped, o se sentaba un momento en el banco del fondo, o se detenía debajo de su nogal favorito, yo podía discernir la expresión de apasionado interés, éxtasis y veneración con que seguía las imágenes que se expresaban con palabras en su espíritu, y yo sabía que por mucho que mi agnóstico amigo lo negara, en ese momento Nuestro Señor estaba con él.

Ciertas noches, cuando la casa quedaba oscura por tres lados, mucho antes de la hora habitual en que sus habitantes iban a acostarse, yo podía montar guardia desde mis tres puestos de observación, y esa misma oscuridad me decía que estaban en casa. El coche quedaba cerca del garaje, pero yo no podía creer que hubiesen salido a pie, pues en ese caso habrían dejado encendida la luz de la galería. Consideraciones y deducciones posteriores me han convencido de que la noche de la gran necesidad en que decidí verificar la cuestión fue la del 11 de julio, fecha en que Shade completó su Canto Segundo. Era una noche ventosa, calurosa, negra. Me deslicé furtivamente por entre los arbustos hasta la parte posterior de la casa. Al principio pensé que ese cuarto lado también estaba a oscuras, cerrando así la cuestión, y tuve tiempo de experimentar una extraña sensación de alivio antes de descubrir un débil cuadrado de luz debajo de la ventana de un saloncito trasero donde nunca había estado. Se hallaba abierta de par en par. Una lámpara alta con pantalla de imitación pergamino iluminaba el fondo de la habitación donde yo podía ver a Sybil y a John, ella a horcajadas sobre el borde de un diván, dándome la espalda, y él sentado en un cojín cerca del diván donde parecía recoger lentamente y apilar unos naipes esparcidos después de un solitario. Sybil se estremecía y se sonaba la nariz alternativamente; la cara de John estaba manchada y húmeda. No sabiendo en aquel momento el tipo exacto de papel que mi amigo usaba para escribir, no pude menos de preguntarme qué era lo que podía provocar tantas lágrimas al final de una partida de naipes. Como me

esforzara por ver mejor, metido hasta las rodillas en un seto de boj horriblemente elástico, hice caer la sonora tapa de un recipiente de basuras. Desde luego, se podía haber pensado erróneamente que esto era obra del viento, y Sybil odiaba el viento. De inmediato abandonó su pértiga, cerró la ventana con un gran golpe y bajó la persiana estridente.

Volví furtivamente a mi triste domicilio con el corazón oprimido y el espíritu desconcertado. Mi corazón siguió oprimido pero el desconcierto desapareció pocos días después, probablemente el día de San Swithin, pues encontré en mi pequeña agenda, debajo de la fecha, la nota anticipatoria en zemblano "*promnad vespert mid J. S.*" tachada con una petulancia que rompió la mina del lápiz en mitad del trazo. Después de esperar y esperar a mi amigo en el camino hasta que el rojo de la puesta del sol se convirtió en ceniza crepuscular, fui hasta su puerta, vacilé, sopesé las tinieblas y el silencio y eché a andar alrededor de la casa. Esta vez no me llegó el menor reflejo desde el salón de atrás, pero a la brillante y prosaica luz de la cocina percibí el extremo de una mesa pintada de blanco y a Sybil sentada a ella con una expresión de encantamiento en la cara como si acabase de inventar una nueva receta. La puerta trasera estaba entrecerrada, la abrí anunciándome y mientras iniciaba alguna frase desenvuelta, me di cuenta de que Shade, sentado al otro extremo de la mesa, estaba leyéndole algo que supuse era una parte del poema. Los dos se sobresaltaron. Una maldición impublicable se le escapó y lanzó sobre la mesa la pila de fichas que tenía en la mano. Después atribuiría este estallido de cólera al hecho de haber confundido, con sus lentes de leer, a un amigo siempre bienvenido con un vendedor inoportuno; pero debo decir que la cosa me chocó, me chocó enormemente, y me dispuso en ese momento a descubrir un feo sentido en todo lo que siguió. —Bueno, siéntese —dijo Sybil— y tome una taza de café —(los vencedores son generosos). Acepté porque quería ver si el recitado proseguía en mi presencia. No fue así. —Pensé —dije a mi amigo—, que usted vendría a hacer una caminata conmigo. —Se disculpó diciendo que no se sentía muy bien y siguió limpiando el hornillo de la pipa con la misma ferocidad que si estuviera escarbando en mi corazón.

¡No sólo comprendí entonces que Shade leía regularmente a Sybil las partes que se acumulaban de su poema, sino que ahora me doy cuenta de que, con la misma regularidad, ella lo obligaba a atenuar o a suprimir de la copia en limpio todo lo relacionado con el magnífico tema zemblano que yo seguía proporcionándole y que, por no saber gran cosa de la obra en curso, creía ingenuamente que se convertiría en el rico hilo conductor de su trama!

Más arriba, en la misma colina boscosa, se encontraba y se encuentra» todavía, creo, la vieja casa de madera del Dr. Sutton y, justo en la cima, la eternidad no desalojará la villa ultramoderna del Profesor C. desde cuya terraza se podía distinguir, al sur, el más grande y más triste de los tres lagos reunidos que recibían el nombre de Omega, Ozero y Zero (nombres indios mutilados por los primeros colonos a fin de acomodar especiosas derivaciones y alusiones triviales). Del lado norte de la colina, Dulwich Road se une cotí el camino principal que lleva a la Universidad Wbrdsmith a la que dedicaré aquí sólo unas pocas palabras, en parte porque debería haber toda clase de folletos explicativos para el lector que escriba a la Oficina de Publicidad de la Universidad, pero sobre todo porque, al hacer esta referencia a Wordsmith más breve que las notas sobre las casas de Shade y Goldsworth, deseo subrayar el hecho de que el College está mucho más lejos de ellas que una de la otra. Probablemente es la primera vez que el sordo dolor de la distancia se expresa a través de un esfuerzo del estilo y que una idea topográfica encuentra su expresión verbal en una serie de frases abreviadas.

Después de serpentear durante unas cuatro millas en dirección general al este, a través de un barrio residencial magníficamente fumigado y regado, con extensiones de césped de diversa inclinación que descienden por ambos lados, el camino se bifurca: una rama dobla a la izquierda en dirección a New Wye y su ansiado aeropuerto; la otra continúa al *campus*. Ahí están las grandes mansiones de la locura, los dormitorios impecablemente planeados —loqueros de música salvaje—, el magnífico palacio de la Administración, las paredes de ladrillo, las arcadas, los patios de honor contorneados de terciopelo verde y crisopraco, Spencer House y su estanque de nenúfares, la Capilla, la nueva Sala de Conferencias, la Biblioteca, el edificio como una cárcel donde están nuestras aulas y oficinas (en adelante llamado Shade Hall), la famosa avenida con todos los árboles mencionados por Shakespeare, un zumbido lejano, un atisbo de bruma, la cúpula turquesa del Observatorio, jirones y pálidos plumajes de cirrus, y la cancha de fútbol en forma de anfiteatro romano rodeado por una cortina de álamos, desierta los días de verano, salvo que un muchachito soñador vaya a remontar —en el extremo de una larga cuerda en un círculo zumbante— un avión de modelo reducido propulsado por un motor. Jesús mío, haz algo.

Verso 49: nogal

Un nogal americano. Nuestro poeta compartía con los maestros ingleses el noble don de transplantar a sus versos árboles con su savia y su sombra. Hace muchos años Disa, la Reina de nuestro Rey, cuyos árboles favoritos eran el Jacaranda y ginkgo, copió en su álbum una cuarteta de una compilación de poemas cortos de John Shade, *Copa de Hebe*, que no puedo dejar de citar aquí (de una carta que recibí el 6 de abril de 1959, desde el sur de Francia) :

EL ÁRBOL SAGRADO

La hoja de ginkgo, de dorado matiz, al caer,
uva moscatel,
parece una mariposa anticuada,
mal abierta.

Cuando se construyó la nueva iglesia episcopal de New Wye (véase nota al verso 549), los bulldozers respetaron un semicírculo de esos árboles sagrados plantados por un paisajista de genio (Repburg) al final de la llamada Avenida Shakespeare, en el *campus*. No sé si la cuestión es pertinente o no, pero en el segundo verso, juega el gato con el ratón y "árbol" es *grados* en zemblano.

Verso 37: el fantasma del columpio de mi hijita

Después de este verso, Shade tachó ligeramente en el borrador los siguientes:

La luz es buena; las lámparas de lectura de largo cuello;
todas las puertas tienen llave. Tu moderno arquitecto

está en connivencia con los psicoanalistas:
al planear el dormitorio de los padres, insiste
en las puertas sin cerradura para que, al mirar hacia atrás,
el futuro paciente del futuro charlatán,
pueda encontrar, toda preparada para él, la Escena Primaria.

Verso 61: el enorme sujetapapeles de la televisión

En la noticia necrológica, por lo demás hueca y bastante necia, mencionada en mis notas a los versos 71-72, se cita un poema manuscrito (enviado por Sybil Shade) del que se dice que fue "compuesto por nuestro poeta al parecer a fines de junio, es decir, menos de un mes antes de la muerte de nuestro poeta, siendo por lo tanto el último poema breve que nuestro poeta escribió".

Es este:

EL COLUMPIO

El sol poniente que ilumina las puntas
de los gigantescos sujetapapeles de la TV
sobre el tejado;

la sombra del puño del pestillo que
al ponerse el sol es un bate de béisbol
en la puerta;

el cardenal que gusta de posarse
y hacer chip-wit, chip-wit, chip-wit
en el árbol;

el columpio vacío que se mece
debajo del árbol: estas son las cosas
que me traspasan el corazón.

Dejo al lector de *mi* poeta el cuidado de decidir si es probable que hubiera escrito esto sólo unos pocos días antes de repetir sus temas en miniatura en esta parte del poema. Sospecho que se trata de una tentativa muy anterior (el año no figura, pero debería fecharse poco después de la muerte de su hija) que Shade desenterró de entre sus viejos papeles para ver si podía utilizarla para *Pálido fuego* (el poema que nuestro necrólogo no conoce).

Verso 62: tantas veces

Tantas veces, casi todas las noches, durante la primavera de 1959, he temido por mi vida. La soledad es el campo de juego de Satanás. No puedo describir los abismos de mi soledad y de mi aflicción. Estaba, naturalmente, mi famoso vecino del otro lado del camino, y durante un tiempo tuve un joven y disipado inquilino (que por lo general volvía a casa después de medianoche). Sin embargo, deseo insistir en ese duro y frío núcleo de soledad que no es bueno para un alma desplazada. Todo el mundo sabe cuán dados al regicidio son los zemblanos: dos reinas, tres reyes y catorce pretendientes murieron de muerte violenta, estrangulados, apuñalados, envenenados y ahogados en el curso de un solo siglo (1700-1800). El castillo de Goldsworth se volvía particularmente solitario después de ese punto en que la bruma empieza a parecerse tanto al crepúsculo de la mente. Roces furtivos, el ruido de pasos de

las hojas del año anterior, un perro que recorría los recipientes de desperdicios, todo me evocaba a un merodeador sediento de sangre. Yo iba de una ventana a otra, con el gorro de dormir de seda empapado en sudor, el pecho desnudo como un estanque durante el deshielo, y a veces, armado con el fusil de caza del juez, me atrevía a afrontar los terrores de la terraza. Supongo que entonces, durante aquellas noches primaverales de mascarada en que el rumor de la nueva vida en los árboles remedaba cruelmente el crujido de la vieja muerte en mi cerebro, supongo que entonces, en esas noches terribles, me acostumbré a consultar las ventanas de la casa de mi vecino en la esperanza de hallar una luz de consuelo (véanse las notas a los versos 47-48). ¡Qué no hubiera dado yo por que el poeta tuviese otra crisis cardíaca (véase verso 691 y nota) de modo que me llamaran a la casa, todas las ventanas iluminadas, en medio de la noche, en un grande y cálido estallido de simpatía, de café, de llamadas telefónicas, de recetas de hierbas medicinales zemblanas (¡hacen milagros!) y un Shade resucitado llorando en mis brazos! ("Bueno, bueno, John"). Pero aquellas noches de marzo la casa estaba negra como la tumba. Y cuando el agotamiento físico y el frío sepulcral me llevaban finalmente a mi solitaria cama camera, en el piso alto, yacía despierto y jadeando como si sólo ahora viviera conscientemente aquellas peligrosas noches de mi país donde en cualquier momento una banda de revolucionarios excitados podía entrar y arrastrarme a un muro iluminado por la luna. El ruido de un auto veloz o de un camión gemebundo me llegaban como una extraña mezcla: alivio de una vida amiga y sombra aterradora de la muerte; ¿la sombra se detendría a mi puerta? ¿Venían por mí esos matones espectrales? ¿Me despacharían en seguida, o llevarían clandestinamente de vuelta a Zembla al erudito anestesiado, Rodnaya Zembla, para enfrentarlo con una jarra enceguecedora y una hilera de jueces exultantes en sus sillones inquisitoriales?

A veces yo pensaba que sólo la autodestrucción podía darme la esperanza de escapar al implacable avance de los asesinos que estaban en mí, en mis tímpanos, en mi pulso, en mi cráneo, más que en esa interminable autorruta que subía y rodeaba mi corazón con sus caracoles en el momento en que dormitaba sólo para que mi sueño se hiciera añicos por obra de ese borracho, imposible, inolvidable Bob que volvía a lo que había sido el lecho de Cándida o de Dee. Como mencioné brevemente en el prólogo, por fin lo eché, después de lo cual, durante varias noches, ni el vino, ni la música, ni la plegaria pudieron apaciguar mis temores. Por otra parte esos tiernos días primaverales eran muy tolerables, mis clases gustaban a todo el mundo y yo me obligué a asistir a todas las reuniones sociales que se me presentaban. Pero

después de la alegre velada volvían otra vez el acercamiento insidioso, el movimiento oblicuo y rastrero, ese furtivo arrastrarse y esa pausa, y de nuevo la crepitación.

El castillo Goldsworth tenía numerosas puertas exteriores y por mucho que las inspeccionara, así como los postigos de las ventanas de la planta baja, antes de irme a dormir, nunca dejé de descubrir a la mañana siguiente un cerrojo abierto, suelto, un poco separado, un poco entornado, algo solapado y de aspecto sospechoso. Una noche el gato negro que había visto pocos minutos antes escabulléndose al subsuelo donde le había dispuesto instalaciones sanitarias en un marco agradable, reapareció de pronto en el umbral de la sala de música, en medio de mi insomnio y de un disco de Wagner, arqueado el lomo y con una cinta de seda blanca que seguramente no se había atado él mismo al pescuezo. Telefoneé al 11111 y pocos minutos después estaba refiriéndome a los presuntos culpables con un policía que apreció muchísimo mi aguardiente; pero quienquiera que fuese el intruso, no había dejado huellas. Es tan fácil para una persona cruel hacer creer a la víctima de su ingeniosidad que tiene manía de persecución, o que es acosada por un asesino o que padece de alucinaciones. ¡Alucinaciones! Yo bien sabía que entre los jóvenes profesores cuyos avances rechazara, había por lo menos uno que gustaba de las bromas pesadas; lo supe desde la vez en que, al volver a casa después de una reunión muy agradable y muy exitosa de profesores y discípulos (en la que me quité impetuosamente la chaqueta para mostrar a varios alumnos interesados algunas de las tomas divertidas que practican los luchadores zemblanos) encontré en el bolsillo de la chaqueta un brutal anónimo que decía: "Su al... huele realmente mal, compadre", significando evidentemente "alucinación", aunque un crítico malévolo hubiera podido deducir del número insuficiente de puntos que el pequeño Sr. Anón, a pesar de ser profesor de inglés de primer curso, apenas conocía la ortografía.

Tengo la satisfacción de informar que poco después de Pascua mis temores desaparecieron para no volver más. A la habitación de Alphina o Betti se mudó otro inquilino, Balthasar, Príncipe de Loam, como yo le decía, que se acostaba a las nueve con elemental regularidad y a las seis de la mañana estaba plantando heliotropos (*Heliotropium turgenevi*). Esta es la flor cuyo perfume evoca con intemporal intensidad el poniente y el banco del jardín y una casa de madera pintada en una lejana comarca nórdica.

Verso 70: la nueva TV

Después de esto, en el borrador (fechado el 3 de julio), vienen unos pocos versos no numerados destinados quizá a partes posteriores del poema. En realidad no han sido suprimidos pero van acompañados de un signo de interrogación al margen y rodeados por una línea ondulante que se superpone a las letras:

Hay sucesos, casos extraños que llaman
la atención por emblemáticos. Son como
perdidas metáforas a la deriva, sin lazos,
a nada atadas. Así, ese rey nórdico
cuya desesperada evasión de la cárcel sólo
resultó afortunada porque unos cuarenta
de sus partidarios, aquella noche,
se hicieron pasar por él e imitaron su fuga...

Nunca hubiera llegado a la costa occidental si no se hubiera difundido entre sus partidarios secretos, románticos y locamente heroicos, la idea de hacerse pasar por el Rey evadido. Se ataviaron como él, poniéndose suéters colorados y gorras coloradas, y aparecieron por aquí y por allá desconcertando por completo a la policía revolucionaria. Algunos de los pillos eran mucho más jóvenes que el Rey, pero esto no tenía importancia pues los retratos suyos que había en las chozas de los montañeses y en las tiendas miopes de las aldeas, donde se podían comprar gusanos, pan de jengibre y hojas *zhiletka*, no habían envejecido desde su coronación. Se añadió una encantadora nota caricaturesca la famosa vez que desde la terraza del Hotel Kronblik, cuya telesilla lleva a los turistas al glaciar Kron, se vio a un alegre mimo flotando en el aire como una faleña roja, y a un desgraciado policía sin humor y sin gorra sentado dos sillas atrás y siguiéndolo lentamente como en un sueño. Es un placer añadir que

antes de llegar al apeadero, el falso rey se las arregló para escapar trepando a uno de los pilones que sostenían el cable de tracción (véanse también las notas a los versos 149 y 171).

Verso 71: padres

El profesor Hurley produjo con loable presteza, un mes después de la muerte del poeta, una apreciación de las obras editas de John Shade. La publicó en una oscura revista literaria cuyo nombre se me escapa en este momento, y que me mostraron en Chicago donde interrumpí por un par de días mi viaje en automóvil de New Wye a Cedarn, por aquellas tristes montañas otoñales.

Un comentario donde debería reinar una plácida erudición no es el lugar adecuado para insistir en las ridículas insuficiencias de esa pequeña nota necrológica. La he mencionado solamente porque allí recogí unos pocos y magros detalles acerca de los progenitores del poeta. Su padre, Samuel Shade, que murió a los cincuenta años, en 1902, había estudiado medicina en su juventud y era vicepresidente de una firma de instrumentos quirúrgicos de Exton. Pero su gran pasión fue lo que nuestro elocuente necrólogo llama "el estudio de la raza emplumada", añadiendo que dio nombre a un pájaro: el *Bombycilla Shadei* (debería ser *shade*, naturalmente). La madre del poeta, de soltera Carolina Lukin, le ayudó en su trabajo y trazó los admirables dibujos de sus *Pájaros de México*, que recuerdo haber visto en casa de mi amigo. Lo que el autor de la nota necrológica no sabe es que Lukin viene de Luke, igual que Locock y Luxon y Lukashevich. Es uno de los muchos casos en que el patronímico hereditario, aparentemente amorfo pero viviente y personal, evoluciona adoptando a veces formas fantásticas, en torno al muy común guijarro de un nombre de pila. Los Lukin son una familia muy antigua de Essex. Otros nombres derivan de profesiones, como Rymer, Scrivener, Limner (iluminador de pergaminos), Botkin (el zapatero, el fabricante de calzado de fantasía) y muchos otros. Mi preceptor, un escocés, solía llamar "casa estruendo" a una casa que se cae a pedazos. Pero basta.

Algunos otros detalles sobre los estudios universitarios de John Shade y los años intermedios de su vida singularmente apacible, puede consultarlas el lector en el artículo del profesor. Hubiera sido en general un trabajo aburrido de no haberlo animado, es la palabra que corresponde, ciertos rasgos

especiales. Así, hay una sola alusión a la obra maestra de mi amigo (cuyas pilas de fichas bien ordenadas, mientras escribo estas líneas, descansan al sol sobre mi mesa como otros tantos lingotes de un metal fabuloso) y la transcribo con morboso deleite: "Parece que, justo antes de su prematura muerte, nuestro poeta trabajaba en un poema autobiográfico." Las circunstancias de esta muerte son completamente deformadas por el profesor, fatídico seguidor de los señores de la prensa cotidiana quienes —quizá por razones políticas— falsificaron los motivos y las intenciones culpables sin esperar el proceso, que desgraciadamente no habría de ocurrir en este mundo (véase eventualmente mi última nota). Pero desde luego, la característica más notable del pequeño obituario es la de que no contiene ni una sola *referencia* a la maravillosa amistad que iluminó los últimos días de la vida de John.

Mi amigo no podía evocar la imagen de su padre. Al igual que el Rey (que tampoco llegaba a los tres años cuando murió su padre, el Rey Alfin), era incapaz de recordar su cara, aunque, cosa curiosa, recordaba perfectamente bien el pequeño monoplano de chocolate que tenía en sus manos de bebé mofletudo, en la última fotografía (Navidad de 1918) del melancólico aviador con pantalones de montar, en cuyo regazo estaba sentado, incómodo y a disgusto.

Alfin el Vago (1873-1918), que reinó de 1900 a 1918, aunque de 1900 a 1919 según la mayoría de los diccionarios biográficos, confusión debida al cambio de calendario del Viejo Estilo al Nuevo, debe su sobrenombre a *Amphitheatricus*, autor bastante amable de poesía de circunstancias en las gacetas liberales (¡que fue también el que rebautizó a mi capital "Uranogrado"!). La distracción del Rey Alfin no conocía límites. Era un lamentable lingüista, que sólo disponía de unas pocas frases en francés y en danés, pero cada vez que tenía que pronunciar un discurso delante de sus subditos —delante de un grupo de boquiabiertos patanes zemblanos en algún remoto valle donde había hecho un aterrizaje forzoso—, se ponía en marcha en su cabeza algún mecanismo incontrolable y volvía a esas frases, condimentándolas con un poco de latín adecuado a las circunstancias. La mayoría de las anécdotas relacionadas con sus ingenuos accesos de distracción son demasiado tontas e indecentes para manchar estas páginas; pero una de ellas que no me parece especialmente divertida arrancó a Shade tales risotadas (y me volvió *vía* sala de profesores, con tan obscenos añadidos) que me siento inclinado a darla aquí como ejemplo (y como rectificación). Un verano, antes de la primera guerra mundial, en que el emperador de un gran reino extranjero (comprendo cuán

limitada es la elección) hacía una visita muy desusada y muy halagadora a nuestro rudo y pequeño país, mi padre lo llevó junto con un joven intérprete zemblano (cuyo sexo no he de precisar), en un coche fuera de serie, recién comprado, a dar un paseo por el campo. Como de costumbre, el Rey Alfin viajaba sin la menor escolta y esto, junto con su rápida manera de conducir, parecía inquietar a su invitado. En el camino de vuelta, a unas veinte millas de Onhava, el Rey Alfin decidió detenerse para hacer reparaciones. Mientras él frangollaba en el motor, el emperador y el intérprete buscaron la sombra de unos pinos que bordeaban el camino, y sólo cuando el Rey Alfin estuvo de vuelta en Onhava se dio cuenta, por la repetición de preguntas más bien frenéticas, que había dejado a alguien en el camino ("¿Qué emperador?", se recuerda que fue su mot memorable). En general, en lo que concernía a todas mis contribuciones (o lo que yo consideraba contribuciones), ordenaba a mi poeta que las registrara por escrito, ¡y cómo!, en vez de difundirlas en charlas ociosas; pero incluso los poetas son humanos.

La distracción del Rey Alfin estaba extrañamente asociada a una pasión por las cosas mecánicas, especialmente por las máquinas voladoras. En 1912 consiguió elevarse en un "hidroplano" Fabre que parecía un paraguas, y estuvo a punto de ahogarse en el mar, entre Nitra e Indra. Estrelló dos Farmans, tres aparatos zemblanos y un Santos Dumont *Demoiselle* que amaba especialmente. En 1916 su fiel "ayudante aéreo", el Coronel Peter Gusev (más tarde pionero del paracaidismo y a los setenta años uno de los más grandes paracaidistas de todos los tiempos), construyó para él un monoplano muy especial, el Blenda IV, y este fue su pájaro fatal. La mañana de diciembre serena y no demasiado fría que los ángeles eligieron para atrapar con la red su alma dulce y pura, el Rey Alfin estaba ensayando solo un tirabuzón vertical que el Príncipe Andrey Kachurin, el famoso acróbata aéreo y héroe de la Primera Guerra Mundial, le había enseñado en Gatchina. Algo anduvo mal y se vio bajar en picada al pequeño Blenda, sin control. Detrás y por encima de él, en un biplano Caudron, el Coronel Gusev (enton-tonces Duque de Rahl) y la Reina tomaron varias fotos de lo que parecía al principio una noble y graciosa evolución pero después resultó ser algo más. A último momento el Rey Alfin consiguió enderezar su aparato y era de nuevo dueño de la gravedad cuando, inmediatamente después, se estrelló en el andamiaje de un enorme hotel que se estaba construyendo en medio de un páramo costero como si su propósito preciso fuera ponerse en el camino de un rey. Este edificio inconcluso y desventrado fue arrasado por orden de la Reina Blenda que lo hizo sustituir por un monumento de granito coronado por un inverosímil avión de bronce.

Las copias brillantes de las fotografías ampliadas que mostraban toda la catástrofe fueron descubiertas un día por Charles Xavier, entonces de ocho años, en el cajón de un escritorio-biblioteca. En algunas de esas espantosas fotografías se podían percibir los hombros y el casco de cuero del aviador extrañamente despreocupado, y en la penúltima de la serie, justo antes de hacerse añicos en una humareda blanca, se lo veía claramente alzando un brazo triunfante y tranquilizador. El niño tuvo malos sueños después de esto, pero su madre nunca descubrió que había visto esos documentos infernales.

De ella se acordaba... más o menos: una amazona alta, ancha, fuerte, de rostro rubicundo. Un primo real le había asegurado que su hijo estaría seguro y feliz bajo la tutela del admirable Sr. Campbell que había enseñado a varias princesitas obedientes a ordenar mariposas y a disfrutar de *Lord Ronald's Coronach*. Había inmolido su vida, por así decirlo, en los altares portátiles de gran número de pasatiempos, desde el estudio de las polillas de los libros hasta la caza del oso, y podía recitar *Macbeth* del principio al fin durante un paseo a pie; pero le importaba un bledo la moral de sus pupilos, prefería las damas a los zagales y no se metía en las complejidades de la pederastía zemblana. Después de una estada de 10 años partió rumbo a alguna corte exótica en 1932, cuando nuestro príncipe, que tenía diecisiete años, había empezado a dividir su tiempo entre la Universidad y su regimiento. Fue el período más agradable de su vida: estudiar poesía —sobre todo poesía inglesa—, o asistir a desfiles militares, o ir a bailes de disfraz con muchachos-muchachas o muchachas-muchachos. Su madre murió repentinamente el 21 de julio de 1936, de una oscura enfermedad de la sangre que también había afectado a la madre de ella y a su abuela. Se sentía mucho mejor el día antes, y Charles Xavier había ido a un baile de toda la noche, en el llamado Domo Ducal de Grindelwod, en esa oportunidad una reunión heterosexual formal, más bien refrescante después de algunos entretenimientos previos. A eso de las cuatro de la mañana, cuando el sol inflamaba las crestas de los árboles y el Monte Falk, convertido en un cono rosado, el Rey detuvo su poderoso coche ante una de las puertas del palacio. El aire era tan delicado, la luz tan lírica, que junto con los tres amigos que le acompañaban decidió hacer a pie, a través del bosquecillo de tilo, la distancia que faltaba hasta el Pabellón Pavoniano donde se alojaban los huéspedes. El Príncipe y Otar, un amigo platónico, iban de frac, pero habían perdido los sombreros de copa con el viento de la carretera. Algo extraño sorprendió a los cuatro cuando llegaron bajo los tilos jóvenes, en el minucioso paisaje de escarpas y contraescarpas subrayadas por sombras y contrasombras. Otar, un gentilhomme agradable y culto con una tremenda

nariz y pelo ralo, iba acompañado de sus dos amantes, Fifalda, de dieciocho años (con quien se casó después) y Fleur, de diecisiete (a quien encontraremos en otras dos notas), hijas de la Condesa de Fyler, la dama de compañía favorita de la Reina. Uno se detiene involuntariamente en esa imagen como cuando se encuentra en un punto privilegiado del tiempo y sabe retrospectivamente que en un instante la propia vida sufrirá un cambio total. De modo que allí estaba Otar, mirando con aire desconcertado las distantes ventanas de los aposentos de la Reina, y estaban las dos muchachas, una junto a otra, con sus piernas delgadas, sus chales resplandecientes, sus rosadas narices de gatitas, sus ojos verdes y pesados de sueño, sus pendientes que atrapaban y devolvían el fulgor del sol. Había alrededor unas cuantas personas, como las había siempre, a cualquier hora, junto a esa puerta delante de la cual pasaba un camino que desembocaba en la autorruta del este. Una campesina con un bollo que ella misma había horneado, sin duda la madre del centinela que aún no había venido a relevar al joven *nattdett* (hijo de la noche), moreno y sin afeitado, a su lúgubre garita, estaba sentada en un guardacantón mirando con femenina fascinación las bujías que se desplazaban como luciérnagas de una ventana a la otra; dos obreros, de pie junto a sus bicicletas, observaban también esas extrañas luces, y un borracho con bigote de foca titubeaba tanteando los troncos de los tilos. Uno repara en esos detalles secundarios en los momentos en que el ritmo de la vida decrece. El Rey observó que un poco de barro colorado manchaba los hierros de las dos bicicletas y que sus ruedas delanteras, paralelas la una a la otra, apuntaban a la misma dirección. De pronto por un sendero empinado, entre los arbustos de lilas —un atajo desde los aposentos de la Reina—, la Condesa bajó corriendo y tropezando en el borde de su bata acolchada, y en el mismo momento, desde el otro lado del palacio, los seis consejeros, vestidos con sus trajes de ceremonia y llevando como *plum cakes* las réplicas de las diversas insignias reales, empezaron a bajar los peldaños de piedra, con majestuosa prisa, pero ella les ganó por un cuerpo y nos escupió las noticias. El borracho empezó a cantar una balada obscena acerca de "Karlie-Garlie" y se cayó en el foso de la *demi-lune*. No es fácil describir claramente en breves notas sobre un poema las diversas entradas a un castillo fortificado y por eso, consciente de este problema, preparé para John Shade, en algún momento de junio, mientras le refería los acontecimientos brevemente esbozados en algunos de mis comentarios (véase la nota al verso 130, por ejemplo), un plan trazado con bastante elegancia de los aposentos, las terrazas, los bastiones y los jardines de recreo del Palacio de Onhava. A menos que haya sido destruido o robado, ese cuidadoso dibujo en

tintas de colores, hecho sobre un gran pedazo de cartón (treinta pulgadas por veinte) podría estar aún donde lo vi por última vez a mediados de julio, sobre la tapa del gran baúl negro, frente a la vieja máquina de planchar, en un nicho del pequeño corredor que lleva a la habitación llamada frutería. Si no estuviera allí, se podría buscar en el estudio del piso alto. He escrito acerca de esto a la Sra. Shade, pero no contesta a mis cartas. En caso de que todavía exista, le ruego, sin levantar la voz y muy humildemente, tan humildemente como el último de los subditos del Rey puede solicitar la inmediata restitución de sus derechos (el plan es mío y está claramente firmado con una corona negra de rey de ajedrez después de "Kinbote"), que, bien embalado, indicando *no doblar* en el sobre y por correo certificado, lo envíe a mi editor para que lo reproduzca en ediciones posteriores de esta obra. La poca energía que me quedaba ha ido disminuyendo últimamente y estas torturadoras jaquecas me impiden ahora hacer el metódico esfuerzo visual que exigiría el trazado de otro plan parecido. El baúl negro está encima de otro marrón o pardusco todavía más grande y creo que cerca hay un zorro o un coyote embalsamado, en su rincón oscuro.

Verso 79: un preterista

Escrito en frente de esto, al margen del borrador, hay dos líneas de las cuales sólo se puede descifrar la primera. Dice:

La noche es el momento de alabar el día.

Estoy casi seguro de que mi amigo estaba tratando de incorporar aquí algo que él y la Sra. Shade me habían oído citar en mis momentos de euforia, especialmente una cuarteta encantadora sacada de la contraparte zemblana del Eider Edda, en una traducción inglesa anónima (¿la de Kirby?):

El sabio alaba el día a la caída de la noche,
a la esposa cuando ha muerto,

el hielo cuando ha sido franqueado, la novia
al tumbarla, y el caballo probado.

Verso 80: mi dormitorio

Nuestro Príncipe quería a Fleur como a una hermana pero sin la más ligera sombra de incesto o de complicaciones homosexuales secundarias. Fleur tenía una carita pálida, de pómulos salientes, ojos luminosos y pelo negro rizado. Se rumoreaba que después de haber andado rondando durante meses con una taza de porcelana y la pantufla de Cenicienta, el escultor y poeta mundano Arnor había encontrado en ella lo que buscaba y había usado sus pechos y sus pies para su *Lilith llamando a Adán*; pero seguramente no soy un experto en esas tiernas cuestiones. Otar, su amante, decía que cuando uno caminaba detrás de ella y ella sabía que uno caminaba detrás, el balanceo y el juego de aquellas esbeltas caderas era algo intensamente artístico, algo que, en escuelas especiales, les enseñaban a las niñas árabes unos alcahuetes parisienses que después eran estrangulados. Sus frágiles tobillos, decía, cuando los acercaba en su delicada y ondulante marcha, eran las "joyas preocupadas" de que habla el poema de Arnor sobre una *miragarl* ("muchacha-espejismo"), por quien "un rey de sueño en los desiertos arenosos del tiempo hubiera dado trescientos camellos y tres fuentes".

/ / / /

On sagaren werem tremkin tri stana

/ / / /

Verbalala wod gev ut tri phantana

(He marcado los acentos.)

El Príncipe no hacía caso de esta charla bastante vulgar (toda, probablemente, dirigida por la madre de Fleur) y, repitámoslo, la miraba

simplemente como a una hermanastra, perfumada, elegante, con un hociquito pintado y una manera *maussade*, confusa, gala, de expresar lo poco que deseaba expresar. Su imperturbable rudeza con la nerviosa y gárrula Condesa divertía al Príncipe. Le gustaba bailar con ella... y sólo con ella. Apenas se crispaba cuando Fleur le acariciaba la mano o se pegaba silenciosamente, los labios entreabiertos, contra su mejilla que el alba macilenta después del baile ya había mancillado. A Fleur no parecía importarle que él la abandonara por placeres más viriles; lo encontraba de nuevo en la oscuridad de un coche o en el claroscuro de un *cabaret* con la contenida y ambigua sonrisa de una prima cariñosa.

Los cuarenta días transcurridos entre la muerte de la Reina Blenda y su coronación fueron quizá el período más penoso de su vida. No había amado a su madre y los desesperados e impotentes remordimientos que ahora sentía degeneraron en un enfermizo miedo físico a su fantasma. La Condesa, que parecía estar cerca de él, dando vueltas a su alrededor todo el tiempo, le había hecho asistir a sesiones de espiritismo con un experimentado médium norteamericano, sesiones en las cuales el espíritu de la Reina, utilizando el mismo tipo de tablita que había usado en vida para charlar con Thormodus Torfaeus y A. R. Wallace, escribía ahora vivazmente en inglés: "Charles toma toma quiere ama flor flor flor". Un viejo psiquiatra tan totalmente sobornado por la Condesa que parecía, aun por fuera, una pera podrida, le aseguró que sus vicios habían matado subconscientemente a su madre y seguirían "matándola en él" si no renunciaba a la sodomía. Una intriga de palacio es una araña espectral donde uno más se enreda cuantos más desesperados sacudones da por liberarse. Nuestro Príncipe era joven, inexperto y estaba medio loco de insomnio. Luchó apenas. La Condesa gastó una fortuna en comprar al *Kamergrum* (valet de cámara) del Príncipe, a su guardia de corps e incluso la mayor parte del Chambelán de la Corte. Instaló su dormitorio en una pequeña antecámara contigua a su habitación de soltero, un espléndido y espacioso apartamento circular en lo alto de la elevada y maciza Torre del Sudoeste. Ese había sido el retiro de su padre y todavía se comunicaba por un alegre resbaladero con una piscina redonda situada en la sala inferior, de modo que el joven Príncipe podía empezar el día como su padre solía hacerlo, abriendo un panel debajo de su catre de campaña y cayendo en el pozo que lo depositaba directamente en el agua brillante. Para otras necesidades que no fueran el sueño, Charles Xavier había instalado en medio del piso cubierto por una alfombra persa lo que se llama una *patifolia*, es decir, una inmensa almohada de plumón de cisne, ovalada, voluptuosamente adornada de

volantes, del tamaño de una cama triple. En ese amplio nido dormía ahora Fleur, acurrucada en el hueco central, debajo de un cubrecama de auténtica piel de panda gigante que acababa de enviarle apresuradamente desde el Tibet un grupo de amigos asiáticos con motivo de su ascenso al trono. La antecámara donde estaba instalada la Condesa tenía su propia escalera interna y su cuarto de baño, pero se comunicaba también por medio de una puerta corrediza con la galería Oeste. No sé qué consejo o qué orden había recibido Fleur de su madre; pero la pobrecita resultó ser una seductora lamentable. Se pasaba el tiempo como una loca mansa, tratando de reparar una viola de amor rota o sentada en actitudes dolientes comparando dos flautas antiguas, las dos de sonido débil y triste. Entre tanto, vestido a la turca, el Príncipe se reclinaba en el amplio sillón de su padre, las piernas por encima del brazo del sillón, hojeando un volumen de *Historia Zemblica*, copiando algunos pasajes y sacando ocasionalmente de los escondrijos inferiores de su asiento un par de viejas gafas de automovilista, un anillo de ópalo negro, una bola de papel plateado de envolver chocolate, o la estrella de una orden extranjera.

Hacia calor al sol de la tarde. El segundo día de su ridícula cohabitación, ella no llevaba más que la blusa de una especie de pijama sin mangas ni botones. La vista de sus cuatro miembros desnudos y de las tres cuevas de ratones (anatomía zemblana) le irritaba, y mientras iba y venía meditando en su discurso de coronación, le arrojaba, sin mirarla, un par de pantalones cortos o una bata de esponja. A veces, al volver al viejo y confortable sillón, la encontraba contemplando pesarosa la figura de un *bogtur* (guerrero antiguo) en el libro de historia. El la hacía salir del sillón con los ojos aún clavados en su bloc de notas, y Fleur, estirándose, se iba al asiento de la ventana y su polvoriento rayo de sol; pero después de un rato trataba de acurrucarse junto al Príncipe que debía rechazar su entrometida cabeza de pelo oscuro y rizado con una mano mientras con la otra escribía o separaba una por una las pequeñas y rosadas garras de ella de su manga o su faja.

De noche su presencia no eliminaba el insomnio, pero por lo menos mantenía en jaque al robusto fantasma de la Reina Blenda. Entre el agotamiento y la modorra, se entretenía con fantasías miserables, como la de levantarse y verter de una jarra un poco de agua fría sobre el hombro desnudo de Fleur como para apagar en él el débil fulgor de un rayo de luna. La Condesa roncaba estruendosamente en su guarida. Y más allá del vestíbulo de su vigilia (en ese momento, empezó a dormirse), en la fría y oscura galería, tendidos en el

mármol pintado y amontonados de a tres o cuatro contra la puerta cerrada, unos dormitando, otros gimiendo, estaban sus nuevos pajes, toda una montaña de muchachos de Troth, de Toscana y de Albanolandia, que le habían regalado.

Al despertarse la vio de pie con un peine en la mano delante de su espejo de vestir —o más bien del de su abuelo—, un tríptico de luz insondable, un espejo realmente fantástico firmado con un diamante por su artesano, Sudarg de Bokay. Fleur daba vueltas delante: un secreto dispositivo de reflexión recogía en las profundidades un número infinito de desnudos, guirnaldas de muchachas en grupos tristes y graciosos que se empequeñecían en la límpida distancia o se dividían en ninfas individuales algunas de las cuales, murmuró Fleur, debían de parecerse a sus antepasadas cuando eran jóvenes, paisanitas garlien peinándose la cabellera en el agua poco profunda, tan lejos como el ojo podía alcanzar, y después la pensativa sirena surgida de un viejo cuento y después nada.

La tercera noche, un gran ruido de pasos y repique de armas se dejó oír en la escalera interna, y el Primer Consejero, tres Representantes del Pueblo y el jefe de una nueva guardia de corps irrumpieron en el recinto. Lo divertido es que la idea de tener por reina a la nieta de un violinista enfurecía sobre todo a los Representantes del Pueblo. Este fue el final del casto romance de Charles Xavier con Fleur, que era bonita sin ser por ello repelente (como algunos gatos son menos repugnantes que otros para el perro de buen natural a quien se le pide que soporte el amargo efluvio de una raza extranjera). Con sus valijas blancas y sus anticuados instrumentos musicales, las dos damas se volvieron al anexo del palacio. Hubo luego una dulce vibración de alivio y después la puerta de la antecámara se abrió con alegre estrépito y todo el montón de *putti* se precipitó adentro.

Habría de pasar por una prueba mucho más dramática trece años más tarde con Disa, Duquesa de Payn, con quien se casó en 1949, como lo cuento en las notas a los versos 275 y 433-434, al que el estudioso del poema de Shade llegará en su debido momento; no hay prisa. Después hubo una serie de veranos fríos. La pobre Fleur seguía dando vueltas por allí, aunque casi invisible. Se convirtió en la protegida de Disa después que la vieja Condesa murió en el vestíbulo atestado de la Exposición de Animales de Vidrio de 1950, en que el fuego destruyó parte del mismo y Gradus ayudó a los bomberos a despejar un espacio en el centro para linchar a los incendiarios no agremiados,

o por lo menos a las personas (dos desconcertados turistas de Dinamarca) a quienes habían confundido con ellos. Nuestra joven Reina pudo haber sentido cierta sutil simpatía por su pálida dama de compañía a quien de vez en cuando el Rey veía iluminando un programa de concierto a la luz oblicua de una ventana ojival, o haciendo una música delicada en el gabinete B. El hermoso dormitorio de su época de soltero se menciona de nuevo en la nota al verso 130, como el lugar de su "lujoso cautiverio", al comienzo de la tediosa e innecesaria revolución zemblana.

Verso 85: que había visto al Papa

Pío X, Giuseppe Melchiorre Sarto, 1835-1914; Papa de 1903 a 1914.

Versos 86-90: tía Maud

Maud Shade, 1869-1950, hermana de Samuel Shade. A su muerte, Hazel (nacida en 1934) no era exactamente una recién nacida, como se dice en el verso 90. Sus pinturas me han parecido desagradables pero interesantes. La tía Maud no tenía nada de solterona y su humor extravagante y sardónico habría escandalizado a veces a las formales señoras de New Wye.

Versos 90-93: su cuarto, etc.

En el borrador, en el lugar del texto definitivo:

su cuarto

lo hemos conservado intacto. Para nosotros sus fruslerías

reconstruyen su estilo: la hoja sarcófago

(el capullo muerto y seco de una Luna)

Referencia a lo que mi diccionario define como "gran mariposa nocturna de color verde pálido, con cola, cuya oruga se alimenta del nogal". Sospecho que Shade modificó este pasaje porque el nombre de su mariposa chocaba con "Luna" en el verso siguiente.

Verso 91 sus fruslerías

Había entre ellas un álbum en el que durante cierto número de años (1937-1949) tía Maud fue pegando recortes de periódicos de un carácter ridículo o grotesco. John Shade me permitió un día que tomara nota del primero y el último de la serie; resultaron relacionados de la manera más graciosa, creo. Los dos salían de la misma revista familiar, Life, tan justamente célebre por su pudibundez con respecto a los misterios del sexo masculino; es de imaginar entonces cómo quedaron de asombradas o excitadas esas familias. El primero procede del número del 10 de mayo de 1937, p. 67, y es la publicidad de un Cierre de Garra para Pantalón (un nombre que, dicho sea de paso, agarra bastante y no se olvida). Se ve a un joven radiante de virilidad entre varias amigas extasiadas: *Usted se quedará sorprendido de la manera espectacular en que puede mejorar la bragueta de su pantalón*. El segundo es del número del 28 de marzo de 1949, p. 126, y la publicidad del Calzoncillo Hoja de Parra Hanes. Se ve a una Eva moderna espiando con veneración, desde detrás de un torpe árbol de la ciencia, a un joven y malicioso Adán, en ropa interior bastante ordinaria pero limpia, con la parte delantera del calzoncillo sombreado de una manera evidente y precisa y una leyenda que dice: *Nada mejor que una hoja de parra*.

Creo que debe de haber un grupo subversivo especial de seudocupidos, diablillos rechonchos y calvos encargados por Satanás de hacer bromas repugnantes en lugares sacrosantos.

Verso 92: el pisapapeles

La imagen de esas horrorosas antiguallas obedecía extrañamente a nuestro poeta. He recortado de un periódico que volvió a publicarlo recientemente, un viejo poema suyo donde el almacén de recuerdos conserva también un paisaje admirado por el turista:

VISTA DE MONTAÑA

Entre la montaña y el ojo
el espíritu de la distancia traza
un velo de amorosa gasa azul,
la textura misma del cielo.
Una brisa llega a los pinos y yo
me uno al aplauso general.

Pero todos sabemos que eso no puede durar,
la montaña es demasiado débil para esperar,
aunque esté reproducida y bajo vidrio
en mí como en un pisapapeles.

Verso 98: sobre el Homero de Chapman

Referencia al título del famoso soneto de Keats (a menudo citado en América) que, por una distracción del impresor, fue traspuesto, de una manera cómica, de algún otro artículo a la reseña de un acontecimiento deportivo. Acerca de otros gazapos notables, véase la nota al verso 802.

Verso 101: Ningún hombre libre necesita un Dios

Cuando se piensa en los innumerables pensadores y poetas de la historia de la creación humana cuya libertad de espíritu era engrandecida, más

que disminuida, por la Fe, uno se ve obligado a poner en duda la sabiduría de este fácil aforismo (véase también la nota al verso 509).

Verso 109: la irídula

Nubecita irisada, la *muderperlwelk* zemblana. La palabra "irídula" es, creo, invento de Shade. En la copia en limpio (ficha 9, del 4 de julio), Shade escribió en lápiz, encima de esta palabra, "peacock-herl". El "peacock-herl" es el cuerpo de cierto tipo de mosca artificial llamada también "alder". Es lo que me dice el propietario de este motel, un fanático de la pesca. (Véase también "extraños fulgores nacarados" en los versos 633-634.)

Verso 119: el Dr. Sutton

Es esta una combinación de letras tomadas de dos nombres, uno que empieza con "Sut" y el otro que termina con "ton". Dos distinguidos médicos, retirados mucho tiempo atrás, vivían en nuestra colina. Ambos eran muy viejos amigos de Shade; uno tenía una hija, presidenta del club de Sybil, y éste es el Dr. Sutton que yo evoco en mis notas a los versos 181 y 1000. También se lo menciona en el verso 986.

Versos 120-121: cinco minutos eran iguales a cuarenta onzas, etc.

En el margen izquierdo y paralelo a estos versos: "En la Edad Media una hora era igual a 480 onzas de arena fina o sea 22.560 átomos".

Me es imposible verificar esta afirmación o los cálculos del poeta para cinco minutos, es decir, trescientos segundos, porque no sé cómo se puede dividir 480 por 300 o lo contrario, pero quizá estoy simplemente cansado. El día (4 de julio) que John Shade escribió esto, Gradus el Matón se preparaba para salir de Zembla y empezar sus incesantes desatinos á través de los dos hemisferios (véase nota al verso 181).

Verso 130: nunca hice rebotar una pelota ni empuñé un bate

Francamente, yo tampoco me destacué nunca en el fútbol ni en el *cricket*; soy un jinete pasable, un esquiador vigoroso aunque nada ortodoxo, un buen patinador, un luchador astuto y un alpinista entusiasta.

En el borrador el verso 130 va seguido de cuatro versos que Shade descartó en favor de los que han quedado en la Copia en limpio (verso 131, etc.). Este falso arranque dice:

Como niños jugando en un castillo encuentran
en algún viejo armario lleno de juguetes, detrás
de los animales y las máscaras, una puerta corrediza
(cuatro palabras fuertemente tachadas) un pasadizo secreto...

La comparación ha quedado en suspenso. Es posible que nuestro poeta planeara asociarla a alguna misteriosa verdad descubierta en los síncope que sufrió en su infancia. No puedo decir cuánto siento que haya rechazado esos versos. Lo lamento no sólo por su belleza intrínseca, que es grande, sino también porque la imagen que contienen fue sugerida por algo que Shade había recibido de mí. Ya he aludido en el curso de estas notas a las aventuras de Charles Xavier, último rey de Zembla, y al vivo interés que manifestaba mi amigo por las muchas historias que le conté acerca de ese rey. La ficha en que se ha conservado la variante está fechada el 4 de julio y es un eco directo de nuestros paseos a la puesta del sol por los fragantes senderos de New Wye y Dulwich. —Siga contándome —me decía golpeando su pipa vacía contra el tronco de un haya, y mientras la coloreada nube pasaba lentamente, y más lejos, en la casa iluminada de la colina, la Sra. Shade gozaba tranquilamente de una pieza televisada, yo accedía gozoso al pedido de mi amigo.

Con palabras sencillas le describía la curiosa situación en que se encontró el Rey durante los primeros meses de la rebelión. Tenía la divertida impresión de que era la única pieza negra de lo que un inventor de problemas de ajedrez podría calificarse de rey bloqueado en el rincón, del tipo *solus rex*.

Los realistas, o por lo menos los *demmods* (demócratas moderados), podían haber impedido que el Estado se convirtiera en una vulgar tiranía moderna, si hubiesen sido capaces de hacer frente al oro corrompido y a las tropas de robots que un poderoso Estado policíaco, desde su posición ventajosa, a unas pocas millas marinas, lanzaba en la Revolución Zemblana. A pesar de que la situación era desesperada, el Rey se negó a abdicar. Cautivo taciturno y altanero, estaba enjaulado en su palacio de piedra rosa desde una de cuyas torrecillas de ángulo podían verse con ayuda de un par de prismáticos a unos esbeltos jovencitos zambulléndose en la piscina de un club deportivo de cuento de hadas y al embajador inglés con traje de franela pasado de moda jugando al tenis con el entrenador vasco en un court de arcilla tan remoto como el paraíso. ¡Qué serenas eran las montañas, cuán tiernamente pintadas en la bóveda occidental del cielo!

En alguna parte de la bruma de la ciudad había todos los días desagradables estallidos de violencia, arrestos y ejecuciones, pero la gran ciudad seguía andando como sobre ruedas, como siempre, los cafés estaban llenos, en el Teatro Real se daban espléndidos espectáculos y era realmente en el palacio donde había la más fuerte concentración de tinieblas. *Komizars* de cara pétrea, de hombros cuadrados, imponían una estricta disciplina entre las tropas de guardia, adentro y afuera. Una prudencia puritana había sellado las bodegas y suprimido todas las criadas del ala sur. Las damas de compañía hacía mucho que se habían ido, naturalmente, en el momento en que el Rey exilió a su Reina en su villa de la Riviera francesa. ¡Gracias al cielo, le habían sido ahorrados esos días atroces en el palacio mancillado!

Las puertas de todas las habitaciones estaban vigiladas. La sala de banquetes tenía tres guardianes y había no menos de cuatro holgazaneando en la biblioteca cuyos oscuros rincones parecían abrigar todas las sombras de la traición. Los dormitorios de los pocos criados que quedaban en el palacio tenían cada uno su parásito armado que bebía con un viejo lacayo ron prohibido o se tomaba libertades con un joven paje. Y en la gran Sala de los Heraldos se podía estar seguro de encontrar siempre algún bromista obscuro tratando de deslizarse en la panoplia de acero de sus huecos caballeros. ¡Y qué olor de cuero y de carnero en los espaciosos aposentos que antes embalsamaban el clavel y la lila!

Esta espantosa compañía estaba formada por dos grupos principales: uno de conscriptos de Thulé, ignorantes, de aspecto feroz pero realmente

inofensivos, y otro de extremistas muy corteses y taciturnos, de la famosa Fábrica de Vidrio donde habían temblado los primeros fuegos de la revolución. Ahora se puede revelar (puesto que está sano y salvo en París) que en este contingente había por lo menos un realista heroico disfrazado con tanto virtuosismo que a su lado sus camaradas de la guardia, confiados, parecían mediocres imitadores. En realidad Odón era uno de los actores más destacados de Zembla y se hacía aplaudir en el Teatro Real las noches que no estaba de servicio. Por su intermedio el Rey se mantenía en contacto con numerosos partidarios, jóvenes nobles, artistas, atletas de la Universidad, jugadores, Paladines de la Rosa Negra, miembros de clubes de esgrima y otros hombres de rango y audacia. Corrían rumores. Se decía que el cautivo pronto sería juzgado por un tribunal especial; pero también se decía que sería asesinado durante un aparente traslado a otro lugar de confinamiento. Aunque la fuga se discutía diariamente, los planes de los conspiradores tenían más valor estético que práctico. Una poderosa lancha a motor estaba preparada en una gruta costera de Blaick (Caleta Azul) en Zembla occidental, más allá de la cadena de altas montañas que separaba a la ciudad del mar; las imágenes del agua transparente y trémula reflejadas en la pared rocosa y en la lancha eran tentadoras, pero ninguno de los conjurados era capaz de indicar cómo podía el Rey escapar de su castillo y atravesar sano y salvo las fortificaciones.

Un día de agosto, al comienzo de su tercer mes de lujoso cautiverio en la Torre del Sudoeste, fue acusado de utilizar el espejo de mano de un petimetre y los rayos cooperativos del sol para emitir señales desde su alto ventanal. La vastedad de la vista que dominaba fue acusada no sólo de inducir a la traición sino de producir en el observador un altanero sentimiento de superioridad con respecto a sus carceleros instalados abajo. Por ese motivo una noche el Rey fue trasladado con sus bártulos a una lúgubre leonera situada en el mismo lado del palacio pero en el primer piso. Muchos años antes había sido el cuarto de tocador de su padre, Thurgus III. Después de la muerte de Thurgus (en 1900) su adornado dormitorio se transformó en una especie de capilla y la habitación adyacente, despojada de sus múltiples espejos de pie y de su sofá de seda verde, pronto degeneró en lo que siguió siendo durante medio siglo: un agujero con un baúl cerrado en un rincón y una máquina de coser anticuada en el otro. Se llegaba allí por una galería con piso de mármol, que pasaba por el lado norte y doblaba bruscamente hacia el oeste para formar un vestíbulo en el ángulo sudoeste del Palacio. La única ventana daba a un patio interior del lado sur. Esta ventana había sido alguna vez una aspillera con una maravillosa vidriera de colores donde había un pájaro de fuego y un cazador deslumbrado,

pero una pelota había hecho añicos poco antes la fabulosa escena del bosque y ahora el nuevo vidrio ordinario tenía una reja por fuera. En la pared oeste, sobre una alacena blanqueada con cal, colgaba una gran fotografía en un marco de terciopelo negro. La acción débil y fugitiva pero mil veces repetida del sol acusado de transmitir mensajes desde la torre, había patinado gradualmente esa fotografía que mostraba el perfil romántico y los anchos hombros desnudos de Iris Acht, actriz olvidada de quien se decía que había sido varios años, hasta su súbita muerte en 1888, la amante de Thurgus. En la pared opuesta, al este, una puerta de aspecto frívolo, análoga por su coloración turquesa a la única otra puerta de la habitación (que daba a la galería), pero con un candado seguro, comunicaba en un tiempo con el dormitorio del viejo calavera; ahora había perdido su falleba de cristal, y estaba flanqueada en la pared este por dos grabados allí desterrados en la época de decadencia de la habitación. Eran de los que se supone que no son para mirar, imágenes que existen simplemente como idea general de lo que se destina a satisfacer las humildes necesidades ornamentales de algún corredor o sala de espera: uno era una fea y lúgubre *Fête Flamande*, según Teniers; el otro había estado colgado alguna vez en la *nursery*, cuyos habitantes somnolientos la habían tomado siempre por la representación de unas olas espumosas en primer plano, en lugar de las formas borrosas de ovejas melancólicas que ahora revelaba.

El Rey suspiró y empezó a desvestirse. Su catre de campaña y una mesita de luz se situaban frente a la ventana, en el ángulo nordeste. Al este estaba la puerta turquesa; al norte, la puerta de la galería; al oeste, la puerta de la alacena; al sur, la ventana. El ayudante de su antiguo ayuda de cámara le quitó el *blazer* negro y los pantalones blancos. El Rey se sentó en pijama en el borde de la cama. El hombre volvió con un par de pantuflas de cuero marroquí, las calzó en los pies indiferentes de su amo y salió con los esca-pines que le había quitado. La mirada errante del Rey se detuvo en la ventana entreabierta. Se podía ver parte del patio débilmente iluminado donde, bajo un álamo rodeado por una verja, dos soldados jugaban al lansquenete sobre un banco de piedra. La noche de verano era sin estrellas e inmóvil, con distantes espasmos de relámpagos silenciosos. Alrededor de la linterna apoyada en el banco, una falena como un murciélago revoloteaba ciegamente, hasta que un jugador la bajó de un gorrazo. El Rey bostezó y los iluminados jugadores de naipes temblaron y se disolvieron en el prisma de sus lágrimas. Su mirada aburrida se paseaba de una pared a otra. La puerta de la galería estaba ligeramente entreabierta y podían oírse los pasos del guardia que iban y

venían. Sobre la alacena, Iris Acht cuadraba los hombros y miraba a otra parte. Cantó un grillo. La luz de la mesa de noche era lo bastante fuerte como para poner un fulgor brillante en la llave dorada de la cerradura de la puerta de la alacena. Y de pronto esa chispa en aquella llave hizo que una maravillosa conflagración se difundiera en la mente del prisionero.

Remontémonos desde ahora, mediados de agosto de 1958, a una cierta tarde de mayo, tres decenios atrás, en que era un joven y oscuro muchacho de trece años con un anillo de plata en el índice de la bronceada mano. La Reina Blenda, su madre, acababa de partir a Viena y a Roma. Tenía varios compañeros de juegos favoritos, pero ninguno podía competir con Oleg, Duque de Rahl. En aquellos tiempos los adolescentes de familias distinguidas usaban los días de fiesta —había tantos durante nuestra larga primavera septentrional— suéters sin mangas, calcetines blancos, zapatos negros con hebilla y shorts muy ceñidos y muy cortos llamados *hotinguens*. Me gustaría poder proporcionar al lector figuras para recortar y prendas de vestir como en los libros de muñecas de papel para niños armados de tijeras. Iluminarían un poco estas oscuras noches que están destruyendo mi mente. Los dos muchachos eran especímenes bellos, piernilargos, de la adolescencia varangiana. A los doce años Oleg era el mejor centro delantero de la Escuela Ducal. Cuando estaba desvestido y reluciente en la niebla del establecimiento de baños, sus osados atributos viriles contrastaban violentamente con su gracia de niña. Era un verdadero faunito. Aquella tarde especial un chaparrón abundante laqueaba el follaje primaveral del jardín del palacio, y ¡oh, cómo se empujaban y balanceaban en tumultuoso florecimiento las lilas persas detrás de los vidrios empapados de verde, salpicados de amatista! Habría que jugar adentro. Oleg estaba retrasado. ¿Vendría?

Al joven Príncipe se le ocurrió desenterrar una colección de juguetes preciosos (regalo de un potentado extranjero recientemente asesinado con que se habían divertido Oleg y él durante una Pascua anterior, y luego quedaron abandonados como sucede con esos juguetes artísticos especiales que producen su burbuja de placer y sueltan de golpe todo su sabor antes de desaparecer en un olvido de museo. Lo que deseaba especialmente encontrar ahora era un circo de juguete muy complicado, metido en una caja grande como el estuche de un juego de croquet. Se moría de ganas de verlo; sus ojos, su cerebro y dentro del cerebro esa parte que correspondía a la yema del pulgar, recordaba vívidamente los jóvenes acróbatas morenos con sus nalgas de lentejuelas, un elegante y melancólico payaso con una golilla y sobre todo

tres elefantes de madera pulida, grandes como perritos, con coyunturas tan flexibles que se podía hacer parar sobre una pata delantera al jumbo elegantemente vestido o mantenerlo firme en la tapa de un barrilito blanco bordeado de rojo. Habían pasado apenas quince días desde la última visita de Oleg, cuando por primera vez les había sido permitido a los dos muchachos compartir el mismo lecho, y el acicate de su inconducta y la perspectiva de otra noche parecida se mezclaban ahora en nuestro joven Príncipe con una perturbación que sugería el refugio en juegos más antiguos y más inocentes.

Su preceptor inglés, que estaba en cama por haberse torcido un tobillo durante una merienda en el bosque de Mandevil, no sabía dónde podía estar ese circo; le aconsejó que lo buscara en el cuarto de trastos viejos que había al final de la Galería Oeste. Allí se dirigió el Príncipe. ¿Ese baúl negro y polvoriento? Parecía lúgubrementemente negativo. La lluvia era más perceptible aquí debido a la proximidad de una prolija gotera. ¿Y la alacena? Su llave dorada giró con dificultad. Los tres estantes y el espacio inferior estaban atiborrados de objetos dispares: una paleta con las heces de muchos atardeceres; una taza llena de cospeles; un rascaespaldas; una edición *in-treinta y dos* de *Timón de Atenas* traducida al zemblano por su tío Conmal, el hermano de la Reina; una sítala de playa (cubo de juguete); y un diamante azul de sesenta y cinco quilates, accidentalmente añadido durante su infancia a los guijarros y conchillas del cubo, y procedente de la colección de chucherías de su difunto padre; un trozo de tiza y un tablero cuadrado con un dibujo de figuras entrelazadas destinado a un juego olvidado hacía mucho tiempo. Estaba a punto de buscar en otra parte de la alacena cuando al tratar de soltar un pedazo de terciopelo negro, una de cuyas puntas se había enganchado de una manera inexplicable detrás del estante, algo cedió, el estante se movió, resultó desmontable y reveló justo debajo de su borde interno, en el fondo de la alacena, el agujero de una cerradura a la cual se adaptaba la misma llave dorada.

Con impaciencia despejó los otros dos estantes de todo lo que contenían (sobre todo ropas y zapatos viejos), lo retiró como había hecho con el del medio y abrió la puerta corrediza que había en el fondo de la alacena. Los elefantes habían sido olvidados, el Príncipe estaba de pie en el umbral de un pasadizo secreto. Las tinieblas eran totales, pero algo en la cavernosa acústica del pasadizo, que se aclaraba la garganta con un sonido hueco, le anunció grandes cosas y volvió corriendo a sus habitaciones en busca de un par de linternas y un pedómetro. Cuando volvía, llegó Oleg. Traía un tulipán. Desde la última

visita al palacio se había cortado las suaves guedejas rubias, y el joven Príncipe pensó: Sí, yo sabía que iba a ser diferente. Pero cuando Oleg frunció las doradas cejas y se acercó inclinado para enterarse del descubrimiento, el joven Príncipe supo por el aterciopelado calor de aquella oreja carmesí y por el vivaz gesto con que asintió a la investigación propuesta, que no había habido ningún cambio en su querido compañero de lecho.

No bien *Monsieur* Beauchamp se hubo sentado para una partida de ajedrez a la cabecera de la cama del Sr. Campbell y hubo presentado sus puños cerrados para la elección, el joven Príncipe se llevó a Oleg a la alacena mágica. Los cautelosos y callados peldaños alfombrados de verde de un *escalier dérobé* conducían a un pasadizo subterráneo empedrado. A decir verdad, era "subterráneo" sólo en breves tramos cuando, después de excavarle paso debajo del vestíbulo sudoeste contiguo al cuarto de trastos viejos, pasaba debajo de una serie de terrazas, debajo de la avenida de abedules del parque real y luego debajo de las tres calles transversales, el bulevar de la Academia, la calle Coriolano y el pasaje Timón, que aún lo separaban de su destino final. Por lo demás, en su curso angular y críptico se ajustaba a las diversas estructuras que iba siguiendo, aquí aprovechando de un contrafuerte para adaptarse a él como un lápiz al estuche de una agenda de bolsillo, allá atravesando los sótanos de una gran casa demasiado abundante en pasillos oscuros como para notar la furtiva intrusión. Posiblemente en el curso de los años las ocasionales repercusiones de las obras de albañilería en los alrededores o las ciegas incursiones del tiempo mismo habían establecido ciertas arcanas conexiones entre el pasadizo abandonado y el mundo exterior, pues aquí y allá, de un charco de agua estancada dulce y fétida anunciadora de un foso, o de un oscuro olor a tierra y hierba que denotaba la proximidad de un glacis, podían deducirse aperturas y penetraciones mágicas, tan estrechas y profundas como para hacer perder la razón; y en un lugar donde el pasadizo se deslizaba a través del subsuelo de una inmensa villa ducal cuyos invernaderos eran famosos por sus colecciones de flora del desierto, una ligera capa de arena cambió por un momento el sonido de las pisadas. Oleg iba adelante; sus nalgas bien formadas, ceñidas por ajustado algodón *in digo*, se movían con vivacidad, y su propio resplandor erguido, más que su antorcha, parecía iluminar con chorro de luz el techo bajo las paredes muy juntas. Detrás de él la antorcha del joven Príncipe jugaba en el suelo y ponía una capa de harina en los muslos desnudos de Oleg. El aire estaba mohoso y frío. La fantástica madriguera seguía y seguía. Empezaba una ligera cuesta ascendente. El pedómetro marcaba 1800 metros cuando llegaron por fin al término. La mágica llave del

cuarto de trastos viejos se introdujo con agradable facilidad en la cerradura de la puerta verde que tenían delante, y hubieran cumplido el acto prometido por su fácil introducción de no haber sido por la explosión de sonidos extraños que venían del otro lado de la puerta y que detuvieron a nuestros dos exploradores. Dos voces terribles, una de hombre y otra de mujer que de pronto subían a un tono apasionado, después se hundían en roncós murmullos, cambiaban insultos en gutnish tal como lo hablan los pescadores de Zembla occidental. Una abominable amenaza hizo chillar a la mujer de terror. Siguió un repentino silencio, roto ahora por la voz del hombre que murmuraba una frase breve de natural aprobación ("Perfecto, querida", o "No podía ser mejor") más espeluznante aún que lo que había precedido.

Sin consultarse, el joven Príncipe y su amigo dieron media vuelta en un pánico absurdo y con el pedómetro girando enloquecido, volvieron a la carrera por el camino que habían recorrido. —¡Uf! —dijo Oleg, una vez restituido a su sitio el último estante—. Estás todo blanco por detrás —dijo el joven Príncipe mientras subían saltando las escaleras. Encontraron a Beauchamp y a Campbell que terminaban su partida en tablas. Era casi la hora de la cena. Los dos muchachos recibieron la orden de lavarse las manos. El estremecimiento reciente de la aventura había sido sustituido ya por otra clase de excitación. Se encerraron. El agua corría inútilmente por el grifo. Los dos se hallaban en un estado viril y gemían como palomas.

Este recuerdo detallado cuya estructura y mácula ha llevado cierto tiempo describir en esta nota, atravesó la memoria del Rey en un instante. Ciertas criaturas del pasado, y era una de ellas, pueden permanecer latentes durante treinta años como ésta, mientras su habitat natural sufre calamitosos cambios. Poco después del descubrimiento del pasaje secreto, el joven Príncipe estuvo a punto de morir de neumonía. En su delirio luchaba un momento por seguir un disco luminoso que escudriñaba un túnel interminable, y al siguiente trataba de abrazar las caderas fundentes de su bello camarada. Para reponerse lo enviaron un par de temporadas al sur de Europa. La muerte de Oleg a los quince años en un accidente de tobogán, contribuyó a obliterar la realidad de su aventura. Se necesitaba una revolución nacional para que aquel pasaje secreto volviera a ser real.

Después de comprobar que los pasos crujientes del guardia se alejaban a cierta distancia, el Rey abrió la alacena. Ahora estaba vacía, salvo el minúsculo volumen de *Timon Afinsken* que aún yacía en un rincón y algunas

viejas ropas deportivas y zapatillas metidas en el compartimiento del fondo. Las pisadas se acercaban de vuelta. No se atrevió a continuar su exploración y volvió a cerrar con llave la puerta de la alacena.

Era evidente que necesitaría algunos instantes de perfecta seguridad para cumplir con un mínimo de ruido una serie de pequeños gestos: entrar en la alacena, cerrarla desde adentro, quitar los estantes, abrir la puerta secreta, volver a poner los estantes, deslizarse en la boca abierta de la oscuridad y cerrar con llave la puerta secreta. Digamos noventa segundos.

Salió a la galería y el guardia, un extremista bastante apuesto pero increíblemente estúpido, se le acercó en seguida. —Tengo cierto deseo urgente —dijo el Rey—. Quiero tocar el piano, Hal, antes de irme a dormir —Hal (si es que se llamaba así) abrió la marcha hacia la sala de música donde, como el Rey sabía, Odón montaba guardia junto al arpa enfundada. Era un fornido irlandés de cejas rojizas, con una cabeza rosada cubierta ahora por una requintada gorra de obrero ruso. El Rey se sentó al Bechstein y en cuanto se quedaron solos, explicó en pocas palabras la situación, mientras sacaba unas notas tintineantes con una mano: —Nunca he oído hablar de ningún pasadizo —murmuró Odón con el fastidio de un jugador de ajedrez a quien se le muestra cómo hubiera podido salvar la partida que ha perdido. ¿Estaba Su Majestad absolutamente seguro? Su Majestad lo estaba. ¿Suponía que llevaba fuera del Palacio? Seguramente fuera del Palacio.

De todos modos, Odón tenía que irse pocos momentos después, porque actuaba esa noche en *El Tritón*, un viejo y buen melodrama que no se había representado, dijo, por lo menos durante tres décadas. —Estoy muy satisfecho con mi propio melodrama —señaló el Rey—. Ay —dijo Odón. Frunciendo el entrecejo, se puso lentamente la chaqueta de cuero. No se podía hacer nada esa noche. Si le pedía al comandante que lo dejara de guardia, sólo provocaría sospechas, y la menor de ellas podía ser fatal. Mañana encontraría alguna oportunidad de inspeccionar esa nueva vía de evasión, si es que lo era y no una vía muerta. ¿Prometería Charlie (Su Majestad) no intentar nada hasta entonces? —Pero se están acercando cada vez más —dijo el Rey, aludiendo el ruido de golpes y desgarraduras que venía de la Galería de Cuadros. —No tanto —dijo Odón— una pulgada por hora, quizá dos. Ahora tengo que irme —añadió indicando con un guiño al solemne y corpulento guardia que venía a relevarlo.

En la creencia inconvencional pero absolutamente errónea de que las joyas de la corona estaban escondidas en algún lugar del Palacio, la nueva administración había contratado a un par de expertos extranjeros (véase nota al verso 681) para que las ubicara. Durante un mes se había estado haciendo un buen trabajo. Los dos rusos, después de dismantelar prácticamente la Cámara del Consejo y varias otras habitaciones de recepción, habían trasladado sus actividades a aquella parte de la galería donde los enormes óleos de Eystein habían fascinado a varias generaciones de príncipes y princesas zemblanos. Incapaz de conseguir un parecido y limitándose por lo tanto a un estilo convencional de retrato de homenaje, Eystein demostró ser un prodigioso maestro del *trompe l'oeil* en la pintura de diversos objetos que rodeaban a sus dignos modelos difuntos, haciéndolos parecer aún más muertos por contraste con el pétalo caído o el pulido artesanado tratados con tanto amor y destreza. Pero en algunos de esos retratos Eystein había recurrido también a una forma extraña de la superchería: entre sus ornamentaciones de madera o lana, de oro o terciopelo, insertaba una realmente hecha del material que imitaba en otros lugares con la pintura. Esta estratagema cuyo objetivo aparente era realzar el efecto de sus valores táctiles y tonales tenía, sin embargo, algo de innoble y revelaba no sólo una falla esencial en el talento de Eystein, sino el hecho básico de que la "realidad" no es ni el sujeto ni el objeto del arte verdadero, el mal crea su propia realidad especial que nada tiene que ver con la "realidad" media percibida por el ojo del común de los mortales. Pero volvamos a nuestros técnicos cuyos golpes secos van acercándose por la galería hacia el codo donde están por separarse el Rey y Odón. En ese punto colgaba un retrato que representa a un antiguo Guardián del Tesoro, el decrépito Conde Kernel, pintado con los dedos ligeramente posados en un cofre repujado y blasonado cuya superficie externa, de frente al espectador, consistía en un medallón oblongo hecho de bronce verdadero, en tanto que sobre la tapa del cofre, en perspectiva, el artista había representado en un plato el interior de una nuez dividida en dos, bellamente pintada, con dos lóbulos, como un cerebro.

—Van a tener una sorpresa —murmuró Odón en su lengua materna, mientras en un rincón el guardián gordo, cumpliendo por deber algunas formalidades más bien solitarias, daba culatazos con el rifle.

Se podía disculpar que los dos profesionales soviéticos hubiesen supuesto que encontrarían un receptáculo real detrás del metal real. En ese preciso momento estaban por decidir si arrancarían la placa o bajarían el

cuadro; pero podemos anticiparnos un poco y asegurar al lector que el receptáculo, un agujero redondo en la pared, estaba efectivamente allí, pero no contenía nada, salvo los pedazos de una cáscara de nuez.

Una cortina de hierro se había levantado en alguna parte, descubriendo otra pintada, con ninfas y nenúfares. —Mañana le traeré su flauta —exclamó Odón significativamente en la lengua vernácula y sonrió, agitó la mano desapareciendo ya, hundiéndose ya en su lejano mundo de Tespis.

El guardián gordo llevó al Rey de vuelta a su cuarto y lo dejó en manos del bello Hal. Eran las nueve y media. El Rey se acostó. El ayuda de cámara, un bribón taciturno, le sirvió su vaso habitual de leche y coñac y se llevó las pantuflas y la bata. El hombre estaba prácticamente fuera de la habitación cuando el Rey le ordenó que apagara la luz; un brazo volvió a meterse y una mano enguantada buscó el conmutador y lo hizo girar. Relámpagos distantes aún latían de vez en cuando en la ventana. El Rey terminó de beber en la oscuridad y puso el vaso vacío en la mesa de luz donde chocó repicando sordamente contra una linterna de acero preparada por las solícitas autoridades para el caso de que hubiera un corte de electricidad como últimamente solía suceder.

No podía dormir. Volviendo la cabeza, observaba la línea de luz debajo de la puerta. En ese momento se abrió suavemente y apareció su apuesto y joven carcelero. Una idea extraña danzó en la cabeza del Rey; pero todo lo que el joven quería era avisar al prisionero que tenía intención de juntarse con su compañero en el patio de al lado y que la puerta quedaría cerrada con llave hasta que volviera. Pero si el ex Rey necesitaba algo, podía llamarlo por la ventana. —¿Cuánto tiempo estarás ausente? —preguntó el Rey. —*Yeg ved ik* (no sé) —respondió el guardia. —Buenas noches, picarón —dijo el Rey.

Esperó a que la silueta del guardián apareciera en la luz del patio donde otros thuleanos lo invitaron a su juego. Entonces, en la oscuridad tranquilizadora, el Rey revolvió el fondo de la alacena en busca de ropas y se puso sobre el pijama lo que tomó por unos pantalones de esquiar y algo que olía a suéter viejo. Tanteando otro poco consiguió un par de zapatillas y un gorro de lana con visera. Después ejecutó los gestos que mentalmente había ensayado antes. Cuando estaba quitando el segundo estante, un objeto cayó con un ruidito sordo; adivinó lo que era y lo tomó como talismán.

No se atrevió a apretar el botón de la linterna hasta haberse engolfado suficientemente en el pasadizo, ni podía permitirse un tropezón ruidoso y por lo tanto se las arregló con los dieciocho peldaños invisibles en posición más o menos sentada como un novicio tímido que baja arrastrando el trasero por las rocas musgosas del Monte Kron. La pálida luz que proyectó al fin era ahora su más caro compañero, el fantasma de Oleg, el fantasma de la libertad. Experimentaba una mezcla de angustia y exaltación, una especie de alegría amorosa, como no había vuelto a sentir desde el día de su coronación cuando, mientras avanzaba hacia el trono, unos pocos compases de una música increíblemente rica, profunda, abundante (cuyos autor y fuente física nunca había podido averiguar) habían sorprendido su oído, y aspiró la brillantina del lindo paje que se había inclinado para sacar un pétalo de rosa del taburete, y a la luz de su linterna el Rey vio ahora que estaba horriblemente vestido de colorado.

El pasaje secreto parecía haberse vuelto más sórdido. La intrusión de sus alrededores era aún más evidente que el día en que dos muchachos, temblando con sus delgados suéteres y sus pantalones cortos, lo habían explorado. El charco opalescente de agua estancada se había agrandado; por su orilla caminaba un murciélago enfermo como un tullido con un paraguas roto. La capa de arena que recordaba tenía la marca impresa treinta años antes por el zapato de Oleg, tan inmortal como las huellas de la gacela domesticada de un niño egipcio grabadas treinta siglos antes en ladrillos azules del Nilo secos al sol. Y en el lugar donde el pasaje atravesaba los cimientos de un museo, extraviadas no se sabe cómo, en exilio y tiradas, había una estatua decapitada de Mercurio, conductor de las almas al Mundo Inferior, y una cratera rajada con dos figuras negras jugando a los dados bajo una palmera negra.

El último recodo del pasadizo que terminaba en la puerta verde, contenía una acumulación de tablas sueltas por encima de las cuales el fugitivo pasó no sin tropezar. Abrió el cerrojo y al empujar la puerta lo detuvo un pesado cortinaje negro. Cuando empezaba a tantear entre sus pliegues verticales en busca de alguna clase de entrada, la débil luz de su linterna agitó un ojo desesperado y se apagó. La dejó caer: la linterna se deslizó en una nada sorda. El Rey hundió los dos brazos en los profundos pliegues de la tela que olía a chocolate y a pesar de la incertidumbre y el peligro del momento, su propio movimiento le recordó físicamente, en cierto modo, las cómicas ondulaciones, primero controladas, después frenéticas, de un telón de teatro

que un actor nervioso trata en vano de atravesar. Esta sensación grotesca en ese diabólico instante, resolvió el misterio del pasaje aun antes de que se escurriera a través del cortinado para encontrarse en la *lumbarkamer* débilmente iluminada, confusamente iluminada, confusamente desordenada que había sido alguna vez el camarín de Iris Acht en el Teatro Real. Todavía era lo que había llegado a ser después de su muerte: un agujero polvoriento que daba a una especie de sala donde los actores se paseaban durante los ensayos. Los elementos de un decorado mitológico apoyados contra la pared ocultaban a medias una gran fotografía polvorienta del Rey Thurgus con marco de terciopelo —bigote tupido, *pince-nez*, medallas— tal como era en la época en que el pasadizo de una milla de largo le proporcionaba un medio extravagante para acudir a sus citas con Iris.

El fugitivo vestido de escarlata parpadeó y se dirigió hacia la sala. Encontró una cantidad de camarines. En alguna parte, a lo lejos, una tempestad de aplausos se agrandó antes de desvanecerse. Otros sonidos distantes señalaron el comienzo del intervalo. Varios actores disfrazados pasaron delante del Rey y en uno de ellos reconoció a Odón. Llevaba una chaqueta de terciopelo con botones de bronce, calzones cortos y medias rayadas, el traje dominguero de los pescadores gutnish, apretando todavía en el puño el cuchillo de cartón con el que acababa de despachar a su bienamada. —Santo Dios —dijo al ver al Rey.

Tomando un par de capas de un montón de trajes fantásticos, Odón empujó al Rey hacia una escalera que conducía a la calle. Al mismo tiempo se produjo una conmoción en un grupo de personas que fumaban en el vestíbulo. Un viejo intrigante que había conseguido el cargo de director de escena a fuerza de adular a varios funcionarios extremistas, apuntó de pronto con un dedo vibrante al Rey, pero como padecía de un serio tartamudeo no pudo proferir las palabras de reconocimiento indignado que le hacían castañetear los dientes postizos. El Rey trató de bajar sobre su cara la visera de la gorra y estuvo a punto de perder pie al final de las estrechas escaleras. Afuera llovía. Un charco reflejó su silueta escarlata. Había varios vehículos en una calle transversal. Allí es donde Odón solía dejar su coche de carrera. Durante un minuto espantoso pensó que había desaparecido, pero luego recordó con delicioso alivio que lo había estacionado aquella noche en un pasaje contiguo. (Véase la interesante nota al verso 149.)

Versos 131-132: Yo era la sombra del picotero asesinado por la ficticia lejanía del cristal de la ventana.

La exquisita melodía de los dos versos que abren el poema se reitera aquí. La repetición de esa nota prolongada se salva de la monotonía gracias a la sutil variante del verso 132 en que la asonancia entre la segunda palabra y la rima proporciona al oído una especie de lánguido placer como el eco de una canción triste semiolvidada cuyos acentos tienen más sentido que las palabras. Hoy, en que la "ficticia lejanía" ha cumplido en efecto su temible deber y el poema que tenemos es la única "sombra" que queda, no podemos menos que leer en esos versos algo más que un juego de espejos y el temblor de un espejismo. Sentimos un destino funesto en la imagen de Gradus devorando las millas y millas de "ficticia lejanía" que lo separan del pobre Shade. Él también ha de encontrar en su vuelo urgente y ciego un reflejo que lo hará polvo.

Aunque Gradus utilizara toda clase de medios de locomoción —coches alquilados, trenes locales, escaleras mecánicas, aviones— en cierto modo el ojo del espíritu lo ve, y los músculos del espíritu lo sienten atravesando el cielo con un bolso negro de viaje en una mano y un paraguas mal cerrado en la otra, en un vuelo sostenido por encima del mar y de la tierra. La fuerza que lo impulsa es la acción mágica del poema de Shade, el mecanismo y el movimiento del verso, el poderoso motor yámbico. Nunca hasta ahora el inexorable avance del destino había recibido una forma tan sensual (para otras imágenes del enfoque trascendental de este vagabundo, véase la nota al verso 17).

Verso 137: lemniscata

"Una curva única y bicircular de cuarto grado" dice mi viejo diccionario fatigado. No alcanzo a entender qué tiene que ver esto con una bicicleta y sospecho que la frase de Shade no tiene un verdadero significado. Como otros poetas antes que él, parece haber sido víctima aquí del embrujo de una eufonía falaz.

Para dar un ejemplo patente: ¿qué puede ser más resonante, más resplandeciente, qué puede sugerir más belleza plástica y coral que la palabra *coramen*? Sin embargo en realidad designa simplemente la ruda correa con que el pastor zemblano sujeta sus humildes provisiones y su raída manta al lomo

de la más apacible de sus vacas cuando las lleva al *vebodar* (pastizales de montaña).

Verso 143: un juguete de cuerda

¡Por un golpe de fortuna lo he visto! Una noche de mayo o junio caí por casa de mi amigo para recordarle una colección de folletos escritos por su abuelo, un pastor excéntrico, que según me había dicho una vez estaban guardados en el sótano. Lo encontré esperando con aire sombrío a algunas personas (colegas de su sección, creo, y sus mujeres) que venían a una cena formal. Accedió de buen grado a llevarme al sótano pero después de revolver entre pilas de libros y revistas polvorientas, dijo que trataría de encontrarlos en algún otro momento. Fue entonces cuando lo vi en un estante, entre un candelero y un despertador sin agujas. Shade, pensando que yo podía creer que había pertenecido a su hija muerta, me explicó apresuradamente que era tan viejo como él. Se trataba de un negrito de plomo pintado, con un agujero de cerradura en el costado y sin espesor, por así decirlo, pues consistía apenas en dos perfiles más o menos fundidos y su carretilla estaba toda torcida y rota. Dijo, sacudiéndose el polvo de las mangas, que lo conservaba como una especie de *memento mori*: había tenido un extraño desmayo un día, en su infancia, mientras jugaba con ese juguete. Nos interrumpió la voz de Sybil que nos llamaba desde arriba; pero no importa, ahora la máquina oxidada funcionará de nuevo, porque tengo la llave.

Verso 149: un pie en la cima de una montaña

La Cadena de Bera, una serie de escarpadas montañas de doscientas millas de largo, que no llega al extremo norte de la península zemblana (cortada en su base del continente de la locura por un canal impracticable), la divide en dos partes: la floreciente región oriental de Onhava y otras comunas como Aros y Grindelwod, y la franja occidental mucho más estrecha con sus pintorescas aldeas de pescadores y sus agradables estaciones balnearias. Las dos costas están unidas por dos autorrutas asfaltadas: la más antigua esquiva las dificultades dirigiéndose primero hacia el norte, a lo largo de las laderas orientales, en dirección a Odevalle, Yeslove y Embla, y sólo en ese momento dobla hacia el oeste en la punta más septentrional de la península; la más

nueva, una carretera maravillosamente planeada, complicada y sinuosa, atraviesa la cadena de montañas hacia el oeste, del norte de Onhava a Bregberg, y las guías turísticas la califican de "ruta panorámica". Varias pistas cruzan las montañas en diversos puntos y llevan a pasos, ninguno de los cuales tiene más de cinco mil pies de altura; algunas cimas se elevan unos dos mil pies más y conservan la nieve en el verano; y desde una de ellas, la más alta y rispida, el Monte Glitterntin, se puede distinguir los días claros, a lo lejos, al este, más allá del Golfo de la Sorpresa, una vaga iridiscencia que según dicen algunos es Rusia.

Después de escapar del teatro, nuestros amigos se habían propuesto seguir la vieja autorruta veinte millas en dirección al norte, y luego tomar a la izquierda un pobre camino poco frecuentado que los hubiera llevado eventualmente al principal escondrijo de los carlistas, un castillo de barón en un bosque de pinos en la ladera oriental de la Cadena de Bera. Pero el vigilante tartamudo había estallado al fin en un discurso espasmódico; los teléfonos funcionaron frenéticamente, y los fugitivos habían recorrido apenas unas doce millas cuando un resplandor confuso, frente a ellos, en la oscuridad, en la intersección de la vieja autorruta y la nueva, reveló una barrera que por lo menos tenía el mérito de suprimir los dos caminos de un solo golpe.

Odón dio media vuelta con el coche y en la primera oportunidad se desvió hacia el oeste, rumbo a las montañas. El sendero estrecho y lleno de baches que los tragó pasó por una leñera, llegó a un torrente, lo cruzó con gran repiqueteo de tablas y en seguida degeneró en un claro lleno de ramas cortadas. Estaban en el linde del bosque de Mandevil. El trueno retumbaba en el terrible cielo pardo.

Durante algunos segundos los dos hombres permanecieron inmóviles mirando hacia arriba. La noche y los árboles disimulaban la cuesta. Desde ese punto, un buen escalador podía llegar al paso de Bregberg al alba, si se las arreglaba para encontrar una pista practicable después de atravesar el muro negro del bosque. Decidieron separarse. Charlie proseguiría hacia el remoto tesoro de la gruta marina y Odón permanecería atrás como señuelo. Les ofrecería, dijo, una alegre persecución, adoptaría disfraces sensacionales y se pondría en contacto con el resto de la banda. Su madre era una norteamericana de New Wye, Nueva Inglaterra. Se dice que fue la primera mujer en el mundo que mató lobos y otros animales, creo, desde un avión.

Un apretón de manos, el fulgor de un relámpago. Cuando el Rey se metió entre los sombríos y húmedos helechos, su olor, su elasticidad de encaje y la mezcla de vegetación suave y de suelo escarpado le recordaron las veces que había merendado en esos lugares, en otra parte del bosque pero en la misma ladera de la montaña, y más arriba, de niño, en el campo de peñascos donde el Sr. Campbell una vez se había torcido un tobillo y habían tenido que bajarlo, fumando su pipa, dos fornidos criados. Recuerdos bastante tristes, en conjunto. ¿No había por allí un pabellón de caza, justo más allá de la cascada de Silfhar? Buena caza de perdices y becadas, deporte que apreciaba mucho su difunta madre, la Reina Blenda, una reina de *tweed* y a caballo. Ahora como entonces, la lluvia crepitaba en los árboles negros y si uno se detenía escuchaba los golpes del corazón y el gruñido lejano del torrente. ¿Qué hora es, *kot or*? Apretó el botón de su reloj de repetición que, imperturbable, silbó y tintineó las diez y veintiuna.

Cualquiera que haya tratado de escalar una pendiente empinada en una noche oscura, a través de una maraña de vegetación hostil, sabe a qué formidable tarea tenía que hacer frente nuestro montañés. Durante más de dos horas se mantuvo firme, tropezando contra los troncos, cayendo en las quebradas, aferrándose a invisibles arbustos, luchando contra un ejército de coníferas. Perdió su capa. Se preguntó si no sería preferible acurrucarse debajo de la maleza y esperar a que saliera el sol. De pronto una luz como una cabeza de alfiler brilló delante de él y pronto se encontró titubeando en la pendiente resbalosa de una pradera recién segada. Un perro ladró. Una piedra rodó bajo sus pies. Se dio cuenta de que estaba cerca de una *bore* de montaña (granja). Se dio cuenta también de que había caído en una zanja profunda llena de barro.

El nudoso granjero y su rolliza mujer que, como personajes de un cuento viejo y tedioso, ofrecieron al empapado fugitivo un agradable refugio, lo tomaron por un excéntrico excursionista que se había separado de su grupo. Se le permitió que se secara en una cocina caliente donde le dieron una comida de cuento de hadas, compuesta de pan y queso y un tazón de hidromiel de montaña. Sus sentimientos (gratitud, agotamiento, agradable calor, adormilamiento y así sucesivamente) eran demasiado evidentes para que sea necesario describirlos. Un fuego de raíces de alerce crepitaba en la estufa, y todas las sombras de su reino perdido se reunieron para danzar alrededor de su mecedora mientras dormitaba entre ese resplandor y la luz trémula de un pequeño fanal de terracota, un instrumento con un pico parecido a una

lámpara romana que colgaba sobre un estante donde unas pobres chucherías de vidrio y pedazos de nácar se convertían en microscópicos soldados hormigueando en una batalla desesperada. Se despertó con un calambre en el cuello al primer repique de cencerro del alba, encontró a su huésped afuera, en un rincón húmedo destinado a las humildes necesidades de la naturaleza, y le rogó al buen *grunter* (granjero montañés) que le indicara el camino más corto para llegar al paso. —Voy a despertar a Garh, la pereza misma —dijo el granjero.

Una escalera rudimentaria conducía a un desván. El granjero apoyó su nudosa mano en la nudosa balaustrada y lanzó hacia las tinieblas de arriba un grito gutural:

—¡Garh! ¡Garh! —Aunque se aplica a los dos sexos, ese nombre, en rigor de verdad, es masculino, y el Rey esperaba ver salir del desván a un muchacho montañés de rodillas desnudas como un ángel atezado. En cambio apareció una joven tunanta desgreñada, vestida sólo con una camisa de hombre que le llegaba hasta las rosadas pantorrillas y un par de zapatos demasiado grandes para ella. Un momento después, como si fuera una transformista, reapareció con el amarillo pelo lacio y colgando, pero la camisa sucia había sido sustituida por un pulóver sucio y las piernas estaban enfundadas en un pantalón de pana. Se le dijo que acompañara al extranjero hasta un lugar desde donde podía llegar fácilmente al paso. Una expresión soñolienta y malhumorada borraba todo el atractivo que su cara redonda y su nariz respingada hubieran podido tener para los pastores del lugar; pero cumplió de buen grado los deseos de su padre. La esposa canturreaba una antigua canción mientras se ocupaba de sus ollas y sartenes.

Antes de irse, el Rey pidió a su huésped, cuyo nombre era Griff, que aceptara una vieja moneda de oro que resultó tener en el bolsillo, el único dinero que poseía. Griff lo rechazó enérgicamente y siempre protestando, empezó la laboriosa tarea de abrir dos o tres pesadas puertas y quitarles los candados. El Rey echó una mirada a la anciana mujer, obtuvo una guiñada aprobadora y puso el mudo ducado sobre el manto de la chimenea junto a una caracola violeta contra la cual estaba apoyada una foto en colores que representaba a un elegante oficial de la guardia con su esposa descotada: Karl el Bienamado, tal como era veinte años antes, y su joven reina, una joven virgen colérica de pelo negro carbón y ojos azules como el hielo.

Las estrellas acababan de desaparecer. Detrás de la muchacha y un feliz perro de pastor subió la pista herbosa que centelleaba bajo el rocío rubí en la luz teatral de un alba alpina. El aire mismo parecía coloreado y lustroso. Un frío sepulcral emanaba de la cuesta escarpada a cuyo flanco subía la pista; pero en el lado opuesto que caía a pique, aquí y allá, entre las cimas de los pinos que crecían más abajo, los rayos del sol como telarañas empezaban a urdir su trama de calor. En el recodo siguiente ese calor envolvió al fugitivo y una mariposa negra bajó bailando una pendiente de guijarros. El sendero seguía estrechándose y deteriorándose poco a poco en medio de una confusión de peñascos. La muchacha señaló las pendientes más allá de la pista. Él asintió con la cabeza. —Ahora vete a casa —dijo—. Descansaré aquí y luego continuaré solo.

Se dejó caer en la hierba cerca de una conifera rampante y aspiró el aire brillante. El perro jadeante se tendió a sus pies. Garh sonrió por primera vez. Las muchachas montañosas de Zembla son por lo general meros mecanismos de lujuria fortuita, y Garh no era una excepción. En cuanto se hubo instalado junto a él, se inclinó y deslizó por encima de su cabeza despeinada el grueso pulóver gris, revelando su espalda desnuda y sus pechos de *blancmangé*, e inundó a su compañero embarazado en toda la acritud de una feminidad descuidada. Iba a seguir desvestiéndose pero él la detuvo con un gesto y se puso de pie. Le agradeció toda su bondad. Acarició al perro inocente y sin volverse ni una sola vez, con paso elástico, el Rey empezó a subir la cuesta cubierta de hierba.

Se iba riendo bajito de la frustración de la moza cuando llegó a las inmensas piedras amontonadas alrededor de un pequeño lago al que había llegado una o dos veces desde la vertiente rocosa de Kronberg muchos años antes. Después advirtió el reflejo del lago a través de la abertura de una bóveda natural, obra maestra de erosión. La bóveda era baja y agachó la cabeza para descender hacia el agua. En su límpido espejo vio su reflejo escarlata pero, cosa rara, a causa de lo que parecía ser a primera vista una ilusión óptica, este reflejo no se hallaba a sus pies sino mucho más lejos; además, iba acompañado del reflejo, deformado por las ondulaciones, de una cornisa que dominaba desde lo alto su posición actual. Y por último, la tensión ejercida sobre la magia de la imagen la destruyó, mientras el doble del Rey vestido con un suéter colorado y una gorra colorada se volvía y desaparecía, en tanto que él, el observador, permanecía inmóvil. Avanzó entonces hasta el borde mismo del agua y allí se encontró con un reflejo auténtico, mucho más grande y más

claro que aquel que le había engañado. Contorneó el pequeño lago. Arriba, en el cielo de un azul profundo sobresalía la cornisa vacía donde había estado pocos momentos antes el falso rey. Un estremecimiento de *alfear* (miedo incontrolable producido por los elfos) le corrió entre los omóplatos. Murmuró una plegaria familiar, se persignó y prosiguió resueltamente hacia el paso. En un punto alto, sobre una cima contigua, había un *steinmann* (montón de piedras erigido en memoria de una ascensión) coronado en su honor por una gorra de lana coronada. Siguió penosamente. Pero su corazón era un dolor cónico que le punzaba desde abajo en la garganta y al cabo de un rato se detuvo nuevamente para examinar las condiciones y decidir si treparía en cuatro patas la empinada cuesta llena de piedras o cortaría hacia la derecha, a lo largo de una franja de hierba alegrada de gencianas, que serpenteaba entre rocas musgosas. Eligió el segundo camino y en su momento llegó al paso.

Grandes desmoronamientos rocosos diversificaban el paisaje. Al sur los *nipperrn* (colinas redondeadas o *reeks*) se quebraban en zonas de luz y de sombra por obra de una pendiente cubierta de piedras y hierba. Hacia el norte se fundían las montañas verdes, grises, azuladas —el Falk-berg con su capuchón de nieve, el Mutraberg con el abanico de su alud, el Paberg (Monte del Pavo Real) y otros, separados por estrechos y oscuros valles con nubes intercaladas como pedazos de algodón que parecían puestos entre la sucesión de crestas en retirada para impedir que sus flancos se arañaran. Más allá de ellas, en el azul final, se elevaba el Monte Glitterntin, una cresta dentada de brillante oropel, y hacia el sur una tierna niebla envolvía las crestas más distantes que se comunicaban entre sí en una hilera interminable, pasando por todos los matices de una suave evanescencia.

Había llegado al paso, el granito y la gravedad estaban vencidos; pero faltaba todavía el trecho más peligroso. Hacia el oeste bajaba hasta el mar resplandeciente una sucesión de pendientes cubiertas de brezos. Hasta ese momento la montaña se había situado entre él y el golfo; ahora estaba expuesto a la bóveda de fuego. Comenzó el descenso.

Tres horas más tarde caminaba por terreno llano. Dos viejas que trabajaban en un huerto se incorporaron lentamente y lo miraron. Había pasado los bosques de pinos de Boscobel y se iba acercando al muelle de Blawick cuando un coche negro de la policía salió de una calle transversal y se detuvo a su lado: —La broma ha ido demasiado lejos —dijo el conductor—. Hay un centenar de payasos metidos en la cárcel de Onhava y el ex Rey debe de

estar entre ellos. Nuestra prisión local es demasiado pequeña para alojar más reyes. El próximo disfrazado será fusilado a primera vista. ¿Cuál es tu verdadero nombre, Charlie?

—Soy inglés. Un turista —dijo el Rey.

—Bueno, de todos modos quítate esa *fufa* colorada. Y la gorra. Dámelos. —Arrojó las cosas al fondo del coche y arrancó.

El Rey siguió caminando; la parte de arriba de su pijama azul metido en los pantalones de esquiar podía pasar fácilmente por una camisa de fantasía. Tenía un guijarro dentro de un zapato pero estaba demasiado agotado para hacer caso.

Reconoció el restaurante de la costa donde había almorzado de incógnito muchos años antes, con dos marineros divertidos, muy divertidos. Varios extremistas pesadamente armados bebían cerveza en la galería bordeada de geranios, entre los veraneantes habituales, algunos de los cuales estaban ocupados en escribir a distantes amigos. A través de los geranios, una mano enguantada tendió al Rey una tarjeta postal en la que vio garabateado: *Vaya a las G. R. Bon voyage!* Fingiendo un paseo sin objeto, llegó a la punta del muelle.

Era una deliciosa tarde con un poco de brisa y al oeste un horizonte como un vacío luminoso que aspiraba los corazones ávidos. El Rey, en el punto más crítico de su viaje, miró a su alrededor observando a los escasos paseantes y tratando de decidir cuáles de ellos podían ser agentes de policía disfrazados, dispuestos a caerle encima en cuanto saltara el parapeto para ir a las grutas Rippleton. Una sola vela roja ponía una mancha de algún interés humano en la extensión marina. Nitra e Indra (que significan "interior" y "exterior"), dos islas negras que parecen mantener entre ellas una conferencia secreta, eran fotografiadas desde el parapeto por un rechoncho turista ruso, con varios mentones y una carnosa nuca de general. Su marchita mujer, envuelta en una flotante echarpe floreada, observó en un moscovita cantarín: —Cada vez que veo a alguien tan horriblemente desfigurado, no puedo dejar de pensar en el hijo de Nina. La guerra es una cosa atroz.

—¿La guerra? —preguntó el consorte—. Debe de haber sido la explosión de la Fábrica de Vidrio de 1951, no la guerra. —Pasaron lentamente delante del Rey en la dirección de donde éste había venido. Frente al mar, en un banco del

paseo, un hombre con sus muletas al lado estaba leyendo el *Onhava Post* que presentaba en primera página a Odón con su uniforme de extremista y a Odón en el papel del Tritón. Por increíble que pueda parecer, la guardia del palacio nunca se había dado cuenta hasta entonces de esa identidad. Ahora se ofrecía una buena suma por su captura. Las olas lamían rítmicamente los guijarros. La cara del lector del periódico había sido atrocemente herida en la explosión que acababa de mencionarse, y todo el arte de la cirugía plástica sólo había dado por resultado una horrible textura taraceada con partes de dibujo y partes de contorno que parecían cambiar, fundirse o separarse como mejillas y mentones fluctúan tes en un espejo deformante.

El corto tramo de playa entre el restaurante en una punta del paseo y las rocas de granito en la otra, estaba casi vacío: lejos, a la izquierda, tres pescadores cargaban una chalupa con redes color marrón alga directamente al pie de la acera una mujer de cierta edad con un vestido a lunares y un tricornio de papel en la cabeza (EX REY VISTO) estaba sentada sobre los guijarros tejiendo, de espaldas a la calle. Tenía las piernas vendadas extendidas sobre la arena; a un lado había un par de pantuflas de tapicería y al otro un ovillo de lana roja, cuyo hilo conductor tironeaba de vez en cuando con la sacudida inmemorial del codo característica de la tejedora zemblana para hacer girar el ovillo y aflojar la hebra. Por último, en la acera una niña de falda abullonada evolucionaba en sus patines con enérgico estruendo pero torpemente. ¿Un enano de las fuerzas policiales podía hacerse pasar por una niña con trencitas?

A la espera de que la pareja rusa se retirara, el Rey se detuvo junto al banco. El hombre de la cara de mosaico dobló el periódico y un segundo antes de que hablara (en el intervalo neutral entre la nube de humo y la detonación), el Rey supo que era Odón. —Es todo lo que se podía hacer en tan poco tiempo —dijo Odón, tironeando de su mejilla para mostrar cómo la película semitransparente de diversos colores se pegaba a su cara, modificando los contornos según la tensión—. Una persona bien educada —añadió— normalmente no examina de muy cerca a un pobre tipo desfigurado.

—Buscaba a los *shpiks* (policías de civil) —dijo el Rey.

—Han estado patrullando el muelle todo el día. Ahora están cenando.

—Tengo hambre y sed —dijo el Rey.

—Hay algo en el barco. Espere a que desaparezcan los rusos. De la niña podemos despreocuparnos.

—¿Y la mujer de la playa?

—Es el joven Barón Mandevil, el tipo que tuvo el duelo el año pasado. Ahora vamos.

—¿No podríamos llevarlo también?

—No vendría, tiene mujer y un niño pequeño. Vamos, Charlie, vamos, Su Majestad.

—Era mi paje de trono el Día de la Coronación. —Así, charlando, llegaron a las grutas Rippleson. Espero que el lector haya disfrutado de esta nota.

Verso 162: con su pura lengua, etc.

Es esta una manera singularmente indirecta de describir el tímido beso de una muchacha campesina; pero todo el pasaje es muy barroco. Mi propia infancia fue demasiado feliz y sana para contener nada remotamente parecido a los desvanecimientos que sufrió Shade. En su caso debe de haber sido una forma benigna de epilepsia, un descarrilamiento de los nervios en el mismo lugar, en la misma curva de los rieles, cada día, durante varias semanas, hasta que la naturaleza reparó los daños. ¿Quién puede olvidar las caras bonachonas, brillantes de sudor, de los ferroviarios con su pecho de cobre, apoyados en sus palas y siguiendo con la vista las ventanas del gran expreso que se desliza cautelosamente?

Verso 167: Hubo un tiempo, etc.

El poeta empezó el Canto Segundo (en la catorzava ficha) el 5 de julio, día en que cumplía sesenta años (véase nota al verso 181, "Hoy"). Me equivoco: sesenta y uno.

Verso 169: la supervivencia después de la muerte

Véase nota al verso 549.

Verso 171: una gran conspiración

Durante casi un año entero, después de la fuga del Rey, los extremistas siguieron convencidos de que él y Odón no habían salido de Zembla. El error sólo puede atribuirse a la vena de estupidez que fatalmente corre en la tiranía más competente. Los aparatos aéreos y todo lo relacionado con ellos obraron como un maleficio en las mentes de nuestros nuevos gobernantes a quienes la amable historia había ofrecido bruscamente una caja llena de esos artefactos zumbantes que suben verticalmente para que se divirtieran con ellos. Que un fugitivo importante utilizara para escapar otra vía que la aérea les parecía inconcebible. En pocos minutos, después que el Rey y el actor hubieron bajado precipitadamente las escaleras traseras del Teatro Real, no quedó ala en el cielo y en la tierra que no fuera censada, tal era la eficacia del Gobierno. Durante las semanas siguientes no se autorizó el despegue de ningún avión privado o comercial, y la inspección de los pasajeros en tránsito se hizo tan rigurosa y larga que las líneas internacionales decidieron cancelar las paradas en Onhava. Hubo algunos muertos. Un globo rojo fue derribado con entusiasmo y el aeronauta (un meteorólogo bien conocido) se ahogó en el Golfo de la Sorpresa. Un piloto de una base lapona que volaba en misión de socorro, se perdió en la niebla y fue tan violentamente acosado por los bombarderos zemblanos que tuvo que aterrizar en el pico de una montaña. Se podría encontrar una excusa a todo esto. La ilusión de la presencia del Rey en los yermos de Zembla fue mantenida por los conspiradores realistas que incitaban a regimientos enteros a buscar en las montañas y los bosques de nuestra abrupta península. El Gobierno gastó una cantidad absurda de energía en registrar a los cientos de impostores amontonados en las cárceles del país. La mayoría de ellos se las arregló para recobrar la libertad; unos pocos, ay, cayeron. Después, en la primavera del año siguiente, llegó del extranjero una noticia pasmosa. El actor zemblano Odón estaba dirigiendo un film en París.

Se conjeturó entonces correctamente que si Odón había huido, también el Rey había huido. En una sesión extraordinaria del Gobierno extremista pasó de mano en mano, en un silencio consternado, un ejemplar de un periódico francés con el titular: ¿EL EX REY DE ZEMBLA EN PARÍS? La exasperación

vindicativa más que la estrategia de Estado impulsó a la organización secreta, de la que Gradus era un oscuro miembro, a tramar la destrucción del fugitivo real. ¡Matones despreciables! Se los puede comparar a esos gamberros que se mueren por torturar al invulnerable caballero cuyo testimonio los ha enviado a la cárcel de por vida. Se sabe que esa clase de condenados se vuelven locos furiosos a la sola idea de que la evasiva víctima cuyos testículos quisieran retorcer y desgarrarlos con sus uñas, está sentada debajo de una pérgola en alguna isla soleada, o acariciando entre sus rodillas a alguna joven y linda criatura en serena seguridad... ¡y burlándose de ellos! Es de suponer que no hay peor infierno que la rabia impotente que sienten cuando los inunda la certeza de esa dulce e implacable alegría y destruye lentamente sus cerebros de brutos. Un grupo de extremistas especialmente fervorosos que se habían aplicado a sí mismos el nombre de Sombras se habían reunido, jurado perseguir al Rey y matarlo donde quiera que estuviese. Eran en cierto sentido las sombras gemelas de los carlistas y en realidad varios tenían primos o incluso hermanos entre los seguidores del Rey. Sin duda, el origen de cada grupo está en los diversos ritos violentos de las fraternidades estudiantiles y de los círculos militares, y su desarrollo puede estudiarse en términos de modas y antimodas; pero en tanto que un historiador objetivo asocia con el carlismo un prestigio romántico y noble, el grupo que es su sombra nos sorprende como algo definitivamente gótico y odioso. La grotesca figura de Gradus, cruza de murciélago y cangrejo, no era mucho más extraña que muchas Sombras, como por ejemplo, Nodo, el medio hermano epiléptico de Odón que trampeaba con los naipes, o un Mandevil loco que había perdido una pierna tratando de fabricar antimateria. Gradus era desde hacía mucho tiempo miembro de toda clase de anémicas organizaciones de izquierda. Nunca había matado, aunque hubiese estado a punto de hacerlo varias veces en su opaca vida. Sostuvo más tarde que cuando resultó designado para descubrir las huellas del Rey y asesinarlo, la elección fue decidida mediante un juego de naipes... pero no olvidemos que habían sido barajados y distribuidos por Nodo. Quizá el origen extranjero de nuestro hombre fue secretamente lo que determinó una candidatura que no expusiera a ningún hijo de Zembla al deshonor de un verdadero regicidio. Podemos imaginar bien la escena: la lúgubre luz de neón del laboratorio en un anexo de la fábrica de vidrio donde las Sombras se reunían aquella noche; el as de pique en el suelo embaldosado; la vodka servida en tubos de ensayo; las muchas manos que palmeaban la espalda redonda de Gradus y la sombría exaltación del hombre al recibir esas felicitaciones bastante traidoras. Situamos ese momento fatídico a las 0h. 05,

del 2 de julio de 1959, que resulta ser también la fecha en que un inocente poeta escribió los primeros versos de su último poema.

¿Gradus era realmente la persona indicada para el trabajo? Sí y no. Un día, en su temprana juventud, cuando trabajaba como mensajero en una grande y deprimente fábrica de cajas de cartón, ayudó tranquilamente a tres compañeros a tender una emboscada a un muchacho del lugar al que deseaban darle una tunda porque había ganado una motocicleta en una feria. El joven Gradus consiguió un hacha y dirigió la tala de un árbol, pero el árbol cayó mal, no bloqueó del todo el caminito por el que solía andar, generalmente al crepúsculo, la despreocupada víctima. El pobre muchacho que venía zumbando hacia el lugar donde lo acechaban aquellos matones era un lorenés delgado, de aspecto delicado y había que ser realmente infame para envidiarle su inofensiva diversión. Lo curioso es que, mientras esperaban nuestro futuro regicida se quedó dormido en una zanja y se perdió así la breve refriega durante la cual el bravo lorenés hizo morder el polvo y puso fuera de combate a dos de los atacantes, mientras el tercero, pisado por la moto, quedó lisiado para toda la vida.

Gradus nunca tuvo verdadero éxito en la industria del vidrio a la que se dedicó una y otra vez, entre la venta de vinos y la impresión de folletos. Empezó fabricando *ludiones* —figuritas de vidrio de botella que subían y bajaban en tubos llenos de metileno, que se vendían en los bulevares durante la Semana de Ramos. Trabajó también como fundidor y más tarde como chapista en fábricas del Gobierno y fue, creo, más o menos responsable de las ventanas rojo y ámbar, notablemente feas, del gran lavatorio público de ruidoso pero colorido Kalixhaven frecuentado por marineros. Pretendía haber perfeccionado la luminosidad y el chirrido de las llamadas *feuilles d'alarme* utilizadas por viticultores y horticultores para espantar a los pájaros. He clasificado las notas que a él se refieren de tal modo que la primera (véase la nota al verso 17 donde se bosquejan algunas de sus otras actividades) es la más vaga, en tanto que las siguientes se van aclarando a medida que el gradual Gradus se aproxima en el espacio y en el tiempo.

Simple resortes y espirales producían los movimientos internos de este hombre mecánico. Podía haber sido calificado de puritano. Una aversión esencial, formidable en su simplicidad, invadía su alma obtusa: aversión a la injusticia y al engaño. La unión de ambos —siempre iban juntos— le inspiraba un repudio terco y apasionado que no tenía ni necesitaba palabras para

expresarse. Una aversión como esa hubiera merecido elogios de no haber sido el subproducto de la irremediable estupidez del individuo. Llamaba injusto y engañoso a todo aquello que superaba su entendimiento. Adoraba las ideas generales y lo hacía con un aplomo pedante. Lo general era divino, lo concreto diabólico. Si una persona era pobre y otra rica no importaba lo que había causado la ruina de uno o la riqueza del otro; la diferencia misma era injusta, y el pobre que no la denunciaba era tan malvado como el rico que la ignoraba. Las gentes que sabían demasiado, científicos, escritores, matemáticos, cristalógrafos, etc., no valían más que los reyes o los sacerdotes: todos detentaban una parte injusta del poder que habían quitado con imposturas a los otros. Un hombre sencillo y honesto debía esperarse alguna mala jugada astuta de parte de la naturaleza y de su vecino.

La revolución zemblana había dado muchas satisfacciones a Gradus pero también le había causado frustraciones. Un episodio sumamente irritante parece, visto con perspectiva, muy significativo por pertenecer a un orden de cosas que Gradus hubiera debido aprender a prever, cosa que nunca hizo. Un hombre que hacía imitaciones especialmente brillantes del Rey, el as de tenis Julius Steinmann (hijo del conocido filántropo), había eludido durante varios meses a la policía exasperada hasta el límite por la perfección con que parodiaba la voz de Charles el Bienamado, por la radio clandestina, en una serie de discursos en que ridiculizaba al Gobierno. Capturado al fin, fue juzgado por una comisión especial, de la cual formaba parte Gradus, y condenado a muerte. El pelotón de ejecución hizo una chabonada y poco después el valeroso joven fue descubierto en un hospital de provincia donde se recuperaba de sus heridas. Cuando Gradus se enteró de esto, tuvo uno de sus raros accesos de cólera, no porque el hecho supusiera maquinaciones realistas, sino porque el curso limpio, honesto y ordenado de la muerte había sido contrariado de una manera sucia, deshonesto y desordenado. Sin consultar a nadie se precipitó al hospital, entró como una tromba, ubicó a Julius en una sala atestada y se las arregló para disparar dos veces, errando las dos, antes de que un robusto enfermero le arrebatara el arma. Volvió apresuradamente al cuartel general y regresó con una docena de soldados, pero el paciente había desaparecido.

Esas cosas enconan, ¿pero qué puede hacer Gradus? Las Parcas concertadas urden una gran conspiración contra Gradus. Uno observa con alegría excusable que sus semejantes no gozan jamás de la última emoción intensa de despachar ellos mismos a sus víctimas. O, sin duda, Gradus es

activo, competente, útil, a menudo indispensable. Al pie del cadalso, en la mañana cruda y gris, Gradus es quien barre de los estrechos peldaños el polvo de nieve de la noche; pero su larga cara curtida no será la última que vea en este mundo el hombre que debe subir esas escaleras. Gradus es quien compra la valija de fibra barata que un tipo más feliz irá a meter, con una bomba de tiempo adentro, debajo de la cama de un antiguo camarada. Nadie sabe mejor que Gradus cómo tender una trampa por medio de un falso anuncio, pero la viuda vieja y rica que en ella cae, es cortejada y asesinada por otro. Cuando el tirano caído, desnudo y gritando, es atado a un poste en la plaza pública y asesinado lentamente por el pueblo que lo corta en tajadas y se lo come y se reparte su cuerpo viviente (como leí, siendo muchacho, en una historia de un déspota italiano, lo cual me hizo vegetariano para el resto de mis días), Gradus no participa del sacramento infernal: señala el instrumento adecuado y dirige el trinchado.

Todo esto es como debe ser; el mundo necesita de Gradus. Pero Gradus no debería matar reyes. Vinogradus no debería nunca, nunca, provocar a Dios. Leningradus no debería apuntar a la gente con su cerbatana, ni siquiera en sueños, porque si lo hace, un par de brazos de un grosor colosal y anormalmente velludos lo atraparán por atrás y apretarán, apretarán, apretarán.

Verso 172: libros y personas

En un cuaderno negro que afortunadamente llevo encima, encuentro, anotados aquí y allá, entre diversos extractos que por casualidad me habían gustado (una nota al pie de la *Vida del Dr. Johnson*, por Boswell, las inscripciones en los árboles de la famosa avenida Wordsmith, una cita de San Agustín, etc.), algunos ejemplos de la conversación de John Shade que recogí con el objeto de referirme a ellos en presencia de personas a las que mi amistad con el poeta podía interesar o aburrir. Su lector y el mío me disculparán, espero, si rompo el curso ordenado de estos comentarios y dejo que mi ilustre amigo hable por sí mismo.

Habiéndose mencionado a los críticos, dijo: "Nunca he acusado recibo de los elogios escritos aunque a veces he sentido el violento deseo de abrazar la resplandeciente imagen de este o aquel dechado de discernimiento; y nunca me he molestado en asomarme a la ventana para vaciar mi skoramis sobre la

mollera de algún pobre cagatintas. Miro con el mismo desapego el vituperio y el ditirambo". Kinbote: "Supongo que usted descarta el primero por considerarlo el farfullar de un cretino y el segundo por creerlo la acción amistosa de un alma buena". Shade: "exacto".

Hablando del jefe del Departamento de Ruso, el Profesor Pnin, un verdadero tirano con sus subordinados (afortunadamente, el Profesor Botkin, que enseñaba en otro departamento, no dependía de ese "perfeccionista" grotesco) : "Qué extraño que los intelectuales rusos no tengan ningún sentido del humor cuando cuentan con humoristas tan maravillosos como Gogol, Dostoievsky, Chejov, Zoshchenko y esa pareja de autores de genio, Ilf y Petrov".

Refiriéndose a la vulgaridad de un gordo que conocíamos: "El hombre es tan vulgar como un delantal de cocinero con la inscripción de chef". Kinbote (riendo): "¡Maravilloso!"

Sobre la cuestión de la enseñanza de Shakespeare en el nivel superior: "Antes de nada, dejar de lado las ideas y los antecedentes sociales y enseñar a los alumnos de primer año a estremecerse, a emborracharse con la poesía de *Hamlet o Lear*, a leer con la espina dorsal y no con el cerebro". Kinbote: "¿Aprecia usted especialmente las grandes tiradas?" Shade: "Sí, mi querido Charles, me revuelco en ellas como un perro bastardo agradecido en un rincón de hierba ensuciado por un gran danés".

Como se hablara del efecto y la interpenetración del marxismo y el freudismo, dije: "De dos doctrinas falsas la peor es la más difícil de desarraigar". Shade: "No, Charlie, hay criterios más sencillos: el marxismo necesita de un dictador, y un dictador necesita de una policía secreta, y eso es el fin del mundo; pero el freudiano, por estúpido que sea, aún puede depositar su voto en la urna, aunque le guste calificarlo (sonriendo) de *polinización política*".

Sobre los trabajos escritos de los alumnos: "En general soy muy benévolo (dijo Shade) pero hay ciertas insignificancias que no perdono". Kinbote: "¿Por ejemplo?" "No haber leído el libro exigido. Haberlo leído como un idiota. Buscar símbolos en él; ejemplo: 'El autor usa la imagen sorprendente de *hojas verdes* porque el verde es el símbolo de la felicidad y la frustración'. Tengo también la costumbre de bajar catastróficamente la nota de un estudiante si usa las palabras 'simple' y 'sincero' en un sentido laudatorio; ejemplos: 'El estilo de Shelley es siempre muy simple y bueno'; o 'Yeats es

siempre sincero'. Es algo muy difundido y cuando oigo a un crítico que habla de la sinceridad de un autor sé que el crítico es un tonto o lo es el autor". Kinbote: "Pero me han dicho que se enseña esta manera de pensar en las escuelas secundarias". "Allí es donde habría que empezar a pasar la escoba. Un niño debería tener treinta especialistas que le enseñaran treinta materias, y no una maestra abrumada que le muestre la imagen de un arrozal y le diga que eso es la China, porque ella no sabe nada de la China ni de ninguna otra cosa, y no puede explicar la diferencia entre la longitud y la latitud." Kinbote: "Sí, estoy de acuerdo".

Verso 181: Hoy

Es decir, el 5 de julio de 1959, sexto domingo después de la Trinidad. Shade empezó a escribir el Canto Segundo "por la mañana temprano" (así indicó en lo alto de la ficha 14). Siguió (hasta el verso 208) durante todo el día. Dedicó casi toda la tarde y una parte de la noche a lo que sus autores favoritos del siglo dieciocho llamaban "el bullicio y la vanidad del mundo". Después que el último invitado se hubo marchado (en bicicleta) y se vaciaron los ceniceros, todas las ventanas quedaron oscuras durante un par de horas; pero a eso de las tres de la mañana, desde mi cuarto de baño del piso alto, vi que el poeta había vuelto a su mesa de trabajo en la luz lila de su refugio, y en esta sesión nocturna el canto llegó al verso 230 (ficha 18). En otro viaje al cuarto de baño, una hora y media más tarde, a la salida del sol, vi que la luz había pasado al dormitorio, y sonreí con indulgencia pues según mis deducciones sólo habían pasado dos noches desde la tres mil novecientas noventa y nueve-ava vez... pero no importa. Pocos minutos después, la oscuridad era de nuevo compacta y me volví a la cama.

El 5 de julio a mediodía, en el otro hemisferio, en la pista barrida por la lluvia del aeropuerto de Onhava, Gradus, provisto de un pasaporte francés, se dirigía a un avión comercial ruso con destino a Copenhague, y este acontecimiento se sincronizaba con el hecho de que Shade empezaba por la mañana temprano (hora de la costa atlántica) a componer, o a escribir después de componerlos en la cama, los primeros versos del Canto Segundo. Casi veinticuatro horas más tarde, cuando llegó al verso 230, Gradus, después de una noche de descanso en la casa de campo de nuestro cónsul en Copenhague, una Sombra importante, había entrado, con la Sombra, en una tienda de

confección para adecuarse a la descripción que de él se da en notas posteriores (a los versos 286 y 408). Hoy, migraña aún peor.

En cuanto a mis propias actividades, fueron, debo confesarlo, de lo más insatisfactorias desde todo punto de vista: emocional, creador y social. Esta mala racha había empezado la víspera cuando tuve la amabilidad de ofrecer a un joven amigo —candidato a mi tercera mesa de *ping-pong*, que después de una serie de sensacionales infracciones a las normas de tránsito había sido privado de su carnet de conductor— llevarlo en mi poderoso Kramler hasta la propiedad de sus padres, una bagatela de doscientas millas. En el curso de una fiesta que duró toda la noche, entre una multitud de extranjeros —jóvenes, viejos, muchachas empalagosamente perfumadas— en una atmósfera de fuegos artificiales, humo de parrillas, payasadas, jazz y zambullidas auróreas, perdí todo contacto con el chico tonto, me vi obligado a bailar, me vi obligado a cantar, me encontré metido en los parloteos más aburridos que quepa imaginar con diversos parientes del niño y por último, de la manera más inconcebible, me dejé arrastrar a otra fiesta en otra propiedad donde, después de algunos indescriptibles juegos de salón en los que casi me esquilan la barba, me sirvieron un desayuno de frutas y cereales y mi anónimo huésped, un viejo borrachín de *smoking* y pantalones de montar, me llevó a dar una vuelta, tambaleando, por sus caballerizas. Después de ubicar mi coche (fuera del camino, en un bosque de pinos), saqué del asiento del conductor un par de pantalones de baño empapados y un zapato dorado de mujer. Los frenos se habían gastado durante la noche y pronto me quedé sin gasolina en un tramo desolado del camino. El reloj del Wordsmith College daba las seis cuando llegué a Arcady, jurándome que nunca volverían a pescarme en otra parecida y solazándome inocentemente ante la idea de pasar una velada tranquila con mi poeta. Sólo cuando vi la caja chata de cartón, encintada, que yo había dejado en una silla del vestíbulo, me di cuenta de que había estado a punto de pasar por alto su cumpleaños.

Poco antes había visto la fecha en la cubierta de uno de sus libros; había reflexionado en la espantosa decrepitud de su indumentaria a la hora del desayuno, había medido su brazo, como jugando, por comparación con el mío, y le había comprado en Washington una bata de seda absolutamente suntuosa, una verdadera piel de dragón de colores orientales, digna de un samurai: eso es lo que contenía la caja.

Me desvestí apresuradamente y rugiendo mi himno favorito, tomé una ducha. Mi versátil jardinero, mientras me daba la fricción que yo tanto necesitaba, me informó que los Shade daban esa noche una gran cena con mesitas y que el Senador Blank (un estadista franco de quien se hablaba mucho, primo de John) estaba invitado.

Pero no hay nada más agradable para un hombre solitario que una fiesta de cumpleaños improvisada y pensando —no, estaba seguro— que mi teléfono había sonado todo el día sin ser atendido, marqué alegremente el número de los Shade y naturalmente, fue Sybil la que contestó.

—*Bon soir*, Sybil.

—Ah, hola, Charles. ¿Hizo un buen viaje?

—Bueno, para decir la verdad...

—Escuche, sé que usted quiere hablar con John, pero ahora está descansando y yo estoy ocupadísima. Le digo que lo llame más tarde, ¿eh?

—¿Más tarde, cuándo... esta noche?

—No, mañana, pienso. Llaman a la puerta. Hasta luego.

Extraño. ¿Por qué tenía que estar Sybil atenta a la campanilla de la puerta cuando además de la mucama y la cocinera había dos jóvenes extras de chaqueta blanca? Un falso orgullo me impidió hacer lo que hubiera debido: tomar mi regalo real bajo el brazo y dirigirme serenamente a aquella casa inhospitalaria. ¿Quién sabe? Tal vez me hubieran dado las gracias en la puerta de servicio con un trago de sherry de cocina. Confié en que hubiera habido un error y en que Shade telefonaría. Fue una amarga espera y el único efecto que tuvo la botella de champaña que me bebí solo pasando de una ventana a otra, fue una buena *crápula* (resaca).

Oculto detrás de un cortinado, detrás de un boj, a través del velo dorado de la tarde y del encaje negro de la noche, estuve mirando aquel césped, aquel sendero, aquella banderola semicircular, aquellas ventanas brillantes como joyas. El sol aún no se había puesto, cuando oí el coche del primer invitado, a las siete y cuarto. Oh, los vi a todos. Vi al viejo Dr. Sutton, con su cabeza nevada, un hombrecito perfectamente oval que llegó en un Ford tambaleante con su hija, una mujer alta, la Sra. Starr, viuda de guerra. Vi a una pareja, que

después me enteré de que era el Sr. Colt, un abogado del lugar, y su esposa, cuyo atolondrado Cadillac entró hasta la mitad de mi sendero antes de retirarse en un despliegue de luminosos parpadeos. Vi a un viejo escritor de fama mundial, inclinado bajo el íncubo de los honores literarios y de su propia y prolífica mediocridad, que emergió en taxi, desde los oscuros días de antaño en que Shade y él habían dirigido conjuntamente una pequeña revista. Vi a Frank, el factótum de Shade, que se iba en la camioneta. Vi a un profesor de ornitología jubilado que venía desde la autorruta donde había estacionado ilegalmente su coche. Vi, acurrucada en su pequeño Pulex junto a su amiga, una especie de bello efebo de melena desgredada, a la patrona de las artes que había patrocinado la última exposición de la tía Maud. Vi a Frank, que volvía con el anticuario de New Wye, al ciego Sr. Kaplún y su mujer, un águila decrepita. Vi a un estudiante coreano de *smoking* que llegaba en bicicleta y al presidente del College, con un traje raído, que llegaba a pie. Vi, en el ejercicio de sus tareas ceremoniales, pasando de la luz a la sombra y de una ventana a otra, donde como los martinis y los whiskies se entrecruzaban marcianos, a los dos jóvenes de chaqueta blanca, de la escuela hotelera, y me di cuenta de que conocía bien, muy bien, al más delgado de los dos. Y finalmente, a las ocho y media (cuando, me imagino, la dueña de casa había empezado a hacer crujir las articulaciones de sus dedos, manifestación habitual de su impaciencia) una larga *limousine* negra, oficialmente lustrosa y bastante fúnebre, se deslizó en el nimbo del sendero y mientras el gordo chófer negro se apresuraba a abrir la portezuela vi con lástima que mi poeta salía de su casa con una flor blanca en el ojal y una sonrisa de bienvenida en su cara arrebolada por el alcohol.

La mañana siguiente, en cuanto vi salir a Sybil en el coche en busca de Ruby, la criada que no dormía en la casa, crucé con la caja bien envuelta y con reproche. Delante del garaje, en el suelo, vi que había un *buchmann*, una pequeña pila de libros de la biblioteca que evidentemente Sybil había olvidado. Me incliné dominado por el demonio de la curiosidad: casi todos eran de Faulkner; y un segundo después Sybil estaba de vuelta, sus neumáticos crujieron en la grava justo detrás de mí. Añadí los libros a mi regalo y deposité la pila entera en su regazo. Muy amable de mi parte, ¿pero qué era esa caja? Simplemente un regalo para John. ¿Un regalo? Bueno, ¿no había sido ayer su cumpleaños? Sí, es cierto, pero después de todo ¿los cumpleaños no son meras convenciones? Convenciones o no, era también mi cumpleaños, una pequeña diferencia de dieciséis años, eso es todo. ¡Ah, vaya! Felicitaciones. ¿Y cómo había resultado la fiesta? Bien, usted sabe lo que son esas fiestas (aquí busqué en el bolsillo otro libro... un libro que ella no se esperaba). Sí, ¿qué son? Oh,

gentes que usted ha conocido toda la vida y que debe invitar una vez por año, hombres como Ben Kaplún y Dick Colt con quienes fuimos a la escuela, y ese primo de Washington, y el tipo que escribe las novelas que usted y John consideran tan cursis. No le dijimos que viniera porque sabemos cómo le aburren esas cosas. Esto me dio pie.

—A propósito de novelas —dije—, usted se acuerda que una vez usted, su marido y yo decidimos que la obra maestra, mal acabada, de Proust era un enorme y demoníaco cuento de hadas, el sueño de un espárrago, sin relación alguna con cualquier tipo de gente de una Francia histórica, un *travestissement* sexual y una farsa colosal, el vocabulario de un genio y su poesía, pero nada más, dueñas de casa imposiblemente mal educadas, déjeme hablar por favor, y huéspedes peor educados todavía, peleas mecánicamente dostoievskianas y tolstoianas matices de esnobismo repetidos y estirados hasta una longitud intolerable, adorables marinas, avenidas fundentes, no, no me interrumpa, efectos de luz y sombra que rivalizan con los de los más grandes poetas ingleses, una flora de metáforas descripta, por Cocteau, creo, como un "espejismo de jardines suspendidos", y, todavía no he terminado, una absurda historia de amor, hecha de goma y cordeles, entre un pillastre joven y rubio (el ficticio Marcel) y una improbable *jeune fille* de pechos postizos, cuello ancho como el de Vronski (y Lyovin), y mejillas como nalgas de cupido; pero, y ahora déjeme terminar suavemente, estábamos equivocados, Sybil, estábamos equivocados al negarle a nuestro pequeño *beau ténébreux* la capacidad de evocar el "interés humano": allí está, allí está, quizá más bien a la manera del siglo dieciocho o incluso del diecisiete. Se lo ruego, zambúllase o vuelva a zambullirse, araña, en este libro (ofreciéndolo), encontrará un lindo marcador que compré en Francia, quiero que John lo guarde. *Au revoir*, Sybil, tengo que irme. *Me parece que mi teléfono está sonando.*

Soy un zemblano muy taimado. Por si acaso había traído en el bolsillo el tercero y último volumen de la obra de Proust, en la edición de la Bibliothèque de la Pléiade, donde había marcado ciertos pasajes en las páginas 269-271. Mme. de Mortemart, habiendo decidido que Mme. de Valcourt no figuraría entre los "elegidos" de su velada, pensaba mandarle una nota al día siguiente que dijera: "Querida Edith, la echo de menos, anoche no la esperaba demasiado (¿cómo hubiera podido esperarme, se diría Edith, si no me había invitado?) porque sé que a usted no le gustan demasiado esta clase de reuniones, que más bien le aburren".

Tal fue el último cumpleaños de John Shade.

Versos 181-182: los picoteros... Una cigarra

El pájaro de los versos 1-4 y 131 está de nuevo con nosotros. Reaparecerá en el último verso del poema; y otra cigarra, dejando atrás su envoltura, cantará triunfante en los versos 236-244.

Verso 189: Starover Blue

Véase nota al verso 627. Esto recuerda el Juego Real de la Oca, pero jugado aquí con avioncitos— de lata pintada; más bien el juego de la oca salvaje (saltar a la casilla 209).

Verso 209: desintegración gradual

El espacio-tiempo es en sí mismo desintegración; Gradus vuela hacia el oeste; ha llegado a la gris azulada Copenhague (véase nota al 181). Pasado mañana (7 de julio) seguirá a París. Ha pasado velozmente por este verso y se ha ido, para volver pronto a ennegrecer nuestras páginas.

Versos 213-214: Silogismo

Esto puede gustarle a un muchacho. Más tarde en la vida aprendemos que somos esos "otros".

Verso 230: un fantasma doméstico

Jane Provost, ex secretaria de Shade a quien visité recientemente en Chicago, me contó sobre Hazel mucho más que su padre; él al parecer no hablaba de su hija muerta y como yo no preveía este trabajo de investigación y comentario, no lo apremié a que tratara la cuestión y se desahogara conmigo.

Es cierto que en este canto se ha desahogado no poco y que su retrato de Hazel es muy claro y completo; quizá demasiado completo, arquitectónicamente, pues el lector no puede menos de encontrar que ha sido desarrollado y elaborado en detrimento de ciertas materias más ricas y más raras a las que ha desplazado. Pero un comentador no puede eludir sus obligaciones, por aburrida que sea la información que haya de recoger y transmitir. De ahí esta nota.

Parece ser que a comienzos de 1950, mucho antes del incidente del granero (véase nota al verso 347), Hazel, que tenía entonces dieciséis años, estuvo comprometida en aterradoras manifestaciones "psicokinestésicas" que duraron casi un mes. Al principio, es de suponer, el *poltergeist* pretendía infundir a la perturbación la identidad de la tía Maud que acababa de morir; el primer objeto que entró en acción fue el cesto donde había guardado en otro tiempo a su *skye terrier* semiparalizado (raza que en nuestro país llamamos "perro sauce llorón"). Sybil había hecho eliminar al animal no bien hospitalizada su ama, provocando la ira de Hazel que estaba fuera de sí de desesperación. Una mañana esa cesta salió disparada del santuario "intacto" (véase versos 90-98) y avanzando por el corredor pasó delante de la puerta abierta del estudio donde Shade estaba trabajando; Shade la vio pasar silbando y desparramar su humilde contenido : una manta raída, un hueso de goma y un almohadón medio descolorido. Al día siguiente la escena de la acción se trasladó al comedor donde apareció uno de los óleos de la tía Maud (*Ciprés y murciélago*) vuelto contra la pared. Siguiéron otros incidentes tales como breves vuelos a cargo del álbum de recortes (véase nota al verso 90) y, desde luego, toda clase de golpes, especialmente en el santuario, que despertaban a Hazel de su sueño sin duda apacible en la habitación vecina. Pero pronto el *poltergeist*, a falta de ideas en relación con la tía Maud se volvió, si así puede decirse, más ecléctico. Todos los movimientos triviales a —ue se limitan los objetos en esos casos, se cumplieron en éste. Las cacerolas se estrellaban en la cocina; una bola de nieve apareció (quizá prematuramente) en la nevera; una o dos veces Sybil vio un plato volando como un disco y aterrizar intacto en el sofá; las lámparas se encendían en diversos lugares de la casa; las sillas iban, contorneándose, a reunirse en la intransitable despensa; aparecían misteriosos pedacitos de cordel en el suelo; invisibles juerguistas tambaleándose bajaban las escaleras en mitad de la noche; y una mañana de invierno Shade al levantarse, después de echar una mirada al tiempo, vio que la mesita de su despacho donde tenía un Webster como la Biblia abierto en la letra M, estaba afuera pasmada, posada en la nieve (subliminalmente, esto debe de haber contribuido a la génesis de los versos 5-12).

Me imagino que durante ese período los Shade, o por lo menos John Shade, experimentó una sensación de extraña inestabilidad como si partes del mundo cotidiano bien aceitado, se hubiesen desatornillado y uno comprobaba que alguno de los neumáticos rodaba al lado o que el volante se había soltado. Mi pobre amigo no podía sino recordar las dramáticas crisis de su infancia y preguntarse si no era esta una nueva variante genética del mismo tema, conservada a través de la procreación. Tratar de esconder a los vecinos estos horribles y humillantes fenómenos no era la menor preocupación de Shade. Estaba aterrado y destrozado por la compasión. Aunque nunca fue capaz de acorrallar a la solemne, torpe, enfermiza y floja muchacha que parecía más interesada que asustada, él y Sybil nunca dudaron de que de rúguna manera extraordinaria Hazel fuera el agente de la perturbación que para ellos representaba (cito ahora a Jane P.) "una extensión exterior o una expulsión de demencia". No podían hacer gran cosa, en parte porque les desagradaba la moderna psiquiatría vudú, pero sobre todo porque tenían miedo de Hazel, miedo de hierirla. Sin embargo tuvieron una conversación secreta con el viejo Dr. Sutton, erudito a la antigua, que los reconfortó. Estaban pensando en mudarse a otra casa, o más exactamente, se decían a voz en cuello el uno al otro, para ser oídos por quien pudiera estar escuchando, que estaban pensando en mudarse, cuando de pronto el espíritu maligno se fue, como ocurre con el *moskovett*, ese viento glacial, ese coloso de aire frío que sopla sobre nuestras costas orientales durante el mes de marzo, y una mañana uno oye a los pájaros, las banderas cuelgan flaccidas y los contornos del mundo están otra vez en su lugar. El fenómeno cesó por completo y fue, si no olvidado, por lo menos nunca más mencionado; pero qué curioso que no percibimos un signo misterioso de la ecuación entre el Hércules surgiendo del débil cuerpo de una niña neurótica y el fantasma turbulento de la tía Maud; qué curioso que nuestra racionalidad se sienta satisfecha con la primera explicación que se nos presenta cuando en realidad lo científico y lo sobrenatural, el milagro del músculo y el milagro del espíritu son inexplicables, como lo son todas las vías de Nuestro Señor.

Verso 231: qué ridículos, etc.

Una bella variante, con una curiosa omisión, empalma en este lugar del borrador (fechado el 6 de julio):

Extraño Más Allá donde viven todos los que han nacido muertos,
nuestros animales familiares, resucitados, y los inválidos curados,
y los espíritus que han muerto antes de llegar allí:

Pobre viejo Swift, pobre —pobre Baudelaire

¿Qué es lo que reemplaza el guión? "A menos que Shade diera un valor prosódico a la muda e de "Baudelaire", cosa que, estoy seguro, nunca hubiera hecho en un poema inglés (cf. "Rabelais", verso 501), pues el nombre que aquí conviene debe escandirse como un troqueo. Entre los nombres de poetas, pintores, filósofos célebres que se han vuelto locos o se han hundido en una chochera senil, encontramos muchos que se adaptarían. ¿Estaba Shade ante una variedad demasiado grande sin que nada le ayudara a hacer una elección lógica y entonces dejó un blanco, confiando a la misteriosa fuerza orgánica que socorre a los poetas el cuidado de llenarlo como mejor le conviniera? ¿O había algo más, una oscura intuición, un escrúpulo profético que le impidió escribir el nombre de un hombre eminente que había sido uno de sus amigos íntimos? ¿Tomaba quizá precauciones debido a que un lector en su familia hubiera podido oponerse a que mencionara ese nombre? Y si es así, ¿por qué mencionarlo en ese contexto trágico? Sombríos, turbadores pensamientos.

Verso 238: estuche de esmeralda vacío

Entiendo que esta es la envoltura semitransparente que deja en el tronco del árbol una cigarra adulta que ha trepado por ese tronco efectuado su muda. Shade me dijo que una vez había interrogado a una clase de trescientos estudiantes y que sólo tres sabían cómo es una cigarra. Colonos ignorantes le habían aplicado el nombre de "langosta" que es, desde luego, un saltamonte, y el mismo error absurdo habían cometido generaciones de traductores de *La Cigale et la Fourmi* de la Fontaine (véanse versos 243-244). La compañera de la *cigale*, la hormiga, está por ser embalsamada en el ámbar.

Durante nuestros paseos a la puesta del sol, que fueron tan numerosos, nueve por lo menos (según mis notas) en junio, pero se redujeron a dos en las tres primeras semanas de julio (¡se reanudarán en el Más Allá!), mi amigo tenía una manera bastante coqueta de señalar con la punta de su bastón diversos objetos naturales curiosos. Nunca se cansaba de ilustrar por medio de esos ejemplos la extraordinaria mezcla de zona canadiense y zona austral que "obtenía", como él decía, en ese lugar especial de Appalachia, a nuestra altura de unos 1.500 pies, especies septentrionales de pájaros, insectos y plantas mezcladas con representantes del sur. Como la mayoría de las celebridades literarias, Shade no parecía entender que un humilde admirador que ha terminado por arrinconar y disponer al fin para sí del inaccesible hombre de genio, esté mucho más interesado en discutir con él de literatura y vida que de oír decir que la "diana" (posiblemente una flor) se presenta en New Wye junto con el "atlantis" (posiblemente otra flor) y cosas de ese tipo. Recuerdo especialmente una exasperante caminata vespertina (6 de julio) que mi poeta me concedió con majestuosa generosidad, para resarcirme de un mal golpe (véase, véase a menudo la nota al verso 181), para recompensarme por mi regalito (que no creo que haya usado nunca), y con el asentimiento de su mujer que se empeñó en acompañarnos parte del camino hasta Dulwich Forest. Mediante astutas excursiones por la historia natural, Shade se me escapaba, a mí que tenía una curiosidad histórica, intensa, sin control por saber exactamente qué parte de las aventuras del rey zemblano había terminado en el curso de los cuatro o cinco últimos días. Mi defecto habitual, el orgullo, me impedía hacerle preguntas directas pero seguía volviendo a mis propios temas anteriores —la evasión del palacio, las aventuras en las montañas— para arrancarle alguna confesión. Uno podría imaginarse que un poeta, mientras compone una obra larga y difícil saltará sencillamente ante la oportunidad de hablar de sus triunfos y sus tribulaciones. ¡Nada de eso! Todo lo que obtuve en respuesta a mis interrogaciones infinitamente amables y cautelosas, fueron frases como: "Sí, va bastante bien", o "No, no hablo", y finalmente se libraba de mí con una anécdota bastante ofensiva sobre el Rey Alfredo a quien, decía, le gustaban las historias de un cortesano noruego pero sin embargo lo despachaba cuando tenía otra cosa que hacer: —Ah, está ahí —decía el descortés Alfredo al amable noruego que había venido para confiarle una variante sutilmente distinta de algún viejo mito nórdico que ya le había contado: *Oh, there you are again!* (¡Ah, está ahí de nuevo!) —Y así es como, mis queridos, un imaginativo exiliado, un bardo escandinavo inspirado por los dioses, lo conocen hoy los colegiales ingleses bajo el apodo trivial de *Ohthere*.

¡En fin! En una ocasión posterior mi caprichoso amigo, dominado por su mujer, fue mucho más amable (véase nota al verso 802).

Verso 240: Aquel inglés en Niza

Las gaviotas de 1933 están todas muertas, naturalmente. Pero dirigiéndose al *London Times* se puede obtener el nombre del benefactor de esas aves, a menos que Shade lo haya inventado. Cuando visité Niza un cuarto de siglo después, había, en lugar de aquel inglés, un personaje local, un viejo vagabundo barbudo tolerado o protegido como atracción turística, que se quedaba de pie como una estatua de Verlaine con una gaviota nada desdeñosa posada de perfil en su pelo desgreñado, o dormía la siesta al sol público, acurrucado cómodamente, de espaldas al mar que lo arrullaba con su movimiento, en un banco del paseo debajo del cual había ordenado prolijamente sobre un diario trozos multicolores de vituallas indeterminadas, para que se secaran o fermentaran. Por lo demás no habían muchos ingleses que se pasearan por allí, aunque vi unos pocos justo al este de Mentón, en el muelle donde en honor de la Reina Victoria, se había erigido, aunque no inaugurado, un macizo monumento que la brisa abrazaba con dificultad, para sustituir el que se habían llevado los alemanes. De un modo bastante patético, el cuerno impaciente de su unicornio favorito sobresalía a través de la tela.

Verso 246:... querida

El poeta se dirige a su mujer. El pasaje a ella dedicado (versos 246-292) tiene la utilidad estructural de servir de transición al tema de la hija. ¡Sin embargo, puedo afirmar que cuando los pasos de la querida Sybil sonaban arriba, duros y secos, no todo estaba siempre "muy bien"!

Verso 247: Sybil

Esposa de John Shade, Irondell de soltera (nombre que no viene de un pequeño valle que produce oro, sino de la palabra francesa que designa a la golondrina). Era unos meses mayor que él. Creo saber que era de origen

canadiense, como la abuela materna de Shade (prima hermana del abuelo de Sybil, si no me equivoco).

Desde el comienzo mismo traté de ser de lo más cortés con la esposa de mi amigo, y desde el comienzo mismo ella me tomó ojeriza y desconfianza. Había de enterarme más tarde que al referirse a mí en público me trataba de "garrapata elefantina; moscón equino; gusano de macaco; monstruoso parásito de un genio". Se lo perdono, a ella y a todo el mundo.

Verso 270: mi sombría Vanessa

¡Es tan típico de un auténtico erudito en busca de un apodo cariñoso dar el nombre genérico de una mariposa a una divinidad órfica en la cima de la inevitable alusión a Vanhomrigh, Esther! A este respecto, un par de versos de uno de los poemas de Swift (que en estos apartados parajes no puedo localizar) se me han quedado en la memoria:

Cuando he aquí que Vanessa floreciente

apareció como la estrella de Atalanta

En cuanto a la vanessa, esta mariposa reaparecerá en los versos 993-995 (véase nota). Shade solía decir que en viejo inglés su nombre era El Rojo Admirable, después corrompido en El Rojo Almirante. Es una de las pocas mariposas que conozco. Los zemblanos la llaman *harvalda* (la heráldica) posiblemente porque se puede reconocer su forma en el escudo de los Duques de Payn. Gertos años, en otoño, solía aparecer con bastante frecuencia en los jardines del palacio y visitar las reinas margaritas en compañía de una falena diurna. He visto al Rojo Admirable dándose un banquete de ciruelas pasadas o de conejo muerto. Es una mariposa muy juguetona. Un espécimen casi domesticado fue el último objeto natural que John Shade me mostró cuando marchaba a su perdición (véase ahora, ahora mismo, mi nota a los versos 993-995).

Siento un ligero perfume de Swift en algunas de mis notas. Yo también soy por naturaleza melancólico, un hombre desasosegado, susceptible y desconfiado, aunque tengo mis momentos de volubilidad y *fou rire*.

Verso 275: Hace cuarenta años que nos casamos

John Shade y Sybil Swallow (véase nota al verso 247) se casaron en 1919, exactamente tres decenios antes de que el Rey Charles contrajera enlace con Disa, Duquesa de Payn. Desde el comienzo de su reinado (1936-1958), los representantes de la nación, los pescadores de salmón, los vidrieros no sindicados, los grupos militares, los parientes afligidos y especialmente el Obispo de Yeslove, un santo y sanguíneo anciano, habían hecho todo lo posible por convencerlo de que abandonara sus copiosos pero estériles placeres y tomara mujer. No era cuestión de moralidad sino de sucesión. Como en el caso de algunos de sus predecesores, rudos "reyes de los alisos" que ardían por los muchachos, el clero ignoró pura y simplemente las costumbres paganas de nuestro joven soltero, pero quiso que hiciera lo que antes que él había hecho otro Charles aún más recalcitrante: disponer de una noche y engendrar legalmente un heredero.

Vio a Disa por primera vez, cuando ella tenía diecinueve años, la noche de fiesta del 5 de julio de 1947, en un baile de disfraz en el palacio de su tío. Disa había ido vestida de hombre, de joven tirolés, con las rodillas un poco juntas pero valiente y encantadora, y después los llevó por las calles a ella y a sus primos (dos guardias disfrazados de floristas) en su nuevo y divino convertible, para mostrarles la formidable iluminación de cumpleaños, y las fackeltanz en el parque, y los fuegos artificiales, y las caras pálidas mirando hacia arriba. Vaciló durante casi dos años, pero fue asediado por consejeros de una elocuencia inhumana, y al fin cedió. La víspera de su boda rezó casi toda la noche, encerrado a solas en la fría vastedad de la catedral de Onhava. Viejos monarcas satisfechos lo miraban desde las vidrieras de rubí y amatista. Nunca había pedido a Dios consejo y fuerza con tanto fervor (véase más adelante mi nota a los versos 433-434).

Después del verso 274 hay un falso comienzo en el borrador:

Me gusta mi nombre: Shade, Ombre, casi "hombre" en español...

Uno lamenta que el poeta no hubiera seguido con este tema, evitando al lector las embarazosas intimidades que siguen.

Verso 286: la huella rosa de un avión sobre el fuego del poniente

Yo también tenía la costumbre de señalar a la atención de mi poeta la idílica belleza de los aviones en el cielo de la tarde. ¡Quién hubiera podido sospechar que el mismo día (7 de julio) que Shade escribió este verso radiante (el último de la ficha veintitrés), Gradus, alias Dégré, había volado de Copenhague a París, completando así la segunda etapa de su siniestro viaje! Aun en la Arcadia estoy, dice la Muerte en la inscripción sepulcral.

Las actividades de Gradus en París habían sido planeadas por las Sombras con bastante cuidado. Tenían toda la razón al suponer que no sólo Odón sino nuestro antiguo cónsul en París, el difunto Oswin Bretwit, sabían dónde encontrar al Rey. Decidieron que Gradus fuera primero a sondear a Bretwit. Este caballero tenía un departamento en Meudon donde vivía solo, no salía más que para ir a la Biblioteca Nacional (donde leía obras de teosofía y resolvía problemas de ajedrez publicados en diarios viejos) y no recibía visitantes. El plan preciso de las Sombras fue el resultado de un golpe de suerte. Suponiendo que Gradus carecía del equipo mental y del don de imitación necesario para encarar a un realista entusiasta, le sugirieron que se hiciera pasar por un comisionista totalmente apolítico, un hombrecito neutral interesado únicamente en obtener un buen precio de los diversos documentos que unos particulares le habían pedido que sacara de Zembla para entregar a sus legítimos dueños. La suerte, en una de sus rachas anticarlistas, lo ayudó. Una de las Sombras menos importantes a la que llamaremos el Barón A., tenía un suegro llamado Barón B., un viejo burócrata inofensivo, jubilado desde hacía mucho tiempo y absolutamente incapaz de entender ciertos aspectos renacentistas del nuevo régimen. Había sido, o creía haber sido (la distancia retrospectiva magnifica las cosas) un amigo íntimo del difunto Ministro de Asuntos Exteriores, el padre de Oswin Bretwit, y por lo tanto esperaba con impaciencia el día en que pudiera entregar al "joven" Oswin (quien, entendía él, no era exactamente persona grata para el nuevo régimen) un montón de

preciosos papeles de familia que el polvoriento barón había encontrado por casualidad en los archivos de una oficina del Gobierno. De pronto le informaron que el día había llegado: los documentos iban a ser enviados inmediatamente a París. Se le permitió añadir una breve nota que decía:

He aquí algunos preciosos papeles pertenecientes a su familia. No puedo hacer nada mejor que ponerlos en manos del hijo del gran hombre que fue mi compañero de estudios en Heidelberg y mi maestro en el servicio diplomático. Verba volant, scripta manent.

Los *scripta* en cuestión eran doscientas treinta largas cartas que habían cambiado unos setenta años antes Zule Bretwit, tío abuelo de Oswin, alcalde de Odevalla, y un primo suyo, Ferz Bretwit, alcalde de Aros. Esta correspondencia, un lamentable intercambio de perogrulladas burocráticas y de bromas altisonantes, carecía incluso del interés limitado que pueden tener las cartas de este tipo para el historiador local —pero naturalmente, no se puede saber qué es lo que repelerá o atraerá a un descendiente sentimental— y los antiguos subordinados de Oswin sabían todos que eso es lo que era. Me gustaría tomarme el tiempo de interrumpir este seco comentario y rendir un breve homenaje a Oswin Bretwit.

Físicamente, era un hombrecito calvo, enfermizo, que parecía una bellota pálida. Su cara estaba singularmente desprovista de carácter. Tenía ojos café con leche. Uno lo recuerda siempre con brazal de luto. Pero este exterior insípido traicionaba la calidad del hombre. ¡Desde el otro lado de las centelleantes estrías del océano, yo te saludo, bravo Bretwit! Que aparezcan por un momento su mano y la mía en un firme apretón a través del agua, por encima de la dorada aparición de un sol emblemático. Que esta insignia no sea jamás utilizada como publicidad por una compañía de seguros o una compañía de aviación en las páginas satinadas de una revista, bajo la imagen de un hombre de negocios retirado, estupefacto y honrado por la vista de la bandeja en tecnicolor que la azafata le ofrece con todo lo que es capaz de darle; o más bien, que este sublime apretón de manos sea considerado en nuestro cínico siglo de frenética heterosexualidad como el último pero duradero símbolo del valor y la abnegación. Con cuánto fervor uno hubiera soñado que un símbolo similar pero en forma verbal hubiese imbuido el poema de otro querido amigo;

pero no sería así... ¡Es inútil buscar en *Pálido Fuego* (¡oh, cuán pálido, es cierto!) el calor de mi mano estrechando la tuya, pobre Shade!

Pero volvamos a los techos de París. El coraje en Oswin Bretwit iba unido a la integridad, la bondad, la dignidad y lo que podría calificarse, con un eufemismo, de ingenuidad encantadora. Cuando Gradus telefoneó desde el aeropuerto y para despertarle el apetito le leyó el mensaje del Barón B. (salvo la cita en latín), Bretwit sólo pensó en una cosa: el regalo que le aguardaba. Gradus se había negado a decirle por teléfono qué eran exactamente los "preciosos papeles", pero ocurría justamente que el ex cónsul había esperado en los últimos tiempos recuperar una valiosa colección de sellos que su padre había legado unos años antes a un primo muerto después. El primo había vivido en la misma casa que el Barón B., y con la mente llena de estas cuestiones embrolladas y fascinantes, el ex cónsul, mientras aguardaba a su visitante, se preguntaba sin cesar, no si la persona que venía de Zembla era un impostor peligroso, sino si le traería todos los álbumes a la vez o lo haría gradualmente para ver lo que podría obtener del trabajo que se había tomado. Bretwit esperaba que el asunto quedaría concluido esa misma noche, pues a la mañana siguiente debía ser hospitalizado y posiblemente operado (lo fue, y murió bajo el bisturí).

Si dos agentes secretos pertenecientes a dos facciones rivales se enfrentan en una batalla de ingenios, y si uno de ellos no lo tiene, el efecto puede ser divertido; es aburrido si los dos son estúpidos. Desafío a cualquiera a que encuentre en los anales de la conspiración y la contraconspiración algo más inepto y más tedioso que la escena que ocupa el resto de esta nota concienzuda.

Gradus se sentó con incomodidad en el borde de un sofá (en el cual un rey cansado se había tendido menos de un año antes), metió la mano en su portafolios, tendió a su huésped un abultado paquete envuelto en papel marrón y trasladó sus asentaderas a una silla cercana a la de Bretwit para poder observar con comodidad su lucha con el cordel. En un silencio pasmado, Bretwit contempló lo que al fin había desenvuelto y luego dijo:

—Bueno, esto es el fin de un sueño. Esta correspondencia fue publicada en 1906 o 1907, no, en 1906, al fin, por la viuda de Bretwit, incluso debo de tener por ahí un ejemplar entre mis libros. Además, no es un ológrafo sino un

apógrafo, hecho por un escribiente para uso de los impresores, observará usted que los dos alcaldes tienen la misma letra.

—Qué interesante —dijo Gradus verificándolo.

—Naturalmente, aprecio la amable intención que hay detrás de esto —dijo Bretwit.

—Estábamos seguros de que así sería —dijo Gradus satisfecho.

—El Barón B. ha de estar un poco gaga —continuó Bretwit—, pero repito, su amable intención es conmovedora. ¿Supongo que desea usted algún dinero por haberme traído este tesoro?

—El placer que usted siente debería ser nuestra única recompensa —respondió Gradus—. Pero permítame que le hable con franqueza: nos hemos tomado mucho trabajo para cumplir esta misión como es debido, y yo he recorrido un largo camino. Sin embargo quiero proponerle un pequeño arreglo. Si usted es bueno con nosotros, nosotros seremos buenos con usted. Sé que sus fondos están un poco... (gesto de escasez y guiñada).

—Muy cierto —suspiró Bretwit.

—Si nos sigue no le costará un centavo.

—Oh, podría pagar algo. (Mueca y encogimiento de hombros).

—No necesitamos su dinero (Palma de agente de tránsito). Pero éste es nuestro plan. Tengo mensajes de otros barones para otros fugitivos. En realidad, tengo cartas para el fugitivo más misterioso de todos.

—¡Qué! —exclamó Bretwit con candida sorpresa—. ¿Saben en el país que su Majestad ha salido de Zembla (Le hubiera dado unos azotes al pobre viejo).

—Claro que sí —dijo Gradus frotándose las manos y jadeando de placer animal, cuestión de instinto sin duda pues el hombre no podía concebir inteligentemente que la metida de pata del ex cónsul no era más que la primera confirmación de la presencia del Rey en el extranjero—: Claro —repitió con una sonrisa cargada de sentido—, y le quedaré muy agradecido si pudiera recomendarme al Sr. X.

Al oír estas palabras una falsa verdad se abrió camino en Oswin Bretwit y gimió para sí: "¡Naturalmente! ¡Qué obtuso soy! Es uno de los nuestros. Los dedos de su mano izquierda empezaron a agitarse como si tiraran de los hilos de una marioneta, mientras sus ojos seguían atentamente el gesto de satisfacción, típico de clase baja, de su interlocutor. Un agente carlista que se revela a un superior, debe hacer un signo correspondiente a la X (de Xavier) en el alfabeto manual de los sordomudos: la mano en posición horizontal y el índice curvado con bastante blandura mientras el resto de los dedos se arracima (muchos han criticado este signo por su excesiva flojera; hoy se ha sustituido por una combinación más viril). En las diversas ocasiones en que Bretwit lo hiciera, el gesto había sido precedido durante un momento de suspenso —un hueco en la *Textura del Tiempo* más que un retardo real— por algo análogo a lo que los médicos llaman aura, una extraña sensación a la vez tensa y vaporosa, una inefable exasperación de frío y de calor que invade todo el sistema nervioso antes de una crisis. Y en esta oportunidad también Bretwit sintió que el vino mágico se le subía a la cabeza.

—Muy bien, estoy dispuesto. Déme la señal —dijo ávidamente.

Gradus, decidido a correr el riesgo, echó una mirada a la mano sobre las rodillas de Bretwit; sin que su dueño se diera cuenta, parecía estar apuntando a Gradus su papel en un murmullo manual. Trató de copiar lo que aquella mano estaba esforzándose por dar a entender, simples rudimentos de la señal pedida.

—No, no —dijo Bretwit con una sonrisa indulgente para el torpe novicio—. La otra mano, amigo mío. Su Majestad es zurdo, como usted sabe.

Gradus hizo la prueba de nuevo, pero como una marioneta rechazada, la pequeña apuntadora enloquecida había desaparecido. Contemplando avergonzado sus cinco extranjeros regordetes, Gradus completó los movimientos de un hacedor de sombras chinescas incompetente y semiparalítico y por fin hizo el vago signo de la V de la Victoria. La sonrisa de Bretwit empezó a desvanecerse.

Desaparecida la sonrisa, Bretwit (el nombre significa Comprensión del Ajedrez) se levantó de la silla. En una habitación más grande hubiera caminado de un extremo al otro, pero en aquel estudio atestado no podía. Gradus el Chapucero se abrochó los tres botones de su ajustada chaqueta marrón y sacudió varias veces la cabeza.

—Creo —dijo con tono contrariado— que hay que jugar limpio. Si yo le traigo esos preciosos papeles, usted debe arreglarme una entrevista o por lo menos darme la dirección.

—Yo sé quién es usted —exclamó Bretwit, señalándolo—. ¡Usted es un periodista! Usted viene enviado por ese diarucho danés que asoma en su bolsillo —Mecánicamente Gradus manoteó el periódico y frunció el ceño—. ¡Tuve la esperanza de que hubieran renunciado a venir a molestarme! ¡Qué vulgaridad fastidiosa! No hay nada sagrado para ustedes, ni el cáncer, ni el exilio, ni el orgullo de un rey —ay, esto es cierto no sólo con respecto a Gradus; en Arcadia también tiene colegas.

Gradus, sentado, contemplaba sus zapatos nuevos: rojo caoba con las puntas picadas. Tres pisos más abajo una ambulancia impaciente se abría paso a toques de sirena en las calles oscuras. Bretwit desahogó su impaciencia con las cartas ancestrales que estaban sobre la mesa. Agarró la pila ordenada con el papel que la envolvía y arrojó todo en el cesto de papeles. El cordel cayó al lado, a los pies de Gradus que lo recogió y lo añadió a los *scripta*.

—Por favor, váyase —dijo el pobre Bretwit—. Tengo un dolor en la ingle que me vuelve loco. Hace tres noches que no duermo. Ustedes los periodistas son tipos tercos, pero yo también lo soy. Nunca le diré nada sobre mi rey. Adiós. Esperó en el rellano que los pasos de su visitante bajaran y llegaran a la puerta de entrada que se abrió y cerró. Luego la luz automática de la escalera se apagó con el ruido de un puntapié.

Versos 287-288: cuando canturreas haciendo una valija

La ficha (la veinticuatro) con este pasaje (versos 287-299) data del 7 de julio, y debajo de esa fecha encuentro en mi pequeña agenda este garabato: Dr. Ahlert, 15,30. Como me sentía un poco nervioso, como la mayoría de la gente ante la perspectiva de ver a un médico, pensé en comprar, en el camino al consultorio, algún calmante para impedir que la aceleración de mi pulso indujera en error a la crédula ciencia. Encontré las gotas que deseaba, tomé el aromático brebaje en la farmacia y me iba cuando vi a los Shade que salían de una tienda, en la puerta siguiente. Ella llevaba un nuevo bolso de viaje. La terrible idea de que pudieran irse de vacaciones de verano neutralizó el efecto del medicamento que acababa de tragar. Uno se acostumbra tanto a que la

vida de los demás transcurra paralelamente a la propia que un brusco desvío de parte del satélite paralelo provoca un sentimiento de estupefacción, vacío e injusticia. ¡Y, además, aún no había terminado "mi" poema!

—¿Piensan viajar? —pregunté, sonriente y señalando el bolso.

Sybil lo levantó por las asas como si fuera un conejo y lo consideró con mis ojos.

—Sí, a fin de mes —dijo—. Después que John haya terminado su trabajo.

(¡El poema!)

—¿Y adonde, si se puede saber? —(volviéndome hacia John).

El Sr. Shade miró a la Sra. Shade y ella respondió por él, a su manera habitual, brusca y desenvuelta, que todavía no estaban seguros, quizá fuera Wyoming o Utah o Montana, y tal vez alquilarían en alguna parte un chalet a 6.000 o 7.000 pies.

—En medio de los altramuces y los álamos temblones —dijo el poeta gravemente. (Evocando el paisaje.)

Empecé a calcular en voz alta la altura en metros y me pareció excesiva para el corazón de John, pero Sybil le tironeó de la manga recordándole que tenían otras compras que hacer, y me dejaron con unos 2.000 metros y un eructo perfumado a valeriana.

¡Pero a veces el destino de alas negras puede desplegar una solicitud exquisita! Diez minutos más tarde el Dr. A. —que también trataba a Shade— me contaba con impasible minucia que los Shade habían alquilado un pequeño ranch que unos amigos que se iban a otra parte, tenían en Cedarn, Utana, en la frontera del Idoming. Desde el consultorio del Doctor volé a una agencia de viajes, conseguí mapas y folletos, los estudié, aprendí que en la ladera de la montaña que domina Cedarn hay dos o tres grupos de cabañas, corrí a mandar un pedido al correo de Cedarn, y unos días más tarde tenía alquilado para el mes de agosto algo que, a juzgar por las instantáneas que me habían mandado parecía una cruz de isba de *mujik* y de Refugio Z, pero que tenía un cuarto de baño embaldosado y costaba más caro que mi castillo appalachiano. Ni los Shade ni yo dijimos una palabra sobre nuestras direcciones de verano, pero yo

sabía, y ellos no, que era la misma. Cuanto más me indignaba la evidente intención de Sybil de ocultármela, más dulce me resultaba imaginar mi brusca aparición en traje tirolés, desde detrás de un peñasco, y el aire acobardado pero sonriente de John. Durante la quincena en que dejé que mis demonios llenaran mi espejo goético hasta desbordar de acantilados rosa y malva, de negros enebros, caminos tortuosos, de artemisa que se transforma en hierba y lujuriantes flores azules, de esos álamos temblones pálidos, como la muerte, mientras una interminable hilera de Kimbotes en shorts verdes encontraba una antología de poetas y el hato de sus mujeres, debo de haber cometido algún terrible error en mis conjuros, pues el flanco de la montaña está seco y lúgubre, y el ranch desvencijado de los Hurly, sin vida.

Verso 293: Ella

Hazel Shade, la hija del poeta, nacida en 1934, muerta en 1957 (véanse notas a los versos 230 y 347).

Verso 316: el Toothwort White frecuentó nuestros bosques en mayo

Francamente, no estoy seguro de lo que significa esto. La variante escrita al margen no es de mucha ayuda:

En los bosques la piéride de Virginia aparecía en mayo

¿Personajes del folklore, quizá? ¿Hadas? ¿O mariposas de la col?

Verso 319: pato carolino

Bonita imagen. El pato carolino, ave de ricos colores esmeralda, amatista, cornalina, con marcas negras y blancas es incomparablemente más hermoso que el tan encarecido cisne, ganso serpentino con un cuello sucio de felpa amarillenta y palmetas de caucho negro' como un hombre rana.

Dicho sea de paso, la nomenclatura popular de los animales americanos refleja el espíritu simple y utilitario de los pioneros ignorantes y aún no ha adquirido la pátina de los nombres de la fauna europea.

Verso 334: vino a buscarla

"¿Vendrá alguna vez a buscarme?" solía preguntarme mientras esperaba y esperaba, en ciertos crepúsculos ámbar y rosa, a un amigo de *ping-pong* o al viejo John Shade.

Verso 347: viejo granero

Este granero, o más bien cobertizo, donde "ciertos fenómenos" se produjeron en octubre de 1956 (pocos meses antes de la muerte de Hazel Shade), había pertenecido a un tal Paul Hentzner, granjero excéntrico de origen alemán, con aficiones pasadas de moda como la taxidermia y la herborización. Por un extraño ardid del atavismo era (según Shade, a quien le gustaba hablar de él, la única vez, dicho sea de paso, en que mi viejo y querido amigo se puso un poco pesado) una regresión a los "curiosos alemanes" que tres siglos antes habían sido los padres de los primeros grandes naturalistas. Aunque según un criterio académico fuera un hombre sin educación, sin verdadero conocimiento de las cosas alejadas en el espacio y en el tiempo, había en él algo pintoresco, de la tierra, que a John Shade le gustaba mucho más que los refinamientos suburbanos del Departamento de Inglés. Él, que se mostraba tan exigente en la elección de sus compañeros de paseos, gustaba de vagabundear con el flaco y solemne alemán, una tarde de cada dos, seguir el sendero del bosque que subía a Dulwich y dar toda la vuelta por los campos de sus conocidos. Él, que se complacía en la palabra justa, estimaba a Hentzner porque sabía "los nombres de las cosas", aunque algunos de esos nombres fueran sin duda monstruosidades locales, o germanismos, o puros inventos del viejo pillo.

Ahora se paseaba con otro compañero. Recuerdo lípidamente una tarde perfecta en que mi amigo daba salida a un chisporroteo de chistes, retruécanos y anécdotas a las que yo respondía galante con cuentos de Zembla y fugas de cortar el aliento. Cuando íbamos orillando el bosque de Dulwich, me

interrumpió para mostrarme una gruta natural en las rocas musgosas, al borde del sendero, bajo los cornejos en flor. Era el lugar donde el buen granjero se detenía invariablemente y una vez que iban en compañía de su hijo pequeño éste, que trotaba al lado de ellos, señaló con el dedo y observó con carácter informativo: "Aquí es donde papá orina". Otra historia, menos insustancial, me aguardaba en lo alto de la colina donde un cuadrado invadido por epilobios, asclepias y vernonias donde revoloteaban nubes de mariposas, contrastaba brutalmente con los solidagos que había todo alrededor. Después que la mujer de Hentzner lo hubo abandonado (alrededor de 1950), llevándose el niño consigo, él vendió su granja (ahora reemplazada por un autocine) y se fue a vivir a la ciudad; pero las noches de verano solía llevarse una bolsa de dormir al granero que estaba en la punta de las tierras que aún poseía, y allí murió una noche.

El granero había estado en el lugar cubierto de malezas que Shade hurgaba con el bastón favorito de la tía Maud. Un sábado por la noche un joven estudiante empleado en el hotel de la universidad y una moza del lugar fueron allí por una razón cualquiera y estaban charlando o dormitando cuando creyeron volverse locos de terror al oír ruidos de cadenas y ver luces errantes que les hicieron escapar espantados. Nadie se preocupó realmente por saber qué les había hecho huir, si un fantasma ofendido o un pretendiente rechazado. Pero la *Wordsmith Gazette* ("El diario de estudiantes más antiguo de los EE.UU.") se apoderó del incidente y empezó a sacarle el relleno como un perrito dañino. Varios presuntos especialistas en espiritismo visitaron el lugar y todo el asunto se transformó tan abiertamente en una broma pesada, con la participación de los chistosos más conocidos del College, que Shade se quejó a las autoridades, con el resultado de que el granero inútil fue demolido por constituir un peligro de incendio.

De Jane P. obtuve, sin embargo, gran cantidad de informaciones muy diferentes y mucho más patéticas, que me explicaron por qué mi amigo había considerado oportuno regalarme con vulgares travesuras de estudiantes, pero también me hizo lamentar el haberle impedido llegar al punto que confusamente y no sin cierta turbación (porque, como he dicho en una nota anterior, nunca tuvo interés en referirse a su hija muerta) apuntaba, llenando una pausa bien venida con un extraordinario episodio de la historia de la Universidad de Onhava. Este episodio se produjo en el año de gracia de 1876. Pero volviendo a Hazel Shade, había decidido investigar ella misma esos fenómenos para un trabajo ("sobre cualquier tema") que le había pedido en el

curso de psicología un profesor astuto que recogía datos sobre los "Aspectos autoneurinológicos de los estudiantes universitarios norteamericanos". Sus padres le permitieron hacer una visita nocturna al granero sólo a condición de que Jane P. —considerada de absoluta confianza— la acompañara. Apenas se habían instalado las muchachas cuando una tormenta eléctrica que duraría toda la noche envolvió el refugio con aullidos y relámpagos tan teatrales, que fue imposible prestar atención a los ruidos y luces interiores. Hazel no renunció y unos días más tarde le pidió a Jane que fuera otra vez con ella, pero Jane no podía. Me dijo haber sugerido que los mellizos White (dos encantadores estudiantes aceptados por los Shade) la sustituyeran. Pero Hazel rechazó categóricamente este nuevo arreglo y después de una disputa con sus padres, tomó su linterna y su cuaderno de notas y partió sola. Es fácil imaginar cuánto temían los Shade un recrudecimiento de la perturbación del *poltergeist*, pero el Dr. Sutton, siempre sagaz, afirmó —no sé con qué autoridad— que prácticamente se desconocen casos en que la misma persona se encuentra metida de nuevo en esa clase de manifestaciones después de un lapso de seis años.

Jane me autorizó a copiar algunas de las observaciones de Hazel basadas en notas tomadas en el lugar mismo:

22.14. Comienzo de las investigaciones.

22.23. Raspados y balbuceos.

22.25. Un pequeño círculo de luz pálida, del tamaño de una carpetita, revoloteó por las paredes sombrías, las ventanas clausuradas y el piso, cambió de lugar, se detuvo aquí y allá, dando saltos; parecía esperar, fastidiando por divertirse, una embestida evitable. Desaparecido.

22.37. Reparición.

Seguían varias páginas de notas, pero por razones obvias debo renunciar a transcribirlas en este comentario. Había largas pausas y de nuevo "raspados y balbuceos", y vueltas del circulito luminoso. Ella le hablaba. Si le preguntaba algo que le parecía deliciosamente tonto ("¿Eres un fuego fatuo?"),

se lanzaba de aquí para allá en extática negación, y cuando quería dar una respuesta grave a una pregunta grave ("¿Estás muerto?"), se elevaba lentamente como para ganar altura y dejarse caer pesada y afirmativamente. Durante algunos instantes respondía al alfabeto que ella recitaba hasta que decía la letra exacta, tras de lo cual el circulito daba un pequeño salto de aprobación. Pero esos saltos se volvieron cada vez más distraídos y después de haberse deletreado lentamente un par de palabras, el redondelito aflojó como un niño cansado y por último se metió en una grieta, de donde voló de pronto con brío extravagante y empezó a girar por las paredes en su ansia por renovar el juego. El revoltijo de palabras cortadas y sílabas sin sentido que al fin logró reunir se presentaban en sus notas escrupulosas como una corta línea de simples grupos de letras. Transcribo:

pada ata lana par not odo sol wart alen to tala feur for rant tal toldo

En sus *Observaciones* la transcriptora dice que ha tenido que recitar el alfabeto, o por lo menos empezar a recitarlo ochenta veces, de las que diecisiete no dieron ningún resultado. Las divisiones basadas en intervalos tan variables no pueden ser sino bastante arbitrarias; algunos de esos galimatías se pueden reagrupar en otras unidades lexicológicas que no significarían mucho más (por ej. "todo", "talento", "forran", etc.). El fantasma del granero parece haberse expresado con la dificultad empastada de la apoplejía o del semisueño, acuchillado por la luz del techo, un desastre militar de consecuencias cósmicas que la lengua espesa y mal dispuesta no puede expresar claramente. Y en este caso también nosotros podríamos sentir el deseo de abreviar las preguntas de un lector o compañero de lecho hundiéndonos de nuevo en la beatitud del olvido, si alguna fuerza diabólica no nos instara a buscar un secreto designio en el abracadabra,

812 algún vínculo laberíntico, una especie

813 de estructura concordante en el juego,

Detesto esa clase de juegos; me hacen doler abominablemente las sienes, pero los he afrontado valientemente y he meditado sin fin, con la paciencia y el disgusto infinitos de un comentarista, las sílabas mutiladas del informe de Hazel en busca de una mínima alusión al destino de la pobre muchacha. No encontré ni una. Ni el espectro del viejo Hentzner, ni la linterna de bolsillo de un sinvergüenza en acecho, ni la propia imaginación histérica de Hazel, expresan nada aquí que pueda interpretarse, aunque sea remotamente, como una advertencia o la menor relación con las circunstancias de su muerte próxima.

El informe de Hazel hubiera podido ser más largo si —como le dijo a Jane— el recommienzo de los "raspados" no hubiera sacudido de pronto sus nervios fatigados. El redondelito de luz que hasta entonces se había mantenido a distancia, se precipitó hostilmente hacia sus pies de modo que estuvo a punto de caerse del bloque de madera que le servía de asiento. Le abrumó saber que estaba sola en compañía de un ser inexplicable y quizá muy maligno, y con un estremecimiento que estuvo a punto de dislocarse los omoplatos, se apresuró a volver al asilo celeste de la noche estrellada. Un sendero familiar lleno de gestos calmantes y otras pequeñas muestras de consuelo (grillo solitario, farol solitario) le conducía a su casa. Se detuvo y lanzó un aullido de terror: un sistema de manchas oscuras y pálidas coaguladas en una figura fantástica se había levantado del banco del jardín hasta donde llegaba la luz de la galería de entrada. No tengo idea de lo que puede ser la temperatura media de una noche de octubre en New Wye, pero sorprende que la ansiedad de un padre sea tan grande en el caso presente como para hacerle velar al aire libre, en pijama y con la indefinible "salida de baño" que mi regalo de cumpleaños iba a sustituir (véase nota al verso 181).

Hay siempre "tres noches" en los cuentos de hadas, y en este triste cuento de hadas hay también una tercera. Esta vez Hazel quiso que sus padres fueran testigos con ella de la "luz parlante". Las actas de esa tercera sesión en el granero no se han conservado, pero ofrezco al lector la escena siguiente que a mi juicio no puede estar muy lejos de la verdad:

EL GRANERO EMBRUJADO

Oscuridad completa. Se oye al Padre, a la Madre y a la Hija que respiran suavemente en diferentes rincones. Pasan tres minutos.

EL PADRE (a la Madre): ¿Estás bien, ahí?

LA MADRE: Aja. Estos sacos de patatas hacen un perfecto...

LA HIJA (con la fuerza de una máquina de vapor): ¡Sh-sh-sh!

Pasan quince minutos en silencio. El ojo empieza a descubrir aquí y allá, en la oscuridad, ranuras azules y una estrella.

LA MADRE: Eso fue la barriga de papá, creo... no un fantasma.

LA HIJA (con énfasis): ¡Muy divertido!

Transcurren otros quince minutos. El Padre, hundido en pensamientos sobre su trabajo, lanza un suspiro neutral.

LA HIJA: ¿Es necesario suspirar así todo el tiempo?

Transcurren quince minutos.

LA MADRE: Si me pongo a roncar, que el Espectro me pellizque.

LA HIJA (exagerando el dominio de sí misma): ¡Mamá, por favor! ¡Por favor, mamá!

El padre se aclara la garganta pero decide no decir nada. Transcurren otros doce minutos.

LA MADRE: ¿Alguno de ustedes se da cuenta de que todavía quedan algunas de esas bombas de crema en el refrigerador?

Es demasiado.

LA HIJA (estallando): ¿Por qué tienes que echarlo todo a perder? ¿Por qué siempre tienes que echar todo a perder? ¿Por qué no puedes dejar a la gente tranquila? ¡No me toques!

EL PADRE: Vamos, vamos, Hazel, tu madre no dirá una palabra más y seguiremos con... pero hace una hora que estamos aquí sentados y se está haciendo tarde.

Pasan dos minutos. La vida es desesperada, la otra vida implacable. Se oye a Hazel que llora despacio en la oscuridad. John Shade enciende una lámpara. Sybil enciende un cigarrillo. Se levanta la sesión.

La luz nunca volvió pero aún brilla en un breve poema "*La naturaleza de la electricidad*", que John Shade había enviado a la revista de Nueva York, *The Beau and the Butterfly*, en 1958, pero que no apareció hasta después de su muerte:

Los muertos, los buenos muertos, ¿quién sabe?,
se quedan en los filamentos de tungsteno,
y en mi mesa de luz brilla
la novia difunta de otro hombre.

Y quizá Shakespeare inunda toda
una ciudad con innumerables luces,
y el alma incandescente de Shelley
atrae a las pálidas falenas de las noches sin estrellas.

Los faroles de las calles tienen números, y quizá
el número novecientos noventa y nueve
(que brilla tan vivamente a través de un árbol

tan verde) es un viejo amigo mío.

Y cuando por encima de la llanura lívida
juegan los ganchos de los relámpagos, quizá
los tormentos de un Tamerlán, [contienen
el rugido de los tiranos desgarrados en el infierno.

La ciencia nos dice, por lo demás, que la Tierra no sólo caería en pedazos, sino que se desvanecería como un fantasma, si la Electricidad desapareciera de pronto del mundo.

Verso 347: Invertía las palabras

Uno de los ejemplos que da su padre es extraño. Estoy casi seguro de que fui yo quien, un día que hablábamos de "palabras espejo", observó (y recuerdo la expresión de estupefacción del poeta) que "loma" al revés da "malo" y "Adán", "nada". Pero también es cierto que Hazel Shade se parecía a mí en ciertos aspectos.

Versos 367-370: then-pen, again-explain

Hablando, John Shade, como buen norteamericano, rimaba "again" con "pen" y no con "explain". La posición contigua de estas rimas es curiosa.

Verso 376: poema

Creo poder adivinar (en mi caverna de montaña desprovista de libros) de qué poema se trata; pero sin verificar, no quiero nombrar al autor. De todas

maneras, deploro los pérfidos ataques contra los poetas más distinguidos de nuestro tiempo.

Versos 376-377: se decía, en el curso de Literatura Inglesa, que era

En el borrador figura una variante más significativa y más armoniosa:

el Jefe de nuestra Sección estimaba

Aunque esto se pueda tomar como una referencia al hombre (quienquiera que fuese) que ocupaba ese cargo en la época en que Hazel Shade era estudiante, no se podría criticar al lector si la aplicara a Paul H. Jr., el distinguido administrador e inepto erudito que desde 1957 era jefe de la Sección Inglés del Wordsmith College. Nos veíamos de vez en cuando (véase la introducción y la nota al verso 894), pero no a menudo. El Jefe de la Sección a la que yo pertenecía era el Prof. Nattochdag, "Netochka", como llamábamos al buen hombre. Desde luego, un extranjero no tenía derecho a las migrañas que desde hace cierto tiempo me torturan hasta tal punto que una vez tuve que salir en mitad de un concierto donde me tocó estar sentado junto a Paul H. Jr. Al parecer lo tenía, y tanto. Paul H. no me quitó los ojos de encima e inmediatamente después de la muerte de John Shade, se vio circular una copia mimeografiada de una carta que empezaba así:

Varios miembros del Departamento de inglés están dolorosamente inquietos por el destino de un poema manuscrito, o partes de un poema manuscrito, que ha dejado el difunto John Shade. El manuscrito ha caído en manos de una persona que no sólo no está calificada para la tarea de editarlo, puesto que pertenece a otra sección, sino que se le considera un desequilibrado. Cabe preguntarse si alguna acción legal... etc.

"Acción legal", desde luego, que podría intentar también algún otro. Pero no importa; la justa cólera es mitigada por la satisfacción de saber de antemano que el caballero engagé estará menos inquieto por la suerte del poema de mi amigo después de haber leído el pasaje comentado aquí. A Southey le gustaba la rata asada para la cena, lo cual es especialmente cómico dado que las ratas devoraron a su obispo.

Verso 384: libro sobre Pope

El título de esta obra que se encuentra en la biblioteca de cualquier facultad, es *Supremely Blest*, frase tomada de un verso de Pope que recuerdo pero no puedo citar exactamente. El libro se ocupa sobre todo de la técnica de Pope pero contiene también sabrosas observaciones sobre "la moral estilizada de su tiempo".

Versos 385-386: Jane Dean, Pete Dean

Seudónimos transparentes de dos personas inocentes. Visité a Jane Provost en agosto, al pasar por Chicago. Todavía no se había casado. Me mostró algunas fotos divertidas de su primo Peter y sus amigos. Me dijo —y no tengo ninguna razón para no creer en sus palabras— que Peter Provost (a quien yo deseaba mucho conocer, pero que estaba, ay, vendiendo automóviles en Detroit) podía haber exagerado un poquito, pero que seguramente no mentía cuando explicaba que tenía que cumplir una promesa hecha a uno de sus más caros amigos del club, un magnífico y joven atleta cuya "corona" no será, esperemos, "más breve que la de una muchacha". Esas obligaciones no deben ser tratadas a la ligera o con desdén. Jane dijo que había intentado hablar con los Shade después de la tragedia, y que más tarde había escrito a Sybil una larga carta sin obtener nunca respuesta. Le dije, utilizando algunas expresiones vulgares, que empezaba a dominar: "¡Me lo va a contar a mí!"

Versos 403-404: Son las ocho y cuarto (y aquí el tiempo se bifurca)

A partir de aquí hasta el verso 474 se alternan dos temas sincronizados: televisión en la sala de los Shade y réplica, por así decirlo, de las acciones de

Hazel (ya presagiadas) desde el momento en que Peter encontró a la desconocida con la que tenía cita (406-407) y se disculpó de haber tenido que irse apresuradamente (426-428), hasta el trayecto de Hazel en el autobús (445-447 y 457-459), para terminar en el descubrimiento del cadáver por el guardia (475-477). He empleado itálicas para el tema de Hazel.

Toda la cosa me parece demasiado trabajada y larga, especialmente si se considera que este procedimiento de sincronización ha sido utilizado hasta el hartazgo por Flaubert y por Joyce. Por lo demás, el diseño es exquisito.

Verso 408: Una mano masculina

El 10 de julio, día en que John Shade escribió esto y quizá en el minuto mismo en que empezó a utilizar la ficha treinta y tres para los versos 406-416, Gradus iba en un coche alquilado desde Ginebra a Lex donde se sabía que descansaba Odón, después de terminar su película, en la villa de un viejo amigo americano, Joseph S. Lavender (el nombre viene de "lavadero", no de "landa"). Nuestro brillante conjurado había oído decir que el tal Joe Lavender coleccionaba las fotografías de tipo artístico que en francés se llaman *ombrioles*. No le habían dicho exactamente qué eran y se las sacó de la cabeza como si fueran "pantallas de lámparas adornadas con paisajes". Su estúpido plan consistía en presentarse como agente de un vendedor de objetos de arte de Estrasburgo y luego, mientras bebía con Lavender y su invitado, tratar de obtener datos sobre el lugar donde podía estar el Rey. No había tenido presente el hecho de que Donald Odón, con su sentido absoluto de esas cosas, deduciría en seguida, con sólo ver la forma en que Gradus mostraba la palma vacía antes de estrechar la mano, o se inclinaba ligeramente después de cada trago y otras maneras de conducirse (que el mismo Gradus no percibía en los demás, pero que había aprendido de ellos) que, cualquiera que fuese su lugar de nacimiento, seguramente había vivido mucho tiempo en un medio zemblano de clase baja y por lo tanto era un espía o algo peor. Gradus tampoco sabía que las *ombrioles* que Lavender coleccionaba (y estoy seguro de que a Joe no le importará esta indiscreción) combinaban una belleza exquisita con una extrema indecencia en los temas: desnudeces confundidas entre higueras, ardores de dimensiones extraordinarias, nalgas suavemente sombreadas y también pequeños toques de encanto femenino.

Desde su hotel, en Ginebra, Gradus había tratado de hablar por teléfono con Lavender, pero le dijeron que no se podía antes de mediodía. A mediodía Gradus estaba ya en camino y volvió a telefonar, esta vez desde Montreux. Lavender había dejado un mensaje: si el Sr. Degré quería ir a la hora del té. Almorzó en un café a orillas del lago, dio un pequeño paseo, preguntó el precio de una jirafita de cristal en una tienda de *souvenirs*, compró un periódico, lo leyó en un banco y después se puso en camino. En las cercanías de Lex se perdió en los senderos escarpados y tortuosos. Deteniéndose debajo de una viña, en la entrada ruinosa de una casa sin terminar, tres índices de tres albañiles le señalaron el techo rojo de la villa de Lavender en lo alto de una pendiente verde, del otro lado del camino. Decidió abandonar el coche y subir los peldaños de piedra de lo que parecía un atajo fácil. Mientras subía por el camino entre paredes, con los ojos clavados en un álamo que tan pronto ocultaba el techo rojo en lo alto de la cuesta, tan pronto lo descubría, el sol encontró un punto débil en las nubes de lluvia y de pronto un agujero azul que las atravesó irregularmente se rodeó de un círculo radiante. Sintió el peso y el olor de su nuevo traje marrón comprado en una tienda de Copenhague y arrugado ya. Sofocado, consultando el reloj pulsera y abanicándose con el sombrero blando, igualmente nuevo, llegó por fin a la continuación transversal del camino serpenteante que había dejado abajo. La cruzó, pasó por un portillo, se metió en la curva de un sendero de grava y se encontró delante de la villa de Lavender. Su nombre, Libitina, estaba escrito en letras cursivas sobre una de las ventanas con barras del lado norte; las letras eran de alambre negro y los puntos de las tres íes hábilmente imitados con la cabeza alquitranada de un clavo envuelto en tiza y plantado en la fachada blanca. Este sistema y los barrotes de las ventanas de la fachada norte, Gradus los había observado ya en las villas suizas, pero su inmunidad a las alusiones clásicas le privaba del placer que hubiera sentido ante ese tributo que la macabra jovialidad de Lavender había pagado a la diosa romana de los cadáveres y las tumbas. Otra cosa atrajo su atención: desde una ventana de ángulo salían los sonidos de un piano, un tumulto de música vigorosa que por alguna razón extraña, como me diría después, le sugirió una posibilidad que no había previsto y que le hizo llevar rápidamente la mano al bolsillo del revólver como si se preparara para encontrar, no a Lavender ni a Odón, sino a ese talentoso autor de himnos, Charles el Bienamado. La música cesó cuando Gradus, confundido por la forma fantasiosa de la casa, vaciló delante de una galería de vidrios. Un anciano lacayo de verde apareció por una puerta lateral verde y lo condujo a otra entrada. Fingiendo cierta desenvoltura que una repetición

laboriosa no mejoraba, Gradus le preguntó, primero en un francés mediocre, después en un inglés peor y por último en buen alemán, si había muchos huéspedes en la casa; pero el hombre se limitó a sonreír e inclinándose, lo introdujo en la sala de música. El músico había desaparecido. Una vibración de harpa aún salía del piano de cola sobre el cual descansaba un par de sandalias de playa como al borde de un estanque de nenúfares. De un asiento bajo la ventana una mujer flaca, toda centellante de azabache, se levantó penosamente y se presentó como la gobernanta del sobrino del Sr. Lavender. Gradus mencionó su ansia por ver la sensacional colección de Lavender: esto definía muy justamente las imágenes de las escenas de amor en los vergeles, pero la gobernanta (a quien el Rey siempre había llamado, con gran placer de ella, Mademoiselle Belle en lugar de Mademoiselle Baud) se apresuró a confesar su total ignorancia de las aficiones y los tesoros de su patrón y sugirió al visitante que echara un vistazo al jardín: —Gordon le mostrará sus flores favoritas —dijo y llamó al cuarto vecino—: ¡Gordon! —Más bien de mala gana apareció un muchacho esbelto pero de aspecto robusto, de unos catorce o quince años, que el sol había teñido de un tono melocotón. No llevaba nada encima salvo un paño de piel de leopardo alrededor de los riñones. El pelo muy corto era ligeramente más claro que la piel. En su encantador rostro bestial había una expresión a la vez sombría y astuta. Nuestro inquieto conjurado no registró ninguno de esos detalles y se limitó a experimentar una impresión general de indecencia. —Gordon es un prodigio musical —dijo la Srta. Baud y el muchacho hizo una mueca de desagrado—. Gordon, ¿quiere mostrarle el jardín a este señor? —El muchacho asintió, añadiendo que se pegaría un remojón si nadie tenía inconveniente. Se puso las sandalias y mostró el camino. La extraña pareja avanzó entre la luz y la sombra: el gracioso muchacho con guirnaldas de hiedra alrededor de la cintura y el lamentable asesino con su barato traje marrón y un diario doblado que le salía del bolsillo izquierdo de la chaqueta.

—Esta es la gruta —dijo Gordon—. Una vez pasé la noche aquí con un amigo. —Gradus echó una mirada indiferente al antro musgoso donde se podía percibir un colchón neumático con una mancha oscura en el nylon naranja. El muchacho pegó unos labios ávidos a un caño de agua de manantial y se secó las manos húmedas en los pantalones de baño negros. Gradus consultó su reloj. Siguieron caminando.— Todavía no ha visto nada —dijo Gordon.

Aunque la casa poseía por lo menos media docena de retretes, el Sr. Lavender en querido recuerdo de la granja de su abuelo en Delaware, había

instalado uno rústico debajo del álamo más alto de su espléndido jardín, y para los invitados selectos, cuyo sentido del humor lo permitía, descolgaba de la vecindad confortable de la chimenea de la sala de billar, un almohadón en forma de corazón, muy bien bordado, que uno podía llevarse al trono.

La puerta estaba abierta, y en la superficie interna la mano de un niño había garabateado con carbón: *El Rey estuvo aquí*.

—Es una linda tarjeta de visita —dijo Gradus con risa forzada—. Dicho sea de paso, ¿dónde está ese rey?

—Quién sabe —dijo el muchacho golpeándose los flancos cubiertos por shorts de tenis blancos—, eso fue el año pasado. Creo que se iba a la Costa Azur, pero no estoy seguro.

El querido Gordon mentía, lo cual estaba bien de su parte. Sabía perfectamente que su gran amigo ya no estaba en Europa; pero el querido Gordon no hubiera debido referirse a esa historia de la Riviera que resultaba ser cierta y cuya mención hizo que Gradus, enterado de que la Reina Disa tenía allí un palacio, se golpeará mentalmente la frente.

Ahora habían llegado a la piscina. Gradus, sumido en profundos pensamientos, se sentó en un asiento de lona. Debería telegrafiar en seguida al cuartel general. Era innecesario prolongar esta visita. Por otra parte, una partida repentina podía parecer sospechosa. El asiento crujió bajo su peso y buscó con la mirada otro. El joven silvano había cerrado los ojos y estaba tendido boca arriba en el borde de mármol de la piscina; su taparrabos de Tarzán estaba a un costado, en el césped. Gradus escupió disgustado y volvió hacia la casa. Al mismo tiempo el anciano lacayo bajó corriendo los peldaños de la terraza para decirle en tres lenguas que lo llamaban por teléfono. El Sr. Lavender no podía venir, finalmente, pero quisiera hablar con el Sr. Degré. Después de un intercambio de cortesías hubo una pausa y Lavender preguntó: —¿Seguro que usted no es uno de esos asquerosos espías del papelucho francés?

—¿Un *what*? —dijo Gradus, pronunciando la última palabra como "vot".

—Un espía asqueroso hijo de puta.

Gradus colgó.

Volvió a su coche y trepó un poco más por la ladera de la colina. Desde el mismo lugar del camino, en un día brumoso y luminoso de setiembre, mientras la diagonal del primer filamento de plata atravesaba el espacio entre dos balaustradas, el Rey había observado las arrugas centelleantes del lago de Ginebra y había notado su respuesta antifonal, el resplandor de los espantapájaros de papel metálico en las viñas de la colina. Gradus, mientras estaba allí, de pie, mirando de mal humor las tejas rojas de la villa de Lavender acurrucada entre sus árboles protectores, podía distinguir una parte del jardín y un sector de la piscina, e incluso divisar un par de sandalias en el borde de mármol, todo lo que quedaba de Narciso. Es probable que se preguntara si no haría mejor en quedarse un rato más para asegurarse de que no le habían tomado el pelo. Desde lejos subían los golpes y tintineos de un lejano trabajo de albañilería, y un tren pasó de pronto entre los jardines, y una mariposa heráldica *volant en arrière*, arena y gules, atravesó el parapeto de piedra, y John Shade tomó una ficha nueva.

Verso 413: Llegó una ninfa haciendo piruetas

En el borrador hay una variante más ligera y más musical:

413 Una ninfeta hacía piruetas

Versos 417-421: Subí al primero, etc.

El borrador nos da una variante interesante:

417 Subí volando al primer cuac de jazz

y leí unas galeradas: "Versos como

'Miren bailar al mendigo ciego, cantar al tullido,

el borracho un héroe, el loco un rey',

apestan a su época sin corazón." Después tu llamada

Esto viene, evidentemente, del *Ensayo sobre el hombre*, de Pope. No se sabe de qué sorprenderse más: si de Pope, que no encuentra monosílabo para reemplazar hero (por ej. por man) a. fin de poder poner el artículo definido delante de la palabra siguiente (*a lunatic a king* en lugar de *lunatic a king*), o Shade sustituyendo un pasaje admirable por un texto final mucho más chato. ¿O tenía miedo de ofender a un auténtico rey? En estos últimos tiempos, reflexionando, nunca he podido retrospectivamente verificar si realmente había "adivinado mi secreto", como dijo una vez (véase nota al verso 991).

Versos 425-426: justo detrás (un solo paso viscoso) de Frost

Referencia, naturalmente, a Robert Frost (nacido en 1874). El verso despliega una de esas combinaciones de retruécanos y metáforas en las que brilla nuestro poeta. En las hojas de temperatura de la poesía, lo alto es lo bajo y lo bajo es lo alto, de modo que el grado en que se obtiene la perfecta cristalización está por encima de la tibia facilidad. Es lo que nuestro modesto poeta dice, en efecto, acerca de la atmósfera de su propia fama.

Frost es el autor de uno de los más grandes poemas cortos de la lengua inglesa, un poema que todos los niños norteamericanos saben de memoria, acerca de los bosques invernales, y el crepúsculo desolado, y las dulces reconvenções de los cencerros del caballo en el aire que se oscurece, y el final prodigioso y conmovedor, los dos últimos versos idénticos en cada sílaba, pero uno personal y físico y el otro metafísico y universal. No me atrevo a citarlos de memoria por temor de desplazar una de esas preciosas palabritas.

A pesar de la excelencia de sus dones, John Shade nunca podía conseguir que sus copos de nieve se posaran así.

Versos 431-432: noche de marzo... donde desde muy lejos los faros crecían

Obsérvese con qué delicadeza el tema de la televisión llega a fundirse en este lugar con el tema de la muchacha (véase verso 440, *más faros en la bruma...*)

Versos 433-434: mar, que habíamos visitado en el treinta y tres

En 1933 el Príncipe Charles tenía dieciocho años y Disa, Duquesa de Payn, quince. Se alude a Niza (véase también el verso 240) donde los Shade pasaron la primera parte de ese año; pero aquí, como ocurre con tantas facetas fascinantes de la vida pasada de mi amigo, tampoco estoy en posesión de los detalles (¿quién tiene la culpa, querida S.S.?), ni en condiciones de decir si en el curso de posibles excursiones a lo largo de la costa, llegaron o no alguna vez al Cap Ture y entrevistaron desde un sendero bordeado de laurel rosa, habitualmente abierto a los turistas, la villa italiana construida por el abuelo de la Reina Disa en 1908, y llamada entonces Villa Paradiso o, en zemblano, Villa Paradisa, dejando caer más tarde la primera parte del nombre en honor de su nieta favorita. Allí pasó los primeros quince veranos de su vida; allí volvió en 1953, "por razones de salud" (como se hizo creer a la nación) pero en realidad, como reina desterrada; y allí vive todavía.

Cuando la revolución zemblana estalló (el 10 de mayo de 1958), ella escribió al Rey una carta delirante en un inglés de gobernanta, instándole a que fuera y se quedara con ella hasta que se aclarase la situación. La carta fue interceptada por la policía de Onhava, traducida a un zemblano elemental por un hindú miembro del partido extremista, y luego leída en voz alta al cautivo real por el absurdo comandante de palacio, con una voz presuntamente irónica. Ocurrió que en esa carta había una —gracias a Dios, sólo una— frase sentimental: "Quiero que sepa que por mucho que quiera herirme, no llegará a herir mi amor", y de esta frase (pasada de vuelta del zemblano al inglés), resultaba la siguiente: "Yo lo deseo y lo amo cuando usted me azota". El Rey interrumpió al comandante, le llamó bufón y bellaco, e insultó a todos los que lo rodeaban con tanta violencia que los extremistas tuvieron que decidir rápidamente si lo fusilaban en seguida o le daban el original de la carta.

En alguna ocasión él consiguió hacerle saber que estaba prisionero en el palacio. La valiente Disa se apresuró a abandonar la Riviera e hizo un intento romántico, pero afortunadamente ineficaz, de volver a Zembla. De habersele permitido aterrizar, habría sido inmediatamente encarcelada, lo cual hubiera

repercutido en la fuga del Rey, duplicando las dificultades de su evasión. Un mensaje de los carlistas conteniendo estas simples consideraciones detuvo en Estocolmo a la Reina que voló de nuevo a su pértiga en un estado de frustración y de furor (sobre todo, creo, porque el mensaje le había sido entregado por un primo de ella, el viejo Curdy Buff, al que detestaba). Pasaron varias semanas y su agitación era cada vez más grande debido a los rumores de que su esposo podía ser condenado a muerte. Abandonó de nuevo Cap Ture. Había viajado a Bruselas y alquilado un avión para volar al norte, cuando llegó otro mensaje, esta vez de Odón, diciendo que el Rey y él estaban fuera de Zembla y que debía volver tranquilamente a Villa Disa y esperar allí otras noticias. En el otoño del mismo año, Lavender le informó que un hombre que representaba a su esposo iría a discutir con ella ciertas cuestiones de interés relacionadas con los bienes indivisos que ella y su esposo poseían en el extranjero. La Reina estaba escribiendo en la terraza, debajo del Jacaranda, una carta desconsolada a Lavender, cuando el alto visitante rapado y barbudo con el ramo de flores-de-los-dioses que la había estado observando desde lejos, se adelantó a través de las guirnaldas de sombras. Ella levantó la mirada y naturalmente, ni las gafas negras ni el maquillaje la engañaron un instante.

Desde que Disa había abandonado definitivamente Zembla, el Rey la había visitado dos veces, la última dos años antes, y durante aquel lapso, su belleza morena de piel pálida había adquirido un brillo nuevo, maduro y melancólico. En Zembla, donde casi todas las mujeres son rubias pecosas, tenemos un dicho: *welwij ivurkumpf wid sneiv ebanumf*, "una bella mujer debe ser como una rosa de los vientos de marfil, con cuatro partes de ébano". Y este era el bonito plan que la naturaleza había seguido en el caso de Disa. Había algo más, algo que yo sólo comprendería al leer *Pálido Fuego*, o más bien al releerlo, después que la primera niebla amarga y caliente del desengaño se hubo disipado de mis ojos. Estoy pensando en los versos 261-267 en que Shade describe a su mujer. En el momento en que él pintaba este retrato poético, la modelo tenía dos veces la edad de la Reina Disa. No quisiera ser vulgar al referirme a estas cuestiones delicadas, pero es un hecho que el viejo Shade, sexagenario, presta a su bien conservada contemporánea el aspecto etéreo y eterno que guardaba o debería guardar, en el bueno y noble corazón de su marido. Pero lo curioso en todo esto es que Disa a los treinta años, la última vez que la vi en setiembre de 1958, tenía un singular parecido, no, claro, con la Sra. Shade tal como era cuando la conocí, sino con el retrato idealizado y estilizado que traza el poeta en esos versos de *Pálido fuego*. En realidad estaba idealizado y estilizado sólo con respecto a la mujer de más edad; con respecto a

la Reina Disa, tal como era aquella tardp en aquella terraza azul, el parecido sin retoques era evidente. Espero que el lector apreciará la rareza de esto, porque en caso contrario no tendría ningún sentido escribir poemas, ni comentarios a los poemas, ni absolutamente nada.

Disa parecía también más tranquila que antes; era más dueña de sí misma. En los encuentros anteriores y durante toda su vida conyugal en Zembla, había habido, de parte de ella, terribles estallidos de cólera. Cuando, en los primeros años de matrimonio, él quiso hacer frente a esos arrebatos y explosiones, tratando de hacerle adoptar un criterio racional ante su infortunio, el Rey los consideró muy desagradables; pero poco a poco aprendió a aprovecharlos y a alegrarse de ellos pues le daban la oportunidad de librarse de la presencia de la Reina durante prolongados períodos, no llamándola después de una serie de puertas golpeadas cada vez más lejos, o abandonando él mismo al palacio para refugiarse en algún escondrijo rural.

Al comienzo de su calamitoso matrimonio el Rey hizo todos los esfuerzos posibles por poseerla, pero sin resultado. Le informó que nunca había hecho el amor (lo cual era absolutamente cierto en la medida en que el objeto implicado no podía significar para ella más que una sola cosa), tras de lo cual había tenido que soportar el ridículo de ver que la complaciente pureza de Disa adoptaba involuntariamente las maneras de una cortesana con un cliente demasiado joven o demasiado viejo; él le dijo algo en ese sentido (sobre todo para acabar con el suplicio) y Disa hizo una escena atroz. Se atiborró de afrodisíacos, pero los caracteres anteriores del infortunado sexo de la Reina fatalmente lo rechazaban. Una noche en que habiendo probado una tisana de tigridia, sus esperanzas culminaban, cometió el error de pedirle que aceptara un expediente que ella cometió el error de denunciar por repugnante y contra natura. Por último él le dijo que un viejo accidente de caballo lo incapacitaba, pero que un crucero con sus amigos y una buena cantidad de baños de mar seguramente le devolverían el vigor.

La Reina había perdido recientemente a su padre y a su madre y no tenía un verdadero amigo a quien pedir explicaciones y consejos cuando le llegaron los inevitables rumores; rumores que era demasiado orgullosa para discutir con sus damas de compañía, pero leyó libros, lo descubrió todo acerca de las viriles costumbres de Zembla, y ocultó su ingenua aflicción bajo un gran despliegue de sofisticación sarcástica. Él la felicitó por su actitud, jurando solemnemente que había abandonado o por lo menos que abandonaría las

prácticas de su juventud; pero en todas partes, a lo largo de su camino, seguían firmes las poderosas tentaciones. Sucumbió a ellas de vez en cuando, después cada día, luego varias veces por día, especialmente durante el robusto régimen de Harfar, barón de Shalksbore, un joven bruto fenomenalmente dotado (cuyo apellido, *knave's farm*, es decir, granja del servidor, es una derivación muy probable de Shakespeare). Curdy Buff o Coeur de Boeuf — sobrenombre que daban a Harfar sus admiradores— tenía una enorme escolta de acróbatas y jinetes en pelo, y la cosa se le escapó de las manos, tanto que Disa, al volver inesperadamente de un viaje a Suecia, encontró el palacio transformado en un circo. Lo prometió de nuevo, volvió a caer y a pesar de la mayor discreción, lo pescaron de nuevo. Disa terminó por trasladarse a la Riviera dejando que se divirtiera con una banda de mariquitas importados de Inglaterra con sus cuellos de Eton y dulces voces.

¿Qué habían sido, en el fondo, los sentimientos que le inspirara Disa? Amistosa indiferencia y respeto glacial. Ni en el primer florecimiento de su matrimonio había sentido alguna ternura o excitación. De compasión, de pena, ni hablar. Era, había sido siempre, indiferente y sin corazón. Pero el corazón de su ser soñador, tanto antes como después de la ruptura, pidió extraordinarias disculpas.

Soñaba con Disa más a menudo, y con una emoción incomparablemente más grande de lo que sus sentimientos exteriores permitían esperar; estos sueños aparecían cuando menos pensaba en ella y preocupaciones que no tenían relación alguna con la Reina asumían su imagen en el mundo subliminal como en un cuento para niños una batalla o una reforma se convierten en un pájaro maravilloso. Estos sueños desgarradores transformaban la prosa opaca de sus sentimientos por ella en una fuerte y extraña poesía cuyas ondas subsiguientes lo iluminaban y lo perturbaban durante el día, devolviendo la angustia y la riqueza, y luego solamente la angustia y después sólo su reflejo pasajero, pero sin afectar en nada su actitud hacia la Disa real.

Su imagen, cuando aparecía una y otra vez en su sueño, levantándose, temerosa, de un sofá lejano o yendo en busca de un mensajero que, decían, acababa de pasar entre las colgaduras, tenía en cuenta los cambios de la moda; pero la Disa que usaba el vestido que él le había visto el verano de la explosión de la Fábrica de Vidrio, o el último domingo, o en alguna otra antecámara del tiempo, seguía siendo para siempre como era el día en que por

primera vez él le había dicho que no la quería. Aquello había ocurrido durante un viaje sin esperanza a Italia, en el jardín de un hotel al borde de un lago — rosas; negras araucarias; verdosas, herrumbradas hortensias—, una tarde sin nubes con las montañas de la orilla lejana nadando en la bruma del poniente, y el lago color jarabe de melocotón regularmente estriado de azul pálido, y los titulares de un periódico tendido en el fondo barroso cerca de la orilla pedregosa, perfectamente legibles a través de la delgada capa de fango diáfano, y porque al oírlo, Disa se había dejado caer en el césped en una posición imposible, examinando una brizna de hierba con el entrecejo fruncido, él inmediatamente se retractó; pero el choque había rajado fatalmente el espejo y después, en sus sueños, la imagen de ella quedó infectada por el recuerdo de esta confesión como por alguna enfermedad o las consecuencias secretas de una operación quirúrgica demasiado íntima para ser mencionada.

La esencia, más que la verdadera intriga del sueño, era una constante refutación del hecho de que no la quería. Su amor-sueño por ella superaba en emoción, en pasión espiritual y en hondura todo lo que había sentido en su existencia real. Su amor era como un interminable retorcerse de manos, como el tanteo del alma a través de un infinito laberinto de desesperanza y remordimiento. Eran, en cierto sentido, sueños enamorados, porque estaban impregnados de ternura, del deseo de hundir su cabeza en el regazo de ella y de borrar con sollozos el monstruoso pasado. Desbordaban de la horrible conciencia de que Disa era tan joven y tan indefensa. Eran más puros que su vida. El aura carnal que había en ellos no venía de Disa sino de aquellos con quienes la traicionaba —Phrynia con su barbilla mal afeitada, la preciosura de Timandra con aquel palo debajo del mandil— y aun así la escoria sexual permanecía en alguna parte muy por encima del tesoro sumergido y no tenía mayor importancia. Le sucedía ver cómo se acercaba a Disa un vago pariente tan lejano que prácticamente no tenía rasgos. Ella escondía rápidamente algo y le tendía la mano arqueada para que se la besara. Él sabía que Disa acababa de encontrar un objeto revelador —una bota de montar en la cama— que probaba, sin la menor duda, la infidelidad de su marido. El sudor perlaba su frente pálida, desnuda, pero tenía que escuchar la charla de un visitante casual o dirigir los movimientos de un obrero que meneaba la cabeza y miraba hacia arriba llevando una escalera hasta la ventana rota. Uno podía soportar — un soñador fuerte, despiadado podía soportar— la idea de la pena y del orgullo de Disa, pero nadie podría soportar la vista de su sonrisa automática cuando pasaba de la tortura del descubrimiento a las cortesías trivialidades que se esperaban de ella. Disa podía anular una iluminación, o discutir sobre camas

de hospital con la jefa de enfermeras, o simplemente ordenar el desayuno para dos en la gruta marina y a través de la simplicidad cotidiana de la charla, a través del juego de gestos encantadores con los que siempre acompañaba ciertas frases hechas, el soñador gemebundo percibía la zozobra de su alma y sabía que había sufrido un odioso, inmerecido y humillante desastre, y que sólo las obligaciones del protocolo y sin inflexible bondad hacia un tercero inocente le daban fuerzas para sonreír. Cuando se veía la luz en su rostro, se adivinaba que se apagaría un instante después para ser sustituida —en cuanto se marchara el visitante— por aquel intolerable fruncimiento de cejas que el soñador no podría olvidar nunca. Él la ayudaba entonces a ponerse de pie en aquel mismo jardín a orillas del lago, con fragmentos del lago incrustados entre espacios que separaban los balaustres, y caminaban los dos juntos por un sendero anónimo, y él sentía que Disa lo miraba con una leve sonrisa, pero cuando él se obligaba a hacer frente a ese reflejo interrogador, ella ya no estaba. Todo había cambiado, todo el mundo era feliz. Y él tenía que encontrarla en seguida, absolutamente, para decirle que la adoraba, pero el numeroso público que tenía delante lo separaba de la puerta, y las notas que le llegaban a través de una sucesión de manos le decían que Disa no estaba visible; que inauguraba un incendio; que se había casado con un hombre de negocios norteamericano; que se había convertido en personaje de una novela; que estaba muerta.

Esos escrúpulos no lo perturbaban ahora que estaba sentado en la terraza de la villa de Disa y le contaba su afortunada evasión del Palacio. Ella disfrutó con su descripción de la unión subterránea con el teatro y trató de representarse la feliz recorrida por las montañas; pero la parte relacionada con Garh le desagradó como si, paradójicamente, hubiera preferido que él se hubiese entregado a un momento de sano esparcimiento con la mocetona. Le dijo secamente que se saltara esos interludios, y él le hizo una pequeña reverencia cómica. Pero cuando empezó a discutir la situación política (dos generales soviéticos acababan de ser designados consejeros militares del gobierno extremista), una expresión vacía que le era familiar apareció en sus ojos. Ahora que había salido sano y salvo del país, toda la masa azul de Zembla, desde el Cabo de Embla hasta la Bahía de Emblema, podía hundirse en el mar, a ella no le importaba. Que él hubiera perdido peso le preocupaba más que la pérdida de un reino. Preguntó al pasar por las joyas de la corona; él le reveló su desusado escondite, lo que le provocó una alegría pueril que no había conocido desde hacía años y agos —Tengo algunos asuntos de negocios que tratar —dijo el Rey—. Y hay papeles que usted debe firmar. —Un teléfono

trepaba en la glorieta entre las rosas. Una de sus antiguas damas de honor, la lánguida y elegante Fleur de Fyler (de unos cuarenta años ahora y marchita) siempre con perlas en el pelo ala de cuervo y la tradicional mantilla blanca, trajo ciertos documentos del *boudoir* de Disa. Al oír la melodiosa voz del Rey detrás de los laureles, Fleur la reconoció antes de dejarse engañar por el excelente disfraz. Dos lacayos, dos jóvenes y apuestos extranjeros de marcado tipo latino, aparecieron con el té y sorprendieron a Fleur en mitad de una reverencia. Una brisa repentina se introdujo entre las glicinas. Desfloradora de flores. Cuando Fleur se volvía junto a las orquídeas *Disa*, el Rey le preguntó si seguía tocando la viola. Fleur sacudió la cabeza varias veces porque no quería hablar sin dirigirse a él y no se atrevía a hacerlo mientras los criados pudieran oírla.

Se quedaron de nuevo solos. Disa encontró rápidamente los papeles que necesitaba. Cuando hubieron terminado, charlaron un rato de cosas agradables y triviales, como la película basada en una leyenda zemblana que Odón esperaba filmar en París o en Roma. ¿Cómo representaría, se preguntaron, el *narstran*, recinto infernal donde las almas de los asesinos eran torturadas bajo el rocío del veneno del dragón que caía de la bóveda brumosa? En líneas generales, la entrevista se desarrollaba de la manera más satisfactoria, aunque los dedos de Disa temblaban un poco cuando su mano tocaba el brazo del sillón del Rey. Cuidado.

—¿Cuáles son vuestros proyectos? —preguntó—. ¿Por qué no podéis quedaros aquí todo el tiempo que deseáis? Hacedió, os lo ruego. Pronto me iré a Roma, tendréis toda la casa para vos solo. Pensad, podéis alojar aquí hasta cuarenta invitados, cuarenta ladrones árabes. (Influencia de las enormes ánforas de terracota del jardín.)

Respondió que iría a América en el curso del mes próximo y que tenía que hacer en París al día siguiente.

¿Por qué América? ¿Qué tenía que hacer allá?

Enseñar. Analizar obras maestras de la literatura con jóvenes brillantes y encantadores. Un gusto que ahora podía permitirse.

—Y naturalmente, no sé —balbuceó Disa apartando la mirada—, no sé, pero si no veis inconveniente, yo podría ir a Nueva York, quiero decir, sólo una o dos semanas, y no este año sino el próximo.

Él le elogió la chaqueta con lentejuelas de plata. Disa insistió:

—¿Entonces? —Y vuestro peinado es muy sentador. —¡Oh, qué importa —gimió Disa— qué importa, Dios mío! —Tengo que irme —murmuró el Rey con una sonrisa y se puso de pie. —Besadme —dijo ella, y se quedó un momento en sus brazos como una muñeca de trapo, flaccida y temblorosa.

Caminó hasta la verja. En el recodo del sendero miró hacia atrás y vio a la distancia la figura blanca de Disa con la gracia indiferente de una pena inefable inclinada sobre la mesa del jardín, y de pronto se tendió un frágil puente entre la indiferencia de la vigilia y el amor del sueño. Pero ella se movió y el Rey vio que no era Disa sino tan sólo la pobre Fleur de Fyler que juntaba los documentos esparcidos entre las tazas de té. (Véase la nota al verso 8o.)

Cuando en el curso de una caminata nocturna, en mayo o junio de 1959, le ofrecí a Shade todo este maravilloso material, me miró curiosamente y dijo:

—Todo eso está muy bien, Charles. Pero hay sólo dos cuestiones. ¿Cómo sabe usted que todas esas cosas íntimas acerca de su horrible rey son verdaderas? Y si son verdaderas, ¿cómo se puede confiar en publicar esas cosas personales de gentes que posiblemente todavía viven?

—Mi querido John —le contesté suavemente y con insistencia—, no se preocupe de esas tonterías. Una vez que usted lo transmute en poesía, todo eso será cierto, y los personajes estarán vivos. La verdad purificada del poeta no puede causar dolor ni ofensa. El arte verdadero está por encima del falso honor.

—Claro, claro —dijo Shade—. Uno puede enjaezar las palabras como se enjaezan a las pulgas amaestradas para que tiren de otras pulgas. Claro.

—Y además —proseguí mientras bajábamos por el camino para caer en un vasto atardecer—, en cuanto su poema esté listo, en cuanto la gloria de Zembla se confunda con la gloria de sus versos, pienso revelarle una última verdad, un secreto extraordinario que le dejará la conciencia absolutamente tranquila.

Mientras volvía a Ginebra, Gradus se preguntaba cuándo podría usar esa pistola. La tarde era insoportablemente calurosa. El lago se había cubierto de escamas de plata con algunos reflejos de nubes tormentosas. Como muchos viejos vidrieros, podía deducir con bastante exactitud la temperatura del agua por ciertos indicios de brillo y movimiento, y ahora calculaba que estaría por lo menos a 23 grados. En cuanto llegó al hotel, hizo un llamado de larga distancia a sus cuarteles generales. Resultó una experiencia terrible. Suponiendo que llamaría menos la atención que un lenguaje BIC (*Behind the Iron Curtain*, detrás de la cortina de hierro), los conspiradores sostenían sus conversaciones telefónicas en inglés, en inglés chapurrado, para ser exactos, con un solo tiempo, sin artículos y con dos pronunciaciones, las dos falsas. Además, al seguir el astuto sistema (inventado en el principal país del otro lado de la cortina) de utilizar dos series diferentes de palabras clave —por ejemplo, el cuartel general decía "bureau" por "rey" mientras que Gradus decía "carta"—, aumentaba enormemente la dificultad de comunicación. Cada lado finalmente había olvidado el sentido de ciertas frases pertenecientes al vocabulario del otro, con el resultado de que sus conversaciones enmarañadas y costosas combinaban las charadas con una carrera de obstáculos en la oscuridad. El cuartel general creyó entender que se podrían conseguir las cartas del Rey por las que se sabía dónde estaba, irrumpiendo en Villa Disa y registrando el escritorio de la Reina; Gradus, que no había dicho nada de eso, sino que simplemente había tratado de informar acerca de los resultados de su visita a Lex, se llevó un disgusto al enterarse de que en lugar de buscar al Rey en Niza, debía esperar en Ginebra un pedido de salmón en lata. Pero algo quedó bien en claro: la próxima vez no debía telefonear, sino telegrafiar o escribir.

Verso 470: negro

Hablábamos un día de prejuicios. Un poco antes, almorzando en el club de profesores, el invitado del profesor H., un decrépito profesor jubilado de Boston —a quien su huésped describía con profundo respeto como "un auténtico patricio, un verdadero brahmán de sangre azul" (el abuelo del brahmán vendía tiradores en Belfast)—, había llegado a decir con toda naturalidad y afabilidad, aludiendo a los orígenes de alguien no muy simpático, a quien acababan de contratar en la biblioteca del College, "uno de la raza elegida, dicen" (dicho con un pequeño resoplido de confortare fruición); tras de lo cual el profesor asistente Misha Gordon, músico pelirrojo, replicó sin rodeos

que "desde luego, Dios podía elegir a su pueblo, pero el hombre debería elegir sus expresiones".

Mientras volvíamos, mi amigo y yo, a nuestros castillos adyacentes, bajo esa especie de garúa de abril que en uno de sus poemas líricos llama:

un rápido esbozo de la primavera,

Shade dijo que lo que más detestaba en la tierra eran la vulgaridad y la brutalidad, y que la unión ideal de ambas se encontraban en los prejuicios raciales. Dijo que, como hombre de letras, no podía menos que preferir la expresión "Es un judío", a "Es un israelita", y "Es un negro" a "Es un hombre de color"; pero añadió inmediatamente que esta manera de referirse a la vez a dos especies de prejuicios era un buen ejemplo de asimilación descuidada o demagógica (muy explotada por la gente de izquierda), puesto que suprimía la distinción entre dos infiernos históricos: la persecución diabólica y las bárbaras tradiciones de la esclavitud. Por otra parte (admitía) las lágrimas de todos los seres humanos maltratados a través de la desesperanza de los tiempos eran matemáticamente iguales; y quizá (pensaba) no era muy errado descubrir un parecido de familia (contracción de las simiescas narinas, embotamiento repugnante de la mirada) entre el linchador del país del jazmín y el antisemita místico cuando se encuentran bajo el influjo de su obsesión favorita. Dije que un joven negro a quien había tomado como jardinero (véase nota al verso 998) —poco después de despedir a un inquilino inolvidable (véase el prólogo)— usaba invariablemente la expresión "hombre de color". Como persona habituada a manejar palabras viejas y nuevas (observó Shade), se oponía enérgicamente a este epíteto no sólo porque se prestaba a error en el plano artístico, sino también porque su sentido dependía demasiado de la aplicación y de quien la aplicaba. Muchos negros competentes (admitió) consideraban que era la única palabra digna, emocionalmente neutra y éticamente inofensiva; su aprobación obligaba a los no negros decentes a seguir el ejemplo, y a los poetas no les gusta que los obliguen a seguir; pero la gente bien educada adora aceptar las cosas y ahora utiliza "hombre de color" en lugar de "negro", como "*nude*" en lugar de "*naked*" o "transpiración" en lugar de "sudor"; aunque naturalmente (concedió) puede ocurrir a veces que el poeta acoja con alegría el hoyuelo de una grupa en un "*nude*" (desnudo) o el debido

perlado en "transpiración". También se lo ha utilizado (continuó) como eufemismo burlón en una anécdota sobre negros cuando el "caballero de color" dice o hace algo divertido (hermano inesperado aquí del "caballero hebreo" de los cuentos Victorianos).

Yo no había comprendido muy bien su objeción *artística* a "color". Me la explicó así: En las primeras obras científicas sobre flores, pájaros, mariposas, etc., las figuras eran pintadas a mano por diligentes acuarelistas. En las publicaciones defectuosas o prematuras las figuras de ciertas planchas quedaban en blanco. La yuxtaposición de las palabras "un blanco" y "un hombre de color" siempre recordaba a mi poeta, con tanta fuerza como para suprimir el sentido aceptado, una de esas siluetas que uno tenía ganas de llenar con los colores apropiados: el verde y el púrpura de una planta exótica, el azul liso de un plumaje, la raya geranio de un ala festoneada. "Además — dijo—, nosotros los blancos, no somos nada blancos, somos morados al nacer, después rosá té y más tarde de toda clase de colores repugnantes."

Verso 475: un guardián, el Padre Tiempo

El lector deberá observar que esta es una bonita respuesta al verso 312.

Verso 490: Exe

Exe quiere decir evidentemente Exton, ciudad industrial situada en la orilla sur del lago Omega. Tiene un museo de historia natural bastante conocido, con cantidades de vitrinas llenas de pájaros recogidos y montados por Samuel Shade.

Verso 493: que se quitó la pobre y joven vida.

La nota siguiente no es una apología del suicidio; es la simple y sobria descripción de un estado espiritual.

Cuanto más lúcida e irresistible es la creencia en la Providencia, mayor es la tentación de librarse de ella, de terminar con toda esta historia de la vida, pero mayor también es el temor del pecado terrible implícito en la autodestrucción. Consideremos primero la tentación. Como se discute más a fondo en otra parte de este comentario (véase la nota al verso 550), una concepción seria de cualquier forma de vida futura presupone inevitable y necesariamente cierto grado de creencia en la Providencia; y a la inversa, una profunda fe cristiana presupone cierta creencia en algún tipo de supervivencia espiritual. La visión de esta supervivencia no tiene por qué ser racional, es decir, no tiene por qué presentar los rasgos precisos de la fantasía personal o la atmósfera general de un parque oriental subtropical. En realidad a un buen cristiano zemblano se le enseña que la verdadera fe no está para proporcionarle imágenes o mapas, sino que debe conformarse con un cálido tufo de agradable anticipación. Para dar un ejemplo corriente: la familia del pequeño Christopher se apresta a emigrar a una colonia distante donde su padre ha obtenido un cargo vitalicio. El pequeño Christopher, un niño frágil de nueve o diez años, confía enteramente (tan enteramente, en realidad, que ni siquiera tiene conciencia de su confianza) en sus padres en lo que se refiere a la partida, el viaje y la llegada. No puede imaginar, ni siquiera lo intenta, los aspectos particulares del nuevo lugar que le aguarda, pero está vaga y confortablemente convencido de que será aún mejor que su casa solariega, con la gran encina y la montaña y su pony y el parque y el establo, y Grimm, el viejo caballerizo que se las arregla para acariciarlo cuando no hay nadie cerca.

Algo de esta simple confianza deberíamos tener también nosotros. Cuando el ser está impregnado de esta bruma divina de absoluta dependencia, no es de asombrar que se sopesa en la palma de la mano con una sonrisa soñadora el arma compacta en su estuche de cuero de Suecia, apenas más grande que la llave de la verja de un castillo o el portamonedas de un niño, no es asombroso que uno mire por encima del parapeto de un abismo incitante.

Elijo estas imágenes un poco al azar. Son los puristas los que sostienen que un caballero debe usar un par de pistolas, una para cada sien, o un *botkin* desnudo (obsérvese la correcta ortografía), y que las señoras deberían o bien tomar un veneno mortal o ahogarse con la torpe Ofelia. Otros humanos más humildes han preferido variadas formas de sofocación y poetas menores han intentado incluso modos de evasión tan fantasiosos como abrirse las venas en la bañera cuadrúpeda del cuarto de baño de una pensión llena de corrientes de aire. Todo esto es inseguro y sucio. De las no muchas maneras de liberarse del

cuerpo, la caída, la caída, la caída es el método supremo, pero hay que elegir el apoyo o el reborde con sumo cuidado para no hacer daño a nadie, ni a sí mismo ni a los demás. Saltar desde lo alto de un puente no es recomendable aunque no se sepa nadar, pues el viento y el agua abundan en contingencias extrañas y la tragedia no debe culminar en un récord de zambullida o en la promoción de un agente de policía. Si usted alquila una celda en el barquillo luminoso, habitación 1915 o 1959, en un gran hotel del barrio comercial cuya cima toca el polvo de los astros y abre la ventana y despacito —sin caer ni saltar— rueda al exterior como si quisiera tomar aire, siempre corre el riesgo de arrastrar con usted a su propio infierno a un pacífico noctámbulo que ha salido a pasear a su perro; en este sentido una habitación trasera sería más segura, sobre todo si da sobre el techo de una vieja casa tenaz y normal, bien abajo, allá donde se puede estar seguro de que el gato se esquivará a tiempo. Otro modo popular de despeque es el pico de una montaña con una brusca caída de, digamos, unos 500 metros, pero hay que encontrarlo, porque le sorprendería ver qué fácil es calcular mal el ángulo de desviación, ver una proyección oculta, una estúpida arista que protubera para atraparlo, lo cual le haría rebotar en las malezas, frustrado, destrozado e innecesariamente vivo. La caída ideal es desde un avión, los músculos están flojos, el piloto desconcertado, el paracaídas en su bolsa a un lado, rechazado, desdeñado —¡adiós, *chutka!* (pequeño paracaídas). Ahí baja, pero todo el tiempo uno se siente suspendido, sostenido, mientras da el salto mortal en cámara lenta como una paloma que tropieza, somnolienta, y tendido de espaldas en el edredón del aire o volviéndose perezosamente para abrazar la almohada, gozando hasta último momento de la vida suave, profunda, acolchada de muerte, con la verdura de la tierra balanceándose ya arriba, ya abajo, y la voluptuosa crucifixión cuando se tienden los brazos en la velocidad creciente, en el restallar que se acerca, y luego la obliteración del amado cuerpo en el Seno del Señor. Si yo fuera poeta escribiría seguramente una oda al dulce deseo de cerrar los ojos y rendirse totalmente a la seguridad perfecta de la muerte deseada. En éxtasis uno pregusta la vastedad del Abrazo Divino que enlaza el espíritu liberado, el baño caliente de la disolución física, lo desconocido universal tragándose al minúsculo desconocido que había sido la única parte real de nuestra personalidad temporal.

Cuando el alma adora Al Que la guía a través de la vida moral, cuando distingue Su signo en cada recodo del camino, pintado en la roca y tallado en el tronco de un pino, cuando cada página del libro de nuestro destino personal

lleva Su filigrana, ¿cómo se puede dudar de que Él nos preservará también durante toda la eternidad?

Así ¿quién podría impedir a alguien que opere la transición? ¿Qué es lo que puede ayudarnos a resistir la intolerable tentación? ¿Qué puede impedirnos de ceder al ardiente deseo de fundirnos con Dios?

Nosotros, que cada día nos revolcamos en la inmundicia, merecemos quizá que se nos perdone el único pecado que pone fin a todos los pecados.

Verso 501: L'if

El tejo en francés. Es curioso que la palabra *zemblana* para sauce llorón sea también "if" (el tejo es *tas*).

Verso 502: la gran patata

Execrable juego de palabras, deliberadamente puesto como epígrafe para destacar la falta de respeto por la Muerte. Recuerdo de mis años de estudio las *soi-disant* "últimas palabras" de Rabelais, entre otras frases brillantes de algún manual de francés: *Je m'en vais chercher le grand peut-être*.

Verso 502: I.P.H.

El buen gusto y la ley sobre los libelos me impiden revelar el verdadero nombre del respetable instituto de alta filosofía que nuestro poeta ridiculiza con mucha fantasía en este canto. Sus últimas iniciales, H.P., sugieren a los estudiantes la abreviatura Hi-Pi, y Shade parodia netamente esto en sus combinaciones I.P.H. o If. El instituto está muy pintorescamente situado en un estado del Sudoeste que debe permanecer anónimo aquí.

Me veo también obligado a señalar que desapruuebo enérgicamente la irreverencia con que nuestro poeta trata, en este canto, ciertos aspectos de la

esperanza espiritual que sólo la religión puede satisfacer (véase también la nota al verso 549).

Verso 549: Poniendo a los dioses en su lugar, incluso al D. con mayúscula

Aquí está en efecto el meollo de la cuestión. Y esto, creo, no sólo el instituto (véase verso 117) sino tampoco nuestro poeta lo han comprendido. Para un cristiano, no hay Más Allá aceptable o imaginable sin la participación de Dios en nuestro destino eterno, y esto implica a su vez un condigno castigo por cada pecado, mortal o venial. Hay en mi pequeño diario algunas notas relativas a una conversación que el poeta y yo sostuvimos el 23 de junio "en mi terraza, después de una partida de ajedrez, tablas". La transcribo aquí únicamente porque arroja una luz fascinante sobre su actitud con respecto al tema.

He mencionado —no recuerdo a propósito de qué— ciertas diferencias entre mi Iglesia y la suya. Debe señalarse que la rama zemblana del protestantismo tiene una relación bastante íntima con las Iglesias "más altas" de la comunión anglicana, pero algunas magníficas peculiaridades que le son propias. La Reforma en nuestro país fue encabezada por un compositor de genio; nuestra liturgia está penetrada de rica música; nuestros coros de niños son los más dulces del mundo. Sybil Shade procedía de una familia católica, pero desde la infancia se creó, como me lo contó ella misma, "una religión propia", lo cual suele ser sinónimo, en el mejor de los casos, de una adhesión tibia a alguna secta semi-pagana o, en el peor de los casos, de ateísmo indiferente. Había apartado a su marido no sólo de la Iglesia Episcopal de sus padres, sino también de toda forma de culto sacramental.

Empezamos a hablar de la nebulosidad que caracteriza actualmente a la noción de "pecado", de su confusión con la idea mucho más coloreada carnalmente de "crimen", y yo aludí someramente a mis contactos de infancia con ciertos rjtos de nuestra Iglesia. La confesión entre nosotros es auricular y se efectúa en un cubículo ricamente ornamentado, el penitente está de pie, con una vela encendida en la mano, junto al sacerdote sentado en una silla de respaldo alto que tiene casi la misma forma que el sitial de coronación de un rey escocés. Yo, como niño bien educado que era, siempre temía manchar la manga del sacerdote, de un morado oscuro, con las lágrimas hirvientes de la cera que goteaban en mis nudillos, cubriéndolos de costras finas, y me

fascinaba la concavidad iluminada de su oreja que parecía una caracola o una orquídea lustrosa, un receptáculo enroscado demasiado amplio para depositar en él mis pecadillos.

SHADE : Los siete pecados capitales son pecadillos, pero sin tres de ellos: el Orgullo, la Lujuria y la Pereza, quizá nunca hubiese nacido la poesía.

KINBOTE: ¿ES justo basar las objeciones en una terminología pasada de moda?

SHADE: Todas las religiones se basan en una terminología pasada de moda.

KINBOTE: Lo que llamamos Pecado Original no puede jamás pasar de moda.

SHADE: No sé nada. Cuando era chico, creía que eso significaba que Caín mataba a Abel. Personalmente estoy con los viejos tomadores de rapé: *L'homme est né bon*.

KINBOTE: Sin embargo la desobediencia de la Voluntad Divina es una definición fundamental del Pecado.

SHADE: No puedo desobedecer a algo que no conozco y cuya realidad tengo el derecho de negar.

KINBOTE: Vamos, vamos. ¿Negará usted también que hay pecados?

SHADE : No puedo nombrar más que dos: el asesinato y la provocación deliberada del sufrimiento.

KINBOTE: ¿Entonces un hombre que pasara su vida en una soledad absoluta no podría ser un pecador?

SHADE: Podría torturar a los animales. Podría envenenar los manantiales de su isla. Podría denunciar a un inocente en un manifiesto póstumo.

KINBOTE: ¿Y entonces la contraseña es...?

SHADE: Piedad.

KINBOTE: ¿Pero quién la imbuyó en nosotros, John? ¿Quién es el Juez de la vida y el Inventor de la muerte?

SHADE: La vida es una gran sorpresa. No veo por qué la muerte no ha de ser otra mayor.

KINBOTE: Ahora lo he atrapado, John: en cuanto negamos la existencia de una Inteligencia Superior que establece y administra nuestros más allá individuales, estamos obligados a aceptar la noción indeciblemente temible de un Azar que se extiende hasta la eternidad. Analice la situación. A través de la eternidad nuestros pobres espectros están expuestos a indecibles vicisitudes. No hay recurso, no hay consejo, no hay sostén, no hay protección, no hay nada. El fantasma del pobre Kinbote, la sombra del pobre Shade pueden haber errado, pueden haberse descarriado en alguna parte —oh, por pura distracción, o simplemente por ignorar una regla trivial en el absurdo juego de la naturaleza, si es que hay reglas.

SHADE: Hay reglas en los problemas de ajedrez: prohibición de las soluciones duales, por ejemplo.

KINBOTE: YO pensaba en reglas diabólicas susceptibles de ser infringidas por la otra parte en cuanto llegamos a comprenderlas. Por eso la magia goética no siempre funciona. Los demonios en su malicia prismática traicionan el acuerdo que existe entre nosotros y ellos, y estamos una vez más en el caos del azar. Aunque atemperemos el Azar con la Necesidad y admitamos un determinismo sin Dios, el mecanismo de la causa y el efecto, para proporcionar a nuestras almas después de la muerte el dudoso consuelo de la metastática, aún debemos tener en cuenta el accidente individual, el milésimo y segundo accidente de la circulación de los que ha planeado el Hades para el Día de la Independencia. No, no, si queremos ser serios en cuanto al Más Allá no empecemos por degradarlo al nivel de un cuento de ciencia ficción o de un caso tipo de espiritualismo. La idea de que un alma se sumerja en la ilimitada y caótica vida futura sin una Providencia que la dirija...

SHADE: Hay siempre una deidad psicopompa a la vuelta de la esquina, ¿verdad?

KINBOTE: No de esa esquina, John. Sin la Providencia el alma debe confiar en el polvo de su envoltura, en la experiencia recogida en el curso de su reclusión corporal, y aferrarse puerilmente a principios provincianos, a

reglamentos municipales y a una personalidad consistente sobre todo en las sombras de los barrotes de su propia prisión. Un espíritu religioso no puede pensar ni un instante esa idea. Es tanto más inteligente, aun desde el punto de vista de un orgulloso infiel, aceptar la Presencia de Dios, primero una débil fosforescencia, una luz pálida en la confusión de la vida corporal y después de ella un resplandor eneguedor. Yo también, mi querido John, fui asaltado en una época por dudas religiosas. La Iglesia me ayudó a combatir las. También me ayudó a no pedir demasiado, a no pedir una imagen demasiado clara de lo que es inimaginable. San Agustín ha dicho...

SHADE: ¿Por qué tienen que citarme siempre a San Agustín?

KINBOTE: Como decía San Agustín: "Se puede saber lo que Dios no es; no se puede saber lo que es". Yo creo saber lo que no es: No es la desesperación, no es el terror, no es la tierra en la garganta estertorosa, ni el zumbido negro que pasa de la nada a la nada en la oreja. Sé también que el mundo no es un acontecimiento fortuito y que de algún modo el Espíritu es un factor esencial en la creación del universo. Mientras trato de encontrar un nombre apropiado para este Espíritu Universal o Causa Primera o Absoluto o Naturaleza, propongo que el Nombre de Dios tenga la prioridad.

Verso 550: desechos

Quiero decir algo sobre una nota anterior (al verso 12). La conciencia y la erudición han debatido el problema y creo ahora que los dos versos a que se refiere esa nota están falseados y teñidos por un deseo secreto. Es la única vez, en la preparación de estos difíciles comentarios, que me he detenido, en mi zozobra y mi decepción, al borde de la falsificación. Debo pedir al lector que pase por alto esos dos versos (que, mucho me temo, ni siquiera están bien medidos). Podría suprimirlos antes de la publicación, pero eso me obligaría a rehacer toda la nota, o por lo menos una buena parte, y no tengo tiempo que perder en esas estupideces.

Versos 557-558: Cómo reconocer en las tinieblas, con un sobresalto, Terra la Bella, una bola de jaspe.

El dístico más bonito de este canto.

Verso 579: la otra

Lejos de mí la idea de insinuar la existencia de alguna tra mujer en la vida de mi amigo. Desempeñó serenamente el papel del marido ejemplar que le habían atribuido sus admiradores provincianos y tenía, además, un miedo mortal de su mujer. Más de una vez detuve a los chismosos que relacionaban su nombre con el de una de sus alumnas (véase el Prólogo). Recientemente, algunos novelistas norteamericanos, en su mayoría miembros de un Departamento Unido de Inglés que, en conjunto, debe estar más impregnado de talento literario, fantasías freudianas e innoble lujuria heterosexual que el resto del mundo, han llegado a agotar el tema; por lo tanto no puedo enfrentar el tedio de presentar aquí a esa muchacha. De todos modos, apenas la conocí. Una noche la invité con los Shade a una pequeña reunión con el propósito preciso de refutar esos rumores; y esto me recuerda que debería decir algo sobre el curioso ritual de las invitaciones y contrainvitaciones en la triste New Wye.

Después de consultar mi pequeño diario, veo que durante los cinco meses de mi relación con los Shade, fui invitado a su mesa exactamente tres veces. La iniciación se produjo el sábado 14 de marzo, en que cené en casa de ellos con las siguientes personas: Nattochdag (a quien veía todos los días en su despacho); el Profesor Gordon, del Departamento de Música (que dominaba totalmente la conversación); el Jefe del Departamento de Ruso (un pedante ridículo de quien cuanto menos se hable, mejor), y tres o cuatro mujeres intercambiables, una de las cuales (la Sra. Gordon, creo) estaba embarazada, y otra, una perfecta extranjera que me habló sin parar, o más bien me llenó de palabras, de ocho a once, por obra de una desdichada distribución de los asientos disponibles después de la comida. La segunda vez, un *souper* más restringido pero no por eso más íntimo, el sábado 23 de mayo, estaban Milton Stone (un nuevo bibliotecario, con quien Shade discutió hasta medianoche la clasificación de ciertas obras relativas a nuestra Universidad); el bueno de Nattochdag (a quien seguía viendo todos los días) y una francesa no desodorizada (que me trazó un cuadro completo de la situación de la enseñanza de las lenguas en la Universidad de California). La fecha de mi tercera y última comida en casa de los Shade no figura en mi libreta, pero sé

que fue una mañana de junio; yo había llevado un hermoso plano del palacio del Rey, en Onhava, dibujado por mí, con toda clase de sutilezas heráldicas, y un toque de pintura dorada que me costó bastante conseguir, y me rogaron amablemente que me quedara para un almuerzo improvisado. Debería añadir que a pesar de mis protestas, en ninguna de las tres comidas se tuvieron en cuenta las limitaciones vegetarianas de mi dieta, y me vi expuesto a materias animales en, o alrededor de, algunas legumbres contaminadas que hubiera podido dignarme gustar. Me tomé un desquite bastante franco. De la docena de invitaciones que les hice, los Shade aceptaron sólo tres. Cada una de esas comidas fue elaborada en tomo a una legumbre que sometí a tantas metamorfosis exquisitas como las que Parmentier hizo sufrir a su tubérculo favorito. Cada vez tenía un invitado suplementario para entretener a la Sra. Shade (que, naturalmente —dicho sea afinando la voz para darle un tono femenino— era alérgica a las alcachofas, los aguacates y las almendras africanas, es decir, a todo lo que empezaba con a). No conozco nada mejor para cortar el apetito que sentar únicamente a personas viejas alrededor de una mesa, manchando con los restos de maquillaje la servilleta y tratando subrepticamente, detrás de una sonrisa anodina, de desalojar la cuña punzante de un grano de frambuesa incrustado entre las encías y los dientes postizos. De modo que invitaba a jóvenes estudiantes: la primera vez al hijo de un padishah; la segunda vez, a mi jardinero; y la tercera vez a esa muchacha de medias negras, de larga cara blanca y párpados pintados de verde vampiro; pero llegó muy tarde, y los Shade se fueron muy temprano, en realidad dudo de que la confrontación haya durado más de diez minutos, tras de lo cual tuve la tarea de entretener a la muchacha pasando discos hasta una hora tardía en que finalmente telefoneó a alguien para que la acompañara a un "boliche" de Dulwich.

Verso 584: a la madre y al hijo

Es ist die Mutter mit ihrem Kind (véase nota al verso 664).

Verso 58: señala los charcos en su cuarto del subsuelo

Todos conocemos esos sueños en que se infiltra algo de estigio y en que el Leteo gotea en el tono lúgubre de una cañería defectuosa. Después de este

verso hay un falso comienzo conservado en borrador, y espero que el lector sentirá algo del estremecimiento frío que corrió por mi larga y flexible columna vertebral, cuando descubrí esta variante:

¿El asesino muerto debería tratar de abrazar
a su ultrajada víctima a la que ahora debe enfrentar?
¿Tienen un alma los objetos? ¿O han de morir
como los grandes templos y el polvo de Tanagra dormido?

La última sílaba de "Tanagra" y las dos primeras letras! de dormido forman otra versión del nombre del asesino cuyo *shargar* (fantasma enfermizo) pronto había de enfrentarse con el radiante espíritu de nuestro poeta. "¡Simple casualidad!" exclamará el lector prosaico. Pero dejemos que intente ver, como yo lo hice, cuántas de esas combinaciones son posibles y plausibles. "¿Leningrado usurpó Petrogrado?"

Esta variante es tan prodigiosa que sólo la disciplina de la erudición y una consideración escrupulosa por la verdad me impiden insertarla aquí y hacer desaparecer en otra parte cuatro versos (por ejemplo los flojos versos 627 a 630) para preservar la longitud del poema.

Shade compuso estos versos el martes 14 de julio. ¿Qué hacía Gradus ese día? Nada. El destino combinatorio descansa sobre sus laureles. Lo vimos por última vez el atardecer del 10 de julio, cuando volvía de Lex a su hotel de Ginebra, y allí lo dejamos.

Gradus pasó los cuatro días siguientes haciéndose mala sangre en Ginebra. La paradoja divertida con estos hombres de acción es que tienen que soportar constantemente largos períodos de ociosidad que son incapaces de llenar con nada, privados como están de los recursos de un espíritu intrépido. Como mucha gente de poca cultura, Gradus era un lector voraz de periódicos, folletos, impresos y de esa literatura poliglota que acompaña las gotas nasales y las píldoras digestivas; pero esto resumía sus concesiones a la curiosidad intelectual, y como su vista no era demasiado buena y el consumo posible de

noticias locales bastante limitado, tenía que confiar en gran medida en el letargo de las terrazas de los cafés y en el expediente del sueño.

Cuánto más felices son los indolentes despiertos, los monarcas entre los hombres, los ricos cerebros monstruosos que pueden sacar un goce intenso y transportes de entusiasmo desde la balaustrada de una terraza, al crepúsculo, de las luces y el lago que dominan, de las formas de las montañas distantes que se funden en el damasco oscuro del poniente, de las coníferas negras sobre el fondo de tinta pálida del cénit, y de los movimientos granates y verdes del agua a lo largo de la costa silenciosa, triste y prohibida. ¡Oh, mi dulce Boscobel! Y los tiernos y terribles recuerdos, y la vergüenza y la gloria, y las enloquecedoras intimaciones, y la estrella que ningún miembro del partido podrá alcanzar jamás.

El miércoles por la mañana, siempre sin noticias, Gradus telefoneó al cuartel general diciendo que le parecía imprudente seguir esperando y que estaría en el Hotel Lazuli, en Niza.

Versos 397-608: los pensamientos a que deberíamos recurrir, etc.

Este pasaje debería ir asociado en el espíritu del lector con la extraordinaria variante dada en la nota precedente, pues sólo una semana más tarde iban a juntarse en la vida real, en la muerte real, *Tanagra* dormido y "las regias manos".

De no haber escapado, nuestro Charles II hubiera podido ser ejecutado; es lo que seguramente hubiese ocurrido de haber sido aprehendido entre el palacio y las Grutas de Rip-pleston; pero rara vez sintió durante la huida los gruesos dedos del destino; sintió que tanteaban en su busca (como los de un viejo y siniestro pastor asegurándose de la virginidad de una de sus hijas) cuando se deslizaba, aquella noche, por el flanco húmedo y cubierto de helechos del Monte Mandevil (véase nota al verso 149), y al día siguiente, a una altura más fantástica, en el azul capitoso, cuando el montañés se da cuenta de que tiene un compañero fantasma. Varias veces aquella noche nuestro Rey se arrojó al suelo con la desesperada resolución de quedarse allí hasta el alba, en que podría desplazarse con menos tormentos, por más riesgos que corriera. (Pienso en otro Charles, otro hombre alto y oscuro, de casi dos metros.) Pero todo esto era más bien físico o neurótico, y sé perfectamente bien que mi Rey,

si hubiera sido atrapado y condenado y conducido delante del pelotón de fusilamiento, se habría comportado como lo hace en los versos 606-608: así hubiera mirado a su alrededor con insolente desenvoltura, y así hubiera podido

abrumar a nuestros inferiores con sarcasmos, alegremente ridiculizar a los imbéciles dedicados a la causa, y escupirles en los ojos, sólo por pasar el rato.

Permitaseme concluir esta importante nota con un aforismo más bien antidarwiniano: El que mata es *siempre* inferior a su víctima.

Verso 603: escuchar el canto distante de los gallos

Se recordará la admirable imagen de un poema reciente de Edsel Ford:

Y a menudo cuando el gallo cantaba, encendiendo el fuego
en la mañana y el brumoso henil

Henil (en zemblano *muwan*) es el campo contiguo a un granero.

Versos 609-614: Tampoco se puede ayudar, etc.

Este pasaje es diferente en el borrador:

509 Tampoco se puede ayudar al exiliado que la muerte atrapa

en una posada cualquiera expuesta al soplo ardiente
de esta América, esta noche húmeda:
a través de las persianas las bandas de luz coloreada
buscan a tientas su cama —magos del pasado
con gemas filtros— y la vida pasa rápidamente.

Esto describe bastante bien "una posada cualquiera": una cabaña de madera, con un cuarto de baño embaldosado donde trato de coordinar estas notas. Al principio me molestó mucho el estruendo de una diabólica música de radio que venía de lo que me pareció una especie de parque de atracciones del otro lado del camino —resultó ser un campamento de turistas— y estaba pensando en trasladarme a otro lugar, cuando se me anticiparon. Ahora está más tranquilo, salvo un viento irritante que repiquetea al pasar entre los álamos marchitos, y Cedarn es de nuevo una ciudad fantasma, y no hay veraneantes estúpidos o espías que me miren, y mi pequeño pescador en *blue-jeans* ya no está en su roca en medio del arroyo y quizá sea mejor así.

Verso 613: dos lenguas

Inglés y zemblano, inglés y ruso, inglés y letón, inglés y estonio, inglés y lituano, inglés y ruso, inglés y ucranio, inglés y polaco, inglés y checo, inglés y ruso, inglés y húngaro, inglés y rumano, inglés y albano, inglés y búlgaro, inglés y servocroata, inglés y ruso, norteamericano y europeo.

Verso 619: yema del tubérculo

El juego de palabras germina (ver verso 502).

Verso 627: El gran Starover Blue

Es de suponer que se obtuvo el permiso del Profesor Blue pero aun así, sumir a una persona real, por muchas que sean su complacencia y su buena voluntad, en un ambiente inventado donde tiene que desempeñar un papel de acuerdo con la invención, nos sorprende como recurso de singular mal gusto, sobre todo cuando los otros personajes reales, salvo los miembros de la familia, naturalmente, llevan seudónimo en el poema.

No hay duda de que este nombre es de lo más tentador. La estrella por encima del azul conviene eminentemente a un astrónomo aunque en realidad ni su nombre ni su apellido guardan la menor relación con la bóveda celeste: le pusieron el primero en recuerdo de su abuelo, un *starovér* ruso (con acento, dicho sea de paso, en la última sílaba), es decir, Viejo Creyente (miembro de una secta cismática) llamado Sinyavin, de *siniy*, "azul", en ruso. Este Sinyavin emigró de Saratov a Seattle y tuvo un hijo que se cambió el apellido por Blue y se casó con Stella Lazurchik, una kasubeana norteamericanizada. Así dicen. El bueno de Starover Blue se quedará probablemente sorprendido del epíteto que le aplica un Shade burlón. El escritor se siente movido a rendir aquí un pequeño homenaje al amable viejo excéntrico, adorado por todo el mundo en la Universidad y apodado por los estudiantes Coronel Starbottle, evidentemente a causa de su excepcional afición a la buena mesa. Después de todo, había otros grandes hombres alrededor de nuestro poeta... Por ejemplo, el distinguido erudito zemblano Oscar Nattochdag.

Verso 629: el destino de las bestias

Encima de esto el poeta escribió y tachó:

el destino del loco

El destino último del alma de los locos ha sido sondeado por muchos teólogos zemblanos quienes por lo general sostienen que aun el espíritu más demente contiene en su masa enferma una partícula fundamental sana que sobrevive a la muerte, se dilata de pronto y estalla, por así decir, en carcajadas saludables y triunfantes, cuando el mundo de los imbéciles timoratos y de los

alcornoques acicalados se ha derrumbado detrás. Personalmente, no he conocido lunáticos, pero he oído hablar de varios casos divertidos en New Wye ("Aún en Arcadia estoy", dice la Demencia, encadenada a su columna gris). Hubo por ejemplo un estudiante que se volvió loco furioso. Hubo un viejo conserje inmensamente digno de confianza que un día, en la sala de proyecciones, le mostró a una estudiante pudibunda algo de lo que sin duda había visto mejores especímenes; pero mi caso favorito es el de un empleado de ferrocarril de Exton cuya locura mansa me fue descripta nada menos que por la Sra. H. Había una gran fiesta de los cursos de verano en casa de los Hurley a la que me había llevado uno de mis compañeros de *ping-pong*, un amigo de los muchachos Hurley, porque yo sabía que mi poeta iba a recitar algo y estaba loco de aprensión, creyendo que podía ser mi Zembra (resultó ser un oscuro poema de uno de sus oscuros amigos; mi Shade era muy bueno con los que no tenían éxito). El lector me comprenderá si digo que, a mi altura, nunca puedo sentirme "perdido" en una multitud, pero también es cierto que no conocía mucha gente en casa de los H. Mientras circulaba entre aquel apiñamiento, con una sonrisa en la cara y un cóctel en la mano, entrevi por fin la coronilla de mi poeta y el chignon castaño brillante de la Sra. H. sobresaliendo de los respaldos de dos sillones adyacentes. En el momento en que me acercaba por detrás de ellos, le oí oponerse a una observación que ella acababa de hacer:

—La palabra es equivocada —decía—. Uno no debería aplicarla a una persona que se despoja deliberadamente de un pasado gris y desdichado y lo sustituye por una brillante invención. Es sencillamente volver una nueva página con la mano izquierda.

Palmeé la cabeza de mi amigo y me incliné ligeramente delante de Eberthella H. El poeta me miró con ojos vidriosos. Ella dijo:

—Venga a ayudarnos, Sr. Kinbote: yo sostengo que el viejo como se llame, sabe cuál, el viejo de la estación de Exton, que se creía Dios y había empezado a dar una nueva dirección a los trenes, era técnicamente un chiflado, pero John le llama un cofrade poeta.

—En cierto sentido todos somos poetas, señora —respondí, y ofrecí un fósforo encendido a mi amigo que tenía la pipa entre los dientes y se golpeaba con las dos manos en varias partes del torso.

No estoy seguro de que esta variante trivial valiera la pena de ser comentada; en realidad todo el pasaje sobre las actividades del I.P.H. sería muy heroico-burlesco si esos versos pedestres hubieran sido un pie más cortos.

Verso 662: ¿Quién deambula tan tarde en la noche y el viento?

Este verso, y en realidad todo el pasaje (versos 653-664), aluden al célebre poema de Goethe sobre el Rey de los Alisos, el hechicero venerable del bosque de los alisos habitado por silvos, que se enamora del delicado niño hijo de un viajero retrasado. Nunca se admirará bastante la forma ingeniosa en que Shade se las arregla para transferir algo del ritmo quebrado de la balada (en el fondo un metro trisilábico) en Su verso yámbico:

/ / / /

662 ¿Quién deambula tan tarde en la noche y el viento

663

/ / /

664 Es el padre y su hijo

Los dos versos de Goethe que abren el poema aparecen muy exactamente y con gran belleza, trayendo la gratificación de una rima inesperada (igual que en francés: *vent-enfant*), en mi lengua natal:

/ / / /

Ret woren ok spoz on natt ut vett?

/ / / /

Eto est votchez ut mid ik dett.

Otro gobernante fabuloso, el último rey de Zembla, se repetía constantemente estos versos obsesivos en zemblano y alemán, como un acompañamiento fortuito del tamborileo de la fatiga y la ansiedad, mientras trepaba a través de la zona de helechos de las sombrías montañas que tenía que atravesar en su puja por la libertad.

Versos 671-672: El hipocampo bravio

Véase *Mi última duquesa*, de Browning.

Véase y condénese el recurso a la moda consistente en titular un conjunto de ensayos o un volumen de versos —o un largo poema, ay— con una frase tomada de una obra poética del pasado más o menos célebre. Esos títulos poseen un prestigio engañoso, aceptable quizá en los nombres de los vinos de marca y de las cortesanas regordetas, pero simplemente degradantes con respecto al talento que sustituye por el fácil aspecto alusivo de la erudición la imaginación creadora y hace pesar en las espaldas de un busto la responsabilidad de un estilo demasiado adornado, puesto que cualquiera puede hojear el *Sueño de una noche de verano* o *Romeo y Julieta*, y elegir.

Verso 678: al francés

Dos de estas traducciones aparecieron en el número del agosto de la *Nouvelle Revue Canadienne* que llegó a las librerías de College Town en la última semana de julio, es decir, en un momento de tristeza y confusión mental, en que el buen gusto me impedía mostrar a Sybil Shade algunas de las notas críticas que yo tomaba en mi diario de bolsillo.

En su versión del famoso *Soneto Místico X* de Donne, compuesto en su viudez:

*Death be not proud, though so me have calléd thee
Mighty and dreadjul, for, thou art not so*

uno lamenta la eyaculación superflua en el segundo verso, introducida en este lugar solamente para coagular la cesura:

*Ne sois pas fiere, Mort! Quoique certains te disent
Et puissante et terrible, ah, Mort, tu ne l'es pas*

mientras que la rima central *so-overthrotv* (versos 2-3) llega a punto para encontrar una contrapartida fácil en *pas-uas* uno se opone a los versos exteriores *disent-prise* (1-4) que serían en un soneto francés circa 1617 una infracción imposible de la regla visual.

No tengo espacio aquí para enumerar las otras torpezas y errores de esta versión canadiense de la denuncia de la fuerte hecha por el Decano de St. Paul, de la Muerte, esa esclava, no sólo del "destino" y del "azar", sino también de nosotros ("reyes y hombres desesperados").

El otro poema, "*La ninfa sobre la muerte de su fauno*", de Andrew Marvell, parece ser, técnicamente, aún más difícil de poner en versos franceses. Si en la traducción de Donne, se justificaba perfectamente que Miss Irondell sustituyera los pentámetros ingleses por los alejandrinos franceses, me pregunto si debía preferir aquí l'impair y acomodar en nueve sílabas lo que Marvell ajusta en ocho. En los versos:

*And, quite regardless of my smart,
Left me his faun but took his heart*

que resultan:

Et se moquant bien de ma douleur

Me laissa son faon, mais pris son coeur

uno lamenta que la traductora, aun con la ayuda de una matriz prosódica más amplia, no se las haya arreglado para replegar los largos yambos de su faon francés, y para traducir "*quite regardless of*" por "*sans le moindre égard pour*", o algo por el estilo.

Más lejos el dístico:

Thy love was far more better than

The love of false and cruel man

aunque traducido literalmente:

Que ton amour était fort meilleur

Qu'amour d'homme cruel et trompeur

no es tan puro idiomáticamente como podría parecerlo a primera vista. Y por último, el encantador dístico final:

Had it lived long it would have been

Lilies without, roses within

contiene en el francés de nuestra amiga no sólo un solecismo sino también esa especie de encabalgamiento ilícito de que es culpable un traductor cuando pasa con luz roja:

Il aurait été, s'il eut longtemps

Vécu, lys dehors roses dedans.

Con qué magnificencia esos dos versos pueden mimarse y rimarse en nuestro mágico zemblano (¡"la lengua del espejo", como la definía el gran Conmal!)

Id wodo bin, war id lev lan,

Indran iz lil ut roz nittran.

Verso 679: Lolita

En Norteamérica los acciones importantes llevan nombres femeninos. El género femenino no es sugerido tanto por el sexo de las furias y las viejas harpías, como por una aplicación profesional general. Así cualquier máquina es femenina para su usuario afectuoso, y todo fuego (aunque sea "pálido") es femenino para el bombero, como el agua es femenina para el p'ornero apasionado. No se ve claro por qué nuestro poeta eligió dar a su huracán de 1958 un nombre español poco usado (que se pone a veces a los loros) en lugar de Linda o Lois.

Verso 681: Rusos sombríos espiaban

En realidad no hay nada metafísico o racial en ese aire sombrío. Es simplemente el signo exterior de un nacionalismo congestionado y el sentimiento de inferioridad de un provinciano, esa mezcla temible tan típica de los zemblanos bajo la dominación de los extremistas, y de los rusos bajo el régimen soviético. En la Rusia moderna las ideas son bloques cortados a máquina de colores lisos; el matiz está prohibido, el intervalo cegado, la curva groseramente escalonada.

Pero no todos los rusos son sombríos, y los dos jóvenes expertos de Moscú que nuestro nuevo gobierno había contratado para encontrar las joyas de la corona resultaron positivamente joviales. Los extremistas tenían razón al creer que el Barón Bland, el Guardián del Tesoro, había logrado esconder esas joyas antes de saltar o caer de la Torre del Norte; pero no sabían que había tenido un ayudante y se equivocaron al pensar que debían buscar las joyas en el palacio del que el dulce Barón Bland de cabellos blancos nunca había salido, salvo para morir —Puedo añadir, con una satisfacción perdonable, que estaban y aún están escondidas en un rincón absolutamente distinto —y bastante inesperado— de Zembla.

En una nota anterior (al verso 130) el lector ya ha entrevistado a esos dos cazadores del tesoro en acción. Después de la evasión del Rey y el tardío descubrimiento del pasaje secreto, continuaron sus concienzudas excavaciones hasta que el palacio quedó todo taladrado y parcialmente destruido, al caer una noche la pared entera de una habitación descubriendo, en un nicho cuya presencia nadie había sospechado, un antiguo salero de bronce y el cuerno de beber del Rey Wigbert; pero ustedes nunca encontrarán nuestra corona, el collar y el cetro.

Todo esto es la regla de un juego divino, todo esto es la inmutable fábula del destino y no debería interpretarse en desmedro de la eficacia de los dos expertos soviéticos —que, de todos modos, iban a tener un éxito maravilloso en una ocasión posterior con otro trabajo (véase la nota al verso 747). Sus nombres (probablemente ficticios) eran Andronnikov y Niagarin. Rara vez se ha visto, por lo menos en un museo de cera, un par de tipos más encantadores y presentables. Todo el mundo admiraba en ellos las mandíbulas bien afeitadas, la expresión elemental de sus caras, el pelo ondulado y los dientes perfectos. El alto y bello Andronnikov rara vez sonreía pero las rayitas que arrugaban la carne de sus órbitas acusaban un infinito sentido del humor, mientras que los surcos mellizos que bajaban de los dos lados de su bien modelada nariz

evocaban fascinantes asociaciones con los ases de la aviación y los héroes del Estado de Nevada. Por el contrario, Niagarin era comparativamente bajo, tenía rasgos algo más redondeados aunque perfectamente viriles que recordaban a esos jefes de boy scouts que tienen algo que ocultar o a esos señores que hacen trampa en los juegos televisados. Era delicioso ver a los dos espléndidos *sovietchiks* corriendo por el patio y pateando una pelota polvorienta y que sonaba dura (con ese aire tan enorme y calvo en semejante lugar). Andronnikov podía hacerla saltar con la punta de los pies una docena de veces antes de proyectarla como un cohete en vertical hacia los cielos melancólicos, sorprendidos, incoloros, inofensivos; y Niagarin podía imitar a la perfección los manierismos de un estupendo guardavallas del equipo de los Dinamos. Solían repartir entre los ayudantes de cocina caramelos rusos con ciruelas o cerezas pintadas en los ricos y succulentos envoltorios hexagonales que contenían una bolsita de papel más fino dentro de la cual había una momia color lila; y se sabía que lascivas campesinas se deslizaban por los *drungen* (senderos invadidos de zarzas) hasta el pie de las murallas cuando las dos siluetas recortándose contra el cielo encendido cantaban hermosos dúos militares sentimentales al atardecer. Niagarin tenía una conmovedora voz de tenor y Andronnikov una vigorosa voz de barítono, y los dos usaban elegantes botas de flexible cuero negro, y el cielo se apartaba mostrando sus etéreas vértebras.

Niagarin, que había vivido en Canadá, hablaba inglés y francés; Andronnikov sabía algo de alemán. El poco *zem-blano* que conocían lo pronunciaban con ese cómico acento ruso que da a las vocales una especie de didáctica plenitud de sonido. Los guardias extremistas los consideraban modelos de elegancia y mi querido Odonello recibió una vez una severa reprimenda del comandante por no haber resistido a la tentación de imitar su manera de andar: los dos caminaban con el mismo paso ligero, y los dos eran evidentemente patizambos.

Cuando yo era chico, Rusia gozaba de gran popularidad en la corte de Zembla, pero aquella era una Rusia diferente, una Rusia que odiaba a los tiranos y a los filisteos, que odiaba la injusticia y la crueldad, la Rusia de las damas y los caballeros y las aspiraciones liberales. Podemos añadir que Charles el Bien Amado podía jactarse de tener un poco de sangre rusa. En la Edad Media dos de sus antepasados se habían casado con princesas de Novgorod. La Reina Yaruga (que reinó de 1799 a 1800), su tatarabuela, era medio rusa; y muchos historiadores creen que el único hijo de Yaruga, Igor, no era hijo de Urán el Ultimo (que reinó de 1798 a 1799), sino el fruto de sus

amores con el aventurero ruso Hodinski, su *goliart* (bufón de la corte) y poeta de genio, de quien se dice que compuso en sus horas de ocio una célebre y antigua *chanson de geste* rusa, atribuida por lo general a un bardo anónimo del siglo XII.

Verso 682: Lang

Un Fra Pandolf moderno, sin duda. No recuerdo haber visto un cuadro semejante en toda la casa. ¿O Shade pensaba en un retrato fotográfico? Había uno sobre el piano y otro en el escritorio de Shade. Cuánto más justo hubiera sido para los lectores de Shade y de su amigo que la señora se hubiera dignado responder a algunas de mis urgentes preguntas.

Verso 691: el ataque

La crisis cardíaca de John Shade (17 de octubre de 1958) coincidió prácticamente con la llegada del Rey, disfrazado, a Norteamérica, donde bajó en paracaídas desde un avión alquilado que piloteaba el Coronel Montacute, en un campo de lujuriantes malezas provocadoras de la fiebre de heno, cerca de Baltimore, cuya oropéndola no es una oropéndola. Todo había sido perfectamente sincronizado y aun luchaba con el dispositivo francés que no le era familiar, cuando el Rolls Royce de la finca de Sylvia O'Donnell dobló desde un camino en dirección a sus sedas verdes y se acercó a lo largo del *mowntrop* con sus gruesas ruedas que rebotaban desaprobadoramente y la brillante carrocería negra que avanzaba despacio. De buena gana dilucidaría esta historia de paracaídas pero (por tratarse de un asunto de pura tradición sentimental más que de un útil medio de transporte), no es estrictamente necesario en estas notas sobre *Pálido Fuego*. mientras Kingsley, el chófer inglés, un viejo servidor absolutamente fiel, hacía lo que podía para meter el voluminoso paracaídas mal doblado en el portaequipaje, yo descansaba apoyado en el bastón-asiento que me había proporcionado, sorbiendo un delicioso *scotch* con agua procedente del bar del automóvil y echando una mirada (en medio de una ovación de grillos y de ese torbellino de mariposas amarillas y marrones que tanto gustaron a Chateaubriand a su llegada a América) a un artículo del *New York Times* en el que Sylvia había marcado con lápiz rojo vigorosa y desordenadamente una noticia de New Wye anunciando la

hospitalización del "distinguido poeta". Yo disfrutaba ante la idea de conocer a mi poeta norteamericano favorito que, como creí en el momento, moriría mucho antes de terminar el segundo semestre, pero el desengaño no era más que un gesto de resignación mental y, dejando el periódico, miré a mi alrededor encantado y con un sentimiento de bienestar físico, a pesar de mi nariz congestionada. Más allá del campo vastos peldaños de hierba verde subían hacia sotos multicolores; por encima de ellos se podía ver el blanco frente de la finca; las nubes se fundían en el azul. De pronto estornudé y volví a estornudar. Kingsley me ofreció otro trago pero lo rechacé y me senté democráticamente a su lado en el asiento de adelante. Mi anfitriona estaba en cama, sufriendo los efectos de una inyección especial que le habían aplicado antes de hacer un viaje a cierto lugar de África. En respuesta a mi:

—¿Cómo está usted? —Sylvia murmuró que los Andes habían estado sencillamente maravillosos, y luego con una voz ligeramente menos indolente se informó acerca de una célebre actriz con la que su hijo, decían, vivía en el pecado. Odón, dije, me había prometido que no se casaría con ella. Me preguntó si el salto había estado bien y sacudió una campanilla de bronce. ¡Querida Sylvia! Tenía en común con Fleur de Fyler un aire evasivo, una languidez en su comportamiento que era en parte natural y en parte cultivado para servirle de coartada cuando estaba borracha, y se las arreglaba para combinar de una manera maravillosa esa indolencia con una volubilidad que recordaba a un ventrílocuo cuya lenta elocución es interrumpida por su muñeco charlatán. ¡Inmutable Sylvia! Durante tres décadas yo había visto de vez en cuando, de palacio en palacio, el mismo pelo castaño lacio y corto, esos ojos infantiles azul claro, la sonrisa vacía, las largas piernas elegantes, los movimientos flexibles y vacilantes.

Apareció una bandeja con frutas y bebidas traída por una *jeune beauté*, como hubiera dicho el querido Marcel, y no se puede menos que pensar en otro autor, Gide el Lúcido, que en sus notas sobre África hace un elogio tan ardiente de la piel satinada de los diablillos negros.

—Por poco pierde usted la oportunidad de conocer a nuestra estrella más brillante —dijo Sylvia, que era el miembro más importante de la dirección de la Universidad de Wordsmith (y que en realidad, había sido la única responsable de mi divertida estada allí como profesor conferenciante)—. Acabo de llamar a la Universidad, sí, tome ese taburete, y está mucho mejor. Pruebe estos frutos de mascana, los conseguí especialmente para usted, pero el

muchacho es estrictamente hetero, y de un modo general, Su Majestad tendrá que ser muy prudente a partir de ahora. Estoy segura de que el lugar le agradará, aunque me gustaría saber cómo alguien puede estar tan ansioso por enseñar el zemblano. Creo que Disa debería venir también. He alquilado para usted la que pasa por ser la mejor casa, y está cerca de la de los Shade.

Ella los conocía muy poco pero Billy Reading, "uno de los rarísimos presidentes de universidad norteamericana que sabe latín", le había contado varias historias conmovedoras acerca del poeta. Y permítaseme añadir aquí cómo me sentí honrado unos quince días más tarde de encontrar en Washington a ese espléndido caballero norteamericano poco enérgico de aspecto, distraído, pobremente vestido y cuyo espíritu era una biblioteca y no una sala de debates. Sylvia tomó el avión el lunes siguiente pero yo me quedé todavía un tiempo descansando de mis aventuras, rumiando, leyendo, tomando notas y haciendo numerosas cabalgatas por la preciosa región en compañía de dos señoras encantadoras y un tímido y joven palafrenero. Muchas veces, al irme de un lugar que me ha gustado, me he sentido como un corcho que se saca para dejar correr el vino dulce y oscuro, y después uno sale hacia nuevos viñedos y nuevas conquistas. Pasé un par de meses agradables visitando las bibliotecas de Nueva York y Washington, en Navidad tomé el avión para Florida y cuando estaba listo para ir a mi nueva Arcadia, me pareció amable y respetuoso enviar al poeta unas palabras corteses felicitándolo por el restablecimiento de su salud y "advirtiéndole" en broma que a partir de febrero tendría como vecino uno de sus más fervientes admiradores. Nunca recibí respuesta ni se mencionó más tarde mi gesto de cortesía, supongo que mis líneas se perdieron entre las muchas cartas de admiradores que las celebridades literarias reciben, aunque era de esperar que Sylvia o algún otro hubiese advertido a los Shade de mi llegada.

En realidad el restablecimiento del poeta resultó muy rápido y hubiera podido pasar por milagroso de haber habido alguna falla orgánica en su corazón. Pero no la había; los nervios de un poeta pueden jugarle las más raras pasadas, pero son capaces siempre de recobrar rápidamente el ritmo de la salud, y pronto John Shade, sentado a la cabecera de una mesa ovalada, hablaba nuevamente de Pope, su poeta favorito, a ocho jóvenes respetuosos, una lisiada que no pertenecía a la Universidad y tres estudiantes, con una de las cuales soñaba el ayudante de curso. Le habían dicho a Shade que no abreviara sus ejercicios habituales, como las caminatas, pero debo reconocer que yo mismo sentí palpitaciones y sudores fríos a la vista del precioso anciano

manejando groseras herramientas de jardinería o trepando con dificultad las escaleras de la Universidad como un pez japonés remontando una catarata. Dicho sea de paso, el lector no deberá tomar demasiado en serio o al pie de la letra el pasaje sobre el médico alerta (un médico alerta que, como bien lo sé, confundió una vez una neuralgia con una esclerosis cerebral). Como supe por el propio Shade, no se hizo ninguna incisión de urgencia; no se practicó el masaje cardíaco manual, y si el corazón había dejado de bombear del todo, la pausa debió de haber sido muy breve y por así decir superficial. Todo esto, desde luego, no disminuye la gran belleza épica del pasaje. (Versos 691-697.)

Verso 697: un destino más concluyente.

Gradus aterrizó en el aeropuerto de la Cote d'Azur a comienzos de la tarde del 15 de julio de 1959. A pesar de sus preocupaciones no dejó de impresionarle el torrente de magníficos camiones, de ágiles bicicletas a motor y de cosmopolitas coches privados de la *Promenade*. Recordaba y detestaba el calor tórrido y el azul enceguedor del mar. El Hotel Lazuli, donde antes de la Segunda Guerra Mundial había pasado una semana con un terrorista tísico, cuando era un lugar sórdido, apenas con agua corriente, frecuentado por jóvenes alemanes, era ahora un lugar sórdido, con apenas agua corriente, frecuentado por viejos franceses. Estaba situado en una calle transversal, entre dos arterias paralelas al muelle, y el incesante gruñido de la circulación entrecruzada mezclado con el estrépito y el chirriar de los trabajos de construcción que se desarrollaban bajo los auspicios de una grúa frente al hotel (que dos décadas atrás estaba rodeado de una calma chicha), fue una deliciosa sorpresa para Gradus, que siempre había gustado un poco del ruido para no pensar ("*Ca distrait*", como dijo a la mujer del hotelero y a su hermana que le pedían disculpas).

Después de lavarse escrupulosamente las manos, salió con un temblor de excitación que recorría como un acceso de fiebre su torcida columna vertebral. En una de las mesas de la terraza de un café en la esquina de su calle y la *Promenade*, un hombre con una chaqueta verde botella, sentado en compañía de una mujer que evidentemente era una prostituta, se cubrió la cara con las dos manos, emitió el sonido de un estornudo sofocado y siguió tapándose con las manos como pretendiendo esperar el segundo estornudo. Gradus caminaba por el lado norte del muelle. Después de detenerse un

minuto delante del escaparate de una tienda de *souvenirs*, entró, preguntó el precio de un pequeño hipopótamo de vidrio violeta y compró un mapa de Niza y sus alrededores. Mientras se dirigía a la parada de taxis de la rué Gambetta, observó a dos jóvenes turistas de camisas chillonas manchadas de sudor, la cara y el cuello de un rosa brillante por el calor y una imprudente exposición al sol; llevaban cuidadosamente dobladas sobre el brazo las chaquetas cruzadas y forradas de seda de sus trajes oscuros de amplios pantalones y no miraron a nuestro detective que, a pesar de ser excepcionalmente poco observador, sintió la ondulación de algo vagamente familiar cuando le rozaron al pasar. Los turistas no sabían nada de su presencia en el extranjero ni de su interesante trabajo; en realidad sólo pocos minutos antes el superior de ellos y de él había sido informado de que Gradus estaba en Niza y no en Ginebra. Tampoco Gradus había sido informado de que le ayudarían en su búsqueda los deportistas soviéticos Andronnikov y Niagarin, a quienes había encontrado por casualidad una o dos veces en las dependencias del Palacio de Onhava cuando reponía el cristal roto de una ventana o verificaba para el nuevo gobierno los raros vidrios de Rippleson en uno de los invernaderos que habían sido del Rey; y en el momento siguiente había perdido el hilo que le hubiera permitido reconocerlos mientras con la contorsión prudente de piernicorto se instalaba en el asiento posterior de un viejo Cadillac y pedía que lo llevaran a un restaurante entre Pellos y Cap Ture. Es difícil decir cuáles eran las esperanzas y las intenciones de nuestro hombre. ¿Quería simplemente echar un vistazo a una piscina imaginada a través de los mirtos y los laureles rosa? ¿Esperaba escuchar la continuación del trozo de bravura de Gordon ejecutado ahora en una nueva interpretación por dos manos más grandes y más fuertes? ¿Se hubiera arrastrado, pistola en mano, hasta el lugar donde un gigante extendido como un águila tomaba un baño de sol, con el vello de su pecho formando un águila desplegada? No lo sabemos, y el propio Gradus tal vez tampoco lo sabía; de todas maneras le fue ahorrado un viaje innecesario. Los chóferes de taxi de hoy son tan charlatanes como lo eran los peluqueros de ayer, y aun antes de que el viejo Cadillac hubiera salido de la ciudad, nuestro infortunado matón sabía que el hermano de su chófer había trabajado en los jardines de Villa Disa pero que ahora nadie vivía allí, porque la Reina se había marchado a Italia hasta fines de julio. En el hotel la propietaria radiante le tendió un telegrama. Era una reprimenda en danés por haber salido de Ginebra la orden de no hacer nada hasta recibir nuevas noticias. ce le aconsejaba también que olvidara su trabajo y se divirtiera— ¿Pero qué (salvo sus sueños de sangre) hubiera podido divertirlo? No le interesaban ni las excursiones turísticas ni las playas. Hacía

mucho que había dejado de beber. No iba a los conciertos. No jugaba. Los impulsos sexuales que tanto le molestaran en una época, ahora se habían acabado. Después que su mujer, ensartadura de perlas en Radugovitra, lo abandonó (por un amante gitano), él había vivido en el pecado con su suegra hasta que la llevaron, ciega e hidrópica, a un asilo para viudas necesitadas. Desde entonces había intentado varias veces castrarse, se había internado en el Hospital Glassman con una infección grave y ahora, a los cuarenta y cuatro años, estaba totalmente curado de la lujuria que la Naturaleza, esa gran tramposa, pone en nosotros para incitarnos a la propagación. No es de extrañarse que el consejo de que se divertiera le enfureciese. Creo que voy a interrumpir aquí esta nota.

Versos 704-707: un sistema, etc.

El ajuste del triple "células encadenadas" está muy hábilmente hecho, y uno saca una satisfacción lógica del efecto combinado del "sistema" y del "vástago".

Versos 727-728: No, Sr. Shade... justo la mitad de una sombra

Otro bello ejemplo del tipo especial de magia combinatoria de nuestro poeta. El sutil juego de palabras gira aquí en torno a los dos significados adicionales de "shade" (sombra), además del sinónimo evidente de "nuance". Se hace sugerir al Dr. que Shade no sólo conservaba en su crisis la mitad de su identidad, sino que era también la mitad de un fantasma. Conociendo al médico que cuidó a mi amigo en ese momento, me atrevo a añadir que era demasiado palurdo como para desplegar semejante ingenio.

Versos 734-736: probablemente... sobrevuelo... desfallecimiento... inestable

Un tercer estallido de fuegos de artificio en contrapunto. El plan del poeta es desplegar en la textura misma de su texto las complejidades del "juego" en el que busca la clave de la vida y de la muerte (véanse los versos 808-829).

Verso 741: el resplandor exterior

La mañana del 16 de julio (mientras Shade trabajaba en la sección 698-746 de su poema), el triste Gradus, temiendo otro día de inactividad forzada en una Niza sardónicamente animada, estimuladamente ruidosa, decidió que hasta que el hambre lo expulsara no se movería de un sillón de cuero en un simulacro de vestíbulo entre los olores marrones del hotel mugriento. Hojeó sin prisa una pila de viejas revistas sobre una mesa vecina. Allí estaba sentado, pequeño monumento de taciturnidad, suspirando, hinchando las mejillas, mojándose el pulgar antes de volver una página, con la boca abierta delante de las fotos, y moviendo los labios mientras bajaba por las columnas de letra impresa. Después de volver a acomodar todo en una pila ordenada, se reclinó en el sillón, juntando y separando las manos en las diversas obstrucciones del tedio, cuando un hombre que había ocupado un sillón vecino se levantó y salió al resplandor de afuera abandonando su diario. Gradus se lo puso sobre las rodillas, lo abrió y se quedó helado frente a una extraña noticia local que le saltó a los ojos: habían entrado ladrones en Villa Disa y habían saqueado un escritorio, sacando de un joyero una cantidad de viejas medallas de valor.

Ahí había algo que daba que pensar. Este incidente vagamente desagradable ¿tenía algo que ver con su búsqueda? ¡Debía ocuparse del asunto, telegrafiar al cuartel general? Difícil expresar sucintamente un hecho simple sin que pareciera un criptograma. ¿Enviar por avión un recorte del periódico? Estaba en su habitación recortando el diario con una hoja de afeitar, cuando sonaron unos golpes secos en la puerta. Gradus hizo entrar a un visitante inesperado ¡una de las Sombras más importantes a quien había creído *onhava-onhava* ("lejos, muy lejos") en la salvaje, brumosa, casi legendaria Zembla! ¡Qué pasmosos juegos de prestidigitación opera esta mágica era mecánica con nuestra vieja madre espacio y nuestro viejo padre tiempo!

Era un tipo alegre, quizá demasiado alegre, vestido con una chaqueta de terciopelo verde. Nadie lo quería, pero tenía sin duda un espíritu agudo. Su nombre, Izumrudov, sonaba más bien ruso, pero en realidad significaba "de los Umrud", tribu esquimal que a veces se veía remando en sus *umyaks* (barcas forradas de piel), en las aguas color esmeralda de nuestras costas septentrionales. Con una amplia sonrisa dijo que el amigo Gradus debía juntar todos sus documentos de viaje, incluso un certificado de salud, y tomar el

primer "jet" a Nueva York. Inclinandose, lo felicitó por haber indicado con una clarividencia tan fenomenal el buen lugar y la buena dirección. Sí, después de una minuciosa investigación del botín que Andron y Niagarushka habían recogido en el escritorio de palorrosa de la Reina (¡sobre todo facturas, instantáneas preciosas y esas estúpidas medallas!) apareció una carta del Rey con su dirección que era, entre todos los lugares posibles... Nuestro hombre, que interrumpió al heraldo del éxito para decir que él nunca, fue instando a no demostrar tanta modestia. Izumrudov, torciéndose de risa (la muerte es muy cómica) sacó un pedazo de papel en el que escribió para Gradus el nombre ficticio de su cliente, el nombre de la universidad donde enseñaba, y el de la ciudad donde estaba la Universidad. No, el papel no era para guardarlo. Sólo podía conservarlo mientras lo memorizaba. Ese tipo de papel (utilizado por los fabricantes de macarrones) era no sólo comestible sino delicioso. La alegre aparición verde desapareció sin duda para seguir buscando prostitutas. ¡Cómo detesta uno a esos hombres!

Versos 747-748: un artículo aparecido en una revista acerca de una tal Sra. Z.

Todo el que tenga acceso a una buena biblioteca podría sin duda remontarse fácilmente hasta la fuente de esta historia y descubrir el nombre de la dama; pero esas trivialidades tan insignificantes no están a la altura de la verdadera erudición.

Verso 768: dirección

En este punto quizá divierta al lector mi alusión a John Shade en una carta (de la que afortunadamente he conservado una copia carbónica) que escribí a una corresponsal instalada en el sur de Francia, el 2 de abril de 1959:

"Mi querida: Es usted absurda. No le doy ni le daré, como a nadie, mi dirección privada, no por temor de que me haga una visita, como se complace en imaginar: todo mi correo va a la dirección de mi oficina. Aquí las casas suburbanas tienen buzones abiertos en la calle, y cualquiera puede llenarlos

de anuncios publicitarios o robar las cartas que me envían (no por pura curiosidad, se lo aseguro, sino por otros motivos más siniestros). Le mando ésta por avión y le repito con urgencia la dirección que Sylvia le ha dado: Dr. C. Kinbote, KINBOTE (no "Charles X. Kingbot, Esq.") como usted o Sylvia han escrito; por favor, sea más prudente... y más inteligente, Wordsmith University, New Wye, Appalachia, USA.

No estoy enojado con usted, pero tengo toda clase de preocupaciones y estoy con los nervios de punta. Creía —creía profunda y candidamente— en el afecto de una persona que vivía aquí, bajo mi techo, pero he sido herido y traicionado como nunca ocurría en tiempos de mis antepasados, que hubieran podido hacer torturar al ofensor aunque, naturalmente, no deseo hacer torturar a nadie.

Ha hecho aquí un frío terrible, pero gracias a Dios un verdadero invierno nórdico se ha transformado en una primavera meridional.

No trate de explicarme lo que su abogado le dijo, pero haga que él se lo explique al mío que él me lo explicará a mí.

Mi trabajo en la Universidad es agradable y tengo un vecino muy encantador —ahora, mi querida, no suspire ni alce las cejas—>; es un señor muy viejo, en realidad el señor que es autor de ese pasaje sobre el ginkgo en su álbum verde (véase de nuevo —quiero decir que el lector debería ver de nuevo— la nota al verso 49).

Sería más prudente que no me escribiera demasiado a menudo, mi querida."

Verso 782: su poema

Una imagen de "los contrafuertes sombreados de azul y las cimas encremadas de sol" del Monte Blanco es percibida fugazmente a través de la nube de ese poema particular que yo quisiera citar pero que no tengo a mano. La "montaña blanca" del sueño de la dama, que por una errata correspondía a la "fontana blanca" de Shade, hace aquí una aparición temática, confundida por la grotesca pronunciación de la señora.

Verso 802: montaña

El pasaje 797 (segunda parte del verso) —809, en la sexagesimoquinta ficha del poeta, fue compuesto entre el poniente del 18 de julio y el alba del 19. Esa mañana yo había rezado en dos iglesias diferentes (de cada lado, por así decirlo, de mi secta zemblana, no representada en New Wye) y había vuelto a casa caminando en un elevado estado de ánimo. No había nubes en el cielo desencantado y la tierra misma parecía suspirar en espera de Nuestro Señor Jesucristo. Esas mañanas soleadas y tristes siento siempre en mis huesos que existe todavía una posibilidad de no quedar excluido del Cielo y de que me sea concedida la salvación a pesar del barro helado y el horror que hay en mi corazón. Mientras subía con la cabeza gacha por el sendero de grava de mi pobre casa alquilada, escuché con absoluta claridad, como si estuviera de pie, junto a mi hombro, y elevando la voz como si hablara a un hombre ligeramente sordo, la voz de Shade que decía: "Venga esta noche, Charlie". Miré a mi alrededor con temor y asombro: estaba absolutamente solo. Telefoneé en seguida. Los Shade habían salido, dijo la *ancillula* mofletuda, una odiosa admiradora que iba a cocinarles los domingos y que sin duda soñaba con que el viejo poeta la mimara el día que se quedase sin mujer. Volví a telefonar dos horas más tarde; me atendió, como de costumbre, Sylvia; insistí en hablar con mi amigo (nunca le transmitían mis "mensajes"), lo conseguí y le pregunté con la mayor calma posible qué habían estado haciendo alrededor de mediodía, cuando le oí como un gran pájaro en mi jardín. Shade no podía recordar nada, me dijo que esperase un minuto, que había estado jugando al golf con Paul (poco importa quién era) o por lo menos había mirado jugar a Paul con otro colega. Exclamé que debía verlo esa noche y de pronto, sin razón alguna, me eché a llorar, inundando el teléfono y tratando de recobrar el aliento, paroxismo que no se había producido desde que Bob me dejó el 30 de marzo. Hubo un conciliábulo agitado entre los Shade y después John me dijo: —Escuche, Charles, salgamos a hacer una buena caminata esta noche, lo encuentro a las ocho. —Era la segunda buena caminata desde el 6 de julio (aquella insatisfactoria conversación sobre la naturaleza); la tercera, el 21 de julio, sería excesivamente breve.

¿Por dónde andaba yo? Sí, deambulando una vez más, como en los viejos tiempos, con John, en los bosques de Arcadia, bajo un cielo salmón.

—Entonces —dije alegremente— ¿sobre qué estaba usted escribiendo anoche, John? La ventana de su estudio sencillamente resplandecía.

—Sobre montañas —contestó.

La cadena Bera, una erección de piedra veteadas y pinos hirsutos se levantó delante de mí en toda su potencia y su orgullo. La espléndida noticia me hizo palpar el corazón y sentí que a mi vez podía permitirme ser generoso. Supliqué a mi amigo que no me dijera nada más si no lo deseaba. Dijo que sí, que no lo haría, y empezó a quejarse de las dificultades de la tarea que se había impuesto. Calculó que durante las últimas veinticuatro horas su cerebro había producido unos mil minutos de trabajo y cincuenta versos (digamos, del 797 al 847), o sea una sílaba cada dos minutos. Había terminado el Canto Tercero, el penúltimo, y había empezado el Cuarto, el último (véase el Prólogo, véase el Prólogo en seguida) y si no me molestaba volveríamos a la casa — aunque sólo eran alrededor de las nueve—, de modo que pudiera sumirse de nuevo en su caos y sacar de él un cosmos con todas sus estrellas húmedas.

¿Cómo podía yo decir que no? El aire de la montaña se me había subido a la cabeza: ¡Shade estaba recomponiendo mi Zembla!

Verso 803: una errata

Los traductores del poema de Shade tropezarán con cierta dificultad para transformar, de un trazo, *mountain* (montaña) en *fountain* (fontana); no es posible hacerlo ni en francés, ni en alemán, ni en ruso ni en zemblano; de modo que el traductor tendrá que insertar aquí una de esas notas de pie de página que son el museo de criminales de las palabras. ¡Y sin embargo! Existe, que yo sepa, un caso absolutamente extraordinario, increíblemente elegante en que participan no sólo dos sino tres palabras. La historia misma es bastante trivial (y probablemente apócrifa). En un relato periodístico de la coronación del Zar de Rusia, se había impreso *vororta* (*crow-aiervo*) en lugar de *korona* (*crow-crow-crow*), y al día siguiente, al disculparse del error, hubo una segunda equivocación y se imprimió *korova* (*cow-voca*). La correlación artística entre la serie *crow-crow-cow* y la serie rusa *korona-vorona-korova* es algo que, estoy seguro, hubiera extasiado a mi poeta. Nunca vi nada semejante en el terreno de los juegos lexicológicos y las posibilidades de una doble coincidencia desafían todo cálculo.

Verso 810: una trama de sentido

Una de las cinco cabinas de este motel está ocupada por el propietario, un hombre de 70 años, de ojos lagrimeantes, cuya cojera me recuerda a Shade. Tiene una pequeña gasolinera aquí cerca, vende gusanos a los pescadores y por lo general no me molesta, pero el otro día me invitó a que "tomara cualquier viejo libro" de un anaquel que hay en su habitación. Por no herirlo, eché un vistazo primero a un lado y después a otro, pero eran todos libros policíacos encuadernados a la rústica, con los ángulos rotos, y no merecían más que un suspiro y una sonrisa. Me dijo que esperara un instante, y sacó de la alcoba un tesoro encuadernado en tela y destartado. "Un gran libro escrito por un gran tipo", las cartas de Franklin Lane. —Yo solía verlo en Rainier Park, de muchacho, cuando era guardabosque allí. Lléveselo por un par de días. ¡No lo lamentará!

No lo lamenté. He aquí un pasaje que curiosamente hace eco al tono de Shade al final del Canto Tercero. Procede de un fragmento escrito por mano de Lane el 17 de mayo de 1921, en vísperas de su muerte, después de una grave operación: "Y si hubiera pasado a ese otro mundo, ¿a quién hubiese buscado?... A Aristóteles. ¡Ah, sería un hombre con quien hablar! Qué satisfacción verlo tomar, como riendas entre sus dedos, la larga cinta de la vida del hombre y seguirla a través del laberinto mistificador de toda la maravillosa aventura... Lo que estaba torcido, enderezado. El plano de Dédalo simplificado por una mirada desde ba... esfumado, podría decirse, por el toque de un pulga magistral que hubiera hecho de toda esa cosa intrincada, fluctuante, una sola y bella línea recta".

Verso 819: jugando a un juego de mundos

Mi ilustre amigo mostraba una predilección infantil por toda clase de juegos de palabras y especialmente por lo que se llama el golf verbal. Era capaz de interrumpir el curso de una conversación polifacética para entregarse a ese pasatiempo particular y naturalmente hubiera sido grosero de mi parte negarme a jugar con él.

Verso 822: matando a un rey balcánico

Desearía ardientemente poder decir que el texto del borrador era:

matando a un rey de Zembla

...pero ay, no es así: Shade no conservó la ficha en que figuraba el borrador.

Verso 830: Sybil, tengo

Esta rima rara (*Sybil, it is, possibilities*) viene a coronar como una apoteosis todo el canto y a sintetizar los aspectos contrapuntísticos de sus "accidentes y posibilidades".

Versos 835-838: Ahora espiaré, etc.

El canto, iniciado el 19 de julio en la ficha sesenta y ocho, se abre con un shadismo típico: la hábil disposición de varias frases que repercuten unas en otras en un revoltijo de encabalgamientos. En realidad la promesa hecha en esos cuatro versos no se cumplirá verdaderamente, salvo la repetición de su ritmo encantatorio en los versos 915 y 923-924 (que conduce al salvaje ataque en los versos 925-930). El poeta como un gallo fogoso parece batir las alas para prepararse al estallido de la supuesta inspiración, pero el sol no sale. En lugar de la poesía salvaje que se había prometido, encontramos una o dos bromas, algo de sátira y al final del canto, una irradiación maravillosa de ternura y reposo.

Versos 841-872: dos modos de componer

En realidad tres, si contamos el muy importante método que consiste en fiarse del relámpago y la flauta del mundo subliminal y de su "muda orden" (verso 871).

Verso 873: Mi mejor momento

Cuando mi querido amigo empezaba con este verso su paquete de fichas del 20 de julio (de la ficha setenta y uno a la ficha setenta y seis, terminando en el verso 948), Gradus, en el aeropuerto de Orly, subía a bordo de un avión a reacción, se ajustaba el cinturón, leía un diario, se elevaba, planeaba, profanaba el cielo.

Versos 887-888: Como mi biógrafo quizá es demasiado grave o sabe demasiado poco

¿Demasiado grave? ¿Que sepa demasiado poco? Si mi pobre amigo hubiera podido adivinar quién sería, se hubiese ahorrado esas conjeturas. En realidad tuve el placer y el honor de ser testigo (una mañana de marzo) del espectáculo que describe en los versos siguientes. Yo iba a Washington y justo antes de partir recordé que me había pedido que mirara algo en la Biblioteca del Congreso. Oigo con tanta claridad en el oído de mi espíritu la voz fría de Sybil diciéndome: —Pero John no puede verlo, está en el baño —y el rugido ronco de John desde el cuarto de baño—: ¡Déjalo entrar, Sybil, no me va a violar! —Pero ni él ni yo pudimos recordar qué era ese algo.

Verso 894: un rey

Durante los primeros meses de la revolución zemblana aparecieron no pocas veces retratos del Rey. De vez en cuando algún entrometido de la universidad dotado de memoria fiel, o alguna de las mujeres de club que andaban siempre detrás de Shade y su excéntrico amigo, me preguntaron con el aire estúpido de saberlo todo que se adopta en esos casos, si alguien me había dicho cuánto me parecía al infortunado monarca. Yo contestaba algo por el estilo de: "todos los chinos se parecen" y cambiaba de tema. Pero un día en el salón del Club de la Facultad donde estaba descansando, rodeado por algunos de mis colegas, tuve que hacer frente a un ataque especialmente incómodo. Un profesor visitante alemán de Oxford exclamó en voz alta y como para sí mismo, que el parecido era "absolutamente inaudito" y cuando le hice

notar como de paso que todos los zemblanos con barba se parecen —y que, en efecto, el nombre Zembla, es la corrupción no del *zemlya* ruso, sino de Semblerland, país de reflejos, de "parecidos"— mi torturador dijo: —¡Ah, sí, pero el Rey Charles no usaba barba, y sin embargo es su misma cara! Tuve (añadió) el honor de estar sentado a unos pocos metros del palco real en el Festival deportivo de Onhava donde fui con mi mujer, que es sueca, en 1956. Tenemos una foto de él en casa, y la hermana de mi mujer conocía muy bien a la madre de uno de los pajes del Rey, una mujer interesante. ¿No ve usted (arrancándole casi la solapa a Shade) la asombrosa semejanza de rasgos... la parte superior de la cara, y los ojos, sí, los ojos, y la curva de la nariz?

—Pero no, señor —dijo Shade, volviendo a cruzar una pierna y agitándose ligeramente en su sillón como era su costumbre cuando se disponía a hacer una declaración—, no hay ningún parecido. He visto al Rey en los noticiarios cinematográficos, y no hay ningún parecido. Los parecidos son las sombras de las diferencias. Personas diferentes ven semejanzas diferentes y diferencias similares.

El bueno de Netochka, que parecía notablemente incómodo durante esta conversación, señaló con su suave voz qué triste era pensar que un "gobernante tan simpático" probablemente hubiera muerto en la cárcel.

Se nos añadió un profesor de física. Era lo que se llama un "Rosado" que creía en lo que creen los Rosados (la educación progresista, la probidad del que hace espionaje a favor de Rusia, las radiaciones causadas sólo por las bombas hechas en los EE.UU., la existencia en el pasado reciente de una Era McCarthy, las hazañas soviéticas, incluido el Dr. Zhivago, y así sucesivamente): —Su pesar es infundado —dijo—. Se sabe que el desconsolado monarca escapó disfrazado de monja; pero lo que le ocurra o haya ocurrido, no puede interesar al pueblo zemblano. La historia lo ha denunciado, y ese es su epitafio.

Shade: —Exacto, señor. A su debido tiempo la historia habrá denunciado a todo el mundo. El Rey quizá haya muerto, o quizá esté tan vivo como usted y Kinbote, pero respetemos los hechos. Sé por él (señalándome) que la tan difundida historia de la monja es una vulgar fabricación pro extremista. Los extremistas y sus amigos han inventado una cantidad de absurdos para ocultar su derrota, pero la verdad es que el Rey salió a pie del palacio, y cruzó las montañas y salió del país, no con el traje negro de una pálida solterona, sino vestido de lana escarlata como un atleta.

—Extraño, extraño —dijo el visitante alemán que por algún capricho de ancestral bosque de los alisos había sido el único en sentir la nota extraña que se había abierto paso y desaparecido.

Shade (sonriendo y masajeándose la rodilla): —Los reyes no mueren... desaparecen solamente, ¿no es cierto, Charles?

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó bruscamente, como saliendo de un trance, el ignorante y siempre suspicaz jefe del Departamento de Inglés.

—Considere mi propio caso —prosiguió mi querido amigo, ignorando a Mr. H.—. Se ha dicho que me parezco a cuatro personas por lo menos: Samuel Johnson; el antepasado del hombre amorosamente reconstruido en el Museo de Exton; y dos personajes locales, uno de los cuales es esa bruja hirsuta y descuidada que distribuye las cucharadas de puré en la cafetería de Levin Hall.

—La tercera en la fila de las brujas —dije con encantadora precisión, y todo el mundo se echó a reír.

—Yo diría más bien —observó Mr. Pardon (historia norteamericana)— que se parece al Juez Goldsworth ("Uno de nosotros", intercaló Shade, inclinando la cabeza), especialmente cuando está verdaderamente furioso contra el mundo entero, después de una buena comida.

—He oído decir —comenzó apresuradamente Netochka— que los Goldsworth se están divirtiendo muchísimo...

—Lástima que no pueda probar mi argumento —murmuró el tenaz visitante alemán—. Si por lo menos tuviéramos una foto aquí. ¿No habría una en alguna parte...?

—Naturalmente —dijo el joven Emerald levantándose.

El Profesor Pardon me habló ahora: —Yo tenía la impresión de que usted había nacido en Rusia, y de que su nombre era una especie de anagrama de Botkin o Botkine.

Kinbote: —Usted me confunde con algún refugiado de Nova Zembla (insistiendo sarcásticamente en "Nova").

—¿No me ha dicho usted, Charles, que *kinbote* significa regicida en su lengua? —preguntó mi querido Shade.

—Sí, destructor de rey —dije (ansioso por explicar que un rey que oculta su identidad en el espejo del exilio es en cierto sentido exactamente eso).

Shade (dirigiéndose al visitante alemán): —El Profesor Kinbote es autor de una obra notable sobre los nombres de pila. Creo (a mí) que existe una traducción inglesa, ¿verdad?

—Oxford, 1956 —respondí.

—¿Sabe usted ruso, sin embargo? —dijo Pardon—. Creo que le oí a usted, el otro día, hablando con... cómo se llama... oh, Dios mío (formando laboriosamente el nombre con los labios).

Shade: —Señor, a todos nos cuesta "atacar" ese nombre (riendo).

Profesor Hurley: —Piense en la palabra francesa para "neumático": "pneumatique".

Shade: —Pero señor, mucho me temo que no haya hecho más que pinchar el neumático de la dificultad (riéndose a carcajadas).

—Flatman —ironicé—, sí —continué dirigiéndome a Pardon—, claro que hablo ruso. Comprende, era el idioma elegante *par excellence*, mucho más que el francés, entre los nobles de Zembla por lo menos, y en la corte. Hoy todo eso ha cambiado, naturalmente. Ahora son las clases más bajas las que tienen que hablar el ruso a la fuerza.

—¿Y nosotros no estamos también tratando de enseñar el ruso en nuestras escuelas? —dijo el Rosado.

Entre tanto, en el otro extremo de la habitación el joven Emerald había estado platicando con los anaqueles. En ese momento volvía con el volumen T-Z de una enciclopedia ilustrada.

—Aquí está —dijo— ese rey. Pero miren, es joven y apuesto. (Ah, ésa no sirve, gimió el visitante alemán.) Joven, apuesto y con un uniforme de fantasía —continuó Emerald—. Exactamente el maricón de fantasía, en realidad.

—Y usted —dije calmosamente— es un mocoso, de mente sucia y vestido con una chaqueta verde y barata.

—¿Pero qué he dicho? —preguntó el joven maestro a los presentes, abriendo las palmas como un discípulo en la Última Cena de Leonardo.

—Vamos, vamos —dijo Shade—. Estoy seguro, Charles, de que nuestro joven amigo nunca tuvo intención de insultar a su soberano y homónimo.

—No hubiera podido aunque lo quisiese —observé plácidamente, convirtiéndolo todo en broma.

Gerald Emerald tendió la mano... que en el momento de escribir todavía sigue en esa posición.

Versos 895-899: Cuanto más peso... O esta papada

En lugar de estos versos fáciles e indignantes, el borrador da:

895 Tengo cierto gusto, lo admito,

por la parodiat ese resorte último del ingenio:

"En la lucha de la naturaleza, cuando el coraje prevalece

la víctima vacila y el vencedor fracasa."

899 Sí, lector, Pope

Verso 920: que eriza todos los pelillos

Alfred Housman (1859-1936) cuyo libro *The Shropshire Lad* rivaliza con *In Memoriam*, de Alfred Tennyson (1809-1892), en representar quizá (no, suprimase ese cobarde "quizá") el logro más alto de la poesía inglesa en un siglo, dice en alguna parte (¿un prólogo?) exactamente lo contrario: el erizarse de los pelillos excitados le molestaba para afeitarse; pero como los dos Alfredos

utilizaban sin duda una navaja ordinaria y John Shade una vieja Gillette, la discrepancia puede deberse al empleo de instrumentos diferentes.

Verso 922: cuando Nuestra Crema la sostiene.

Esto no es del todo exacto. En el anuncio a que se alude, la barba está sostenida por burbujas de espuma, no por una sustancia cremosa.

Después de este verso, en lugar de los versos 923-930, encontramos la siguiente variante, apenas tachada:

Todos los artistas han nacido en lo que llaman
una época lamentable; la mía es la peor de todas:
una época que piensa que las bombas y las naves espaciales
no pueden ser hechas sino por un genio de nombre extranjero,
cuando cualquier cretino puede armar la cosa;
una época en que una banda de sinvergüenzas puede pasar
por el selenógrafo; una época cómica
que ve en el Dr. Schweitzer a un gran sabio.

Habiendo tachado esto, el poeta ensayó otro tema, pero estos versos también quedaron suprimidos:

Inglaterra donde los poetas volaron más alto, ahora
quiere que arrastren los pies y que Pegaso are;
añora los mercaderes de prosa del Grupo de los Mugrientos,

el Hombre Mensaje, al ganso babieca
y todas las novelas sociales de nuestra época
no dejan más que una pizca de polvo de carbón en la página.

Verso 929: Freud

Con los ojos del alma veo de nuevo al poeta desplomándose literalmente en el jardín, golpeando el césped con el puño y torciéndose y aullando de risa, y yo mismo, el Dr. Kinbote, la barba inundada en un torrente de lágrimas mientras trataba de leer inteligiblemente fragmentos de un libro que había escamoteado de un aula: una obra erudita sobre psicoanálisis, utilizado en las facultades norteamericanas, repito, utilizado en las facultades norteamericanas. Ay, sólo encuentro dos pasajes copiados en mi cuaderno de notas:

Al hurgarse la nariz a pesar de todas las órdenes de no hacerlo, o cuando el muchacho se pasa el tiempo metiendo el dedo en el ojal... el maestro analista sabe que el apetito del lujurioso no conoce límites en su fantasía.

(Citado por el Profesor C. de la obra del Dr. Oskar Pfister, *The Psychoanalytical Method*, 1917, N.Y., p. 79)

El gorrito de terciopelo rojo en la versión alemana de Caperucita Roja es un símbolo de menstruación.

(Citado por el Profesor C. de la obra de Erich Fromm, *The Forgotten Language*, 1951, N.Y., p. 240)

¿Esos payasos creen realmente en lo que enseñan?

Verso 934: grandes camiones

Debo decir que no recuerdo haber oído muy a menudo que pasaran por nuestra vecindad "grandes camiones". Coches ruidosos, sí, pero no camiones.

Verso 937: vieja Zembla

Hoy soy un comentador cansado y triste.

Paralelamente al lado izquierdo de la ficha (la setenta y seis) el poeta ha escrito, la víspera de su muerte, un verso (de la Segunda Epístola del *Ensayo sobre el hombre*, de Pope) que quizá tenía intención de citar en una nota de pie de página:

En Groenlandia, en Zembla o Dios sabe dónde

¿Así que esto es lo que ese viejo traidor de Shade podía decir de Zembla... mi Zembla? ¿Mientras se afeitaba? Ex traño, extraño...

Versos 939-940: La vida del hombre, etc.

Si entiendo correctamente el sentido de esta sucinta obse vación, nuestro poeta sugiere aquí que la vida humana no es sino una serie de notas de pie de página de una vasta y oscura obra maestra inconclusa.

Verso 949: Y todo el tiempo

Así, en algún momento de la mañana del 21 de julio, el último día de su vida, John Shade empezó su último paquete de fichas (setenta y siete a ochenta). Dos zonas de tiempo silencioso se habían fundido ahora para formar el tiempo corriente del destino de un solo hombre; y no es imposible que el

poeta en New Wye y el matón en Nueva York se hayan despertado esa mañana con el mismo tictac del reloj de su Cronometrista.

Verso 949: todo el tiempo

Y todo el tiempo Gradus se iba acercando.

Una tormenta formidable lo había recibido en Nueva York la noche de su llegada de París (lunes 20 de julio). La lluvia tropical había inundado los subsuelos y las vías del subterráneo. Reflejos caleidoscópicos jugaban en las calles como ríos. Vinogradus nunca había visto semejante despliegue de relámpagos, Jacques d'Argus tampoco —o Jack Grey, más exactamente (¡no olvidemos a Jack Grey!)—. Se instaló en un hotel de tercera clase de Broadway y durmió profundamente, tendido boca arriba sobre las sábanas, con un pijama rayado —del tipo que los zemblanos llaman *rusker sirsusker* ("ropa de *seersucker* ruso")— con los calcetines puestos, como de costumbre: desde el 1 de julio, en que había visitado una casa de baños finlandesa en Suiza no se había visto los pies desnudos.

Ahora era el 21 de julio. A las ocho de la mañana Nueva York despertó a Gradus con un estrépito violento. Como de costumbre empezó su confusa existencia diaria sonándose la nariz. Después sacó de una caja de cartón donde la guardaba por la noche y se metió en la boca de máscara de Comus, una dentadura postiza excepcionalmente grande y de aspecto terrible: el único defecto grave, en realidad, de su aspecto por lo demás inofensivo. Hecho esto, extrajo de su portafolios dos galletitas que había guardado y un bocadillo de pseudojamón aún más viejo todavía, pero de gusto aceptable, pequeño, blanduzco, vagamente asociado a su viaje en ferrocarril de Niza a París la noche del sábado precedente, no tanto por espíritu de economía de su parte (las Sombras le habían adelantado, por lo demás, una bonita suma) como por un apego animal a los hábitos de su frugal juventud. Después de desayunar en la cama con esas golosinas, empezó los preparativos para el día más importante de su vida. Se había afeitado el día anterior, eso era cosa resuelta. Metió su fiel pijama no en la valija sino en el portafolios, se vistió, sacó del interior de la chaqueta un peine de carey rosa de bolsillo, de dientes mugrientos, se lo pasó por el pelo erizado, se puso cuidadosamente el sombrero de fieltro, se lavó las dos manos con el lindo y moderno jabón líquido en el lindo, moderno y casi inodoro lavatorio situado del otro lado del corredor,

orinó, se enjuagó una mano y sintiéndose limpio y pulcro, salió a dar una vuelta.

Era la primera vez que visitaba Nueva York, pero como muchos semicretinos, estaba por encima de las novedades. La noche anterior había contado las hileras ascendentes de ventanas iluminadas en varios rascacielos, y ahora, después de verificar la altura de unos cuantos edificios más, consideró que sabía todo cuanto había que saber. Tomó una taza desbordante y medio platillo de café en un mostrador atestado y húmedo y se pasó el resto de la mañana azul humo pasando de un banco a otro y de un periódico a otro en las avenidas del lado oeste de Central Park.

Empezó con el ejemplar del día del *New York Times*. Moviendo los labios con retorcimiento de gusano, leyó acerca de toda clase de temas. Hrushchov (que escribían "Khrushchev") había retardado súbitamente una visita a Escandinavia para ir en cambio a Zembla (aquí sintonizó: "*Vi nazivaete sebya semblerami*, ¡Ustedes se llaman zemblanos, *a ya vas naz'ivayu zemlyakamil*, y yo les llamo camaradas compatriotas!" Risas y aplausos). Los Estados Unidos se disponían a lanzar el primer barco mercante atómico (únicamente para fastidiar a los rusos, naturalmente. J. G.). Anoche en Newark, en una casa de departamentos de 555 South Street, cayó un rayo que destruyó un televisor e hirió a dos personas que miraban a una actriz perdida en una violenta tormenta de estudio (¡esos espíritus atormentados son terribles! C. X. K. *teste* J. S.). La Joyería Rachel, de Brooklyn, pide, en caracteres perla, un pulidor "que tenga experiencia en joyas de fantasía" (oh, Degré lá tenía). Los hermanos Helman dijeron que habían colaborado en las negociaciones para levantar un pagaré importante: 5 000 000 de dólares, Decker Glass Manufacturing Company, Inc., que vence el 1o de julio de 1979, y Gradus, de nuevo joven, releyó esto dos veces, quizá con el pensamiento gris en el fondo de que al día siguiente cumpliría sesenta y cuatro años (sin comentario). En otro banco encontró un ejemplar del lunes del mismo periódico. Durante una visita a un museo de Titehorse (Gradus lanzó un puntapié a una paloma que se acercaba demasiado), la Reina de Inglaterra se dirigió a un rincón de la Sala de los Animales Blancos, se quitó el guante derecho y volviendo la espalda a varias personas que evidentemente la miraban, se frotó la frente y un ojo. Había estallado una rebelión pro roja en Iraq. Interrogado sobre la exposición soviética del New York Coliseum, Carl Sandburg, poeta, respondió, y yo cito: "Se dirigen a los niveles intelectuales más altos." Un plumífero encargado de reseñar nuevos libros para turistas, hablando de su propio viaje a Noruega dijo

que los fiordos son demasiado famosos como para necesitar de (su) descripción, y que todos los escandinavos aman las flores. Y en un picnic para niños de todos los países, una mocosa zemblana le gritó a una amigueta japonesa: *Ufgut, ujugut, velkam ut Semblerland!* ¡Adiós, adiós, hasta la vista en Zembla!) Confieso que ha sido un juego maravilloso consultar en la biblioteca Universitaria de Wordsmith diversas efemérides por encima de la sombra de unas hombreras.

Jacques d'Argus miró por vigésima vez su reloj. Se paseó como una paloma, con las manos detrás de la espalda. Se hizo lustrar los zapatos marrones y apreció la forma en que el muchachito, lindo pero sucio, hacía restallar la franela tensa. En un restaurante de Broadway consumió una gran porción de cerdo rosado con *chucrut*, una doble ración de patatas fritas elásticas y la mitad de un melón demasiado maduro. Desde mi nubecita alquilada lo contemplo con tranquila sorpresa: ¡ahí está ese individuo dispuesto a cometer un acto monstruoso, y disfrutando groseramente de una grosera comida! Debemos suponer, pienso, que la imaginación que podía tener al proyectarse se detenía en el acto, al borde de todas las consecuencias posibles; consecuencias fantasmagóricas, comparables a los dedos fantasmagóricos de un amputado o al despliegue en abanico de casillas que un caballo de ajedrez (esa pieza saltadora), de pie en una fila marginal, "siente" en extensiones espectrales más allá del tablero, pero que no tienen ningún efecto sobre sus movimientos reales, sobre el juego real.

Volvió y pagó el equivalente de tres mil coronas zemblanas por su breve pero agradable estada en el Beverland Hotel. Con la ilusión de una previsión práctica, confió su valija de fibra y —después de un momento de vacilación—, su impermeable, a la seguridad anónima de un depósito cerrado con llave de la estación, donde supongo que todavía están tan cómodamente instalados como mi cetro tachonado de piedras preciosas, el collar de rubíes y la corona constelada de diamantes en... poco importa dónde. Para su viaje fatídico sólo tomó el destartado portafolios negro que conocemos; contenía una camisa de nylon limpia, un pijama sucio, una máquina de afeitar, una tercera galletita, una caja de cartón vacía, un viejo periódico ilustrado que no había terminado de mirar en el parque, un ojo de vidrio que había hecho una vez para su vieja amante, y una docena de folletos sindicalistas, cada uno en varios ejemplares, impresos por sus propias manos varios años atrás.

Tenía que presentarse en el aeropuerto a las dos de la tarde. La noche antes, al hacer la reservación, no había podido conseguir un asiento en el vuelo que salía antes para New Wye debido a un congreso que se reunía allá. Había ojeado las guías de ferrocarril, pero evidentemente las había organizado algún bromista pues el único tren directo (llamado la Rueda Cuadrada por nuestros zarandeados sacudidos estudiantes) salía a las 5.13 de la mañana, se retrasaba en los paraderos y tardaba once horas en recocer las cuatrocientas millas hasta Exton; se podía tratar de trampear pasando por Washington, pero entonces había que esperar allí por lo menos tres horas la partida de un somnoliento tren ómnibus local. Los autobuses estaban descartados por lo que concernía a Gradus pues se mareaba siempre a menos que se drogara con píldoras de Fahrmmamine, y eso hubiera podido afectar su objetivo. Pensándolo bien, de todas maneras no se sentía demasiado seguro.

Gradus está ahora mucho más cerca de nosotros en el espacio y en el tiempo de lo que estaba en los cantos anteriores. Tiene el pelo negro, cortado en cepillo. Podemos llenar el triste óvalo de su cara con la mayoría de sus elementos como cejas espesas y una verruga en el mentón. Tiene una tez encendida pero malsana. Podemos ver casi en foco la estructura de sus órganos de visión un tanto mesméricos. Vemos su melancólica nariz con el puente ganchudo y la extremidad hendida. Vemos el azul mineral de su mandíbula y el rugoso *pointillé* de su bigote afeitado.

Conocemos ya algunos de sus gestos, conocemos la actitud de chimpancé de su ancho cuerpo y sus cortas patas traseras. Hemos oído hablar bastante de su traje arrugado. Podemos por fin describir su corbata, regalo de Pascua de un carnicero coqueto, su cuñado en Onhava: imitación seda, color marrón chocolate, con rayas rojas, el extremo metido en la camisa entre el segundo y el tercer botón, moda zem-blana de los años 30, para sustituir el chaleco paterno si se ha de creer a los eruditos. Repulsivos pelos negros cubren el dorso de sus honestas y rudas manos, las manos escrupulosamente limpias de un artesano ultrasindicado, con una notable deformación de los dos pulgares, típica de los fabricantes de arandelas de candelero. Vemos con bastante brusquedad su carne húmeda. Podemos incluso distinguir (mientras, de frente, pero con seguridad, como fantasmas pasamos a través de él, a través de la centelleante hélice de su máquina voladora, a través de los delegados que nos saludan con la mano y nos sonríen), su interior magenta y color mora y la ola extraña y no tan buena que ondula en sus entrañas.

Podemos ahora ir más lejos y describir a un médico o a cualquiera que esté dispuesto a escucharnos, la condición de su alma de primate. Podía leer, escribir y montar, estaba dotado de una módica conciencia de sí mismo (con la que no sabía qué hacer), cierta conciencia de la duración y una buena memoria para las caras, los nombres, las fechas y cosas por el estilo. Espiritualmente no existía. Moralmente era un maniquí persiguiendo a otro maniquí. El hecho de que su arma fuera real y su presa un ser humano altamente desarrollado, este hecho pertenecía a nuestro mundo de acontecimientos; en el suyo, no tenía ningún sentido. Les concedo que la idea de destruir al "rey" le daba cierto grado de placer y por lo tanto deberíamos añadir a la lista de sus elementos personales la capacidad de concebir nociones, sobre todo nociones generales, como he mencionado en otra nota que no me molestaré en buscar. Quizá haya (y estoy concediendo mucho) una ligera, muy ligera satisfacción sensual, no mayor diría yo de la que siente un pequeño hedonista en el momento en que, conteniendo la respiración delante de un espejo de aumento, las uñas de los pulgares apretando con mortal seguridad los dos lados de un punto negro, expulsa totalmente el pequeño cilindro sebáceo y semitransparente de un comedón, y lanza un Ah de alivio. Gradus no hubiera matado a nadie si no hubiese obtenido placer no sólo del acto imaginado (en la medida en que era capaz de imaginar un futuro palpable) sino también de saberse encargado de la responsabilidad de una misión importante (que lo ponía en la obligación de matar) por un grupo de personas que participaban de su noción de la justicia, pero no hubiera aceptado ese trabajo si en el asesinato no hubiese encontrado algo semejante al pequeño estremecimiento bastante repugnante del anticomedón.

He considerado en mi nota anterior (ahora veo que es la nota al verso 171) las aversiones particulares y por lo tanto los motivos de nuestro "hombre automático", como dije en un tiempo en que éste tenía menos realidad corporal, no ofendía los sentidos tan violentamente como ahora; cuando estaba, en una palabra, más alejado de nuestra soleada, verde Arcadia, olorosa a hierba. Pero Nuestro Señor ha hecho al hombre tan maravillosamente que por mucho que uno salga a la caza de motivos y haga búsquedas racionales no se puede explicar realmente cómo y por qué alguien es capaz de destruir a uno de sus semejantes (este razonamiento exige, lo sé, que concedamos temporalmente a Gradus la condición de hombre), a menos que sea para defender la vida de su hijo, o la propia, o la obra de toda una vida; de modo que en el juicio definitivo del caso Gradus contra la Corona, yo propondría que si su imperfección humana se juzgara insuficiente para explicar su absurdo

viaje a través del Atlántico únicamente para vaciar la recámara de su pistola, admitiéramos, Doctor, que nuestro semihombre era también medio loco.

A bordo del pequeño e incómodo avión que volaba hacia el sol, se encontró calzado entre varios delegados que iban con retraso a la Conferencia Lingüística de New Wye, todos ellos con su insignia en la solapa y representando la misma lengua, pero ninguno capaz de hablarla, de modo que la conversación se desarrollaba (por encima de nuestro encorvado asesino y de todos los lados de su cara inmóvil) en un angloamericano bastante ordinario. Durante esta prueba el pobre Gradus no cesaba de preguntarse cuál era la causa de otro malestar que lo afectaba de vez en cuando durante el vuelo y que era peor que el parloteo de los monolingüistas. No podía decidir a qué atribuirlo —si al cerdo, el repollo, las papas fritas o el melón—, pues después de haberlos regustado uno tras otro en espasmos retrospectivos, había poca elección entre sus sabores diferentes pero igualmente repugnantes. Mi propia opinión, que me gustaría ver confirmada por el Doctor, es que el bocadillo francés estaba empeñado en una sanguinaria lucha intestina con las "French Fries" (papas fritas).

Al llegar, después de las cinco, al aeropuerto de New Wye, bebió dos vasos de buena leche fría que le sirvió una máquina automática y compró un mapa en el mostrador. Golpeando con sus gruesos dedos cuadrados la configuración del terreno de la Universidad que parecía un estómago retorcido, preguntó al empleado cuál era el hotel más cercano a la Universidad. Le dijeron que un auto lo llevaría al *Campus Hotel* que estaba a unos minutos a pie del Main Hall (hoy Shade Hall). Durante el trayecto sintió de pronto angustias tan apremiantes que se vio obligado a visitar el lavabo no bien llegó al hotel, totalmente lleno. Allí sus tormentos se resolvieron en un torrente ardiente de indigestión. Apenas se había abrochado el pantalón y verificado el bulto del bolsillo, cuando nuevos calambres y punzadas le obligaron a descubrirse otra vez los muslos, cosa que hizo con prisa tan torpe que poco faltó para que su pequeña Browning desapareciera en las profundidades del retrete.

Todavía se quejaba y hacía crujir los dientes postizos cuando su persona y su portafolios volvieron a ofender al sol que brillaba a través de los árboles con toda clase de efectos moteados. College Town estaba animada de estudiantes de los cursos de verano y visitantes lingüistas, entre los cuales Gradus hubiera podido pasar fácilmente por un vendedor ambulante de textos elementales de inglés básico para escolares norteamericanos o de esas

maravillosas máquinas nuevas de traducir que hacen el trabajo tanto más rápido que un hombre o un animal.

Una gran decepción le esperaba en Main Hall: estaba cerrado todo el día. Tres estudiantes tendidos en el césped le aconsejaron que probara la Biblioteca, y los tres se la señalaron del otro lado del jardín. Allí se dirigió nuestro asesino.

—No sé dónde vive —dijo la muchacha de la recepción—. Pero sé que está aquí en este momento. Lo encontrará, estoy segura, en el Tres Noroeste, donde tenemos la Colección Islandesa. Tomé la dirección sur (agitando el lápiz) y doblé al oeste, y después de nuevo al oeste donde verá una especie de, una especie de... (el lápiz traza un movimiento circular —¿mesa redonda? ¿o anaqueles curvos?—). No, espere un momento, sería preferible que continuara en la dirección oeste hasta encontrar la sala Florence Houghton, y allí usted cruza y pasa a la parte nordeste del edificio. No se puede equivocar (el lápiz vuelve detrás de la oreja).

Como no era ni marino ni un rey fugitivo, no tardó en perderse y después de recorrer en vano un laberinto de anaqueles, preguntó por la Colección Islandesa a una vieja bibliotecaria de aire severo que verificaba fichas en un fichero de acero, sobre un rellano. Sus instrucciones lentas y detalladas lo devolvieron rápidamente al mostrador principal.

—Por favor, no puedo encontrar —dijo meneando lentamente la cabeza.

—Así que no... —empezó la muchacha, y de pronto señaló hacia arriba—
: ¡Oh, ahí está!

Por la galería abierta que dominaba el hall, paralelamente, al costado estrecho, un hombre alto, barbudo, se dirigía con paso rápido y militar del este hacia el oeste. Había desaparecido detrás de una biblioteca, pero no antes de que Gradus hubiera reconocido la figura alta y robusta, el porte erguido, la nariz aguileña, las cejas rectas y el balanceo enérgico del brazo de Charles Xavier el Bienamado.

Nuestro perseguidor se precipitó hacia la escalera más cercana... y se encontró en seguida en el silencio encantado de los Libros Raros. La sala era hermosa y no tenía puertas; en realidad pasaron unos momentos antes de descubrir la entrada con colgaduras que acababa de utilizar. Las horribles

perplejidades de su búsqueda combinadas con la reanudación de los intolerables dolores de vientre le hicieron volver precipitadamente atrás —bajó corriendo tres peldaños, volvió a subir nueve e irrumpió en una sala circular donde un profesor calvo, tostado por el sol, en camisa hawaiana, estaba sentado a una mesa redonda leyendo con expresión irónica en el rostro un libro ruso. No prestó atención a Gradus que cruzó la sala, pasó por encima de un perrito blanco y gordo, se precipitó ruidosamente por una escalera de caracol y se encontró en la Bóveda P. Allí un pasillo bien iluminado, bordeado de caños, blanqueado con cal lo condujo al súbito paraíso de un retrete para plomeros o eruditos perdidos donde, blasfemando, sacó precipitadamente su *browning* del precario bolsillo posterior, se lo puso en la chaqueta y se alivió de otra porción del infierno líquido que tenía en su interior. Empezó a subir de nuevo y observó en la luz del templo de los anaqueles a un empleado, un esbelto joven hindú, con una ficha de préstamo en la mano. Yo nunca había hablado con ese muchacho pero había sentido más de una vez sobre mí su mirada azul-marrón, y sin duda mi seudónimo académico le era familiar, pero alguna célula sensible en él, algún acorde de intuición reaccionaron a la brutalidad de la pregunta del asesino, como para protegerme de un vago peligro, sonrió y dijo: —No lo conozco, señor.

Gradus volvió a la recepción principal.

—Qué lástima —dijo la muchacha—. Acabo de verlo irse.

—*Bozhe moy, Bozhe moy* —murmuró Gradus que a veces, en momentos de crisis, lanzaba eyaculaciones en ruso.

—Lo encontrará en la guía telefónica —dijo la muchacha empujando el libro hacia él y olvidando la existencia del enfermo para ocuparse de las exigencias del Sr. Gerald Emerald que pedía prestado un gordo libro de gran venta, con una cubierta de celofán.

Gimiendo y saltando de un pie a otro, Gradus empezó a hojear la guía de la Universidad, pero cuando hubo descubierto la dirección, se encontró con el problema de llegar al lugar.

—Dulwich Road —gritó a la muchacha—. ¿Cerca? ¿Lejos? Muy lejos probablemente.

—¿Es usted por casualidad el nuevo ayudante del Profesor Pnin? — preguntó Emerald.

—No —dijo la muchacha—. Este señor busca al Dr. Kinbote, creo. ¿Usted busca al Dr. Kinbote, no es cierto?

—Sí, y no puedo más —dijo Gradus.

—Me parecía —contestó la muchacha—. ¿No vive cerca del Sr. Shade, Gerry?

—Exactamente —dijo Gerry, y se volvió hacia el asesino—. Lo puedo llevar, si quiere. Me queda en el camino.

¿Hablaron en el auto, esos dos personajes, el hombre de verde y el hombre de marrón? ¿Quién puede decirlo? No hablaron. Después de todo, el trayecto llevó unos pocos minutos (en mi poderoso Kramler me llevaba cuatro y medio).

—Creo que lo voy a dejar aquí —dijo el Sr. Emerald—. Es aquella casa, allá arriba.

Es difícil decidir qué es lo que Gradus, alias Grey, más deseaba en aquel minuto: si descargar la pistola o librarse de la lava inagotable de sus tripas. Cuando empezó a manotear precipitadamente la portezuela del coche, el poco exigente Emerald se inclinó, cerca de él, por encima de él, casi confundido con él, para ayudarle a abrirla y después, de un portazo volvió a cerrarla, y salió zumbando rumbo a alguna cita en el valle. Espero que mi lector apreciará todos los menudos detalles que me he tomado la molestia de presentarle después de una larga conversación que tuve con el asesino; los apreciará aún más si le cuento que, según la leyenda difundida después por la policía, Jack Grey había sido levantado en Roanoke o en algún otro lugar, por un camionero solitario. Es de esperar que una investigación imparcial encuentre el sombrero olvidado en la Biblioteca... o en el automóvil del Sr. Emerald.

Verso 957: Resaca nocturna

Recuerdo un poemita de *Resaca nocturna* que resultó ser mi primer contacto con el poeta norteamericano Shade. Un joven profesor de literatura

norteamericano, un muchacho de Boston, brillante seductor, me mostró ese pequeño y encantador volumen en Onhava, en mis tiempos de estudiante. Los versos con que empieza este poema, que se titula Arte, me gustaron por su ritmo contagioso y chocaron los sentimientos religiosos instalados en mí por nuestra muy "alta" iglesia zemblana:

Desde las cacerías de mamut y odiseas

y encantos orientales

hasta las diosas italianas

con niños flamencos en los brazos.

Verso 962: ¡Ayúdame, Will! Pálido fuego

Parafraseado, esto significa evidentemente: Busquemos en Shakespeare algo que pudiera utilizar como título. Y el hallazgo es "*Pálido Fuego*". ¿Pero de cuál de las obras del Bardo lo ha tomado? Mis lectores deben buscarlo por sí mismos. Todo lo que tengo conmigo es una minúscula edición de bolsillo de *Timón de Atenas*... ¡en zemblano! Desde luego, no contiene nada que pueda considerarse como un equivalente de "fuego pálido" (si así fuera, mi suerte hubiera sido un monstruo estadístico).

El inglés no se enseñaba en Zembla antes de la época del Sr. Campbell. Conmal lo había aprendido por sí solo (sobre todo leyendo un léxico de memoria) siendo joven, hacia 1880, cuando parecía abrirse delante de él, no un infierno verbal, sino una tranquila carrera militar, y su primera obra (la traducción de los *Sonetos* de Shakespeare) fue el resultado de una apuesta que había hecho con uno de sus camaradas oficiales. Cambió su uniforme con alamares por la bata del erudito y abordó *La Tempestad*. Trabajador lento, necesitó medio siglo para traducir las obras completas del que él llamaba "*dze Bart*". Después de esto, en 1930, siguió con Milton y otros poetas, cavando sin cesar a través de las edades, y acababa de terminar *The Rhyme of the Three Sealers*, de Kipling ("He aquí la Ley del Moscovita que él prueba con el plomo y el acero"), cuando cayó enfermo y murió en seguida bajo el dosel de su cama espléndidamente decorado con reproducciones de los animales de Altamira,

siendo sus últimas palabras en el delirio final: *Comment dit-on "mourir" en anglais?*, un fin hermoso y conmovedor.

Es fácil burlarse de los errores de Conmal. Tienen debilidades ingenuas de un gran pionero. Vivió demasiado en su biblioteca, no lo bastante entre chicos y jóvenes. Los escritores deben ver el mundo, recoger sus hijos y melocotones, y no pasarse todo el tiempo meditando en una torre de amarillo marfil —que fue también, en cierto modo, el error de John Shade.

No debemos olvidar que cuando Conmal comen²Ó su extraordinaria tarea, no se encontraba ningún autor inglés en zemblano, salvo Jane de Faun, una novelista en diez volúmenes, cuyas obras, cosa bastante extraña, son desconocidas en Inglaterra, y algunos fragmentos de Byron traducidos de versiones francesas.

Hombre grande, pesado, sin otra pasión salvo la poesía, rara vez se apartaba de su caldeado castillo y de sus cincuenta mil volúmenes blasonados, y se sabía que había pasado dos años en cama leyendo y escribiendo después de lo cual, muy descansado, se dirigió por primera y única vez a Londres, pero el tiempo estaba brumoso y él no podía entender la lengua, y entonces volvió a meterse en la cama un año más.

Como el inglés era la prerrogativa de Conmal, su Shakespeare permaneció invulnerable durante la mayor parte de su larga vida. El venerable Duque era famoso por la nobleza de su obra; pocos se atrevían a discutir su fidelidad. Personalmente, nunca tuve el coraje de verificarla. Un académico insensible que lo hizo, perdió como resultado su sitio y fue severamente amonestado por Conmal en un soneto extraordinario, compuesto directamente en un inglés lleno de color pero no muy correcto, que empieza:

¡No soy esclavo! Que mi crítico lo sea.

Yo no puedo. Y Shakespeare no lo querría.

Que los estudiantes de dibujo copien la hoja de acanto,

¡yo trabajo con el Maestro en el arquitrabe!

Verso 991: el herrón

Ni Shade ni yo habíamos sido jamás capaces de descubrir de dónde venían exactamente esos ruidos metálicos, cuál de las cinco familias que vivían del otro lado del camino en las laderas inferiores de nuestra boscosa colina jugaba al herrón una noche de cada dos; pero esos mortificantes retintines añadían una nota agradablemente melancólica a las otras sonoridades vespertinas de Bulwich Hill: niños que se llamaban unos a otros, niños que eran llamados desde las casas, y el ladrido extasiado del boxer detestado por la mayoría de los vecinos (derribaba los depósitos de basura) saludando la llegada de su amo.

Esta mezcla de melodías metálicas era lo que me rodeaba aquella tarde fatal, demasiado luminosa, del 21 de julio, cuando, al volver a casa en mi poderoso coche, iba en seguida a ver qué estaba haciendo mi querido vecino. Acababa de encontrar a Sybil que iba a toda velocidad en dirección de la ciudad, dándome así ciertas esperanzas para la noche. ¡Me parecía mucho, lo concedo, a un enjuto y prudente enamorado que aprovecha que un joven marido se ha quedado solo en casa!

A través de los árboles distinguí la camisa blanca y el pelo gris de Shade: estaba sentado en su Nido (así lo llamaba), la galería o veranda tipo glorieta que he mencionado en mi nota a los versos 47-48. No pude dejar de acercarme un poco más, oh, discretamente, casi en puntas de pie; pero entonces observé que más bien que trabajar descansaba, y caminé abiertamente hasta el pórtico o la pértiga. Tenía el codo sobre la mesa, la sien apoyada en el puño, todas las arrugas al sesgo, los ojos húmedos y nublados; parecía una vieja bruja achispada. Alzó la mano libre para saludarme, sin cambiar de postura que, si bien me era no poco familiar, esta vez me sorprendió por parecerme más desamparada que pensativa.

—¿La musa —dije— ha sido buena con usted?

—Muy buena —respondió, inclinando ligeramente la cabeza apoyada en la mano—. Excepcionalmente buena y amable. En realidad tengo aquí (mostrándome un gran sobre panzón cerca de él, sobre el hule) prácticamente el producto entero. Algunos detalles sin importancia que arreglar y (golpeando súbitamente la mesa con el puño): ¡Diablos, acabé con él!

El sobre, abierto de un lado, desbordaba de fichas apiladas.

—¿Dónde está la señora? —pregunté (la boca seca).

—Ayúdeme, Charley, a salir de aquí —me suplicó—. Se me ha dormido el pie. Sybil ha ido a una comida de su club.

—Una sugerencia —dije, temblando—. Tengo en casa dos litros de Tokay. Estoy dispuesto a compartir mi vino favorito con mi poeta favorito. Comeremos un puñado de nueces, un par de grandes tomates y algunas bananas. Y si consiente en mostrarme su "producto terminado", habrá otro regalo: le prometo revelarles por qué le he dado, o más bien quién le ha dado su tema.

—¿Qué tema? —dijo Shade distraídamente, mientras se apoyaba en mi brazo y recobraba poco a poco el uso de su miembro dormido.

—Nuestra azul e inolvidable Zembla, y el *steinmann* de gorra roja y la lancha a motor en la gruta marina y...

—Ah —dijo Shade—, creo que he adivinado su secreto hace algún tiempo. Pero de todos modos probaré su vino con gusto. Ya está, puedo arreglarme solo ahora.

Yo sabía muy bien que no podía resistir nunca a una gota de esto o aquello, sobre todo porque estaba severamente racionado en su casa. Con un salto de exultación interna lo alivié del gran sobre que estorbaba sus movimientos para bajar los peldaños de la galería, de costado, como un niño vacilante. Cruzamos el jardín, cruzamos el camino. Clink-clank hacía la música de las herraduras en un Antro Misterioso. En el gran sobre que yo llevaba podía sentir los paquetes de fichas de ángulos duros, apretadas en elásticos. Estamos absurdamente acostumbrados al milagro de unos pocos signos escritos capaces de contener una imaginería inmortal, evoluciones del pensamiento, nuevos mundos con personas vivientes que hablan, lloran, se ríen. Aceptamos eso tan simplemente que en cierto sentido, por el hecho mismo de una aceptación automática y grosera, deshacemos la obra de los tiempos, la historia de la elaboración gradual de la descripción y la construcción poéticas, desde la época del arborícola hasta Browning, desde el troglodita hasta Keats. ¿Y si un día nos despertáramos, todos nosotros, y descubriéramos que somos absolutamente incapaces de leer? Quisiera que se maravillasen no sólo de lo que leen, sino del milagro de que sea legible (esto es lo que yo solía decir a mis alumnos). Aunque soy capaz, gracias a un largo

comercio con la magia azul, de imitar cualquier prosa del mundo (pero lo que es curioso, no el verso, soy un rimador lamentable), no me considero un verdadero artista, salvo en un punto: puedo hacer lo que sólo puede hacer un verdadero artista: precipitarme sobre la mariposa olvidada de la revelación, destetarme bruscamente del hábito de las cosas, ver la tela del mundo y la trama y la urdimbre de esa tela. Solemnemente yo sopesaba en la mano lo que había llevado bajo el brazo izquierdo y durante un momento me encontré enriquecido por un indescriptible asombro como si acabara de enterarme de que las luciérnagas hacían señales descifrables en beneficio de los espíritus extraviados, o de que un murciélago escribía un cuento de tortura legible en el cielo amoratado y marcado con un fierro al rojo.

Tenía a toda Zembla apretada contra mi corazón.

Versos 993-995: Una sombría Vanessa, etc.

Un minuto antes de su muerte, mientras pasábamos de su dominio al mío y habíamos empezado a meternos entre los enebros y los arbustos ornamentales, un Vulcano (véase nota al verso 270) vino a girar vertiginosamente alrededor de nosotros como una llama coloreada. Una o dos veces habíamos observado al mismo ejemplar, a la misma hora, en el mismo lugar, allí donde el sol bajo encontraba una abertura en el follaje y salpicaba la arena marrón con un último resplandor mientras las sombras de la noche cubrían el resto del sendero. Los ojos no podían seguir a la mariposa rápida en los rayos del sol donde se iluminaba y se apagaba y volvía a iluminarse en una imitación casi aterradora de un juego consciente que ahora coronaba posándose en la manga de mi amigo encantado. Tomó vuelo y la vimos un momento después afanándose en un éxtasis de frívola prisa alrededor de un arbusto de laurel, posándose de vez en cuando en una hoja laqueada y dejándose deslizar a lo largo de la nervadura central como un niño que el día de su cumpleaños se desliza por el pasamanos de la escalera. Después la marea de sombras alcanzó a los laureles y la magnífica criatura de terciopelo y llama se disolvió en ella.

Verso 998: el jardinero de algún vecino

¡De algún vecino! El poeta había visto a mi jardinero muchas veces y sólo puedo atribuir esta imprecisión a su deseo (perceptible en otras partes en el manejo de los nombres, etc.) de dar cierta pátina poética, la flor de la lejanía, a figuras y cosas familiares, aunque es posible también que en la luz quebrada lo haya tomado por un extranjero que trabajaba para un extranjero. A ese dotado jardinero yo lo había descubierto por casualidad un día de descanso, en primavera, en que volvía lentamente a mi casa después de una aventura exasperante y molesta en la piscina interna del College. Estaba de pie en lo alto de una escalera verde, ocupándose de la rama enferma de un árbol agradecido, en una de las avenidas más célebres de Appalachia. Su camisa de franela roja estaba tirada en la hierba. Conversamos con un poco de timidez, él arriba, yo abajo. Me sorprendió agradablemente que fuera capaz de relacionar a cada uno de sus pacientes con su propio habitat. Era primavera y estábamos solos en esa admirable columnata de árboles que los visitantes de Inglaterra han fotografiado de punta a punta. Sólo puedo enumerar aquí algunas especies de esos árboles: el robusto roble de Júpiter y otros dos: el hendido por el rayo de Inglaterra, y el nudoso de una isla del Mediterráneo; un tilo, abrigo contra las intemperies, un fénix (ahora palmera datilera), un pino y un cedro (*Cedrus*), todos insulares; un sicómoro veneciano (*Acer*); dos sauces, el verde, igualmente de Venecia, y el de hojas escarchadas de Dinamarca; un olmo de pleno verano, con sus dedos de corteza anillados de hiedra; una morera de pleno verano cuya sombra invita al vagabundeo, y el triste ciprés de Iliria.

Había trabajado dos años como enfermero en un hospital para negros de Maryland. Andaba sin un cobre. Quería estudiar jardinería paisajista, botánica y francés ("para leer en el original a Baudelaire y a Dumas"). Le prometí alguna ayuda económica. Empezó a trabajar en mi casa el día siguiente. Era sumamente gentil y patético y demás, pero un poco charlatán y completamente impotente, cosa que consideré desalentadora. Aparte de lo cual era un tipo fuerte y robusto, y yo gozaba muchísimo del placer estético de verlo luchar vigorosamente con la tierra y el césped o manipular delicadamente los bulbos, o colocar las piedras del sendero, cosa que podrá o no ser una linda sorpresa para mi propietario, cuando vuelva sano y salvo de Inglaterra (¡donde espero que ningún loco sediento de sangre le ande al acecho!) ¡Cómo me hubiera gustado hacerle usar (a mi jardinero, no a mi propietario) un grande y alto turbante, y pantalones abullonados y una ajorca. Seguramente lo hubiera vestido siguiendo la vieja idea romántica del príncipe moro, de haber sido yo un rey nórdico... o más bien de haber sido todavía un rey (el exilio se convierte en una mala costumbre). Me regañarás, hombre modesto, por haber escrito tanto

sobre ti en esta nota, pero siento que debo pagarte este tributo. Después de todo, me salvaste la vida. Tú y yo fuimos las últimas personas que vimos a Shade vivo, y más tarde admitiste que habías tenido un extraño presentimiento que te hizo interrumpir tu trabajo cuando nos viste salir de entre los arbustos en dirección a la galería donde estaba... (por superstición no puedo escribir con todas sus letras la extraña y sombría palabra que empleaste).

Verso 1000 (= *verso* 1: Yo era la sombra del picotero asesinado)

A través de la espalda de la camisa de fino algodón de John se podían distinguir manchas de rosa allí donde se pegaba a la piel y alrededor del borde de la divertida camiseta que usaba debajo de la camisa como hace todo buen norteamericano. Veo con una claridad tan atroz un hombro gordo que gira, el otro que se levanta; su greña gris, su nuca arrugada; el pañuelo colorado colgando flácido del bolsillo del pantalón, en el otro el bulto de la billetera; la ancha pelvis deforme; las manchas de hierba en el fondo de sus viejos pantalones caqui, las costuras gastadas de sus mocasines; y oigo su encantador gruñido cuando se vuelve y me mira, sin detenerse, para decirme algo como: —Tenga cuidado de no dejar caer nada, no es una posta de papeles —o (con una mueca de dolor)—: Tendré que escribir de nuevo a Bob Wells (el alcalde) a propósito de esos malditos camiones del martes por la noche.

Habíamos llegado al lado Goldsworth del camino y el sendero de losas que bordeaba un jardín lateral para desembocar en el camino de grava que conducía de Dulwich Road a la puerta de entrada, cuando Shade observó: — Tiene usted un visitante.

En la galería, de perfil con respecto a nosotros, había un hombre bajo, rechoncho, de pelo negro, con un traje marrón, de pie, sosteniendo por la correa ridícula un portafolios raído e informe, el dedo curvado todavía hacia el botón de la campanilla que acababa de apretar.

—Lo mataré —murmuré. Recientemente una muchacha con gorra me había obligado a aceptar un montón de folletos religiosos y me había dicho que su hermano, a quien por alguna razón yo me había representado como un adolescente frágil y neurótico, vendría a discutir conmigo acerca de los Designios de Dios y a explicarme lo que yo no hubiera entendido de los folletos. ¡Vaya con el muchacho!

—Oh, lo mataré —repetí en voz baja, tan intolerable era pensar que la voluptuosidad del poema podía quedar postergada. En mi furor y en mi prisa por librarme del intruso, dejé atrás a John que hasta entonces me había precedido, arrastrando los pies pero con bastante entusiasmo hacia el doble placer de la parranda y la revelación.

¿Había yo visto a Gradus antes? Déjeme pensar. ¿Lo había visto? La memoria sacude la cabeza. Sin embargo el matador me aseguró más tarde que una vez desde mi torre que dominaba el huerto del palacio, yo le había hecho un gesto con la mano mientras él y uno de mis antiguos pajes, un muchacho con pelo como viruta, transportaban vidrios embalados desde el invernadero hasta un camión arrastrado por un caballo; pero como el visitante se volviera ahora hacia nosotros y nos traspasara con sus ojos juntos de serpiente triste, sentí tal sacudida de reconocimiento que de haber estado en la cama, soñando, me hubiese despertado con un quejido.

Su primera bala arrancó un botón de la manga de mi blazer negro, otra pasó cantando junto a mi oreja. Es un disparate maligno afirmar que no me apuntaba a mí (a quien acababa de ver en la biblioteca... seamos lógicos, señores, después de todo el nuestro es un mundo racional), sino al caballero de pelo gris que estaba detrás de mí. Oh, me apuntaba a mí pero me erraba todo el tiempo, el incorregible bruto, mientras instintivamente yo retrocedía, gritando y abriendo mis grandes y fuertes brazos (teniendo siempre en la mano izquierda el poema, "siempre aferrado a la inviolable sombra" como dice Matthew Arnold [1822-1888]), en un esfuerzo por detener al loco que avanzaba y de proteger a John, a quien yo temía que por accidente hiriese mientras que él, mi viejo y torpe John, se agarraba a mí y me arrastraba tras él, tras la protección de sus laureles, con el ajetreo solemne del pobre niño cojo que trata de apartar a su hermano espástico de la lluvia de piedras que le arrojan los chicos de la escuela, espectáculo otrora familiar en todos los países. Sentí —siento todavía— la mano de John tanteando en busca de la mía, buscando la punta de mis dedos, encontrándolos para abandonarlos en seguida como si me transmitiera, en una sublime carrera de postas, el bastón de la vida.

Una de las balas que me erró le dio en el costado atravesándole el corazón. Al no sentir de pronto su presencia a mis espaldas, perdí el equilibrio, y simultáneamente, para completar la farsa del destino, la pala de mi jardinero asestó a Jack el pistolero, desde el otro lado del seto, un tremendo golpe en el cráneo que lo derribó e hizo volar el arma de su mano. Nuestro salvador la

recogió y me ayudó a incorporarme. El coxis y la muñeca derecha me dolían mucho, pero el poema estaba a salvo. John, en cambio, yacía boca abajo, con una mancha roja en la camisa blanca. Todavía tuve la esperanza de que no estuviera muerto. El loco se había sentado en el peldaño de la galería, acariciándose aturdido con las manos ensangrentadas, la cabeza que le sangraba. Dejando que el jardinero lo vigilara, corrí a la casa y escondí el inapreciable sobre debajo de las galochas, botas forradas y botas blancas que las niñas habían amontonado en el fondo de un armario del que salí como del extremo del pasadizo secreto que me había permitido salir de mi castillo encantado y de Zembla para llegar a esta Arcadia. Marqué luego en el teléfono el número inn y volví con un vaso de agua a la escena de la carnicería. El pobre poeta había sido puesto ahora boca arriba y yacía con los ojos muertos y abiertos mirando el azul de la tarde soleada. El jardinero armado y el asesino abatido fumaban uno junto al otro en los peldaños. Este, ya fuese porque sufría o porque hubiera decidido representar un nuevo papel, me ignoraba tan absolutamente como si yo fuese un rey de piedra en un corcel de piedra de la plaza Tessera, de Onhava; pero el poema estaba a salvo.

El jardinero tomó el vaso de agua que yo había puesto junto a un tiesto de flores al lado de los peldaños de la entrada y lo compartió con el asesino, luego lo acompañó al retrete del subsuelo y en seguida llegaron la policía y la ambulancia, y el pistolero dio como nombre Jack Grey, sin domicilio fijo, salvo el Instituto de Criminales Alienados Criminales, *ici*, perro bueno, que evidentemente hubiera debido ser su dirección permanente desde siempre y de donde la policía creyó que se había escapado.

—Ven, Jack, vamos a ponerte algo en la cabeza —dijo un policía tranquilo pero decidido, pasando por encima del cadáver, y después hubo el momento horrible en que la hija del Dr. Sutton llegó con Sybil Shade.

En el curso de esa noche caótica encontré un momento para trasladar el poema de debajo de los zapatos de las cuatro ninfetas de Goldsworth a la austera seguridad de mi valija negra, pero sólo al alba consideré que el momento era bastante seguro para examinar mi tesoro.

Sabemos con qué firmeza, con qué estupidez, creí que Shade estaba componiendo un poema, una especie de *romaunt*, sobre el Rey de Zembla. Estábamos preparados para la horrible decepción que me aguardaba. ¡Oh, yo no esperaba que él se dedicara *totalmente* a ese tema! Hubiera podido

mezclarse desde luego con cosas de su propia vida y con miscelánea americana, pero yo estaba seguro de que su poema contendría los maravillosos incidentes que le había descrito, los personajes que había hecho vivir para él y toda la *atmosphère* única de mi reino. Incluso le había sugerido un buen título, el título del libro que yo tenía en mí y del que él no tenía más que cortar las páginas: Solus Rex; en cambio vi *Pálido Fuego*, que no significaba nada para mí. Empecé a leer el poema. Leí cada vez más rápido. Avanzaba velozmente, gruñendo como un joven heredero furioso que recorre el testamento de un viejo embaucador. ¿Dónde estaban las almenas de mi castillo al sol poniente? ¿Dónde estaba Zembra la Bella? ¿Dónde su cadena de montañas? ¿Dónde su largo estremecimiento a través de la niebla? ¿Y mis encantadores muchachos-flores, y la gama de los vitrales, y los Paladines de la Rosa Negra, y todo aquel cuento maravilloso? ¡Allí no había nada de eso! La compleja colaboración que yo había tratado de imponerle con la paciencia de un hipnotizador y el apremio de un amante, sencillamente faltaba. ¡Ah, pero no puedo expresar mi sufrimiento! En lugar de la historia gloriosa y salvaje, ¿qué había? Un relato autobiográfico, eminentemente appalachiano, más bien pasado de moda, en un estilo prosódico neo-Pope —muy bien escrito, naturalmente, Shade no podía escribir sino muy bien— pero desprovisto de mi magia, de esa especial y rica corriente de locura mágica que, yo estaba seguro, la recorrería y le haría trascender su época.

Poco a poco recobré mi compostura habitual. Releí *Pálido Fuego* con más detenimiento. Me gustó más cuando esperaba menos. ¿Y qué era eso? ¿Qué era esa música tenue y distante, esos vestigios de color en el aire? Descubrí aquí y allá y especialmente, especialmente en las inestimables variantes, ecos y lentejuelas de mi espíritu, las olitas de la larga estela de mi gloria. Sentía ahora una ternura nueva, compasiva hacia el poema como la que se siente por una joven criatura inconstante que ha sido raptada y brutalmente poseída por un gigante negro pero que está de nuevo a salvo en nuestro salón y nuestro parque, silbando con los palafreneros, nadando con la foca amaestrada. El lugar todavía duele, tiene que doler, pero con extraña gratitud besamos esos pesados párpados húmedos y acariciamos esa carne mancillada.

Mi comentario al poema, que mi lector tiene ahora entre las manos, representa una tentativa de escoger entre esos ecos y olitas de fuego, entre esas pálidas alusiones fosforescentes y las muchas deudas subliminales contraídas conmigo. Algunas de mis notas pueden parecer amargas, pero he hecho lo que he podido por no expresar rencor. Y en este escollo final mi

intención no es quejarme del absurdo vulgar y cruel de que los periodistas profesionales y los "amigos" de Shade en las noticias necrológicas que cocinaron se permitieran escupir al describir falsamente las circunstancias de la muerte de Shade. Considero sus referencias a mi respecto como una mezcla de bajeza periodística y de veneno viperino. No dudo de que muchas de las declaraciones hechas en esta obra serán descartadas por las partes culpables cuando aparezca. La Sra. Shade no recordará que su marido, "que le mostraba todo", le hubiera mostrado una o dos de las preciosas variantes. Las tres estudiantes tendidas en la hierba se levantarán totalmente amnésicas. La muchacha del mostrador de la Biblioteca no se acordará (le habrán dicho que no se acuerde) de que nadie hubiese preguntado por el Dr. Kinbote el día del crimen. Y estoy seguro de que Mr. Emerald interrumpirá brevemente su investigación de los encantos elásticos de alguna estudiante mamífera para negar con el vigor de una excitada virilidad que llevara jamás a nadie a mi casa aquella noche. En otras palabras, se hará todo por separar completamente a mi persona del destino de mi querido amigo.

Sin embargo he tenido mi pequeño desquite: la falsa interpretación pública me ha ayudado indirectamente a obtener el derecho de publicar *Pálido fuego*. Mi buen jardinero, al contar con entusiasmo a todo el mundo lo que había visto, se equivocó seguramente en varios puntos, no tanto quizá en su relato exagerado de mi "heroísmo", como en la suposición de que había sido deliberadamente el blanco del tal Jack Grey; pero la —viuda de Shade se sintió tan profundamente afectada por la idea de que me hubiese "lanzado" entre el pistolero y su víctima, que durante una escena que nunca olvidaré, exclamó, estrechándome las manos: —Hay cosas para las que ni en este mundo ni en el otro hay recompensa bastante grande. —Ese "otro mundo" es cómodo cuando el infortunio castiga al infiel, pero dejé pasar, naturalmente, y decidí no refutar nada, diciendo por el contrario: —Oh, pero existe una recompensa, mi querida Sybil. Quizá le parezca un pedido muy fastidioso, pero... autoríceme, Sybil, para poner a punto y publicar el último poema tle John. —El permiso fue acordado en seguida, con nuevos gritos y nuevos abrazos, y al día siguiente mismo su firma estaba al pie del contrato que yo había hecho preparar por un abogadito diligente. Ese momento de dolorosa gratitud usted no tardó en olvidarlo, querida muchacha. Pero le aseguro que no tengo ninguna intención de hacer daño y que quizá John Shade no se aburrirá demasiado con mis notas, a pesar de las intrigas y la basura.

A causa de estas maquinaciones me vi enfrentado con problemas de pesadilla en mis esfuerzos por conseguir que las gentes vieran tranquilamente —sin que se pusieran en seguida a gritarme y atropellarme— la verdad de la tragedia, una tragedia en la cual yo no había sido un "testigo casual", sino el protagonista y la principal víctima, aunque sólo fuese potencial. Toda esa batahola terminó por afectar el curso de mi nueva vida y me obligó a trasladarme a este modesto chalet de montaña; pero conseguí obtener, poco después del arresto, una entrevista, quizá dos, con el prisionero. Estaba ahora mucho más lúcido que cuando se desplomó, sangrando, en los peldaños de mi entrada, y me contó todo lo que yo deseaba saber. Haciéndole creer que podría ayudarlo en el proceso, le obligué a confesar su odioso crimen: su manera de engañar a la policía y a la nación haciéndose pasar por Jack Grey, escapado de un manicomio, que había tomado a Shade por el hombre que lo había hecho encerrar. Pocos días después, ay, frustró a la justicia abriéndose la garganta con una navaja que había recogido de un cajón de basuras no vigilado. Murió, no tanto porque desempeñado ya su papel en la historia no veía razón para seguir viviendo, sino porque no podía sobrevivir a su última plancha: haber matado a quien no debía cuando su verdadero blanco estaba allí delante. En otras palabras, su vida no terminó con un leve chisporroteo del mecanismo, sino con un gesto de desesperación humanoide. Basta. Exit Jack Grey.

No puedo recordar sin un estremecimiento la semana lúgubre que pasé en New Wye antes de irme, lo espero, para siempre. Viví en un temor constante de que los ladrones me privaran de mi tierno tesoro. Algunos de mis lectores quizá se rían cuando sepan que trasladé con apresuramiento la valija negra a una caja de hierro vacía que había en el estudio de mi propietario, y que pocas horas más tarde saqué de nuevo el manuscrito y durante varios días lo usé, puede decirse, distribuyendo las noventa y dos fichas en mi persona, veinte en el bolsillo derecho de mi chaqueta, otras tantas en el izquierdo, un paquete de cuarenta contra la tetilla derecha y las doce preciosas con las variantes en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta. Bendije mis estrellas reales por haberme enseñado labores de esposa, porque cosí los cuatro bolsillos. Así, a pasos prudentes, entre enemigos engañados, circulé, blindado de poesía, armado de rimas, robustecido por el canto de otro hombre, rígido de fichas, en fin, a prueba de balas.

Hace muchos años —cuántos, no quisiera decirlo— recuerdo que mi nodriza zemblana me decía, siendo un hombrecito de seis años presa del insomnio del adulto: "*Minnamin. Gut mag alkan. Pern dirstan*" (mi querido, Dios

da el hambre, el Diablo la sed). Creo, buenas gentes, que muchos de ustedes en esta bella sala tienen tanta hambre y tanta sed como yo, y que haría bien en detenerme, buenas gentes, aquí mismo.

Sí, es preferible que me detenga. Mis notas y yo mismo estamos agotados. Señores, he sufrido mucho, más de lo que cualquiera de ustedes puede imaginar. Ruego que la bendición del Señor caiga sobre mis infortunados compatriotas. Mi obra está terminada. Mi poeta ha muerto.

—¿Y usted, qué hará de usted mismo, pobre Rey, pobre Kinbote? —me preguntará quizá una voz joven y dulce.

Dios me ayudará, espero, a librarme de todo deseo de seguir el ejemplo de otros dos personajes de esta obra. Seguiré existiendo. Quizá adopte otros disfraces, otras formas, pero trataré de existir. Me encontrarán tal vez en otra Universidad, bajo la apariencia de un viejo ruso feliz, saludable, heterosexual, un escritor en el exilio, *sans fam, sans futuro, sans público, sans nada salvo su arte*. Tal vez me una a Odón para una nueva película: *Evasión de Zembla* (baile en el palacio, bomba en la plaza del palacio). Quizá me complazca en los simples gustos de los críticos y teatros y cocine una pieza, un melodrama a la antigua con tres personajes principales: un loco que trata de asesinar a un rey imaginario, otro loco que se imagina que es ese rey, y un distinguido y viejo poeta que se encuentra por casualidad en la línea de fuego y perece en el choque entre las dos ficciones. ¡Oh, puedo hacer muchas cosas! Si la historia lo permite, puedo volver a mi reino recobrado, y con un gran sollozo saludar la costa gris y el reflejo de un techo bajo la lluvia. Puedo esconderme y gemir en un manicomio. Pero ocurra lo que ocurra, cualquiera que sea el escenario, alguien, en alguna parte, se pondrá tranquilamente en camino, alguien se ha puesto ya en camino, alguien todavía muy lejos compra un billete, sube a un autobús, a un barco, a un avión, ha aterrizado, se dirige hacia un millón de fotógrafos y pronto llamará a mi puerta, un Gradus más grande, más respetable, más competente.

ÍNDICE

Los números en *itálicas* remiten a los versos del poema y a los comentarios respectivos. Las mayúsculas G., K., S. designan a los tres personajes principales de esta obra.

A., Barón: Oswin Affenpin, último barón de Aff, traidor de opereta, 286.

Acht, Iris: célebre actriz muerta en 1888; mujer apasionada y poderosa, favorita de Thurgus III (q. v.), 130. Murió oficialmente por su propia mano; extraoficialmente, estrangulada en su camarín por un camarada actor, un joven gothlandés celoso que ahora, a los noventa años, es el miembro más viejo y menos importante del grupo de las Sombras (q. v.).

Alfin, Rey: apodado El Vago, 1873-1918, reinó a partir de 1900; padre de K.; monarca amable, bondadoso, distraído, interesado sobre todo en automóviles, aparatos voladores, barcos de motor y, en cierta época, en caracolas; se mató en un accidente de aviación, 71.

Andronnikov y Niagarin: dos expertos soviéticos en busca de un tesoro enterrado, 130, 681, 741; ver Corona, Joyas de la.

Amor, Romulus: poeta mundano y patriota zemblano, 1914-1958, su poema citado, 80; ejecutado por los extremistas.

Aros: bonita ciudad de Zembla oriental, capital del ducado de Conmal; en un tiempo, alcaldía del apreciable Ferz ("reina de ajedrez") Bretwit, primo del tío abuelo de Oswin Bretwit (q. v.), 149-286.

B., Barón: suegro involuntario del Barón A. y viejo amigo imaginario de la familia Bretwit (q. v.), 286.

Bera: cadena de montañas que divide la península longitudinalmente; descrita con algunos de sus picos centelleantes, pasos misteriosos y laderas pintorescas, 149.

Blawick: Ensenada Azul, agradable estación balnearia de la costa occidental de Zembla, casino, golf, frutos de mar, barcos de alquiler, 149-

Blenda, Reina: madre del Rey, 1878-1936, reinó a partir de 1918, 71.

Boscobel: sitio de la residencia real de verano, bello lugar de dunas y pinedos de Zembla occidental, dulces valles impregnados por los más amorosos recuerdos del autor; hoy (1959) "colonia nudista"... sea esto lo que sea, 149-596.

Botkin, V: erudito norteamericano de origen ruso, 894; king bot, larva de una mosca extinguida que se criaba en los mamuts y que se cree aceleró su fin filogenético, 247; fabricante de botas, 71; bot, pluf y boteliy, panzón (ruso); botkin o bodkin, estilete danés.

Bregberg: ver Bera.

Bretwit Osivin: 1914-1959, diplomático y patriota zemblano, 286. Ver también en Odevalla y Aros.

Campbell, Walter: nacido en 1890, en Glasgow; preceptor de K., 1922-1931, amable gentilhomme dotado de un espíritu flexible y rico; buen tirador y campeón de patinaje; ahora en Irán; 130.

Conmal, Duque de Aros: 1855-1955, tío de K, el hermanastro mayor de la Reina Blenda (q. v.); noble parafraseador, 12; su versión de Timón de Atenas, 39-130; su vida 7 su obra, 962.

Corona, Joyas de la: 130-681; véase Escondite.

Charles II: Charles Xavier Vseslav, último rey de Zembla, apodado el Bienamado, nacido en 1915, reinó de 1936 a 1958; sus armas, 1; sus estudios y su reino, 12; destino funesto de sus predecesores, 62; sus partidarios, 70; sus padres, 71; su dormitorio, 80; su fuga del palacio, 130; y a través de las montañas, 149; alusión a su compromiso con Disa, 275; pasaje subrepticio por París, 286; y por Suiza, 408; visita a Villa Disa, 433; evocación de la noche en las montañas, 597-662; su sangre rusa y las Joyas de de la Corona (q. v. a toda costa), 681; su llegada a los EE. UU., 691; carta a Disa, robada, 741; y citada, 768; su retrato discutido, 894; su presencia en la biblioteca, 949; identidad casi revelada, 991; Solus Rex, 1000. Véase también Kinbote.

Disa, Duquesa de Payn, de Great Payn y Mone: mi encantadora, pálida, melancólica Reina, fantasma visitante de mis sueños, yo visitante de los suyos; nacida en 1928; su álbum y sus árboles favoritos, 49; casada en 1949, 80; sus

cartas en un papel etéreo con una filigrana que no puedo descifrar, su imagen me tortura durante el sueño, 433.

Embla: vieja y pequeña ciudad con una iglesia de madera rodeada de pantanos de turba en la punta más triste, más solitaria y más septentrional de la brumosa península, 149-433.

Emblem: en zemblano significa "en flor"; bonita bahía con rocas azuladas y negras curiosamente estriadas y una lujuriosa proliferación de brezos en sus suaves laderas, en la parte más al sur de Zembla Occidental, 433-

Escondite: potaynik (q. v.).

Falkberg: pico rosa, 71; cubierto de nieve, 149.

Flatman, Tbomas: 163 7-1688, poeta inglés, erudito y miniaturista, desconocido por el viejo trapalón, 894.

Fleur, Condesa de Fyler: elegante dama de honor, 71-80-433.

G.: véase Gradus.

Garh: hija de un granjero, 149-433. También, pequeño cuidador de gansos de rosadas mejillas, encontrado en un camino rural al norte de Troth en 1936, y de quien el autor se acuerda claramente sólo ahora.

Glhtrnttn, Monte: espléndida montaña de la cadena Bera (q. v.); lástima que ya no pueda escalarlo ahora, 149.

Gordon: véase Krummholz.

Gradus, Jakob: 1915-1959; alias Jack Degree, de Grey, d'Argus, Vinogradus, Leningradus, etc.; chapucero y matón, 12-17; linchador de inocentes, 80; su acercamiento sincronizado con el trabajo de S. en el poema, 120-131; su elección y tribulaciones pasadas, 171; la primera etapa de su viaje, de Onhava a Copenhague, 181-209; a París, y su encuentro con Oswin Bretwit, 286; a Ginebra y conversación con el pequeño Gordon en casa de Joe Lavender, cerca de Lex, 408; llamada al cuartel general desde Ginebra, 469; su nombre en una variante, y su espera en Ginebra, 596; a Niza y su espera allí, 697; su encuentro con Izumrudov en Niza y descubrimiento de la dirección del

Rey, 741; de París a New York, 873; en New York, 949; el desatino culminante, 1000.

Griff: viejo granjero montañés y patriota zemblano, 149.

Grindelwod: bonita ciudad de Zembla Oriental, 71-149.

Rodinski: aventurero ruso, muerto en 1800, conocido también con el nombre de Hodyna, 681; vivió en Zembla de 1778 a 1800; autor de un célebre pastiche y amante de la princesa (después Reina) Yaruga (q. v.), madre de Igor II, abuela de Thurgus (q. v.).

Igor II: reinó de 1800 a 1845, rey sabio y benévolo, hijo de la Reina Yaruga (q. v.) y padre de Thurgus III (q. v.); una sección muy privada de la galería de cuadros del palacio, accesible solamente al monarca reinante, pero donde un adolescente curioso puede introducirse fácilmente por la Alcoba P, contenía las estatuas de cuatrocientos mariquitas favoritos de Igor, de mármol rosa, con ojos incrustados de vidrio y varios detalles retocados, notable exhibición de parecido y de arte de mala calidad, obsequiado más tarde por K. a un potentado asiático.

K.: véase Charles II y Kinbote.

Kalixhaven: pintoresco puerto de la costa occidental, a pocas millas al norte de Blawick (q. v.) 171; muchos recuerdos agradables.

Kinbote, Charles, Doctor: amigo íntimo de S., su consejero literario, editor y comentador; primer encuentro y amistad con S., Prólogo; su interés por los pájaros de Appalachia, 1; su afable pedido de que S. utilizara sus historias, 12; su modestia, 34; su falta de biblioteca en la gruta timoniana, 39; su certeza de haber inspirado a S., 42; su casa en Dulwich Road y las ventanas de la casa de S., 47; el Profesor H. contradicho y corregido, 61-71; sus angustias y sus insomnios, 62; el mapa que trazó para S., 71; su sentido del humor, 79-91; su certeza de que la palabra "irídula" es un invento de S., 109; su fatiga, 120; sus actividades deportivas, 130; su visita al subsuelo de S., 143; su confianza en que el lector apreciará la nota, 149; recuerdo de infancia y del Orient Express, 162; su pedido de que el lector consulte una nota posterior, 169; su discreta advertencia a G, 171; sus observaciones sobre las críticas y otras salidas apoyadas por S., 172; su participación en ciertas festividades en otra parte, habiendo sido excluido de la fiesta de cumpleaños de S., después de

volver a su casa, y su hábil maniobra al día siguiente, 181; su conocimiento acerca de la fase "*poltergeist*" de Hazel, 230; ¿pobre quién?, 231; sus esfuerzos fútiles por hacer abandonar a S. el tema de la historia natural e inducirle a hablar sobre el curso de su obra, 238; su recuerdo de los muelles de Niza y Menton, 240; su extrema cortesía con la mujer de su amigo, 247; su limitado conocimiento de los lepidópteros y el negro brillo de su naturaleza señalado como una Vanessa oscura de alegres reflejos, 270; su descubrimiento del plan de la Sra. S. para escamotear a S. a Cedarn y su decisión de ir también, 288; su actitud hacia los cisnes, 319; su afinidad con Hazel, 334-348; su paseo con S. al lugar cubierto de mala hierba donde estaba en un tiempo el granero embrujado, 347; su objeción a la actitud frívola de S. con respecto a celebridades contemporáneas, 376; su desprecio por el Profesor H. (no figura en el índice); su memoria agotada, 384; su encuentro con Jane Provost y el examen de encantadoras instantáneas tomadas a orillas del lago, 385; su crítica del pasaje entre los versos 403 y 474, 403; su secreto adivinado o no adivinado por S., sus revelaciones a S. acerca de Disa y reacción de S., 471; su discusión con S. sobre los prejuicios, 470; su discusión consigo mismo sobre el suicidio, 493; su sorpresa al comprobar que el nombre francés de un árbol melancólico es el mismo que el de otro en zemblano, 501; su desaprobación de ciertos pasajes frívolos del Canto Tercero, 502; sus opiniones sobre el pecado y la fe, 549; su probidad de editor y su sufrimiento espiritual, 550; sus observaciones sobre cierta estudiante y sobre el número y la naturaleza de las comidas compartidas con los Shade, 579; su alegría y su asombro ante un profético encuentro de sílabas en dos palabras adyacentes, 596; su aforismo sobre el asesino y el asesinado, 597; su cabaña de troncos de Cedarn y el pequeño pescador, un muchacho de cutis de miel, desnudo salvo un par de *blue jeans* rotos, con una pierna arrollada, frecuentemente alimentado de turrón y nueces, pero entonces empezó la escuela y cambió el tiempo, 609; su aparición en casa de los H., 629; su crítica severa de los títulos hechos con citas, de *La Tempestad*, etc., como "*Pálido Fuego*", etc., 671; su sentido del humor, 680; evocación de su llegada a la casa de campo de la Sra. O'Donnell, 691; su apreciación de un chiste y sus dudas con respecto al presunto autor, 727; su odio a la persona que hace avances y después traiciona a un corazón noble e ingenuo, contando historias indecentes sobre su víctima y persiguiéndola con bromas brutales, 741; su incapacidad, debida a algún bloqueo psicológico, o al temor de un segundo G., de viajar a una ciudad situada a sólo sesenta o setenta millas, donde seguramente hubiese encontrado una buena biblioteca, 747; su carta del 2 de abril de 1959 a una

dama que la guardó bajo llave entre los tesoros de su villa cerca de Niza cuando fue ese verano a Roma, 768; servicio divino por la mañana y paseo por la tarde con el poeta que habla al fin de su obra, 802; sus observaciones sobre un milagro léxico y lingüístico, 803; pide prestada una colección de cartas de F. K. Lane al propietario del motel, 810; su entrada en el cuarto de baño donde su amigo estaba sentado en el tub afeitándose, 887; su participación en una discusión en la sala de profesores acerca de su parecido con el Rey, y su ruptura final con E. (no figura en el índice), 929; él y S. se tuercen de risa leyendo ciertos pasajes de un libro de texto del Profesor C. (no figura en el índice), 929; su triste gesto de fatiga y de amable reproche, 937; viva evocación de un joven profesor de la Universidad de Onhava, 957; su último encuentro con S. en la glorieta del poeta, etc., 991; recuerdo de su descubrimiento del jardinero erudito, 998; su fracasado intento de salvar la vida de S. y su éxito en el salvamento del manuscrito, 1000; sus arreglos para hacerlo publicar sin la ayuda de dos "expertos", Prólogo.

Kobaltana: estación de montaña, en otro tiempo de moda, cerca de las ruinas de unos viejos cuarteles, ahora lugar frío y desolado de acceso difícil y sin importancia, pero que todavía es recordado en las familias militares y en los castillos forestales, no en el texto.

Kronberg: montaña rocosa coronada de nieve con un hotel confortable, en la cadena de Bera, 70-130-149.

Krumtnholz, Gordon: nacido en 1944, prodigio musical y divertido favorito; hijo de la famosa hermana de Joseph Lavender, Elvina Krummholz, 408.

Lane, Franklin Knight: abogado y estadista norteamericano, 1864-1921, autor de un fragmento notable, 810.

Lavender, Joseph S.: véase O'Donnell, Sylvia.

Mandevil, Barón Mirador: primo de Radomir Mandevil (q. v.); experimentador, loco y traidor, 171.

Mandevil, Barón Radomir: nacido en 1925, hombre a la moda y patriota zemblano; en 1936, paje del trono de K., 130; en 1958, disfrazado, 149-

Marcel: personaje central, maniático, desagradable y no siempre verosímil, mimado por todo el mundo en *A la Recherche du Temps Perdu*, 181-691.

Marrowsky: un juego de palabras rudimentario, derivado del nombre de un diplomático ruso de comienzos del siglo IX, el Conde Komarovski, famoso en las cortes extranjeras por pronunciar mal su propio nombre —Makarovski, Macaronski, Skomorovski, etc.

Multraberg: véase Bera.

Niagarin y Andronnikov: dos "expertos" soviéticos todavía en busca de un tesoro enterrado, 130-681-741; véase Corona, Joyas de la.

Mitra e Indra: islas mellizas de las costas de Blawick, 149-

Nodo: hermanastro de Odón, nacido en 1916, hijo de Leopold O'Donnell y de una zemblana disfrazada de muchacho; fullero y traidor despreciable, 171.

Odevalla: bonita ciudad situada al norte de Onhava, en la Zembla oriental, en otro tiempo alcaldía del honorable Zule ("torre de ajedrez") Bretwit, tío abuelo de Oswin Bretwit (q. v., q. v., como dice el cuervo), 149-286.

Odón: seudónimo de Donald O'Donnell, nacido en 1915, actor de fama mundial y patriota zemblano; conoce por K. el pasaje secreto pero tiene que irse al teatro, 130; conduce a K. en auto desde el teatro hasta el pie del Monte Mandevil, 149; se encuentra con K. cerca de la gruta marina y se escapa con él en una lancha de motor, *ibid.*; dirige una peíícula en París, 171; se aloja en casa de Lavender, en Lex, 408; no debería casarse con esa actriz de cine trompuda, de pelo desordenado, 691; véase también O'Donnell, Sylvia.

O'Donnell, Sylvia: née O'Connell, nacida ¿en 1895?¿1890? madre de Odón (q. v.), muchos viajes, muchos casamientos (q. v.) 149-691; después de casarse con el presidente del College Leopold O'Donnell, padre de Odón, en 1915, se divorció y casó con Peter Gusev, primer Duque de Rahl, y honró Zembla con su presencia hasta 1925 aproximadamente en que se casó con un príncipe oriental conocido en Chamonix; después de muchos otros casamientos más o menos brillantes, se disponía a divorciarse de Lionel Lavender, primo de Joseph, en su última aparición en este índice.

Oleg, Duque de Rahl: 1916-1931, hijo del Coronel Gusev, Duque de Rahl (nacido en 1885, siempre ágil); amado compañero de juegos de K, muerto en un accidente de tobogán, 130.

Onhava: bella capital de Zembla, 12-71-130-149-171-181-275-579-894-1000.

Otar, Conde: heterosexual a la moda y patriota zemblano, nacido en 1915, su calvicie, sus amantes adolescentes, Fleur y Fifalda (más tarde Condesa Otar), frágiles hijas de la Condesa de Fyler, interesantes efectos de luz, 71.

Paberg: véase cadena de Bera.

Payn, Duques de: escudo de, 270; véase Disa, mi Reina.

Poemas cortos de Shade: El árbol sagrado, 49; El columpio, 61; Vista de montaña, 92. La naturaleza de la electricidad, 347; un verso de Lluvia de abril, 470; un verso de Monte Blanco, 782; primera cuarteta de Arte, 957.

Potaynik, taynik (q. v.).

Religión: Contacto con Dios, 47; el Papa, 85; libertad de pensamiento, 101; problemas del pecado y la fe, 549; véase Suicidio.

Rippleson, grutas de: véanse grutas de Blawick, llamadas así por un célebre vidriero que incorporó el juego de moteados y anillos y otros reflejos circulares del agua glauca del mar en sus extraordinarios vitrales para el palacio, 130-149-

Shade, Hazel: hija de S., 1934-1957; merecedora de un gran respeto por haber preferido la belleza de la muerte a la fealdad de la vida; el fantasma doméstico, 230; el granero embrujado, 347.

Shade, John Francis: poeta y erudito, 1898-1959; su trabajo en *Pálido Fuego* y su amistad con K., Prólogo; su aspecto físico, sus manierismos, sus hábitos, etc., ibíd.; su primer roce con la muerte tal como lo vio K., y sus comienzos del poema mientras K. juega al ajedrez en el Club de Estudiantes—, 1; sus paseos vespertinos con K., 2; su vaga premonición de G., 17; su casa vista por K. en función de las ventanas iluminadas, 47; el comienzo del poema, la terminación del Canto Segundo y de casi la mitad del Tercero, y las tres

visitas de K. en esos momentos, *ibíd.*; sus padres, Samuel Shade y Caroline Lukin, 71; influencia de K. vista en una variante, 79; Maud Shade, hermana del padre de S., 86; S. muestra a K. un juguete mecánico *memento mori*, 143; K. sobre los síncope de S., 162; S. comienza el Canto Segundo, 167; S. sobre los críticos, Shakespeare, la educación, etc., 172; K. vigila la llegada de los invitados de S. el día de su cumpleaños y del de S., y S. escribe el Canto Segundo, 181; evocación de la inquietud por su hija, 230; su delicadeza o prudencia, 231; su exagerado interés por la fauna y la flora locales, 238-270; las complicaciones del casamiento de K. comparadas con la chatura del de S., 275; K. señala a la atención de S. una huella de pastel que atraviesa el cielo del poniente, 286; su temor de que S. pueda irse antes de haber terminado su colaboración, 288; su vana espera de S. el 15 de julio, 338; su paseo con S. a través de los campos del viejo Hentzner y su reconstrucción de las expediciones de la hija de S. al granero embrujado, 347; la pronunciación de S., 367; el libro de S. sobre Pope, 384; su rencor contra Peter Provost, 385; su trabajo sobre los versos 406 a 416 sincronizados con las actividades de G. en Suiza, 408; de nuevo su prudencia o consideración, 417; la posibilidad de que hubiera podido percibir veintiséis años antes la villa Disa y a la pequeña Duquesa de Payn con su gobernanta inglesa, 433; su aparente asimilación del material sobre Disa y la promesa de K. de revelarle una última verdad, *ibíd.*; opiniones de S. sobre los prejuicios, 470; opiniones de K. sobre el suicidio, 493; opiniones de S. y de K. sobre el pecado y la fe, 549; áspera hospitalidad de S. y satisfacción de una cocina vegetariana en mi casa, 579; rumores sobre su interés por una estudiante, *ib'td.*; su refutación de la locura de un jefe de estación, 629; su ataque cardíaco sincronizado con la llegada espectacular de K. a los Estados Unidos, 691; alusión de K. a S. en una carta a Disa, 768; su último paseo con S. y su alegría al enterarse de que S. trabaja encarnizadamente en el tema "montaña", un trágico malentendido, 802; sus partidas de golf con Z., 819; su aceptación de verificar referencias para S., 887; S. defiende al Rey de Zembla, 894; su hilaridad y la de K. ante la estupidez de un manual escrito por el Profesor C, psiquiatra y experto en literatura (!), 929; comienza el último paquete de fichas, 949; revela a K. que ha terminado su tarea, 991; su muerte causada por una bala destinada a otro, 1000.

Shade, Sybil: mujer de S., *passim*.

Sombras, las: organización regicida que encargó a Gradus (q. v.) el asesinato del rey voluntariamente exiliado; el terrible nombre de su jefe no puede mencionarse, ni siquiera en el índice de la oscura obra de un erudito; su

abuelo materno, arquitecto muy conocido y muy valiente, fue contratado por Thurgus el Túrgido, alrededor de 1885, para hacer ciertas reparaciones en sus apartamentos, y pereció poco después, envenenado en las cocinas reales, en circunstancias misteriosas, junto con sus tres jóvenes aprendices cuyos nombres de pila, Yan, Yonny y Angeling, se han conservado en una balada que todavía se puede escuchar en algunos de nuestros valles más agrestes.

Shalksbore, Barón Harfar: conocido con el nombre de Coeur de Boeut, nacido en 1921, hombre a la moda y patriota zemblano, 433.

Steinmann, Julius: nacido en 1928, campeón de tenis y patriota zemblano, 171.

Sudarg de Bokay: espejero de genio, santo patrono de Bokay en las montañas de Zembla, 80; duración de vida ignorada.

Suicidio: opiniones de K. al respecto, 493.

Taynik (ruso): lugar secreto; véase Corona, Joyas de la.

Thurgus III: apodado el Túrgido, abuelo de K., muerto en 1900 a los setenta y siete años después de un largo y opaco reinado; con una gorra a cuadros blancos y negros y una sola condecoración en su chaqueta Jaeger, le gustaba andar en bicicleta por el parque; fornido y calvo, la nariz como una ciruela congestionada, el bigote marcial erizado de pasiones obsoletas, envuelto en una bata de seda verde y con una antorcha en la mano alzada, tenía la costumbre de encontrarse todas las noches, durante un breve período hacia los años 85 con su encapuchada amante, Iris Acht (q. v.) a medio camino entre el palacio y el teatro, en el pasaje secreto que más tarde redescubriría su nieto, 130.

Tintarrón: precioso vidrio de un azul profundo, hecho en Bokay, ciudad medieval en las montañas de Zembla, 149; véase también Sudarg.

Traducciones poéticas: del inglés al zemblano, versiones de Shakespeare, Milton, Kipling, etc., hechas por Conmal, mencionadas, 962; del inglés al francés, de Donne y Marvell, 678; del alemán al inglés y al zemblano, Der Erlkönig, 662; del zemblano al inglés, Timón Ajinsken, de Atenas, 39; Eider Edda, 79; Maragarl, de Arnor, 80.

Uran el Ultimo: Emperador de Zembla, reinó de 1798 a 1799; monarca increíblemente brillante, fastuoso y cruel cuyo látigo silbante hizo girar a Zembla como un trompo arco iris; mandado al otro mundo una noche por un grupo de los favoritos unidos de su hermana, 681.

Vanessa: mariposa Vulcano o "Roja admirable" (*sumpsimus*), evocada, 270; sobrevolando un parapeto en una colina suiza, 408; ilustrada, 470; caricaturizada, 949; acompañando los últimos pasos de S. en el crepúsculo, 933.

Variantes: el sol y la luna ladrones, 39-40; preparación de la escena primaria, 57; la evasión del Rey de Zembla (contribución de K., 8 versos), 70; Edda (contribución de K., verso), 79; el capullo muerto de Luna, 90-93; niños encuentran un pasadizo secreto (contribución de K. 4 versos), 130; pobre viejo Swift, pobre... (posible alusión a K.), 231; Shade, Sombra, 275; Blancos de Virginia, 316; el Jefe de Nuestro Departamento, 377; una ninfeta, 413; verso adicional de Pope (alusión posible a K.), 417; Tanagra dormida (un caso notable de premonición), 596; de esta América, 609-614; primeros dos pies cambiados, 629; parodia de Pope, 895-899; una triste época y novelas sociales, 922.

Waxwings: picotereros, pájaros del género *Bombycilla*, 1-4, 131, 1000; *Bombycilla shadei*, 71; interesante asociación tardíamente comprendida.

Ventanas, Prólogo: 47, 62, 181.

Yaruga, Reina: reinó de 1799 a 1800, hermano de Uran (q. v.); ahogada al caer en un agujero del hielo con su amante ruso, durante las tradicionales fiestas de año nuevo, 681.

Yeslove: bonita ciudad, distrito y obispado, al norte de Onhava, 149-275.

Zembla: distante tierra nórdica.
